



ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara



Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Estudios Superiores Iztacala

ROCÍO ENRÍQUEZ ROSAS
OLIVA LÓPEZ SÁNCHEZ
COORDINADORAS

MASCULINIDADES, FAMILIAS Y COMUNIDADES AFECTIVAS



03

COLECCIÓN

EMOCIONES E INTERDISCIPLINA



MASCULINIDADES, FAMILIAS Y COMUNIDADES AFECTIVAS



Dr. Enrique Luis Graue Wiechers

Rector



Dra. Patricia D. Dávila Aranda

Directora

Dr. Ignacio Peñalosa Castro

Secretario General Académico

CD Rubén Muñoz Arzate

Secretario de Desarrollo y Relaciones Institucionales

Dr. Raymundo Montoya Ayala

Secretario de Planeación y Cuerpos Colegiados

CP Reina Isabel Ferrer Trujillo

Secretaria Administrativa

Dra. Alba Luz Robles Mendoza

Jefa de la Carrera de Psicología

MC José Jaime Ávila Valdivieso

Coordinador Editorial



ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara

Dr. Luis Arriaga Valenzuela, SJ

Rector

Dra. Catalina Morfín López

Directora General Académica

Dr. Humberto Orozco Barba

Director de Relaciones Externas

Mtro. Enrique Páez Agraz

Director del Departamento de Estudios Socioculturales

Lic. Manuel Verduzco Espinoza

Director de la Oficina de Publicaciones



ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara



Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Estudios Superiores Iztacala



**ROCÍO ENRÍQUEZ ROSAS
OLIVA LÓPEZ SÁNCHEZ
COORDINADORAS**

MASCULINIDADES, FAMILIAS Y COMUNIDADES AFECTIVAS

03

**COLECCIÓN
EMOCIONES E INTERDISCIPLINA**

Enríquez Rosas, Rocío ; López Sánchez, Oliva (coordinación)

Masculinidades, familias y comunidades afectivas / Coord. e introd. de R. Enríquez Rosas, O. López Sánchez. -- Guadalajara, México : ITESO ; México : UNAM, Facultad de Estudios Superiores Iztacala, 2018.

243 p. (Emociones e Interdisciplina ; 3)

ISBN 978-607-8616-31-2 ITESO (Ebook PDF)

ISBN de la colección 978-607-8616-30-5 ITESO (Ebook PDF)

ISBN 978-607-30-0939-3 FES Iztacala, UNAM (Ebook PDF)

ISBN de la colección 978-607-30-0937-9 FES Iztacala, UNAM (Ebook PDF)

1. Hombres – Caracas, Venezuela – Condiciones Sociales y Culturales. 2. Hombres – México – Condiciones Sociales y Culturales – Tema Principal. 3. Mujeres – México – Condiciones Sociales y Culturales. 4. Ancianos – Guadalajara, Jalisco – Cuidado e Higiene. 5. Familia Reconstituida – México (Ciudad) – Condiciones Sociales y Culturales. 6. Familia Extensa – Guadalajara, Jalisco – Condiciones Sociales y Culturales. 7. Familia – México – Condiciones Sociales y Culturales – Tema Principal. 8. Identidad de Género – México. 9. Relaciones de Pareja – México (Ciudad). 10. Caminata – Zapopan, Jalisco – Aspectos Sociales y Culturales. 11. Cáncer – Jalapa, Veracruz – Aspectos Sociales y Culturales. 12. Miedo – México (Ciudad) – Aspectos Sociales y Culturales. 13. Emoción – México – Aspectos Sociales y Culturales – Tema Principal. 14. Empleo y Desempleo – México (Estado). 15. Bolero – Historia y Crítica. 16. Amor en la Música – Historia y Crítica. 17. Psicología Social. 18. Antropología Cultural. 19. Sociología de la Cultura. I. López Sánchez, Oliva (coordinación). II. t.

[LC]

152. 4 [Dewey]

Diseño original: Danilo Design

Diseño de portada: Morgana

Diagramación: Juan Jorge Ayala

1a. edición, Guadalajara, 2018.

DR © Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)
Periférico Sur Manuel Gómez Morín 8585, Col. ITESO,
Tlaquepaque, Jalisco, México, CP 45604.
www.publicaciones.iteso.mx

DR © Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,
México, Ciudad de México, CP 04510.
Facultad de Estudios Superiores Iztacala
Avenida de los Barrios n.º 1, Los Reyes Iztacala, Tlalnepantla de Baz,
Estado de México, México, CP 54090.

ISBN 978-607-8616-31-2 ITESO (Ebook PDF)

ISBN de la colección 978-607-8616-30-5 ITESO (Ebook PDF)

ISBN 978-607-30-0939-3 FES Iztacala, UNAM (Ebook PDF)

ISBN de la colección 978-607-30-0937-9 FES Iztacala, UNAM (Ebook PDF)

Índice

INTRODUCCIÓN / <i>Rocío Enríquez Rosas y Oliva López Sánchez</i>	7
MASCULINIDADES Y EMOCIONES	17
LAS EMOCIONES MASCULINAS COMO TERRITORIOS EN DISPUTA / <i>Camilo Artaza Varela</i>	19
EL AMOR Y DESAMOR MASCULINOS: UNA EXPRESIÓN DE GÉNERO DE LAS EMOCIONES Y LOS SENTIMIENTOS DE LOS HOMBRES EN LAS CANCIONES DE BOLERO / <i>Fernando Huerta Rojas</i>	41
EMOCIONES Y MASCULINIDADES: VIVENCIA Y SIGNIFICADO EN LOS VARONES / <i>María Alejandra Salguero Velázquez</i>	73
LA PÉRDIDA DEL EMPLEO Y SU EFECTO EN LA IDENTIDAD Y AFECTIVIDAD MASCULINA / <i>Ana María López Gallegos y María Elena Ramos Tovar</i>	93
EMOCIONES EN JUEGO EN LAS RELACIONES DE PAREJAS HETEROSEXUALES CON PRETENSIONES DE EQUITAD / <i>Irma de Lourdes Alarcón Delgado</i>	121
FAMILIAS Y COMUNIDADES AFECTIVAS	143
LA CONSTRUCCIÓN DEL VÍNCULO EN LAS FAMILIAS COMBINADAS / <i>Margarita Estrada Iguíniz</i>	145

ENCUENTROS (AFECTIVOS) PARA LA RECONFIGURACIÓN SOCIAL / <i>Olivia Guadalupe Penilla Núñez</i>	165
EL CÁNCER EN FAMILIAS VERACRUZANAS. CONSTRUCCIÓN DE ESCENARIOS EMOCIONALES DURANTE TRATAMIENTO EN EL CENTRO DE CANCEROLOGÍA “DR. MIGUEL DORANTES MESA” / <i>Verónica Suárez-Rienda</i>	181
LAS EMOCIONES Y EL CUIDADO EN LAS FAMILIAS EXTENDIDAS CON MIEMBROS ENVEJECIDOS: UN ESTUDIO DE CASO / <i>Rocío Enríquez Rosas</i>	207
MIEDO Y VULNERABILIDAD EN LA CASA. APROXIMACIÓN A SITUACIONES LÍMITE EN LA VIDA URBANA DE LA CIUDAD DE MÉXICO / <i>Reyna Sánchez Estévez</i>	227
<i>Acerca de los autores</i>	239

Introducción

ROCÍO ENRÍQUEZ ROSAS
OLIVA LÓPEZ SÁNCHEZ

Este tercer volumen de la colección Emociones e Interdisciplina refleja el proceso de consolidación de la Red Nacional de Investigación Sociocultural de las Emociones (Renisce), a través de la integración de trabajos de sus miembros que presentan investigaciones centradas en las emociones y su relación con tres importantes campos de estudio: el complejo campo de generación de conocimiento sobre las masculinidades; las familias contemporáneas, caracterizadas por su heterogeneidad, y las comunidades afectivas, término acuñado por Rosenwein (2006), el cual está en íntima relación con la noción bourdiana de *habitus* y refiere el proceso de internalización de normas, que incluye no solo lo que se piensa sino también su dimensión afectiva.

Los planteamientos de inicio se encuentran en la perspectiva del construccionismo social de las emociones (Wood, 1986; Coulter, 1989; Swanson, 1989; Hochschild, 1990; Gordon, 1990; y Perinbanayagam, 1989, entre otros). En específico, se trata del construccionismo social moderado (Armon-Jones, 1986), que centra su atención en la connotación sociocultural de las emociones sin negar su componente psicológico y biológico. Por ello, se pone especial interés en desentrañar las formas en que los significados, las creencias, las normas y los mandatos sociales influyen en las formas de significación de las emociones, así como en las prácticas de regulación emocional (Swanson, 1989).

Se parte de problematizar que las sociedades contemporáneas tienden a jerarquizar en un nivel superior a las dimensiones cognitivas, intelectuales o racionales, y en un nivel inferior a aquellas que tienen que ver con lo emocional y sentimental. Existe aún una tendencia en las ciencias sociales a escindir al actor social entre aquel que es consciente / cognitivo y el in-

consciente / emocional. El desafío para el estudio social de las emociones estriba en el reconocimiento del actor consciente y también emocional o sentiente, capaz de llevar a cabo ejercicios reflexivos sobre sus experiencias en el marco de las condicionantes y expectativas socioculturales que también son emocionales (Hochschild, 2007).

Para Hochschild (2007) las emociones solo pueden ser analizadas en relación con un *contexto sociohistórico* con coordenadas espacio-temporales claramente definidas. De esta manera, es posible el análisis de las emociones a partir de los factores de contexto centrales como el normativo, el expresivo y el político. Estos adquieren especial relevancia cuando se les analiza desde la perspectiva de género y se encuentran las especificidades que dan lugar a la construcción —en particular importante para esta obra— de las masculinidades. El normativo se refiere a la emoción y las reglas vinculadas con ella —socialmente construidas— y pueden generar tensiones diversas entre aquello que se siente y las normas preestablecidas sobre lo permitido y lo sancionado, lo apropiado y lo deseado. Para la autora existen tres formas de corrección de las emociones: la clínica, cuando lo que se espera es algo concebido como saludable y normal; la moral, que está legitimada desde el marco de la ética, y la corrección, en relación con las situaciones sociales y la correspondencia con las expectativas de acuerdo con estas. La segunda, la expresiva, relacionada con aquello que siente el sujeto y su comprensión por parte de los otros en un entorno específico. De acuerdo con el repertorio de expresiones y predominio de unas y la escasez de otras, podemos descifrar las relaciones complejas entre las emociones y el contexto. El factor político tiene que ver con las emociones y las relaciones / conflictos de poder.

Las emociones son proveedoras de sentido y orientación en el mundo (Döveling, 2009), a la vez vehículos centrales para la interpretación de lo social a través de códigos culturales particulares (Kleres, 2010).

La perspectiva teórica de las emociones, que pone en el centro la búsqueda de relaciones entre las situaciones sociales concretas y los contenidos emocionales socialmente construidos, expresados a través de las palabras y con diferencias y matices de acuerdo con las especificidades culturales (Lutz, 1986), es la que adquiere especial relevancia. A cada situación social corresponde una constelación de emociones que se configura de manera diferenciada; nos referimos al conjunto de emociones vinculadas / emparentadas entre sí de manera compleja y no lineal que permite desentrañar la cultura

emocional de un fenómeno social en particular. Esta constelación de emociones puede variar de acuerdo con los grupos socioculturales a partir de la generación de nuevas emociones que favorezcan la reproducción, o bien la transformación, de un orden social existente.

Otro elemento central en el análisis de las emociones, desde la vía narrativa, tiene que ver con la construcción de *agencia*. De acuerdo con Kleres (2010) es posible encontrar las formas diversas en que un sujeto se posiciona como *agente* u objeto en relación con un suceso y respecto a los otros. Algunas de las expresiones lingüísticas de las emociones que pueden ser analizadas en las narrativas son las palabras (nivel léxico), las oraciones (nivel sintáctico) y los datos no verbales como el ritmo, la velocidad y los silencios (prosodia). El análisis narrativo de las emociones permite resolver un asunto metodológico en este importante campo de generación de conocimiento en las ciencias sociales.

Entendemos las emociones como insumos clave para la comprensión del mundo íntimo y social, como procesos socialmente contruidos que incluyen una dimensión biológica y psicológica, susceptibles de ser analizados. Para Turner y Stets (2005), las emociones son el pegamento de lo social que fijan las interacciones entre los sujetos y contribuyen a la definición de las estructuras sociales; así como participan en la reproducción y en la transformación de un orden social. Según la sociología de las emociones, estas se encuentran socialmente contruidas en el sentido de que, lo que los sujetos sienten, está condicionado por la socialización en la cultura y la participación de las estructuras sociales. Los miembros que conforman una sociedad aprenden el vocabulario de los comportamientos expresivos de otros, de las respuestas automáticas y los significados compartidos de cada emoción asociada con diferentes tipos de relaciones sociales. La perspectiva sociológica contemporánea de las emociones señala que estas incluyen los siguientes elementos: un componente biológico, definiciones culturales socialmente contruidas, la aplicación de niveles lingüísticos, la abierta expresión de emociones a través del rostro, el habla, el cuerpo, el movimiento, así como las percepciones y evaluaciones de las situaciones, objetos e interacciones con los que están relacionadas las emociones específicas.

Las emociones se construyen, expresan y regulan en las distintas esferas de socialización, y son las relaciones de género, familiares y comunitarias un ámbito central privilegiado para su análisis. La diferenciación de las

expresiones y experiencias emocionales también guardan, en el sentido social, una relación con el género en la medida en que la socialización de hombres y mujeres pasa por el manejo emocional basado en el sexo. A las mujeres se les ha etiquetado como el sexo emocional, mientras que a los hombres el sexo fuerte y de la razón. De manera amplia, los estudios de género —en particular de masculinidades— se han encargado de desmitificar esa supuesta naturalización que coloca a los hombres como incapaces de sentir y expresar emociones. Las denominadas masculinidades ponen de manifiesto la trascendencia de la vida afectiva de los varones al reconocer que su derecho a la ternura (por ejemplo, la participación activa en el cuidado y la crianza de sus hijos, el derecho de expresar sus emociones, entre otros) constituye un nodo central en la construcción de sus identidades.

La familia, por otro lado, representa el espacio primario de socialización de los sujetos, y parte de sus funciones es enseñar el manejo emocional de acuerdo con el sexo de los hijos y la consecuente construcción de género, en la cual la relación entre masculinidades y emociones adquiere especial relevancia: la clase social, la pertenencia étnica, el nivel sociocultural, que está en estrecha vinculación con el *habitus*. Así, desde otra mirada, más allá de la psicológica, la familia orienta las pautas de normalización de las emociones de acuerdo con sus rasgos de pertenencia social en los niveles señalados por la socióloga Arlie Hochschild (2007). Las distintas comunidades afectivas en las que interactúa el sujeto contemporáneo contribuyen de manera central para tejer el entramado emocional que rebasa al sujeto individual y le ubica en un entorno socioafectivo complejo y heterogéneo.

La intersección entre las emociones y masculinidades contemporáneas, así como en la esfera de las familias y comunidades afectivas, dan sentido a la organización y los contenidos de este tercer volumen. Los trabajos aquí incluidos, en dos ejes vertebradores, muestran con nitidez y profundidad la pertinencia del análisis de la dimensión emocional en los estudios que abordan las relaciones de género, familiares y socioafectivas en el contexto cambiante de nuestro entorno social actual.

El primer eje, “Emociones y masculinidades”, está compuesto por cinco textos que abordan la relación compleja entre el mundo de los afectos y las configuraciones masculinas en las sociedades contemporáneas.

El primer capítulo, “Las emociones masculinas como territorios en disputa”, de Camilo Artaza Varela, comparte los resultados de una investigación

de corte cualitativo que da cuenta de las emociones experimentadas por hombres jóvenes de la ciudad de Caracas, Venezuela. El trabajo nos aproxima a los mundos emocionales de jóvenes heterosexuales de diversos sectores populares; sus mundos afectivos ocupan el espacio oculto de la masculinidad, lo que constituye una especie de territorio protegido por múltiples factores relacionados con la construcción de las masculinidades más hegemónicas, en las que la vivencia de los varones ubica la presencia de las emociones como una amenaza. La vivencia emocional aparece en distintos ámbitos y se expresa en y a través de la música de manera oculta, defensiva y conflictiva.

“El amor y desamor masculinos: una expresión de género de las emociones y los sentimientos de los hombres en las canciones del bolero”, de Fernando Huerta Rojas, analiza las concepciones, creencias y prácticas socioculturales que los hombres tienen del amor y el desamor, contenidas en algunas letras de las canciones del bolero entre 1930 y 1960. Huerta asegura que la producción musical, como un producto cultural, es viable para profundizar en la identificación de la expresión de sentimientos y emociones que dan sentido y significan las formas como los hombres viven la experiencia de amor y desamor.

Enseguida, “Emociones y masculinidades: vivencia y significado en los varones”, de María Alejandra Salguero Velázquez, comparte los resultados de una investigación cualitativa llevada a cabo a partir de 30 entrevistas con varones heterosexuales del estado de México para analizar la relación entre la construcción de la masculinidad y la vida emocional. El análisis de la investigación versa sobre los nexos entre la violencia, la agresión y las emociones asociadas. Estas características socioafectivas son consideradas por la autora como elementos subjetivos fundantes de la construcción de la “masculinidad” hegemónica y la dificultad de los varones para asumir la vida emocional fuera de una lógica de disminución viril.

Enmarcado en los estudios de género, “La pérdida del empleo y su efecto en la identidad y afectividad masculina”, de Ana María López Gallegos y María Elena Ramos Tovar, tiene como objetivo central analizar la relación entre la masculinidad y el trabajo. La hipótesis que proponen las autoras es que el desempleo masculino impacta la vida emocional de los sujetos y su identidad genérica. Los hallazgos advierten sobre la ideología de género conservadora de los hombres entrevistados y la presencia de emociones

como vergüenza, tristeza y desesperación ante la falta de empleo. En el estudio también se da cuenta de las formas en que estas emociones son experimentadas a través del cuerpo y su regulación con el autocontrol y la evitación. Las autoras concluyen que el universo de relaciones de los varones se redefine ante la ausencia de empleo, lo que puede favorecer o debilitar la relación de pareja. Así, ante los periodos de crisis económica y laboral, y la posible inestabilidad familiar, los varones tienden a negociar con sus parejas la inserción de ellas en el mercado laboral, favoreciendo una flexibilización de los roles tradicionales de género.

El último capítulo de este primer eje, que lleva por título “Emociones en juego en las relaciones de pareja heterosexuales con pretensiones de equidad”, de Irma de Lourdes Alarcón Delgado, expone los resultados de una investigación cuyo objetivo principal fue explorar cómo algunas parejas han conformado relaciones intergenéricas tendientes hacia la equidad. Participaron diez parejas heterosexuales de entre 29 y 60 años de edad, con estudios mínimos de licenciatura, en ejercicio profesional, hijos de padres mexicanos, con o sin hijos. El eje fundamental de análisis fue la equidad como una pretensión del amor, de dar y recibir, como elemento de la construcción de un “nosotros”, de un sentido de comunidad y mutualidad. En suma, el trabajo nos muestra las estrategias de hombres y mujeres para construir un “nosotros” y cómo juega la tensión entre el deseo de individualidad-independencia y aquel de afiliación-dependencia, constitutivas de las relaciones de pareja.

Ya en el segundo eje, “Familias y comunidades afectivas”, hay cinco trabajos que abordan, desde el ámbito familiar, comunitario e institucional, las formas en que se significan, expresan, vuelven cuerpo y regulan las emociones, así como las implicaciones que estas modalidades tienen para la reproducción de un orden social, o bien la transformación de este.

Así, el sexto capítulo de este volumen, “La construcción del vínculo afectivo en las familias combinadas”, de Margarita Estrada Iguíniz, busca enmarcar el objeto de estudio, en este caso el vínculo familiar, desde una perspectiva interdisciplinaria que incluye psicología, antropología y terapia familiar. El referente empírico seleccionado por esta autora es el vínculo afectivo entre los miembros de las familias combinadas, en específico entre padrastros / madrastras e hijastros / hijastras. La autora muestra cómo la integración de este tipo de familias es compleja, y en algunos de los

miembros se da de manera circunstancial, mientras que en otros se produce de forma identitaria; además, encuentra que el vínculo afectivo está presente principalmente entre los padrastros y las hijastras e hijastros, pues el hombre tiende a vivir con los hijos de la nueva esposa. La investigación permite concluir que un aspecto importante tiene que ver con el desarrollo psicológico que los miembros de las familias combinadas presentan y está relacionado con su etapa del ciclo vital. Finalmente, se explicita la relevancia del abordaje interdisciplinario para la comprensión de fenómenos familiares y sociales emergentes que muestran la complejidad de las sociedades contemporáneas.

Olivia Guadalupe Penilla Núñez presenta el capítulo “Encuentros (afectivos) para la reconfiguración social”, donde aborda, desde el marco de la investigación dialógica y transdisciplinaria, supuestos teóricos y epistemológicos que permiten bordear el objeto de estudio centrado en la convivencialidad. Para ello, el referente empírico tiene que ver con el caminar cotidiano por espacios de vulnerabilidad en una zona específica del área metropolitana de Guadalajara. La autora muestra las posibilidades de un encuentro alternativo, lúdico y co-creativo en el cual emergen emociones asociadas con la confianza y la empatía. Los hallazgos señalan las múltiples formas en que los sujetos son afectados en el encuentro con los otros, la posibilidad de compartir las situaciones significativas que acontecen en la vida cotidiana y las emociones implicadas en todo ello. Las narrativas creadas por los sujetos en estos encuentros colectivos en un espacio público vivido originalmente como vulnerable, dan cuenta de los recorridos y paisajes, en términos metafóricos, que es posible construir para redensificar socialmente el espacio público.

Verónica Suárez-Rienda presenta a continuación “El cáncer en familias veracruzanas. Construcción de escenarios emocionales durante el tratamiento en el Centro de Cancerología ‘Dr. Miguel Dorantes Mesa’”, donde analiza la construcción sociocultural de escenarios emocionales en el marco del tratamiento oncológico en una institución de salud. Se trabaja desde el marco de la antropología de las emociones y se privilegia el acercamiento etnográfico al proceso de enfermedad oncológica. La autora utiliza las narrativas como *corpus* central para el análisis de las emociones y concluye que estas últimas se presentan como procesos culturales con matices que devienen de su origen familiar y personal, y conducen a formas

de regulación que pueden favorecer la cercanía emocional hacia el familiar enfermo, o bien la retirada y el distanciamiento. La autora concluye que las emociones actúan como expresiones reguladoras o desestabilizadoras de las relaciones sociales y pueden favorecer u obstaculizar la cercanía hacia el miembro de la familia que experimenta una enfermedad.

“Las emociones y el cuidado en las familias extendidas con miembros envejecidos: un estudio de caso”, de Rocío Enríquez Rosas, tiene como propósito analizar las emociones de las personas mayores que reciben cuidados o que son proveedoras de estos, tomando en cuenta la dinámica de las relaciones de género e intergeneracionales a partir del estudio de caso de una familia extendida y con dos personas adultas mayores en un contexto de pobreza urbana en la zona metropolitana de Guadalajara. La pregunta central de esta investigación fue: ¿de qué maneras se presentan, expresan y regulan las emociones relacionadas al cuidado y la vejez, tomando en cuenta la dimensión de género e intergeneracional, en un arreglo familiar extendido y en un contexto caracterizado por la pobreza urbana? Los hallazgos muestran algunas de las emociones ligadas con la vejez, el cuidado y la pobreza, así como las formas de regulación de estas y su relación con la reproducción de las dinámicas domésticas tradicionales y las tensiones que conlleva. El acercamiento sociocultural a las emociones, en tanto generadoras de sentido y en relación con la problemática del cuidado, muestra su enorme potencial para evidenciar las formas contemporáneas en que se sostiene un paradigma conservador del cuidado profundamente interrogado por la literatura contemporánea y por la evidencia empírica, que nos invita a reconocer, analizar y propiciar estudios de las emociones ligadas con los procesos de colectivización del cuidado, concluyendo que es una tarea central analizar los códigos culturales sobre el cuidado y las formas en que las emociones pueden favorecer o transformar estos códigos hacia procesos más equitativos y democráticos en la distribución de las cargas de cuidado.

El último capítulo de este tercer volumen de la colección, “Miedo y vulnerabilidad en la casa. Aproximación a situaciones límite en la vida urbana de la Ciudad de México”, de Reyna Sánchez Estévez, problematiza la experiencia de vulnerabilidad desde la perspectiva de las mujeres, que en ocasiones puede llevarlas a prácticas tales como mantenerse encerradas en sus casas por voluntad. A través del análisis de los materiales recogidos en entrevistas a profundidad, la autora muestra cómo las narrativas

advierten sobre procesos de distorsión que se viven en los grupos sociales contemporáneos y muestran retrocesos en la vida social. La autora discute analíticamente la esfera de lo público y de lo privado, así como del afuera y adentro y su relación con las dinámicas urbanas de las grandes ciudades. El temor aparece como una emoción central que lleva a las mujeres al autoencierro como una forma de protección que tiene también repercusiones como un mayor aislamiento social. La autora analiza el debilitamiento de los vínculos colectivos y la presencia de los medios electrónicos como un lazo con el exterior que ellas sostienen.

REFERENCIAS

- Armon-Jones, C. (1986). The thesis of constructionism. En R. Harré (Ed.), *The social construction of emotions* (pp. 32-56). Oxford: Basil Blackwell.
- Coulter, J. (1989). Cognitive “penetrability” and the emotions. En D.D. Franks & E.D. McCarthy (Eds.), *The sociology of emotions: Original essays and research papers* (pp. 33-72). Londres: JAI Press.
- Döveling, K. (2009). Mediated parasocial emotions and community: How media may strengthen or weaken social communities. En D. Hopkins, J. Kleres, H. Flam & H. Kuzmics (Eds.), *Theorizing emotions. Sociological exploration and applications* (pp. 315-335). Fráncfort / Nueva York: Campus Verlag.
- Gordon, S. (1990). Social structural effects on emotions. En T. Kemper (Ed.), *Research agenda in the sociology of emotions* (pp. 149-154). Nueva York: State University of New York Press.
- Hochschild, A. (1990). Ideology and emotion management: A perspective and path for future research. En T. Kemper (Ed.), *Research agenda in the sociology of emotions* (pp. 117-148). Nueva York: State University of New York Press.
- Hochschild, A. (2007). The sociology of feeling and emotion. *Sociological Inquiry*, 45(2), 280-307.
- Kleres, J. (2009). Preface: Notes on the sociology of emotions in Europe. En D. Hopkins, J. Kleres, H. Flam & H. Kuzmics (Eds.), *Theorizing Emotions. Sociological Exploration and Applications* (pp. 7-27). Fráncfort / Nueva York: Campus Verlag.

- Kleres, J. (2010). Emotions and narrative analysis: a methodological approach. *Journal of the Theory of Social Behavior*, 41(2), 182-202.
- Lutz, C. (1986). The domain of emotion word on Ifaluk. En R. Harré (Ed.), *The social construction of emotions* (pp. 113-128). Oxford: Basil Blackwell.
- Perinbanayagam, R. (1989). Signifying emotions. En David Franks & Doyle McCarthy (Eds.), *The sociology of emotions: Original essays and research papers* (pp. 73-90). Londres: JAI Press.
- Rosenwein, B. (2006). *Emotional communities in the early Middle Ages*. Ithaca / London: Cornell University Press.
- Swanson, G. (1989). On the motives and motivation of selves. En D. Franks & D. McCarthy (Eds.), *The sociology of emotions: Original essays and research papers* (pp. 9-32). Londres: JAI Press.
- Turner, J. & Stets, J. (2005). *The sociology of emotions*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Wood, L. (1986). Loneliness and social identity. En R. Harré (Ed.), *The social construction of emotions* (pp. 259-270). Oxford: Basil Blackwell.

Masculinidades y emociones

Las emociones masculinas como territorios en disputa

CAMILO ARTAZA VARELA

Resumen: *Las emociones son un campo de disputa para los hombres y permitir que se exprese una emoción que no sea la rabia constituye un signo de debilidad, siendo asumido como pérdida de valor de la imagen masculina. En tal escenario, emprendimos nuestro acercamiento a las vidas cotidianas de 10 hombres jóvenes, para conocer sus formas de afrontar las emociones, cómo son significadas y qué implican en relación con la imagen de hombre que presentan en lo social. La metodología empleada fue de carácter cualitativo y se utilizaron como métodos de producción de la información entrevistas focalizadas y registros etnográficos.*

Palabras clave: *emoción, masculinidades hegemónicas, imagen de sí, seguridad de sí.*

Abstract: *Emotions represent a disputed field for men, and allowing themselves to express an emotion other than rage constitutes a sign of weakness, a devaluation of the masculine image. Considering this scenario we approached the everyday lives of 10 young men in order to observe the ways they deal with emotions, how their emotions are signified and what this implies with respect to the masculine image that the subjects present in their social interactions. A qualitative methodology was used, with information produced from focus groups and ethnographic notes.*

Key words: *emotion, hegemonic masculinities, self-image, self-confidence.*

Las emociones han sido, por mucho tiempo, un campo de disputa para los hombres, y permitir que una emoción se exprese, dejar que se desborde en un cuerpo masculino, constituye en lo social un signo de debilidad, siendo asumido como pérdida de valor de la imagen masculina de seguridad-fortaleza e invulnerabilidad. La consigna que emerge como condición estructurante es “ser un hombre seguro-poderoso”, que en épocas pasadas se

condensaba en “ser macho” como valor de supremacía que constituía las bases de quienes éramos “como hombres”. Una excelente aproximación a las miradas y las transformaciones sobre el ser macho y el machismo las podemos encontrar en textos de Carlos Monsiváis y Matthew Gutmann. Ambos coinciden que luego de la etapa de la industrialización, “el ser macho” —como término que elogia o avala una conducta— se va convirtiendo “en mala palabra, delatora de actitudes vandálicas y señal de anacronismo sin remedio” (Monsiváis, 2004, p.95). Asimismo, Gutmann (1998) señala: “se considera que estos términos son peyorativos y no se pueden tomar como modelos a seguir” (p.239).

En este sentido, “el ser macho” requería de mantener una desconexión plena de las emociones con base en suprimir sentimientos y sensibilidades en lo público; “el ser seguro” implica tener la certeza de saber gestionar y canalizar las emociones, permitiéndonos ciertos márgenes de movilidad para transitar en lo público, pero de igual manera, las emociones se nos presentan como un territorio protegido para mantener indemne la imagen masculina.

El cuerpo masculino en su condición material reproduce ciertos modelos y patrones de comportamiento, e inevitablemente es un cuerpo que no tiene cómo contrarrestar todo un capital simbólico que le antecede y se adhiere a él. La noción de un cuerpo inscrito social e históricamente es descrita cabalmente por el posestructuralismo y la teoría performativa, que conciben las emociones como experiencias corporales que no pueden ser separadas de los contextos socioculturales en los que nos encontramos. Además, es importante señalar que los procesos de construcción de la “imagen de sí” de hombres jóvenes están condicionados por elementos estructurales como la raza, el género, la clase y el territorio.

La presente investigación es una aproximación a los mundos de hombres jóvenes heterosexuales de la ciudad de Caracas, Venezuela, quienes a través de relatos nos comparten sus vidas emocionales. Para ello nos adentramos en una dimensión interna, que corresponde a aquellos aspectos y espacios muchas veces ocultos que en el caso de estos hombres, es un territorio protegido por múltiples factores directamente relacionados con la construcción de las masculinidades. Podemos encontrar que en cada uno hay una imagen de sí que debe ser preservada bajo cualquier condición o circunstancia; una imagen de sí que debe mantenerse indemne e inaltera-

ble y en este principio de las masculinidades la presencia de las emociones opera y se significa como una amenaza, ya que ellas se desenvuelven en un orden impredecible y cuando hacen presencia, pujan o insisten por emerger, molestan e incomodan, poniendo en riesgo las imágenes que cada hombre desea preservar y presentar en su contexto particular y próximo.

Para aproximarse a esta realidad se utilizaron técnicas de investigación cualitativa, observación participante y registro etnográfico en diversos sectores populares de la ciudad de Caracas (El Valle, San Agustín, Los Frailes de Catia). Fue un acompañamiento en momentos, prácticas y rituales cotidianos con los jóvenes como fiestas, “chalequeos”, reuniones espontáneas. Para este microestudio se seleccionaron 10 jóvenes: cinco de Los Frailes de Catia, dos de San Agustín y tres de El Valle, a quienes se realizaron entrevistas focalizadas para explorar el mundo subjetivo e intersubjetivo de las emociones masculinas. Un elemento muy interesante que surgió en cada uno de los encuentros con ellos, en torno al tema de las emociones, fue su estupor y descolocamiento frente a estas, con algunas risas nerviosas ante las preguntas y otras sensaciones de inseguridad (“primera vez que me preguntan por las emociones”), o no saber qué responder y declararse abiertamente titubeantes (“mmm... emoción ¿no es lo mismo que sentimiento?, ¿una emoción sería como la tristeza?”).

LAS MASCULINIDADES Y LAS EMOCIONES TUTELADAS

El binarismo patriarcal: razón / emoción

La cultura occidental se ha estructurado a partir de la valencia diferencial de los sexos, que para Heritier “traduce el lugar diferente que reciben universalmente ambos sexos en una tabla de valores y marca el predominio de principio masculino” (2007, p.114). Dicha valencia diferencial establece un modelo como construcción sociosimbólica que restringe el pensamiento humano a una concepción de mundo que se conforma a partir de categorías binarias. Estas oposiciones binarias permiten establecer una relación jerárquica entre los grupos humanos que, en general, se constituye bajo la concepción de superior e inferior, un orden social imperante sostenido en la eficacia de los símbolos que parecen estar basados en la naturaleza.

La dualidad que surge de la diferenciación anatómico-fisiológica se trasfigura en lo social en desigualdad, y se posiciona en el marco de comprensión de lo social como un elemento naturalizado. A la hora de definir lo humano se prioriza la mente (el saber) sobre el cuerpo (el sentir), y se asocia directamente al varón con la parte más valorada y deseada, es decir, con la mente (uso de la razón) y la mujer con el cuerpo, lo natural, con aquello que es infravalorado. Esta realidad jerárquicamente instituida es analizada por Pierre Bourdieu (2000), quien afirma:

La división entre los sexos parece estar “en el orden de las cosas”, como se dice a veces, para referirse a lo que es normal y natural, hasta el punto de ser inevitable: se presenta a un tiempo, en su estado objetivo, tanto en las cosas (en la casa, por ejemplo, con todas sus partes “sexuadas”), como en el mundo social y, en estado incorporado, en los cuerpos y en los hábitos de sus agentes, que funcionan como sistemas de esquemas de percepciones, tanto de pensamiento como de acción (p.21).

La división dual y jerarquizada con la que se disocia la razón de la emoción, termina configurando cartografías sobre los cuerpos de los hombres que dan cuenta de cómo el discurso hegemónico se posiciona en los movimientos, en las miradas, en los gestos del mundo masculino. Michel Foucault (1987) sostiene que los cuerpos se moldean y se hacen dóciles por el efecto productivo del poder que actúa en los sujetos atravesando sus cuerpos, y en las trayectorias biográficas de los sujetos la concepción sociocultural de género se posiciona en los cuerpos, ubicándose como un punto nodal de los significados sociales. Es así como el sujeto masculino es parte de las sociedades individualistas, como las define Le Breton (1992), donde los cuerpos funcionan como un límite vivo que delimita frente a los demás la soberanía de la persona. Esta distinción de la funcionalidad social del cuerpo contemporáneo nos presenta un cuerpo que prefigura un límite, acto que traduce el encierro del sujeto en sí mismo. Por tanto, estamos frente a un cuerpo que se desplaza y adquiere sus propiedades, formas y atributos respondiendo a la condición de ser hombre y ser mujer, a las formas de tramitar lo posible como ente masculino, de manera que el cuerpo del hombre se dispone en lo social cumpliendo con demarcar y actuar desde sus movimientos cómo debe conducirse un hombre. Al respecto, Bourdieu señala: “no se entra en

el juego por un acto consciente, se nace en el juego, con el juego, y la relación de creencia, de *illusio*, de inversión, es tanto más total, incondicional, cuanto se ignora como tal” (Bourdieu, 2010, p.108).

Podemos apreciar que la persona hace entrada en el campo de lo social —espacio que le antecede como espacio de producción— y en él se desenvuelve a partir del desarrollo de una conciencia práctica establecida por la reproducción y actuación de los juegos que le corresponden.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA MASCULINIDAD DESDE EL PODER Y EL SENTIDO DE SEGURIDAD DE SÍ

La calle es una selva de cemento.

HÉCTOR LAVOE, “JUANITO ALIMANA”.

Vivimos bajo el tutelaje de la masculinidad hegemónica, expresión del sistema patriarcal que se ha conforando durante más de 2,500 años, manteniéndose intacto en nuestros días el concepto de tener que ser hombres poderosos y seguros (Kimmel, 1997; Bourdieu, 2002; Fuller, 1995). Luís Bonino considera que al “ejercer ese poder/autoridad, el varón cumple con lo que considera su ideal de sí, y eso le permite sentir validado su propio narcisismo (imagen de sí)” (2004, p.3); postura a asumir en el mundo y en la vida cotidiana que no se presta a cuestionamiento alguno, por lo que actuar ejerciendo el poder se transforma en una exigencia, en un mandato que debe cumplirse. En esta cultura patriarcal, ser un varón poderoso y seguro es ser un hombre completo, íntegro. Alcanzar la seguridad en este plano implica actuar y comportarse de manera activa y en lo coloquial remite a la imagen de “tener los pantalones bien puestos”, siendo sancionado el error, negándose la posibilidad al equívoco y estableciéndose un temor inmenso a la pasividad masculina, al punto que Seidler comenta que el hombre “no puede mostrar ningún signo de vulnerabilidad sino que tiene que vigilar sus masculinidades y preservar un cuerpo duro que se ha transformado en un instrumento de poder” (2006, p.159).

Una primera aproximación a los mundos protegidos de las expresiones emocionales masculinas que emprenderemos es justamente ahondar cómo están estructurados los cuerpos. Las imágenes posibles se nos presentan reducidas a hombres que aprenden a relacionarse con sus cuerpos como

si estos fuesen máquinas que necesitan ser controladas: cuerpos sólidos, duros, a la defensiva, productivos, cuerpos condenados a construir una imagen masculina de dominio del territorio que les permita demostrar seguridad, conformando una corporalidad masculina destinada a preservar su condición de identidad, que en América Latina se asocia con la idea de “machismo”; concepto que para Fuller (1995) se caracteriza por “la independencia, la impulsividad y la fuerza física como la forma ‘natural’ de resolver desacuerdos, la dureza como la mejor manera de relacionarse con las mujeres y la fuerza con el modo de alternar con el débil o con el subordinado” (p.244).

Es así como se construye una imagen de masculinidad que debe rechazar la vulnerabilidad y todo aquello asociado con debilidad, y se tenga que agenciar corporalidades en las que se demuestre la potencia y la superioridad, apoyándose tal mandato en un sistema de heterosexualidad obligatoria que, de acuerdo con Judith Butler (2007), haría surgir una determinada performatividad del género y de las emociones. Por tanto, no se trataría de un acto singular o un acontecimiento, al ser un cuerpo que actúa y responde enmarcado en una producción ritualizada, a partir de una iteración repetida, condicionada y tutelada bajo ciertas condiciones de prohibición.

Como lo expresan Salas y Campos (2001), las características de los varones inmersos en la cultura patriarcal se manifiestan a nivel afectivo desde la negación de la ternura y la debilidad, pues eso vincula al hombre con lo otro, lo que posee una tonalidad femenina, que se acerca a lo homosexual y dentro del patrón hegemónico de masculinidad existe una heterosexualidad obligada que establece como criterio taxativo el afán de atrincherarse o autorreconocerse en la masculinidad.

La concepción hegemónica del hombre que se instituye culturalmente como el *primer sexo* requiere de otros y otras que estén en una posición inferior; tal dinámica social se complementa y enriquece desde el plano ideológico en las sociedades patriarcales donde la competitividad se presenta como un valor supremo, y son el triunfo y el éxito sus máximas expresiones. En este sentido, ser poderoso implica estar arriba y es así como podemos aseverar que en la cultura urbana venezolana se reproducen imágenes que centran el poder en la corporalidad masculina, asociada con una figura de hombre deportista, de hombre motorizado que ocupa la ciudad,

con carro que arremete y tiene el dominio de la calle, el abogado que dice cómo deben ser las cosas. En síntesis: es la expresión del hombre como aquel que demuestra tener dominio y control del espacio.

En cambio, las imágenes que se elaboran de lo femenino se remiten a considerar a la mujer como objeto de belleza, como portadora de un cuerpo escultural. No hay que consignar los datos estadísticos para confirmar esta realidad en Venezuela, solo remarcar la importancia y cantidad de certámenes de belleza que se realizan en cada zona del país y del concurso “Miss Venezuela” como instancia reconocida, validada y respetada, asumida como un aspecto fundamental de la cultura del entretenimiento.

La masculinidad hegemónica, como ya señalamos, se maneja con la creencia de que expresar sentimientos muestra vulnerabilidad ante los demás. Por ello, ese lugar común al que recurren los hombres de “no pasa nada”, y que se expresa también en su silencio, puede entenderse como una forma de control y de no expresar ni escuchar aspectos problemáticos de sí mismos.

Las masculinidades actuales se forjan al tener como eje central el control de las emociones para responder a la actuación performativa de la racionalidad-objetiva masculina, siendo sancionada la actuación performativa subjetiva-emocional asociada con la femineidad. Por su parte, Seidler (2006) argumenta que esta dinámica se estructura “mediante una extensa identificación entre la masculinidad y el autocontrol, los hombres aprenden a relacionarse con las emociones como amenazas a su identidad” (p.105).

En el proceso de socialización se enseña a los hombres a mantenerse bajo control y distancia del entorno, extendiendo dicha disposición con su mujer, hijos e hijas; así como con los amigos mientras esto no implique exponerse y mostrar los sentimientos que lo puedan asociar con la debilidad, es por ello que coincidimos con Leverenz, quien sostiene que “nuestro verdadero temor no es el miedo a las mujeres sino de ser avergonzados o humillados delante de otros hombres, o de ser dominados por hombres más fuertes” (1986, p.451). Por otra parte, Michael Kimmel (1997) asevera que la característica de la virilidad es el miedo, porque ser considerado poco hombre es asumido como un atentado a la imagen de sí, e impulsa a afirmar la propia masculinidad y estar constantemente supervisando y cuestionando la hombría de los otros. Por ello las emociones son un signo

asumido socialmente como expresión de “ser afeminado o blandengue”, siendo imperativo destacar por su potencia, su fuerza y sus expresiones como la audacia, las conductas temerarias y las hazañas.

Las masculinidades subalternas

Inicialmente, grupos de autores anglosajones reunidos en torno a los *Men's Studies*, han venido manifestando que no es posible hablar de masculinidad, ya que comúnmente, cuando se habla sobre el hombre, se le sobreidentifica a partir de la noción de un solo modelo que responde a la concepción de masculinidad, blanca, occidental, ejecutiva, heterosexual. Desde estos estudios se comienza a establecer que no existe la masculinidad como tal en singular sino que es múltiple y tanto sus concepciones como prácticas varían según los tiempos, lugares, estratos económicos, entre otros. No es posible hablar de una noción de masculinidad universal que se imponga como categoría única y permanente, por tanto, Kimmel (1997) expone esta realidad múltiple de las masculinidades con uno de los atributos nodales de la masculinidad —la “virilidad”—, de esta manera: “La virilidad no es estática ni atemporal, es histórica; no es la manifestación de una esencia interior, es construida socialmente; no sube a la conciencia desde nuestros componentes biológicos; es creada en la cultura. La virilidad significa cosas diferentes en diferentes épocas para diferentes personas” (p.49).

Específicamente, en la población masculina de los sectores urbanos de Caracas se pueden encontrar diferentes expresiones de masculinidades que no necesariamente responden a la imagen tradicional y clásica del hombre viril hegemónico, y mantienen una distancia de la concepción de hombre de raíz europea que se ha impuesto mediante la fuerza colonial, posicionando un imaginario de la masculinidad angloamericana, siendo este un intento de institucionalizar y legitimar la imagen de un hombre racional con un alto razonamiento analítico y juicio moral y extenderlo como una norma científica universal. Tal distinción omite o niega los matices del hombre racional-latino que no se expresa de igual manera en el caluroso Caribe y en el frío sur, por lo que los hombres latinos no constituyen una masa homogénea, monolítica e invariable como busca imponer el estereotipo de masculinidad hegemónica, en América Latina.

Más bien es necesario comenzar a describir las constantes contradicciones que están experimentando los hombres venezolanos en relación con los sentidos y significados de ser hombres y cómo viven sus emociones.

Podríamos decir que los hombres latinoamericanos experimentan particularidades que devienen de los procesos complejos asentados en las circunstancias históricas, sociales y culturales, que configuran masculinidades diferentes a la figura de lo *racional* propia de las explicaciones anglo europeas, y nos conectan con identidades latinoamericanas cercenadas por su fundación a fuego y masacres, resultando siglos después identidades que se debaten entre el deseo de dominar (asimilándose a la imagen del español conquistador) y pertenecer al grupo de los dominados. Siguiendo a Dussel (2007), el “ego fálico que se constituye en su fuerza bruta y en su opresión armada, de derecho, económica, como el fundamento de la dominación erótica” (p.103). Esto nos habla de la presencia de un ethos de la dominación erótica hispánica colonizadora que es resignificada en la noción de control de territorio, la valentía como acto heroico, de asumir una actitud y disposición a la conquista como residuos que se cuelan en los cuerpos con la fuerza del estereotipo, configurando un símbolo de la dominación latinoamericana.

Espacio para que emerjan los relatos

La relación con los participantes es especialmente importante, puesto que por lo general la información requerida no está disponible y, para tal efecto, es necesario construir una relación de confianza con el fin de familiarizar a la persona con el tema. En este sentido, se realizó un primer encuentro de selección para hallar al informante clave que, como señalan Taylor y Bogdan (1992), su característica ideal es “que conozca también una cultura que ya no piense acerca de ella” (p.66). La intención primordial de esta selección es poder entrevistar a buenos narradores, entendidos como personas que puedan contar su experiencia a través de relatos detallados. Luego de haber establecido el contacto en los espacios cotidianos con cada uno y discriminar a los buenos narradores, se les comunicaron las intenciones, los objetivos, el destino de la investigación y se les informó sobre el anonimato de su identidad y el carácter voluntario de la participación.

Una vez que se les compartió el tema de la investigación —hablar de las emociones generó cierta alarma que se evidenció en el tono corporal— cambiaron las miradas y la gestualidad se modificó; antes de tocar ese tópico había contactos visuales más constantes y se redujeron totalmente los contactos físicos que son parte tradicional del encuentro y van junto con las palabras en los diálogos en Venezuela. Por lo cual las primeras preguntas: ¿qué es para ti la emoción? ¿cómo identificas cuando estás emocionado? generaron un estado de incomodidad, pero cuando empezamos a aterrizar en situaciones cotidianas existió mayor apertura en las respuestas: ¿qué cosas te gusta hacer? ¿con qué cosas te sientes orgulloso y feliz? ¿cuentas con alguien para contarles tus problemas? Ante esta última pregunta todos respondieron inmediatamente que no, “eso de tener problemas es de uno, para qué molestar a otros con los problemas de uno”. Los momentos más nutridos de las entrevistas, emocionalmente hablando, se dieron cuando se incluyó en la conversación el tema de la frustración y de la humillación: ¿cuál ha sido la vergüenza más grande que has vivido en tu vida? ¿qué te sucede cuando sientes que no logras algo?

Las sensaciones y emociones son experiencias humanas constituyentes de nuestro estar y actuar en el mundo, dichas experiencias son afectadas al recibir la influencia de las expectativas y asignaciones genéricas. En el caso de los hombres, la manera como estas son experimentadas presenta ciertas particularidades que iremos revisando a partir de los relatos.

LAS EMOCIONES COMO TERRITORIO PROTEGIDO

La seguridad, como una cualidad que se gestiona en el campo de la identidad, es asumida como un elemento fundamental. Para cada uno de los entrevistados ser seguros y fuertes correspondería a una cualidad que se tramita en el nivel personal y social; ambas disposiciones se sostienen en la necesidad de demostrar y demostrarse que se tiene la fuerza, la capacidad, esto es, en sentido coloquial y criollo: tener “las bolas”.

En lo personal se gestiona desde la lógica del desafío, que implica que el hombre pueda controlar la capacidad que posee para cumplir y sortear dificultades. A su vez, en términos conductuales, se coloca frente a las adversidades asumiéndose como el momento en que tramita su hombría y se condensa en un solo acto de valía personal y social.

En el barrio uno se tiene que saber defender, siempre hay unos por ahí que quieren someterlo a uno, pero uno debe saber cuidarse y hacerse respetar (E3: 25 años, TSU, trabajador de negocio de comida).

La búsqueda y el esfuerzo de alcanzar la seguridad, como expresión de potencia y de autosuficiencia, conduce a los hombres a sentir el poder, asumido como atribución de lo masculino, asentándose en la aptitud de hacer y de poseer que se enlaza con la capacidad del control asociada con la no expresión de sentimientos, sobre todo si son de tristeza, dolor o vulnerabilidad. Estos deben estar y mantenerse bajo control.

Cuando siento una emoción muy fuerte necesito matarla, porque lo que muere se va, se esfuma y se saca de la mente y del corazón, como dice el dicho: muerto el perro se acaba la rabia (H4: 26 años, bachiller, cesante).

Se evidencia la relación cercana del control con el riesgo al fracaso que está asociado directamente con la exigencia de la masculinidad por alcanzar logros. Por un lado, es común encontrarnos con la idea de que el hombre “enfrenta la realidad” y al parecer la manera más adecuada es desde el control, con la finalidad de obtener una seguridad que se desprende del mismo, y, por otro lado, pretender controlar y desear anteponerse a los hechos para poder sobrellevar la complejidad del otro; en ambas posturas se evidencia el deseo de evitar el fracaso.

Siempre hay un temor de enfrentar las cosas después de que uno las enfrenta, pienso, yo las encamino, o logras controlar ya lo demás, es como se dice, bueno, ya le di el primer paso, ya lo logré aquí y quiere decir que si me vuelve a pasar esta situación la logro controlar y así sucesivamente (E3: 22 años, bachiller, trabajando).

Surge entonces una relación directa entre la noción de seguridad y potencia asociada con las prácticas y la fuerza que se expresa en la sexualidad masculina. El hombre debe transitar lo sexual desde un posicionamiento activo y exhibir un cuerpo disponible y siempre dispuesto para la acción.

Yo reconocía cuando andaba bien emocionalmente, cuando era un toro, un hombre fuerte cercano a la animalidad desbocada y que rebalse de energía en la cama con mi pareja, y siempre me preocupo de que quede satisfecha y siempre he sentido algo de esa duda, a pesar de que yo la hago sentir bien porque es así, pero bueno, como yo le digo a ella, si hay una falla que me diga, que si hay una falla que diga, es importante que me lo diga sin miedo para ver si yo la mejoro (E10: 27 años, trabajo contratado, TSU).

Hay que proteger “la imagen de sí” de la humillación y de caer en la categoría de “pendejo” y por no exponerse ante la *sospecha*, por ende, hay que desplazarse y actuar en el campo de lo social con tal manejo de la corporalidad que no se preste a duda alguna el comportamiento de hombre íntegro. Para ello se debe gestionar la “imagen de sí mismo”, para no ser *cuestionado*, acto que implicaría ser ubicado en el paredón de la duda y la condena.

La humillación cuando te hacen sentir que no vales ni medios, que no sirves pa’ un coño, que eres una cagadura humana, es una emoción arrechísima que se siente acá dentro y es como si el cuerpo quisiera estallar. Y cuando una persona se siente humillada es como una bomba de tiempo (H6: 23 años, estudiante licenciatura, sin trabajo).

El hombre que no es seguro es un pendejo y el pendejo es el que siente y se deja llevar por las emociones (H2: 22 años, TSU, trabajador).

Las emociones se hacen y hacen cuerpo, el que es vivido ya no desde su firmeza sino como un cuerpo que se quiebra, como el mismo quebranto que es interpretado como sensación de inestabilidad emocional y conlleva a que se incremente la incomodidad y se externaliza en lo social, siendo evidencia de un malestar masculino. La imagen de enfascarse es indicio de cómo, para los hombres, recurrir a las emociones al parecer no sirve como recurso para reflexionar y ser consciente de una crisis; por el contrario, incrementa el malestar.

Me entiende, sabe, no me aisló porque es verdad, pues no dejar de vivir por los demás, pues algo así y de reflejarlo así, me quebranto, me siento

triste y, vaina, me enfrasco nada más en el problema (E8: 25 años, profesional, trabajando).

Otra concepción muy extendida en estos hombres es la idea de vivir en un mundo inhóspito, conformado por una calle llena de gente hipócrita, por lo que no hay en quién confiar; esta consideración conduce en muchas ocasiones a una absoluta condena al aislamiento que se adosa al mandato masculino de la autorreferencialidad.

Este mundo en la calle todo está lleno de hipocresía, hoy te estoy dando un abrazo y por detrás te estoy destruyéndote, te estoy hablando, estoy hablando mal de ti, “mira ese pedazo de gordo qué se cree, mira cómo camina” (E7: 23 años, TSU, trabajando).

Yo lo que siempre he sido cerrado, he sido temeroso de que se enteren de mis cosas, de que no se metan conmigo, yo he armado como quien dice y me he dado cuenta es ahora un mundo, porque creo que todo el mundo viene a dañar, soy celoso con lo mío (E1: 22 años, estudiando licenciatura, trabajando).

En la experiencia y conexión con las emociones y los afectos hay un aspecto vital en la trayectoria de los hombres, lo cual queda muy bien descrito en un relato recogido donde se afirma que “la vida continúa”; en esta sentencia se resume una cantidad de factores y aspectos relevantes de las masculinidades, donde el mandato es no echarse a morir y hay que pensar para adelante, surgir, sobrevivir, caracterizado por la carencia de tiempo para pensar en sí y, por tanto, brindarse el espacio para sentir. Esto nos habla de cómo se producen masculinidades inscritas en una construcción de tiempo fordista, basado en la productividad, conformando cuerpos productivos para cumplir con el rol de hombre-ganador: un sujeto que responde sería un hombre que produce.

La vida continúa y yo tengo que buscar la manera de sobrevivir, yo no me voy a estar echándome pa’ abajo, tengo que saber responder y surgir, cumplir con mis cosas, el trabajo, sacar los estudios y todo eso lo tengo que hacer bien (H5: 22 años, estudiante de licenciatura, trabajando esporádico).

CONDENADOS A LA RABIA Y NO PODER SENTIRSE COMO QUISIERAN

A lo largo de su crianza, los hombres han sido educados para negar las emociones, porque se asocian con debilidad y falta de hombría; así, los esfuerzos y la energía están dirigidos a manejar, controlar los sentimientos y a actuar como si no existieran, y si estos se expresan surge la rabia como posibilidad socialmente aceptada de manifestación.

Es que la emoción de la tristeza es una emoción de debilidad, y dentro de la sociedad es algo así como una persona débil, y ¿entonces hablar de tristeza es como una debilidad o no?, es preferible hablar de rabia para uno como hombre. Una vaina así como que el hombre no puede sentir tristeza y mejor que sienta la rabia (H1: 23 años, estudiante, trabajador).

En la expresión de los sentimientos, pareciera ser que la rabia es de los pocos canales o puertas para contactarse con la experiencia y tramitar las tensiones o molestias que surgen, permitiéndosele a los hombres actuar con rabia y resolver desde ahí. Un aspecto a considerar es la condición contradictoria respecto a esta; por un lado, se establece cierta permisividad y, a la vez, se instala una suerte de censura social que la cataloga como emoción “negativa” que conduce a desarrollar un control sobre esta vivencia. Situación que lleva a que las rabias se acumulen en el cuerpo como una especie de olla de presión donde se van depositando las molestias. Este mecanismo aleja de la conciencia la posibilidad de entender la rabia, de entender lo que las origina y luego poder expresarlas sin conflicto.

A veces también uno se estalla y acumula y acumula y acumula y llegó un día después que yo salí... (silencio y respiración tipo suspiro), no le pegué, porque realmente no le pegué, después de ahí más nunca le pegué, sí le alcé la mano una vez pero fue que lancé una broma y ella, eso, fue cuando me puso preso y que le pegué con una broma y que le salió un hematoma (E7: 23 años, TSU, trabajando).

Vemos la rabia como una reacción inherente al carácter y a la forma de ser del sujeto, lo cual conduce a establecer una relación tensa y marcada por

la incapacidad de contenerse ante las diferentes situaciones del día a día, a pesar de reconocer que en muchos de los casos se trataba de una “tontería” que no ameritaba tales las respuestas.

Soy muy fuerte de carácter. Hay cosas pequeñas que yo sé que tienen solución y las pongo grandes y las veo difícil, aunque al final del camino me doy cuenta que lo que está sonando lo solucioné y todo bien, pero a veces no me contengo, me molesto (H8: 25 años, profesional, trabajando).

Una aproximación para entender la conexión directa con la rabia como emoción central se encuentra en la concepción del hombre como poseedor inmanente de la razón, en contraposición de lo femenino como soporte de lo subjetivo-emocional, relación que conecta con la concepción de lo femenino ligado con la histeria, es decir, a la trama patológica que ubica en la mujer un comportamiento inherentemente biológico y carente de control racional por estar dominadas por el libre fluir de las emociones. Tal condición conlleva a asumir una disposición en lo social y en la conformación de las relaciones donde el hombre, al asociarse y atribuirse tener la razón, procedería con la verdad y, por ende, no puede equivocarse debido a que tal situación se asocia con demostrar debilidad o vulnerabilidad.

Siento que es natural, normal, equivocarse no, y yo cuando me equivoco siempre creo que tengo la razón, ahí es donde tengo el problema. Yo tengo que reconocer a veces que estoy equivocado, y entonces, este... eso de alguna manera me molesta, entonces recurro a la violencia. Conscientemente sé que la violencia es arma de los que no tienen la razón (E3: 22 años, bachiller, trabajando).

LA IMPOTENCIA POR NO RESOLVER

La disposición masculina a enfrentar las dificultades se posiciona en los esquemas de conducta y de respuestas como una suerte de imperativo, que en muchas ocasiones los conduce a no poder encontrar una opción o salida diferente que no sea la rabia. Lo masculino se circunscribe en un orden rígido de respuestas al entorno, marcado por ser un sujeto de acción, en tanto se conduce por un sentido práctico de pensarse y hacer en lo coti-

diano, basado en demostrar qué se tiene o posee; se actúa y se responde. Puede distinguirse un mecanismo habitual utilizado por ciertos hombres, caracterizado por no permitirse experimentar emociones cuando están o transitan por el malestar, debido a la presencia inmanente de pensamientos, los cuáles en su mayoría deambulan entre el por qué sucedió, los quizás y qué hacer, condenándolo a deambular en un torbellino.

Significa mucho en el sentido de que me arrepiento, me pongo a pensar, pienso demasiado que no debí haberlo hecho que ¿por qué lo hice?, que yo creo que eso es la salida, no es la forma, no debió haber sido, que quizás hubiera tomado otro tipo de acción y hubiese sido mejor, e igualito hubiese dado resultado, entonces es eso, implica eso, sentirme mal, sentirme mal. (E4: 26 años, bachiller, cesante).

El hombre, perseguido por el pensamiento que invade con una cantidad de cosas, posibilidades, nociones, ideas, búsqueda de soluciones, en general cree en el deber de tener todas las soluciones.

A veces nosotros durábamos hasta dos tres o cuatro días en que ni nos hablábamos. Y yo pensaba cualquier cantidad de cosas y de hecho pensaba cómo hablarle, cómo tratar de solucionar el problema, uno piensa y medita un poco y trata de solucionar el problema (E2: 22 años, TSU, trabajando).

Junto al deber y la exigencia personal de tener que solucionar las cosas, hallamos su correlato directo que es no fracasar, experiencia que es vivida como una pérdida y, por ende, como señal de no haber sido capaz de cumplir y responder.

La tristeza puede venir porque me dejó la jevita, y fue una vaina muy loca y fue como la sensación de fracaso, como esa sensación de tristeza que sientes que estás mal porque todo se acabó, y pensaba cómo me voy a enamorar, cómo voy a sentir esas vainas y sentí una gran vergüenza que me haya dejado esa jevita, y que después ande diciendo que yo no sirvo (H3: 22 años, bachiller, trabajador).

En estos testimonios vemos cómo mostrarse y presentar una imagen positiva ante el mundo es un aspecto compartido en varios relatos. Se expresa la frustración de no presentar una imagen como persona formada y preparada, mediante la evasión de las emociones que colocan en entredicho esa figura. También puede ubicarse en la estabilidad económica la manera de atenuar las emociones fuertes y en la evasión de lo que ocurre, y no es del agrado personal tomar distancia alejándose de lo que genera malestar.

Si yo estuviera estable monetariamente no hubiera botado tanto dinero, hubiera establecido mi broma, no hubiera sido tan cabeza loca tampoco. Me hubiera ido y me voy, y yo no le paro porque yo soy así, “ojos que no ven corazón que no siente”, claro que me iba a doler cuando me entere de cosas, bueno, pero si no la estoy viendo por qué me va a doler (E8: 25 años, profesional, trabajando).

Las emociones que emergen comienzan a mermar la identidad masculina, siendo su presencia una señal inequívoca de la pérdida del *statu quo*, conminando al hombre a no desfallecer, y los recursos más utilizados son la evasión, la minimización y la racionalización, situándose ante esta irrupción desde la convicción de que un hombre no puede echarse a morir, hay que levantar cabeza, salir adelante y hay que ser guapos asociados con la valentía, el que responde ante las adversidades, el que sabe y genera respeto, el que todos quieren llegar a ser.

Todos quieren y deben ser alegres y guapos, y yo como varón tengo que ser guapo y alegre y ese es el prototipo, el modelo al que debo acercarme. Hay que ser guapo no solo de belleza sino el valiente y que las jegas se derritan por uno (H1: 22 años, estudiante de licenciatura, trabajando).

EL ESPACIO DONDE SE CUELAN LAS EMOCIONES TUTELADAS

Sucede que me canso de ser hombre.

PABLO NERUDA, “WALKING AROUND”.

Se aprecia cómo las emociones son inherentes a la vida, al vivir y al sentir, por lo que están presentes en cada instante, fluyen como torrentes, que

pueden ser conducidos por diques que, en ocasiones, operan como canalizaciones donde circulan armónicamente: un espacio íntimo, el uso del alcohol para ahogar las penas, la música como una red simbólica para procesar las emociones.

Verga, mano, me voy para mi cuarto, o de repente una que otra curdita por ahí, una vaina así, de repente cuando estoy triste me pongo a escuchar música. Tuve la oportunidad de alejarme de mi noviecita de tanto tiempo y llegué y me fui triste y andaba triste de sentimiento, de tristeza, que tú dices que cónchale chamo, qué bola ese sentimiento de querer llorar, de querer votar lágrimas, esa es la misma emoción de la tristeza ¿o no? (H5: 22 años, estudiante de licenciatura, trabajando esporádico).

La música, en especial la salsa y la balada, son géneros que tienen gran aceptación y valoración en los jóvenes. Escuchar salsa erótica acompañado de un trago de ron representa para muchos hombres el único espacio para mostrar sensibilidad, para expresar amor y sentimientos, que son coartados cuando se comparte en grupo.

Ese tipo de salsa son canciones que a uno le llegan al corazón, de sentimiento. Escucho canciones como de perro, como de maltripear una mujer... pero me gustan más las de sentimiento, como enamorar a una mujer, le hablo en el oído, le canto esas canciones para atraparla. Canciones como “Me fascina esa mujer”, que dice “me fascina esa mujer, esa mirada, esa manera de amarme” (E3: 22, bachiller, trabajando).

Escucha la lírica de esa canción, mira, ve cómo te toca el alma, yo cuando ando en despecho me encierro en mi cuarto y la pongo a todo volumen (E7: 23 años, TSU, trabajando).

Son muchas las experiencias cotidianas que conectan directamente a los hombres con las emociones y una muy significativa es el ejercicio de la paternidad, que hoy ya no se ejercería solamente desde la expresión de una figura de autoridad distante y fría; más bien podemos encontrarnos con despliegues de afectos y de expresiones mucho más libres y diversas.

El otro día tuve un problema con mi hija, ella me dijo que yo no la quería porque varias veces le había dicho que era una cualquiera igual que su madre, y bueno, a lo que me dijo eso me desarmó y le pedí perdón, que nunca más lo iba a hacer y que eso lo hice sin pensar y que no era verdad y en esa época estaba muy equivocado, le pedí un abrazo y ella no quería y lloraba, la menor estaba ahí al ladito también llorando y se acercó y me abrazó y luego se acercó la mayor. Allí estuvimos un rato abrazados y llorando (H10: 27 años, TSU, trabajando).

En la mayoría de relatos es posible apreciar cómo es necesaria la presencia de un estímulo externo para conectarse con la sensación inspiradora de las emociones, al recurrir a grandes sucesos para reconocerlas y permitir que se expresen en la cotidianidad; esta realidad nos muestra una suerte de analfabetismo emocional que deviene desconexión cultural en la que están inmersos los hombres.

Para poder conectarme con las emociones, pensando en ellas como aquello que te inspira, necesito sentir algo trascendente y en los últimos años eso ha ocurrido en pocas ocasiones, con el nacimiento de mi hija, la guerra en Irak (H6: 23 años, estudiando licenciatura, sin trabajo).

A MODO DE CONCLUSIÓN

La contribución central de esta investigación radica en mostrar cómo el campo de las emociones continúa siendo un tabú y un escenario obviado y evitado por las masculinidades, condicionadas y limitadas por la necesidad de demostrar constantemente la seguridad y el poder, asociados con el control y el manejo de las emociones.

El miedo y el dolor a la pérdida de la imagen de sí conecta a los hombres con los aspectos incómodos y desestabilizadores de su aparente tranquilidad, que se asocia con la sensación de seguridad y control del entorno. Cada relato nos sitúa ante la necesidad que atraviesa a cada hombre, desde sus masculinidades, de tener que luchar para mantener el *statu quo*, considerado como un espacio libre de contrariedades y no necesariamente de dificultades, las cuales significarían un aliciente para el crecimiento; en cambio, las contrariedades son señal de pérdida asociada con la inca-

pacidad para manejar los asuntos cotidianos, quedando en evidencia un hombre frágil y vulnerable que no sería capaz de alcanzar la tranquilidad.

Un aspecto fundamental de la construcción de las masculinidades es asumirse como hombres con carácter, y es la rabia la que prevalece como emoción ante cualquier situación de malestar, expresada con el golpe, la descalificación, cargando sus cuerpos de ira; repertorio de conductas que resultan inflexibles y rígidas. También se observan las formas de negociación o gestión de esta emoción, que en cierta medida se basa en la acumulación e intento de controlar las sensaciones incómodas, proceder de modo introspectivo y evitar exteriorizar sus sentimientos.

El hombre intenta responder a las asignaciones establecidas por la masculinidad hegemónica, como dicta la norma, pero aquellas están en movimiento y en negociación con diferentes situaciones como el tiempo, el contexto, la historia de la relación, la función paterna, entre otras sujetas a modificación, a medida que la mujer se posicione en diferentes espacios y asuma otras responsabilidades.

El hecho de profundizar en las vidas cotidianas de diez hombres nos permitió constatar cómo las vivencias de las emociones responden a condiciones multifactoriales que delimitan las formas de pensar, sentir y actuar, adhiriéndose a una estructura y una imagen de sí, al ser producidas y reproducidas en un contexto cultural, social e histórico particular donde, como sostiene Butler (2002), no proceden como un acto único sino como un acto performativo “que no puede ser entendido fuera de un proceso de iterabilidad, una regulada y limitada repetición de normas [...] esa iterabilidad implica que el performance no es un acto, o evento, singular, sino una producción ritualizada” (p.95). En este escenario reducido de movimientos el hombre desplegará su imagen de sí y sus esfuerzos irán orientados a mantener indemne su figura y así proteger su lugar en el mundo de lo público, como aquel que debe ser seguro de sí.

REFERENCIAS

Bonino, L. (2004). Obstáculos y resistencias masculinas al comportamiento igualitario. Una mirada provisoria a lo intra e intersubjetivo. *Actes Séminaire International Les Hommes en changements: les resistances mas-*

- culines aux changements dans une perspective d'égalité*. Université de Toulouse-Le Mirail, 177-180.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2010). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler J. (2007). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Dussel, E. (2007). *Para una erótica latinoamericana*. Salamanca: Sígueme / El Perro y La Rana.
- Foucault, M. (1987). *Historia de la sexualidad 3: la inquietud de sí*. México: Siglo XXI
- Fuller, N. (1995). En torno a la polaridad marianismo-machismo. En L.G. Arango, M. León & M. Viveros (Comps.), *Género e Identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Santa Fe de Bogotá: Tercer Mundo / Uniandes / UN / Facultad de Ciencias Humanas.
- Gutmann, M. (1998). Ser hombre de verdad en la Ciudad de México. Ni machista ni mandilón. En T. Valdés & J. Olavarría (Comps.), *Masculinidad y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Heritier, F. (2007). *Masculino / Femenino II*. Buenos Aires: FCE.
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés & J. Olavarría. (Eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago de Chile: Ediciones de las Mujeres, 24, Isis Internacional/FLACSO.
- Leverenz, D. (1986). Manhood, humiliation and public life: Somestories. *Southwest Review*, 71(4), 442-462.
- Monsiváis, C. (2004). Comentario/ Crónica de aspectos, aspersiones, cambios, arquetipos y estereotipos de la masculinidad. En *Desacatos*, 2004 (otoño-invierno). Recuperado el 23 de julio de 2014, de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13901606> ISSN 1405-9274.
- Salas, J. M. & Campos, A. (2001). La masculinidad en el nuevo milenio. Conferencia inaugural del *Primer Encuentro Centroamericano de Masculinidades*. Recuperado de <http://www.sexologia.com/>
- Seidler, V. (2006). *Masculinidades, culturas globales y vidas íntimas*. Madrid: Ediciones de Intervención Cultural.

- Strauss, A. & Corbin, J. (1990). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Taylor, S. & Bogdan, R. (1986). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*. Buenos Aires: Paidós.

El amor y desamor masculinos: una expresión de género de las emociones y los sentimientos de los hombres en las canciones de bolero

FERNANDO HUERTA ROJAS

Resumen: *El objetivo de este trabajo es desarrollar algunas primeras reflexiones sobre las concepciones, creencias y prácticas socioculturales de género que los hombres tienen del amor y el desamor, contenidas en algunas letras del género musical bolero.*

Metodología: *se consideran los siguientes escenarios: I. Las canciones del amor sincero y verdadero. II. Las canciones del tránsito del amor sincero al control sentimental de la amada. III. Las canciones como el amor y desamor masculinos transaccionan a las mujeres, entre el grupo juramentado.*

Palabras clave: *bolero, amor y desamor masculinos, grupo juramentado.*

Abstract: *This purpose of this paper is to develop some preliminary reflections on the sociocultural conceptions, beliefs and practices that men have about love and heartache, as expressed in the lyrics of the musical genre known as bolero. Methodology: The following scenarios are examined; I. Songs about true, genuine love. II. Songs about the transition from genuine love to sentimental control of the loved one. III. In songs about masculine love and heartache, women are exchanged among the sworn group.*

Key words: *bolero; masculine love and heartache; sworn group.*

AFINANDO LA VOZ

El amor y el desamor constituyen una de las experiencias más contradictorias e intensas en la vida de las personas, y en especial de los hombres. En este trabajo se desarrolla una aproximación a algunas letras del bolero mediante las cuales se expresan sentimientos y emociones que dan sentido y significan las formas como los hombres, desde la experiencia de vida

de su condición genérica masculina, expresan la realidad sociocultural e histórica en la que aprenden la estética, los estilos, las formas, las representaciones, los usos, los alcances y significados del amor y desamor. En este sentido, el bolero es una forma, expresión y género musical mediante el cual los hombres interpretan, usan y se apropian de canciones, cuyas narrativas comunican y simbolizan la experiencia de vida, la sexualidad, la subjetividad, la identidad, la performancia y estética sentimental de ser y estar en el mundo.

Cada hombre, desde la diversidad y desigualdad de su condición de género, situación vital de clase, posición política, cultura, sexualidad, etnia, escolaridad, conyugalidad, actividad laboral, territorialidad, religión, lengua, experimenta la complejidad afectiva de las emociones y los sentimientos vividos en los diferentes momentos de sus vidas y con distintas personas. De esta forma, comparten las alegrías y las tristezas, la felicidad y la infelicidad, el encanto y la desilusión como desde el grupo juramentado se interpreta la canción romántica. De ahí la importancia de investigar acerca de cómo estos viven, de forma diversa, diferenciada y desigual la experiencia emocional y sentimental del amor y desamor. El análisis e interpretación seguidos aquí dan cuenta de la orientación heterosexual de las relaciones entre las mujeres y los hombres, lo cual responde a una de las exigencias mandatadas por la cultura e ideología patriarcales que los hombres y las mujeres deben cumplir.

Consideramos que la experiencia sentimental de la heterosexualidad masculina es parte del proceso complejo como los hombres, en tanto sujetos de género e integrantes del grupo juramentado, aprenden, introyectan, conceptualizan, semantizan, musicalizan y hacen cultura, el sentido y contenido de la racionalidad heteronormativa del deseo sexual, cuyas expresiones del orden emocional y sentimental se enmarcan en contextos y realidades socioculturales específicos. Por ello, otro de los objetivos planteados es conocer, analizar y comprender de qué forma el amor y desamor masculinos constituyen discursos contradictorios sobre las expresiones afectivas significadas en la estructura y composición de algunas letras de canciones del género bolero.

Las canciones consideradas aquí se basan en la experiencia, gusto personal y en la revisión y escucha de varias y varios de su intérpretes, así como su análisis, son resultado de inquietudes, acercamientos y preguntas

que guiaron esta primera exploración sobre las formas musicales como los hombres cantan, desde el poder de su sexualidad, el accionar simbólico hegemónico de la diferenciación sexual que les define, subjetiva e identitariamente, como sujetos de amor ilimitado, totalizador, chantajista, autovictimizador y transaccional.

Deseamos especificar que todo lo relacionado con los planteamientos teóricos sobre el bolero, las emociones, los sentimientos, la condición genérica y situación vital de los hombres y el grupo juramentado son desarrollados a pie de página, y se retoman para el análisis y la reflexión que se van haciendo de las letras de las canciones.

CONTEXTO SOCIOCULTURAL Y ECONÓMICO-POLÍTICO

Se considera las décadas de 1930 y 1960 como el periodo de mayor presencia, desarrollo, auge y audiencia en este país, de géneros musicales procedentes, principalmente, del Caribe, como son el danzón, el mambo, el chachachá y el bolero. Esto no implica que antes o después de este periodo la interpretación, el baile y el canto de estos tipos musicales no hayan tenido, o tengan aún, diversos intérpretes, medios y espacios de expresión.

Durante estas décadas, México vivió diferentes procesos de cambios significativos (basados en la desigualdad) que le permitieron tener un desarrollo y crecimiento centrados en los ámbitos de: i) *Lo económico*: poniendo el énfasis en la implementación de un modelo moderno de crecimiento basado en la industria y lo financiero. Así, la industria petrolera, que fue nacionalizada, se convirtió en el principal bastión de la productividad, acompañada de otras industrias como la textil, la automotriz, la eléctrica. El llamado *milagro mexicano* del desarrollo económico sentó las bases para la consolidación de una burguesía mejor estructurada y fortalecida que contó con el beneplácito de una clase política que se debatió entre la creación de una cultura e ideología nacionalistas, y la necesidad del apoyo de una fuerte inversión de capitales financieros, tanto extranjeros como nacionales. ii) *Lo político*: se trata del periodo en el que el desenlace del proceso revolucionario (calendarizado de 1910 a 1917) se institucionaliza bajo los principios de una ideología y una cultura nacionalistas con las que el estado y sus instituciones se presumen y orientan como modernos, así como por la conformación, transformación y adecuación de un partido po-

lítico *ad hoc* (Partido Nacional Revolucionario, Partido de la Revolución Mexicana y el actual Partido Revolucionario Institucional) que pretenden, en la simultaneidad de generar una supuesta voluntad popular e identidad nacional homogéneas, garantizar la concreción e implementación de un proyecto nacional político, emanado y sustentado en los fundamentos de una revolución interrumpida, plantearía Adolfo Gilly (1977). iii) *Lo social*: la apuesta del crecimiento económico basado en la industria generó un proceso caracterizado por desigualdades de todo orden: el desarrollo y expansión paulatinos de las ciudades las convirtieron en los centros primordiales para la concentración de una población que creó formas y condiciones socioculturales de vida urbana y subordinó las rurales, con lo cual, grupos y sectores sociales, en sus expresiones y composiciones diversas, como el de las obreras y los obreros, el magisterio, las y los jóvenes, las mujeres y agrupaciones de colonos, entre otros, emergieron como las y los actores sociales principales de la vida y el movimiento de y en las ciudades. Esto comprendió, entre otros aspectos, una recomposición de las clases sociales en el país donde, además de lo ya mencionado, los proyectos de política pública y empresariales acentuaron la división de clases en cuanto al acceso y lugar asignado a la vivienda, la salud, la educación y la diversión de los habitantes del país, privilegiando a las clases medias y altas. iv) *Lo cultural*: igual que los anteriores ámbitos, este también se distinguió por una serie de contradicciones de desigualdad y de una creatividad e impronta vastas, innovadoras, contestatarias, multidisciplinarias y significativas en diferentes grupos y sectores sociales del país. Expresión de lo anterior se encuentra en la propuesta de educación pública integral del aprendizaje, de cuño vasconcelista, centrada, inicialmente, en la enseñanza primaria y posteriormente ampliada a los niveles de secundaria y media superior, la cual se significó por difundir una cultura de nacionalismo revolucionario alentada, entre otros, por Moisés Sáenz, Samuel Ramos, Manuel Puig, Rafael Ramírez, Andrés Molina Enríquez, Manuel Gamio. Como parte importante de esta historia y contexto académico, se encuentra la era moderna de la educación superior, con la creación de la Universidad Nacional Autónoma de México como una de sus instituciones más representativas.

En cuanto al mundo de las artes, en las plásticas sobresalen creadoras y creadores de la talla de: Frida Kahlo, Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros, Leonora Carrington, Remedios Varo, Nahui Ollin,

María Izquierdo, José Luis Cuevas, Manuel Felguérez, Lilia Carrillo, Fernando García Ponce, Vicente Rojo, Alberto Gironella, Teresa y Ana María Pecanins, Juan O’Gorman, Pablo O’Higgins. En lo que toca al cine, la gama también es amplia: Gabriel Figueroa, Emilio Fernández, Julio Bracho, Roberto Gavaldón, Ismael Rodríguez, Luis Buñuel, *Cantinflas*, *Tin Tán*, Pedro Infante, Jorge Negrete, Pedro Armendáriz, *Resortes*, María Félix, Dolores del Río, Blanca Estela Pavón, Marga López, Andrea Palma, Sara García, *Tongolele*, Ninón Sevilla, Silvia Pinal, Elsa Aguirre, Jacqueline Andere, Ofelia Medina, Isela Vega, Julio Alemán, Jorge Rivero, *El Piporro*, *El Santo*, *Blue Demon*, Julián Soler, entre otros. En la fotografía destacan: Manuel Álvarez Bravo, Luis Márquez Romay, Agustín y Raúl Martínez Solares, Alex Phillips.

En cuanto a las letras, la gama también es amplia: Alfonso Reyes, Salvador Novo, Carlos Pellicer, Xavier Villaurrutia, Agustín Yáñez, Juan Rulfo, Octavio Paz, Renato Leduc, Efraín Huerta, Jaime Sabines, Jaime Torres Bodet, Carlos Fuentes, José Revueltas, Juan de la Cabada, Jorge Ibargüengoitia, José Emilio Pacheco, Fernando del Paso, José Agustín, Carlos Monsiváis, Guillermo Samperio, José Carlos Becerra, Rosario Castellanos, Elena Garro, Pita Amor, Margo Glantz, Elena Poniatowska.

Con respecto a la música, las expresiones comprenden varios géneros y sus intérpretes, entre los que destacan: a) aquellos que musicalizaron el proceso de la conformación del nacionalismo revolucionario, como Blas Galindo, Silvestre Revueltas, José Pablo Moncayo, Carlos Chávez; b) las y los que, en contrasentido conservador a las demandas zapatistas contenidas en el Plan de Ayala, exaltaron y reivindicaron la vida rural hacendaria y campesina, con representaciones folclóricas de docilidad *light*, mediante la creación e interpretación del corrido y canto ranchero, y entre cuyas figuras destacan: Tito Guízar, Lucha Reyes, Pedro Infante, Jorge Negrete, José Alfredo Jiménez, Luis Aguilar, Antonio Aguilar, Javier Solís, Cuco Sánchez, Amalia Mendoza *La Tariácuri*, Flor Silvestre, Chavela Vargas, Lola Beltrán, Lucha Villa; c) las y los que cantaron y bailaron con sabor a trópico, en salones de sexualidad fichera, al ritmo del danzón, el mambo, el chachachá, como *Tongolele*, Ninón Sevilla, Rosa Carmina, Meche Barba, Dámaso Pérez Prado, Acerina y su Danzonera, Carlos Campos, Celia Cruz, La Orquesta Aragón, Orquesta de Enrique Jorrín, Lobo y Melón, Mariano Mercerón, la Orquesta de Pablo Beltrán Ruiz; d) las y los que le cantaron, en la simultaneidad sentimental de tríos y requintos del bolero, al amor,

la alegría, la ilusión, el desamor, la tristeza, la desilusión, como Agustín Lara, Los Panchos, Los Tres Ases, Los Tres Caballeros, Álvaro Carrillo y Pepe Jara, María Luisa Landín, Amparo Montes, Toña *La Negra*, Consuelo Velázquez; e) las y los que, entre girones de *rebeldía sin causa*, irreverencia de identidad y subjetividad juvenil, de la consolidación de lo urbano y la ciudad como espacios contemporáneos de vida, cantaron y bailaron al compás del rocanrol junto al dique meloso de la balada moderna, como lo fueron Enrique Guzmán y Los Teen Tops, Alberto Vázquez, César Costa, Johnny Laboriel, Manolo Muñoz, Los Rebeldes del Rock, Los Locos del Ritmo, Los Hooligans, Angélica María, Julissa, Leda Moreno, Vianey Valdez, Carlos Lico, Armando Manzanero, Roberto Jordán, Leo Dan, Julio Iglesias, Raphael, José José, Los Ángeles Negros, Los Terrícolas, Roberto Carlos.

Desde este contexto histórico, económico y sociocultural cabe señalar que el mundo de la denominada música popular y romántica va de la mano con el desarrollo de una parte de las industrias culturales, cuyas innovaciones e incorporaciones del orden tecnológico está presente, entre otros ámbitos, en el de la radiofonía, la producción discográfica, el cine y la televisión. En este sentido, y con base en el estudio de De la Peza Álvarez (2001), se puede mencionar lo siguiente: el radio, como una de las primeras industrias culturales y trasmisoras de aquellos géneros musicales que considera como más rentables, en lo económico y sociocultural, tuvo en el bolero uno de los géneros musicales que contribuyeron, a nivel nacional, a la difusión de formas tradicionales de concepciones, prácticas y sensibilidades de las emociones y los sentimientos, entre cientos de hombres y mujeres radioescuchas. Las sintonías de estaciones radiofónicas como XEW, XEQ, XEB, La B grande de México, XERC y El Fonógrafo resultaron ser los canales principales del canto bolerístico con cobertura nacional y significación popular, mediante la sintonía de bandas (más) de amplitud modulada (AM) y (menos) de frecuencia modulada (FM). La experiencia cultural y tecnológica de la radio en la vida cotidiana de mujeres y hombres fue conformando una memoria musical colectiva en la que el bolero ocupó, y ocupa, un lugar importante al contar con un espacio en el que la repetición, la retórica y musicalización (mediante los programas, las complacencias musicales, las entrevistas a los artistas, el relato de sus anécdotas, entre otros aspectos) grabaron en las mentes de los radioescuchas la narrativa, la semántica y las representaciones del amor y desamor hechos bolero.

De manera simultánea, otra de las industrias culturales como la discográfica proporcionaba, de forma boyante, la reproducción ampliada del capital musical de lo que se ha considerado como uno de los principales, y en otras no tanto, géneros musicales: el bolero. Compañías discográficas como Orfeón, Musart, RCA Victor, Polygram, Warner, EMI, Sony, entre otras, se convirtieron en las principales productoras y distribuidoras del registro y almacenamiento electrónico, atemporal, doméstico y comercializado de la música en su versión grabada. De esta forma, y en interconexión con otras dos de las industrias culturales visuales y sonoras del capitalismo moderno, como el cine y la televisión, permitieron una omnipresencia de la música, principalmente de la denominada popular, allende y aquende de las fronteras familiares, socioculturales, territoriales de miles de personas. La conjugación de lo sonoro, visual y escénico tuvieron en las películas, discos y programación radiofónica, la interconexión de todos los actores sociales (artistas, cantantes, grupos musicales y el público consumidor) mediante la producción, exhibición y comercialización de las *películas* (con los artistas y cantantes más destacados del momento, como Pedro Infante, Jorge Negrete, Pedro Armendáriz, María Félix, Dolores del Río, Elsa Aguirre; tríos como Los Tres Calavera, Los Panchos, Los Tres Ases; intérpretes como Pedro Vargas, Agustín Lara, Marco Antonio Muñoz, Daniel Riobobos, Carlos Lico); *discos* (sencillos, álbumes y colecciones), programas de televisión musicales y comedias (Noches Tapatías, La Hora Azul, Domingos Hérdez, La Hora Celanese, El Show Estelar Mennen, El Club del Hogar, Estudio Raleigh, entre otros), *programas de radio* (Páginas del recuerdo, Siempre bolero, La hora de Pedro Infante, La hora del aficionado, La hora íntima, por citar algunos). Así, la música popular mexicana y extranjera tuvieron en estas industrias culturales un marco vasto para el mercado sentimental, con altos desarrollos tecnológicos y electrónicos, en el que el bolero, entre vicisitudes, mantiene y actualiza su narrativa, semántica, simbolización y representación del amor y desamor en el mundo de las relaciones de pareja.

EL ABORDAJE METODOLÓGICO

Con base en lo anterior, y como parte de la metodología seguida en la investigación, se parte de los siguientes presupuestos:

a) Las emociones son significaciones sentimentales¹ como los hombres, desde la experiencia de vida de su condición genérica masculina y situación vital,² expresan la realidad sociocultural e histórica en las que aprenden y ponen en práctica el conjunto de aprendizajes sexuales, sus estéticas, las formas, los estilos, las representaciones, los usos, los alcances y simbolizaciones del amor y desamor.

b) El amor y el desamor forman parte de la experiencia emocional como los hombres se implican en algo,³ es decir, las formas sentimen-

1. Para Ana María Fernández Poncela, las emociones y los sentimientos representan una de las experiencias humanas bio-psico-socio-culturales más intensas y contradictorias, lo cual las implica en una relación íntima e indisociable. En este sentido, plantea que las “emociones son las formas en que experimentamos el mundo y las respuestas emocionales reflejan la cultura, toda vez que son moldeadas por ellas. Los seres humanos significan las imágenes y prácticas culturales, las animan y recrean a través de procesos —proyección e introyección— relacionados con la biografía propia, con estrategias y prácticas intrapsíquicas e interpersonales en el marco cultural” [Por esto], “pensar en la emoción, hablar del sentimiento, se antoja algo más que complejo, ya que atrapar la energía emocional y traducirla en palabras es prácticamente imposible, lo que sí hacemos y queremos remarcar, son acercamientos al sentir, coqueteos con las sensaciones y percepciones, guiños a los sentimientos, interpretaciones varias, pero poco más que eso. Aún así, nos vamos a zambullir en la marea emocional y nadar en su universo que es, por definición: incommensurable, complejo, diverso, subjetivo, misterioso y apasionante. En todo caso, como señala Morin, el hablar de las emociones, es ser hablado por ellas” [Con base en esto, se puede considerar que] “*las emociones* son básicamente —si tuviéramos que elegir una definición— procesos físicos y mentales, neurofisiológicos, psicológicos y culturales, básicos y complejos. Sentimientos breves de aparición abrupta y con manifestaciones físicas, tales como, rubor, palpitaciones, temblor, palidez. Duran poco tiempo. Se acompañan con agitación física a través del sistema nervioso central. Mueven, dan o quitan ánimo. *Los sentimientos* son las emociones culturalmente codificadas, personalmente nombradas y que duran en el tiempo. Secuelas profundas de placer o dolor en la mente y todo el organismo” [En cuanto a la relación y distinción entre emoción y sentimiento], “aquí lo hacemos en el sentido de que la primera es la reacción emocional breve, relacionada con la conciencia inmediata, la expresión primaria espontánea, intensa e instantánea bañada de corporeidad, y el segundo, dura más tiempo, puede resultar aparentemente menos intenso, llega del cuerpo por la emoción o de la mente con una idea, lo cognitivo, y es cuando ya permanece con nosotros el suficiente tiempo como para sentirlo y nombrarlo a la vez, esto es, se interpreta” (2011, pp. 2, 3).
2. Marcela Lagarde plantea que la *condición de género* de las mujeres y los hombres es histórica y su contenido es su ser social y cultural. En este sentido, considera que la condición genérica “es el conjunto de circunstancias, cualidades y características esenciales que define a la mujer [y al hombre] como ser social y cultural. Es histórica, en tanto que es diferente a natural, opuesta a la llamada naturaleza femenina [y masculina], es decir, al conjunto de cualidades y características atribuidas a las mujeres [y los hombres] —desde formas de comportamiento, actitudes, capacidades intelectuales y físicas, hasta su lugar en las relaciones económicas y sociales, y la opresión que las somete, cuyo origen y dialéctica escapan a la historia y pertenecen, para la mitad de la humanidad, a determinaciones biológicas congénitas ligadas al sexo” (p.65). Con base en esto, señala que la condición genérica de las mujeres y los hombres están constituidas por el conjunto de relaciones de producción, reproducción y todas aquellas que les son vitales, así como las formas en que participan en ellas; por las instituciones políticas y jurídicas que las contienen y norman, y las concepciones del mundo que las definen y las explican (p.66). En cuanto a la *situación vital*, plantea que se basa en la existencia concreta, individual y colectiva, así como en el conjunto de características que tienen y definen a las mujeres y los hombres, de acuerdo con determinadas circunstancias históricas que expresan la particularidad de realidades y condiciones específicas de vida, como lo son: la formación social en la que se nace, vive y muere cada quien; en los tipos de relaciones de producción-reproducción que determinan y definen la clase, el grupo de clase, la etnia, la lengua, la orientación sexual, la edad, la escolaridad, la actividad laboral, la condición conyugal, la filiación familiar, la religión, los niveles de vida, el acceso a los bienes materiales, económicos, culturales y simbólicos, el tipo y calidad de conocimientos y saberes y la particular concepción del mundo y la vida que se poseen, en lo colectivo e individual (1990, p.67).
3. Para Agnes Heller, “sentir comprende estar implicado en algo [...] Ese ‘algo’ puede ser cualquier cosa: otro ser humano, un concepto, yo mismo, un proceso, un problema, una situación, otro sentimiento... otra impli-

tales como vivencian su ser y estar en el mundo, mediante el canto de discursos afectivos contradictorios, significados en las canciones de los boleros.

c) El bolero es una expresión simbólica como los hombres, de forma compleja, contradictoria, consciente e inconsciente, socializan e interactúan los códigos de la dominación masculina (sexista y misógina), mediante la interpretación de canciones que mantienen en el cautiverio⁴ a las personas a las que aman y desaman y que se sitúan en temporalidades de larga o corta duración, según la intensidad, nivel y profundidad de la relación y sus correspondientes emociones y sentimientos desarrollados.

d) El bolero es un género musical en cuyas letras se subjetiva y objetiva el poder de dominio sentimental de los hombres y que, desde su pertenencia al grupo juramentado,⁵ negocian y transaccionan a las mujeres, en

cación. El que yo esté implicado en algo no significa de ningún modo que 'algo' sea un objeto determinado concretamente. Por ejemplo, puede haber deseo o temor 'sin objeto' (ansiedad). Pero, el 'algo' en que estoy implicado, por indeterminado que pueda ser tal pensamiento, es el cualquier caso algo presente. Si experimento ansiedad, estoy implicado, negativamente, en ser-en-el-mundo. La implicación puede ser positiva o negativa, activa o reactiva, y también directa o indirecta [...] La 'amplitud' de la implicación reactiva, está en relación recíproca con el grado de 'familiaridad' generado por la información. cuanto más extensas sean las integraciones y más generales los conceptos con los que me identifico, más amplio es el círculo de mi implicación [...] La implicación no es un 'fenómeno concomitante'. No es que haya acción, pensamiento, habla, búsqueda de información, reacción, y que todo eso esté 'acompañado' por una implicación en ello; más bien se trata de que la propia implicación es el factor constructivo inherente del actuar, pensar, etc., que la implicación está incluida en todo eso, por vía de acción o reacción [...] Una implicación de gran intensidad es también considerablemente limitada en duración [...] Al tiempo, no hay una sociedad que no trate de regular la intensidad de la expresión del sentimiento y, en el caso de ciertos tipos de sentimientos, incluso sus contenidos. Esa regulación, normalmente toma la forma de costumbres y ritos. Los sentimientos son regulados por las costumbres y ritos sociales, en tal forma que el límite superior de intensidad social prescrito y aceptado, así como sus contenidos, no superan el límite tolerado por la homeostasis biológica" (Heller, 2004, pp. 15, 16, 17, 18, 19).

4. Para Marcela Lagarde, el cautiverio es la categoría antropológica que sintetiza el hecho cultural de las mujeres y define su condición en el mundo patriarcal, a partir de que: el poder de dominio masculino es el eje hegemónico que transversaliza las relaciones intergeneracionales; las mujeres devienen en cautivas al ser privadas de su autonomía e independencia para vivir, lo cual las sujeta a una dependencia vital conducente para que sus vidas sean gobernadas por otras personas —principalmente los hombres—, y por las instituciones, como el estado, el matrimonio, la familia, la iglesia. Está copiado de la página 11 del texto. Por ello, plantea que "el cautiverio caracteriza a las mujeres en cuanto al poder de la dependencia vital, el gobierno de sus vidas por las instituciones y los particulares (los otros), la obligación de cumplir con el deber ser femenino de su grupo de adscripción, concretado en vidas estereotipadas, sin opciones. Todo esto es vivido por las mujeres desde la posición de subordinación a que las somete el dominio de sus vidas [...] Las mujeres están sujetas al cautiverio de su condición genérica y de su particular situación caracterizada por la opresión. El cautiverio de las mujeres se expresa en la falta de libertad concebida como el protagonismo de los sujetos sociales en la historia, y de los particulares en la sociedad y la cultura [De ahí que] el poder es la esencia del cautiverio de la mujer y de los cautiverios de las mujeres" (Lagarde, 1990, pp. 139-141).
5. El Grupo Juramentado es una categoría creada por Jean Paul Sartre, y resignificada feministamente por Celia Amorós. Retomo esta categoría, como uno de los aportes conceptuales mediante los cuales se puede conocer el conjunto de aspectos históricos, socioculturales económico-políticos de la condición genérica de los hombres. La pertenencia y lugar ocupados de estos, en las grupalidades a las que se adscriben a lo largo de sus vidas, son escenarios en los que la cultura, la ideología, las simbolizaciones y significados patriarcales de los mandatos y atributos masculinos dan sentido a la existencia, formas particulares y colectivas de deber y

el marco de los pactos seriales patriarcales, significados en las relaciones sentimentales que establecen con las mujeres a las que aman y desaman.

e) El bolero como forma, expresión y género musical es un lugar⁶ emocional en el que los hombres, mediante la performance de género

tener que ser hombres. Por ello, Amorós plantea que el grupo juramentado es el espacio político masculino al que, por condición de género, proceso filosófico, cultural, social e histórico los hombres se integran, adscriben y generan un sentido de pertenencia. Asimismo, es el lugar de conformación del aprendizaje del deber ser y existir de los hombres, lo cual se realiza en la mediación con las estructuras de la organización de la sociedad, sus prácticas culturales y el conjunto de instituciones políticas, públicas, civiles y privadas que son puestas a disposición de estos para la efectividad del troquelado de la unidad de los *iguales*. Destaca que la unidad política juramentada de los hombres, en tanto tales, tiene como basamento ontológico que lo ente se reúne con lo ente, esto es, la unión de lo semejante con lo semejante, comprende una integración sin fisuras del círculo apretado de pares mediante la cual, lo mismo no deja paso a la alteridad (o sea las mujeres), ya que pensamiento y ser pactan la creación del discurso fidedigno que argumenta y justifica que los iguales solo son juntos, en tanto que son, y solo son en tanto que son juntos y los mismos. Define al grupo juramentado como “un constructo práctico que responde a una situación reflexiva del grupo en relación con su propia constitución; la situación reflexiva se produce, a su vez, bajo la presión de una amenaza exterior de que el grupo se disuelva o se diluya como tal, de manera que el propio grupo es percibido como condición *sine qua non* del mantenimiento de la identidad, los intereses y los objetivos de todos sus miembros. Pocas veces en la historia, los grupos juramentados se han constituido explícitamente como patriarcales —es decir, pactando temáticamente contra las mujeres—, pero, en cualquier caso, su carácter patriarcal entra como un presupuesto constitutivo del juramento: se exteriorice éste o no en una ceremonia ritual, la ‘hombría’ o ‘la caballerosidad’ son un componente esencial que hace de la ‘palabra dada’ un compromiso serio y solemne [...] El grupo juramentado, en la medida en que debe su consistencia a la tensión práctica de todos y cada uno de los individuos que lo componen, no puede establecerse sino sobre la base de relación de ‘reciprocidad mediada’, como diría J.P. Sartre, es decir, del libre pacto de fidelidad a la causa común de cada cual con cada cual en el que se ponen por testigos a todos los demás (recuérdese que hasta hace relativamente poco, la mujer no podía ser testigo, entre otras cosas)” (1990, p.11).

6. En relación con esto, Rossana Reguillo plantea que “la música, el habla, la apariencia estética y las relaciones con la tecnología, son ejes claves para entender la constitución del ‘yo’ en la modernidad tardía. Se trata de ‘lugares’ en el sentido dado a ese concepto por Michel de Certeau, de alta densidad, tanto simbólica como estructural, que se han construido en modos, muy importantes, de identificación y diferenciación en sociedades que asisten tanto al quiebre histórico o reconfiguración de los dispositivos principales de socialización (familia y escuela, principalmente) como al debilitamiento de los espacios de acuerpamiento e interacción social. En tanto prácticas, la música y el habla, la estética y las relaciones con la tecnología operan hoy como marcadores culturales de las identidades, especialmente, aunque no de manera exclusiva en el ámbito de las culturas juveniles. En el territorio de estas prácticas, en la frecuentación y acceso a sus códigos, reglas y diversidades simbólicas implicadas, se tejen vínculos fundamentales entre el yo el nosotros. Ahí el mundo, como experiencia subjetiva, adquiere su sentido social por la (co)presencia de un(os) otro(s) que ‘iguales’ y ‘diferentes’ simbolizan los ritos de apertura y clausura que dinamizan a las identidades sociales y garantizan, al tiempo que imposibilitan, paradojas de la identidad, la existencia del ‘yo’ [de ahí que la reflexión considere] el vínculo significativo entre identidades juveniles y la música, en el contexto de una globalización que de manera inexorable ha venido operando una ‘transversalización’ de los espacios en los que se construyen, conviven y se expresan las identidades sociales. Lo que intento apuntar con esta última idea, es que hoy las prácticas culturales se mueven y se alimentan, simultáneamente, en múltiples planos que van de lo local a lo global, desafiando las nociones de espacio, vinculadas a la idea de un lugar geográficamente delimitado [Por todo esto], propongo pensar la música como un ‘lugar’, mientras que a los emplazamientos propongo pensarlos como prácticas [...] Por ello la música, en tanto analizador cultural, se convierte en el territorio capaz de hacer hablar la complejidad de los procesos de configuración de identidades juveniles y los referentes que los nutren, los afirman, los debilitan” (2000, pp. 41 y 48).

masculina⁷ interpretan, usan y se apropian⁸ de canciones cuyas narrativas comunican formas sentimentales contradictorias, como el sentido del amor y desamor es significado, en tanto valores simbolizados de alegría y tristeza, desde los cuales se vivencian las emociones y los sentimientos.

f) El bolero es un discurso en el que la caballería, la seducción, el encanto, la soberbia y la misoginia sirven de andamiaje a la jactancia varonil como la conquista sexual de las mujeres; elabora mitologías y

7. Con respecto a la performatividad de género, Judith Butler plantea que en la definición de las sociedades y las culturas, “el ‘sexo’ es un ideal regulatorio que se impone y se logra (o no) mediante ciertas prácticas sumamente reguladas. En otras palabras, el ‘sexo’ es una construcción ideal que se materializa obligatoriamente a través del tiempo. No es una realidad simple o una condición estática de un cuerpo, sino un proceso mediante el cual las normas reguladoras lo materializan y logran tal materialización en virtud de la reiteración forzada por esas normas. Que esta reiteración sea necesaria es una señal de que la materialización nunca es completa, de que los cuerpos nunca acatan enteramente las normas mediante las cuales se impone su materialización. En realidad, son las inestabilidades, las posibilidades de rematerialización abiertas por este proceso las que marcan un espacio en el cual, la fuerza de la ley reguladora puede volverse contra sí misma y producir rearticulaciones que pongan en tela de juicio la fuerza hegemónica de esas mismas leyes reguladoras. Pero, entonces, ¿cómo se relaciona la noción de performatividad de género con esta concepción de la materialización? En el primer caso, la performatividad debe entenderse, no como un ‘acto’ singular y deliberado, sino, antes bien, como la práctica reiterativa y referencial mediante la cual, el discurso produce los efectos que nombra. Lo que, seguramente espero, quedará claramente manifiesto en lo que sigue, es que las normas reguladoras del ‘sexo’ obran de una manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos y, más específicamente, para materializar el sexo del cuerpo, para materializar la diferencia sexual en aras de consolidar el imperativo heterosexual. En este sentido, lo que constituye el carácter fijo del cuerpo, sus contornos, sus movimientos, será plenamente material, pero la materialidad deberá reconcebirse como el efecto del poder, como el efecto más productivo del poder [...] El ‘sexo’ no es, pues sencillamente, algo que uno tiene o una descripción estática de lo que uno es: será una de las normas mediante las cuales, ese ‘uno’ llega a ser viable, esa norma que califica un cuerpo para toda la vida, dentro de la esfera de la inteligibilidad cultural. Las cuestiones que estarán en juego en tal reformulación de la materialidad de los cuerpos, serán las siguientes: 1) la reconsideración de la materia de los cuerpos como efecto de una dinámica de poder [que hace posible] la indisociabilidad de las normas reguladoras que gobiernan su materialización y la significación de aquellos efectos materiales; 2) la comprensión de la performatividad, no el acto mediante el cual un sujeto da vida a lo que nombra, sino, antes bien, como ese poder reiterativo del discurso para reproducir los fenómenos que regula e impone; 3) la construcción del ‘sexo’, no ya como un dato corporal sobre el cual se impone artificialmente la construcción de género, sino como una norma cultural que gobierna la materialización de los cuerpos; 4) una reconcepción del proceso mediante el cual un sujeto asume, se apropia, adopta una norma corporal [...]; 5) una vinculación de este proceso de ‘asumir’ un sexo con la cuestión de la identificación [...] Esta matriz excluyente mediante la cual se forman los sujetos requiere, pues, la producción simultánea de una esfera de seres abyectos, de aquellos que no son ‘sujetos’, pero que forman el exterior constitutivo del campo de los sujetos” (2002, pp. 18 y 19).

8. En su magnífico libro, Carmen de la Peza (2001) plantea que investigar el bolero, en tanto parte del proceso educativo y de la cultura sentimental en México, es relevante, debido a que hay que distinguir las nociones de interpretación, uso y apropiación. “La noción de interpretación se entiende como atribución de significados a las canciones; la noción de uso se refiere a la forma en que el bolero se emplea, se disfruta y se hace servir para algo específico, por ejemplo, se puede cantar, bailar, graba, tocar por el puro gusto de hacerlo, o como parte de un ritual de cortejo, etcétera, y, finalmente, la noción de apropiación remite a la idea de incorporar al bolero, sus contenidos, sus prácticas, como algo propio. Estos tres niveles remiten a los niveles de entender y saber lo que significa, saber aplicarlo a ciertas situaciones concretas e incorporarlo en el propio sistema de valores. En síntesis, podemos decir que la interacción entre los sujetos, los discursos y las prácticas bolerísticas en los distintos espacios en los que circula el bolero, se produce un ‘clima de recepción’ un ‘efecto bolero’ como diseminación de las diferentes interpretaciones y formas de uso y apropiación que de él hacen los distintos sujetos y grupos sociales” (2001, p.14).

proezas tenidas en las distintas relaciones de pareja que experimentan los hombres a lo largo de sus vidas.

g) El bolero es una entidad gramatical de sucesos de las relaciones genéricas, cuyas letras y título de las canciones dan nombre a las experiencias, reales e imaginadas, del amor y desamor como la estética sentimental masculina juega entre el encierro de las mujeres en el cautiverio y la autovictimización por el despecho y la traición de estas.

Con base en lo anterior, se analizan algunas letras de canciones de boleros que permiten identificar ciertas prácticas socioculturales de cómo los hombres, desde su condición de género dominante, elaboran un conjunto de concepciones del mundo y creencias de la vida, mediante las cuales viven la experiencia sentimental del amor y desamor en diferentes momentos de sus vidas y con diferentes personas.

En este sentido, y retomando los planteamientos de Carmen de la Peza (2001), se trata de conocer cómo las estructuras lingüísticas, literarias y musicales de las letras de las canciones del bolero constituyen interpretaciones emocionales y sentimentales como los hombres, desde el grupo juramentado, semantizan los aprendizajes culturales del amor y desamor en los que tienen lugar los siguientes procesos:

- Asegurar que toda forma de expresión sentimental manifiesta a una mujer no les coarte la libertad de amar a otras más (ya sea sucesiva o simultáneamente), así como garantizar ser correspondidos con la misma proporción, o mayor a ella, a la entrega, el interés y la disponibilidad profesada a cada una.
- Demostrar que cualquier forma de expresión emocional y sentimental no implique, ante las y los demás, una posición de debilitamiento o incumplimiento de los mandatos y atributos masculinos dominantes de género, ni que ello ponga en riesgo al grupo juramentado, ya que de ser así, y por obligación, públicamente se debe brindar una amplia, convincente y argumentada justificación, porque de lo contrario se es juzgado por la propia legislación y los mecanismos de los pactos patriarcales del grupo.
- Vivir la experiencia amorosa, de forma compleja y contradictoria, lo cual comprende expresiones emocionales y sentimentales que se articulan entre la alegría, la felicidad, los deseos, la pasión, la ternura, el

triunfo, los imaginarios, los anhelos de amar y ser amado, el fracaso, el desconsuelo, el odio, los celos, los reclamos, el despecho, el desprecio, la violencia, la misoginia, en tanto concepción y práctica de vida que se tiene, con respecto a la propiedad de las mujeres amadas.

- Experimentar, como parte del *desiderátum* sociocultural y la asunción genérica masculinas,⁹ la rivalidad entre hombres por el amor de las mujeres, lo cual comprende: i) la apropiación total o parcial de ellas y su respectivo tráfico e intercambio en el marco de negociaciones realizadas dentro del mercado afectivo masculino; ii) se renuncia a ellas para que se vayan con quien resulte, sociocultural y económicamente, ganador y mejor posicionado en estas transacciones sentimentales; iii) se sitúa en la victimización por no contar o cumplir con los *requisitos masculinos suficientes* para ser merecedor del amor disputado, responsabilizando y culpabilizando a las mujeres de los resultados negativos obtenidos y por el sufrimiento y dolor de un amor profesado no correspondido, mal pagado e innecesario.

9. Al respecto, Daniel Cazés plantea que a partir del *desideratum* o mandato cultural de cada sociedad en torno a la sexualidad, se forman y se estructuran las personas, los géneros y sus relaciones. Con base en el *desideratum* se construyen los contenidos del deber ser hombre y del deber ser mujer, del desear ser hombre y del desear ser mujer, del poder ser hombre y del poder ser mujer. En función de la asignación de género, los sujetos luchan y se esfuerzan durante toda su vida por cumplir, cuando menos, con el mínimo establecido en el *desideratum*. Este es un proceso de fuerte presión social para que el *desideratum* se materialice, y que, desde la experiencia individual, las personas logran hacer propio el deseo impuesto de ser mujeres y hombres, tal y como les es exigido: es así como convierten el deseo social en deseo propio. El *desideratum* induce a los hombres hacia la sabiduría, la fortaleza, la autonomía económica, la creatividad, el desarrollo personal, la autoafirmación, la posesión natural de los poderes de dominio, la racionalidad, la violencia, los únicos seres capaces y responsables de los demás que los constituye como seres para-sí-mismos. Desde la complejidad de este marco, se conforma, configura y constituye al Hombre de Verdad, el cual —plantea Cazés—, en el contexto de las sociedades contemporáneas, se define a partir del conjunto de atributos que debe encarnar, enfatizando su organización en términos de la clasificación y valoración genéricas predominantes en las sociedades contemporáneas, así como las formas en que son asumidos, expresados y vividos en diferentes tiempos y espacios de su vida, a lo que algunos teóricos denominan el *desideratum* cultural y la asunción genérica, en tanto instancias a través de las cuales los hombres construyen su masculinidad. Sobre la base estructural de este orden dominante de género, se definen y delinear los atributos masculinos: a) la capacidad de mandar, organizar, la inteligencia (abstracta y concreta); b) llevar las riendas familiares y de las propiedades; c) ejercer poderes públicos, militares, civiles, definiendo las normatividades tradicional y jurídica; d) definir el pensamiento, las creencias, la interpretación de la historia, la educación y la moral; e) la elaboración sistemática del pensamiento, conocimiento, mitos, las síntesis ideológicas, la difusión de acontecimientos sociales y de las verdades oficiales. Por ello, se puede considerar que de los hombres son: a) La creatividad y los poderes de dominio; b) la racionalidad y la violencia; c) la conducción de otros y la decisión sobre sus propias vidas y las ajenas; d) la creación y manejo de instituciones; e) la invención y conducción de ritos y rituales con los que establece comunicación con la deidad o recrean la identidad del grupo. Por lo tanto, ser Hombre de Verdad plantea exigencias, obligaciones y responsabilidades en diferentes niveles: a) ejercer dominio familiar y tener contra quien ejercerlo, lo que implica ser cónyuge, padre, proveedor, protector, poseedor; b) alcanzar la máxima categoría de virilidad y eficacia (poseer una o más mujeres); c) competir y triunfar en enfrentamientos que implican diversos grados de violencia; d) amasar fortunas y gobernar a un ascendente número de subordinados y sometidos (Cazés, 1995, 1998).

- Poner en práctica el deseo, el erotismo y el ansia penetrativa de la sexualidad masculina sobre los cuerpos femeninos, en tanto tributo y prueba fehacientes de que se es amado por la mujer elegida, o como despedida ante la eminente partida de esta, y quien, por ese *atrevimiento*, merece dejarle una impronta esculpida en su sexualidad y subjetividad.

A partir de esto, se han considerado tres momentos que constituyen las experiencias emocionales y sentimentales desde los cuales se hacen los primeros análisis y reflexiones de cómo los hombres viven el amor y el desamor, expresadas en las letras de algunas canciones del bolero: 1) las canciones del amor sincero y verdadero; 2) las canciones del tránsito del amor sincero a la obligación de ser amado; 3) as canciones como el amor y desamor masculinos transaccionan a las mujeres entre el grupo juramentado.

Las canciones del amor sincero y verdadero, o si pudiera expresarte, en tres palabras, cómo me gustas para dejar volar a la imaginación

Por la histórica y hegemónica construcción patriarcal de la condición de género y situación vital como se ha construido el ser y existir de los hombres en el mundo, es que han aprendido a concebirse, desde la supremacía que esto les brinda, como sujetos para amar y ser amados. Desde este *ubis*¹⁰ los hombres aprenden el complejo de prácticas socioculturales, en relación con las emociones y los sentimientos, cómo deben y tienen que relacionarse con mujeres y con otros hombres. De ahí que, amarse a sí mismos, ser amado por la Otra y el Otro, es uno de los principios que dan sentido y significado al denominado amor romántico, que tiene como basamento la supremacía sociocultural del paradigma Hombre, lo cual, a su vez, es parte del entramado político del grupo juramentado y la performance de género desde el cual los hombres, en lo particular y colectivo, viven, recrean, representan y simbolizan la diversidad cultural de sus identidades genéricas.

10. Para Celia Amorós (1994), el *ubi* es el lugar diferencial de los sujetos en la apropiación de los espacios genéricamente delimitados, y desde donde se configuran y son configurados, de forma desigual y diferenciada, en el proceso de individuación en el mundo, la sociedad y la cultura. En este sentido, Patricia Castañeda Salgado (2007) señala que Celia Amorós define esta categoría como “el lugar que ocupa el sujeto en el mundo, lugar construido ontológica y políticamente. En ese sentido, no se refiere solamente al espacio concreto: involucra, sobre todo, la construcción filosófica y política que le da sentido” (2007, p.4).

Una de las primeras aproximaciones analíticas es considerar que, si bien los hombres tienen todas las condiciones para amar y ser amados, emocionarse y sentir, lo hacen desde las prescripciones que norman la masculinidad hegemónica, la cual les exige el cumplimiento de los mandatos de género, en el sentido de que los hombres no nacieron para amar a una sola mujer y permanecer con ella toda la vida sino amar a varias y que estas, desde la subordinación, aprendan y pongan en práctica los mandatos de género femeninos, como la comprensión, el perdón, el olvido y la fidelidad eterna.

Esto representa una posibilidad de conocer cómo los hombres, en la complejidad y contradicción, son capaces de expresar, desde la plenitud más honesta, imaginativa, deseosa, alegre y libre, el amor y el gusto de amar a las mujeres. Este primer momento corresponde a esa experiencia donde los hombres, desde una sinceridad abierta y una posición no dominante, expresan sus sentimientos, emociones, deseos, anhelos, alegrías, preferencias, fantasías, satisfacciones y capacidades de amar a aquellas mujeres con las que comparten coincidencias, afinidades y proyectos de vida. Desde esta perspectiva, las siguientes canciones elegidas pueden ilustrar lo anterior: *Tú, mi delirio*,¹¹ de César Portillo de la Luz,¹² *Tres palabras*,¹³ de Osvaldo Farrés,¹⁴ *Voy apagar la luz*,¹⁵ de Armando Manzanero.¹⁶

11. Letra disponible en <https://www.musica.com/letras.asp?letra=818514>

12. César Portillo de la Luz (La Habana, Cuba, 1922–2013) fue uno de los músicos reconocidos dentro del género del bolero. Versátil compositor e intérprete, perteneció a esa generación de trovadores cubanos que influyó en el mundo musical de las décadas de los 40 y 50 del siglo xx, con canciones como *Tú, mi delirio*, *Contigo a la distancia*, *Sabrosón*, *Noche cubana*, *Realidad y fantasía*. Desde entonces, su influencia ha sido constatada por diversos intérpretes como Nat King Cole, Pedro Infante, Los Tres Ases, Los Panchos, Caetano Veloso, Plácido Domingo, María Bethania, Tania Libertad, entre otros. Junto con José Antonio Méndez, es uno de los iconos musicales que creó, difundió y trascendió el bolero cubano como un canto de identidad sentimental del amor.

13. Letra disponible en https://www.albumcancionyletra.com/tres-palabras_de_osvaldo-farres___87783.aspx

14. Osvaldo Farrés (Quemado de Güines, Cuba, 1902–1985), fue otro de los músicos cubanos que dio al bolero unas 300 composiciones, y que lo colocaron en el ámbito internacional de la música. Desde muy joven viajó a Estados Unidos, y después del derrocamiento de Fulgencio Batista por parte del ejército comandado por Fidel Castro y Ernesto Guevara, abandonó la isla sin retornar jamás. Entre sus composiciones destacan: *Toda una vida*, *Quizás, quizás, quizás*, *No me vayas a engañar*, *No, no y no*, *Tres palabras*. Entre sus intérpretes más famosos se encuentran Nat King Cole, Sara Montiel, Edith Piaf, Pedro Vargas, Chavela Vargas, María Dolores Pradera y Javier Solís, este último uno de los cantantes que dio una impronta a arreglos musicales de fusión, que lo distinguieron como el Rey del Bolero Ranchero.

15. Letra disponible en <https://www.letras.com/armando-manzanero/689906/>

16. Armando Manzanero Canché (Mérida, Yucatán, 1935), es uno de los compositores y arreglistas más reconocidos en el mundo nacional e internacional de la música. Sus canciones (más de 400), que abarcan el bolero y la balada, han sido interpretadas por cantantes de géneros diversos como Frank Sinatra, Elvis Presley, Tony Bennett, Andrea Bocelli, Plácido Domingo, Christina Aguilera, Susana Zabaleta, Luis Miguel, Alejandro Fernández, Juan Gabriel, Roberto Carlos, José José, Carlos Lico, Marco Antonio Muñiz, el Trío Los Panchos, Pedro Vargas, Angélica María, Rocío Dúrcal, Eugenia León, Dulce, Chavela Vargas, Tania Libertad. Algunas de sus canciones han merecido premios internacionales, destacando composiciones

En el marco de las letras de estas canciones se puede considerar que, si sentir significa estar implicado en algo y que el sentimiento guía la preservación de las experiencias emocionales y les brinda la información fundamental de lo que somos (Heller, 2004), los hombres tienen en el amor una implicación, subjetiva y objetiva, de las formas de amar a las personas, en especial a las mujeres. Como señala De la Peza (2001), el lenguaje amoroso del bolero es un código retórico que incluye temas sentimentales relacionados con el amor, los cuales sirven de guías de los referentes discursivos de los hombres, en cuanto a la correspondencia emocional que se espera de la acción del besar, desear y cantar, bajo influjos del delirio que abraza el alma y atormenta el corazón, pero que representa una dicha de estar implicado con alguien (el contigo, la Otra), a la que se le quiere también.

Estas posibilidades y realidades de vivirse en el amor sin dominación genérica, impronta la vida de los hombres en el deseo de palpar que las emociones y los sentimientos se intersectan como una totalidad subjetiva que recorre el itinerario sociocultural de un estado psicológico, como es el delirio. Brinda el goce de transitar por uno de los órganos considerado vitales para la existencia bio-psico-socio-cultural humana, como es el corazón, entre la tristeza, la alegría y la dicha que abraza las dimensiones deontológicas de la conciencia amorosa.

Así, el saber cotidiano sobre las relaciones amorosas se transmite (De la Peza, 2001) en una confesión del secreto que nace del corazón y en el intersectar de las manos con las de la pareja se confían las ansias para expresar, en tres palabras, cómo me gustas. De esta forma, los hombres, en la asunción genérica y situación vital, van significando la experiencia emocional y sentimental de su ser y existir, en el marco del claroscuro del amor, al apagar la luz para pensar en ti, y dejar volar la imaginación para amar, en ese lugar de la música, su armonía, su cadencia, donde no hay imposibles y se vive de ilusiones, implicadas, en los más ardientes deseos de la pasión mordedora de la corporeidad y sexualidad femeninas.

como *Esta tarde vi llover, Somos novios, Contigo aprendí, Voy a apagar la luz, Llévatela, No, Mía, Esperaré, Pero te extraño, Yo te recuerdo, Adoro, Todavía, Señor amor, Nada personal, Por debajo de la mesa, Como yo te amé, No sé tú*. Manzanero es un referente musical del amor, un compositor de la narrativa romántica, cuya trayectoria artística de más de 40 años, se considera, desde la perspectiva sociocultural tradicional y nacional, como un capital nacional necesario para la vida sentimental de las personas.

Es así como emociones y sentimientos articulan la percepción mixta (Fernández, 2011) del acontecer amoroso, en la que se es dichoso porque se es querido también. Así, el amor, en tanto expresión de esta percepción mixta, va conformando la experiencia fascinante del enamoramiento de los hombres, quienes al aprender la interpretación, uso y apropiación del canto bolerístico, cristalizan la experiencia afectiva, significada de alegrías, deseos, fantasías, extravíos espacio-temporales hacia otras dimensiones subjetivas (del delirio), en donde no hay imposibles y poco importa vivir de ilusiones si así se es feliz. Esta es una semántica como los hombres aprenden, introyectan y proyectan, como plantea Le Breton (1999), una evaluación, más o menos lúcida y sensible como las emociones, nutridas de los pensamientos del actor —en este caso de los hombres— se apoyan en un sistema de valores, arraigados en una cultura cuyas expresiones lingüísticas, gestuales y estéticas significan la performatividad genérica del enamoramiento masculino que, al apagar la luz, conduce por delirios amorosos con epígrafes literarios, que en tres palabras confiesa los secretos del corazón.

**Las canciones del tránsito del amor sincero
a la obligación de ser amado, o de cómo es que, siendo ese amor mío,
con el que me muero por tener algo con él, además,
me tiene que ayudar de nuevo a amar y a perdonar**

Articulada con esta forma de implicación sentimental abierta, sincera y pretendidamente no dominante, en el grupo de los iguales, la socialización genérica de los mandatos dominantes masculinos tiene lugar y da sentido a la enajenación de la condición genérica de los hombres. Esto comprende que el poder de dominio, la gobernanza sobre las mujeres, la capacidad de decidir sobre la vida de las y los demás, los tipos de relaciones que se establecen con las mujeres y otros hombres de diferentes condiciones socioculturales, está significado por las emociones y los sentimientos que, entre otros aspectos, dan lugar a formas, sutiles y no del control ejercido sobre las personas a las que se ama. Así, desde este otro escenario, es posible conocer cómo las formas de expresión del amor sincero se concatenan con formas amorosas de control, obligatoriedad y ordenanza como los hombres demandan, en la desigualdad de todo orden, la corresponsabilidad de las mujeres para amarlas.

En este sentido, como plantea Fernández (2011), las emociones (lo que se siente) y los sentimientos (la percepción de cómo se siente,) tienen en el bolero el lugar musical, complejo y contradictorio, como los hombres cantan su amor a las mujeres, entre la libertad de expresarlo, la sinceridad de sentirlo, lo que se espera hagan ellas para aceptarlo, y el uso de poderes de los que disponen los hombres para que se concrete a su imagen y semejanza afectivas. Desde estos considerandos, las siguientes canciones contribuyen a ilustrar lo anterior: *Amor mío*,¹⁷ de Álvaro Carrillo,¹⁸ *Algo contigo*,¹⁹ de Chico Navarro,²⁰ *Poquita fe*,²¹ de Bobby Capó.²²

Así, los hombres han aprendido a *cantar* el universo discursivo de la canción del amor (De la Peza, 2001), entre formas simbólicas interactivas e intersubjetivas con las que tejen vínculos y redes amorosas con las mujeres. Este aprendizaje tiene como uno de sus sustentos cognitivos el pensamiento dicotómico y jerárquico desde el que se interpreta, se vive, se relaciona y comprende toda elaboración que da sentido al mundo afectivo y las representaciones que de él se hace en las relaciones de pareja. De esta forma, la experiencia mixta del acontecer amoroso de los hombres transita de las prácticas y expresiones *del amor verdadero, sincero, salido del corazón*, a las del control, imposición, duda, sospecha, exigencia de fidelidad

17. Letra disponible en <https://www.cancioneros.com/nc/2707/o/amor-mio-alvaro-carrillo>

18. Álvaro Carrillo Alarcón (San Juan Cacahuatpec, Oaxaca, 1921-1969) es considerado como otro de los iconos de la canción romántica mexicana. Promotor, junto con muchos otros compositores e intérpretes del bolero, de la bohemia como forma de vida, y es reconocido como uno de los pilares de este género musical. Prolijo en creatividad, compuso más de 300 canciones, entre las que destacan *Sabor a mí*, *Amor mío*, *Como se lleva un lunar*, *Cancionero*, *Sabrás Dios*, *Seguiré mi viaje*, *Orgullo*, *El andariego*, *Un poco más*, *La señal*, *La mentira*, *Dos horas*, *Puedo fallar*. Junto con Pepe Jara, formaron una pareja de trovadores que enamoraron a miles de parejas en el país. Entre sus intérpretes se encuentran tríos como Los Panchos, Los Tres Ases, Los Tecolines, Los Tres Caballeros, y cantantes como Pedro Vargas, Javier Solís, Carlos Lico, Marco Antonio Muñiz, José José, Vicente Fernández, Julio Iglesias, Plácido Domingo, Luis Miguel, Amparo Montes, Eydie Gormé, Tania Libertad, Guadalupe Pineda, Dulce, Eugenia León.

19. Letra disponible en <https://www.letras.com/chico-novarro/algo-contigo/>

20. Chico Navarro (Santa Fe, Argentina, 1933) es un músico versátil que compuso boleros y tangos. Incursionó en el jazz, rock, pop y cumbia. Formó parte del Club del Clan, en el que compartió creatividad con otros músicos como Palito Ortega y Gato Barbieri. Escribió música para algunas obras de teatro, Entre sus éxitos se encuentran *Algo contigo*, *Un sábado más*, *Cuenta conmigo*, *Cómo*, *Debut* y *despedida*, *Amnesia*, *El porcentaje*, *Cantata a Buenos Aires*, *El orangután*, *El camaleón*, *Un sombrero de paja*, *Espuma de mar*, *Carta de un león a otro*. Entre sus intérpretes se encuentran María Martha Serra, Los Panchos, Violeta Rivas, Silvana Di Lorenzo, Palito Ortega, Los Ángeles Negros, Víctor Iturbe "El Pirulí".

21. Letra disponible en <https://www.musixmatch.com/es/letras/Bobby-Capo-Jos%C3%A9-Luis-Rodr%C3%AD-guez-Los-Panchos/Poquita-Fe>

22. Félix Manuel Rodríguez Capó, conocido como Bobby Capó (Puerto Rico, 1922-1989) es otro de los compositores e intérpretes del bolero. Integró el Cuarteto Victoria dirigido por otro gran músico puertorriqueño como Rafael Hernández, y entre sus canciones destacan *Piel canela*, *Poquita fe*, *Luna de miel en Puerto Rico*, *María Luisa*, *Y llorando me dormí*. Entre sus intérpretes se encuentran Los Tres Reyes, Los Panchos con Eydie Gormé, Pedro Vargas, Marco Antonio Muñiz.

por parte de la Otra, pasando así a la colonización de la subjetividad y del Yo femeninos (Lagarde, 2000). Los hombres, de forma contradictoria, viven sensaciones físico-corporales, psicológicas y sociológicas de involucrarse en el amor que suelen resultarles agradables, extrañas y riesgosas. En este sentido, y por condición de género, se sitúan, y son situados, como los protagonistas centrales de la experiencia amorosa, la cual comprende ser atendida y correspondida —por parte de las mujeres— en una entrega total. Para ello, los hombres desarrollan y despliegan habilidades relacionadas con la seducción, el cortejo, la galantería, la pasión y la caballerosidad que los significa como un referente cautivador y experimentado en las lides del amor.

En relación con el desarrollo de las habilidades para cautivar en la fascinación, cabe destacar que, en el campo de las relaciones de género entre las mujeres y los hombres priva la concepción, práctica y creencia que, desde la ideología y cultura patriarcales, pretende justificar y explicar las desigualdades de la organización social de género y la supremacía masculina, así como el proceder que esto impone para ellas y ellos. En este sentido es que cautivar en la fascinación de parte de los iguales sobre las idénticas (Amorós, 2005), deviene cautiverio de género. Desde esta perspectiva, el bolero es un lugar musical del cautiverio en el que la experiencia de los hombres, en relación con la percepción mixta de las emociones y sentimientos, significa el canto, la narrativa y la liminaridad como la sinceridad del embrujo del amor romántico del rostro divino que no sabe guardar secretos del amor, del delirio que abraza el alma para apagar la luz y dejar volar a la imaginación, partícipes del sistema de sentidos que simbolizan los discursos de estrofas bolerísticas, transita hacia formas juramentadas de control, sujeción, expropiación, sufrimiento de, por y contra el amor, sexualidad y subjetividad de las mujeres.

Por ello, en la fascinación por ser cautivadores, los hombres viven sus relaciones amorosas entre sentimientos y emociones encontradas, subjetivadas en imaginarios, fantasías, deseos, anhelos, alegrías y dichas de sentirse ampliamente correspondidos por la mujer amada, y por la que se es capaz de entregar la totalidad de la vida o, por lo menos, una parte de ella, en una confesión que nace del corazón, y cuyas ansias se depositan en la confianza de tres palabras. Pero también la viven entre dudas, sospechas, insatisfacciones, celos, amarguras, desconfianzas de que la mujer amada los traicione,

se vaya con otro, no le corresponda o sea *una aprovechada*. Esta forma de enajenación de la condición genérica y situación vital de los hombres define las concepciones, prácticas y creencias que tienen de las relaciones afectivas y que se expresan en la simultaneidad que pueden establecer con más de una mujer en diferentes momentos de sus vidas.

En este proceso de enajenación de la condición genérica, que tiene lugar en el grupo juramentado, y sobre la base de los principios de desigualdad social de la cultura amorosa patriarcal, los hombres aprenden, en el abrevadero de los epígrafes populares, como son los refranes, que a las mujeres *ni todo el amor, ni todo el dinero*, lo cual comprende, entre otros aspectos que amar a estas implica mantenerlas en un orden emocional y sentimental que les permita su control; de ahí la necesidad de mantenerlas cautivamente fascinadas, bajo la gobernanza política del *Príncipe* de Maquiavelo, es decir, la puesta en práctica de formas educadas, conciliadoras, espontáneas, abiertas, de implicación emocional y sentimental al conjunto de personas a las que se gobierna y de prácticas de tiranía, dominio, sujeción, explotación, opresión, misoginia y violencia contra ese mismo grupo. En este sentido, se puede pensar que el bolero tiene en el cautiverio el lugar musical en el que los hombres transitan, juramentada y androcéntricamente, entre el amor y el desamor, la alegría y la tristeza, centrando, imponiendo, desplazando, sutil o frontalmente su Yo en el de la Otra amada. Así, se van concretando *los designios naturales* de las relaciones amorosas heteronormativas que implican, sobre todo para ellas, el amor filial. Es decir, en la desigualdad y opresión genéricas el poder cautivador de los hombres y la supuesta fascinación que genera entre las mujeres, ambas partes actualizan la historia del bolero como uno de los cancioneros más eficaces mediante el cual las emociones y los sentimientos hacen vigentes las desigualdades de las relaciones intergenéricas.

Un ejemplo de esto son las canciones en las que la certidumbre de saberse correspondido por la mujer deseada evidencia a ese rostro querido que no sabe guardar secretos de amor, porque ya sabe que está en la gloria de la intimidad, lugar por excelencia de las y los sujetos para que la subjetividad se abra a la práctica mixta de las emociones y los sentimientos, y permita que los estados psicológicos y socioculturales expresen ese querer que los vuelve locos y los hace llorar de felicidad, al pretender que esa verdad sea atemporal en las horas existenciales de la vida personal. En este sentido,

como plantea Fernández Poncela (2011), la experiencia del amor / desamor se manifiesta en el interior de cada individuo, en el sentido que le da a su existencia en el mundo y en los contrastes que implican las realidades concretas como se vive la práctica afectiva mixta.

Estos contrastes se expresan al preguntarse qué hace falta para decirte que me muero por tener algo contigo, que el deseo sexual trascienda los límites de la amistad, para poder besar, de manera loca tu boca, porque si no se procede a controlar la vida de la amada, al averiguar qué *rival* osa besarla y le brinda abrigo. De ahí que el actuar emocional y sentimental de los hombres, en su significación política de *Príncipe*, hace efectiva la dualidad explicativa de que *a la buena o la mala* debo tener algo contigo; en la negativa a reconocer el inmenso trabajo psicológico de contención que cuesta solo ser su amigo; en el acoso que se hace al vigilar noche y día la hora de salida y llegada; en la búsqueda de pretextos para pasar por la casa de quien se corteja, no se va a morir sin tener que ver algo con la mujer elegida para amar. Así, en el cautiverio se mantiene el *continuum*, *sano y funcional*, como las emociones y los sentimientos, en tanto prescripciones genéricas de desigualdad que significan las normas sociales, creencias, costumbres, tradiciones, ideologías y prácticas culturales (Fernández Poncela, 2011) que prescriben el comportamiento, proceder y accionar de las mujeres y los hombres en sus relaciones de pareja, y dan sentido a la estructura emotiva que obliga a esta a corresponder, en agradecimiento, el interés mostrado por un hombre que ha fijado su amor en ella.

Este proceder comprende, entre otros aspectos, la imposición de acuerdos monógamos y demandas de fidelidad que se espera sean cumplidos por las mujeres, a quienes se ha fascinado con un proyecto de amor de larga duración y alcance. Estos acuerdos, por lo regular, están vinculados con experiencias de relaciones de pareja pasadas, cuyos recuerdos están plagados de historias de amargura y desenlaces fatales que, por lo regular, están conformadas de rupturas y daños a la subjetividad e identidad emocional y sentimental de las y los protagonistas. Así, estas experiencias se articulan con las concepciones que tienen los hombres del mundo y de la vida, presentes en las letras y canciones de estos boleros, y en las cuales se manifiesta el carácter religioso en su contenido y composición, simbolizando las acciones sociales como responsabilidad fundamental de seres de divinidad mítica y quienes integran una pléyade poderosa, comprensiva,

dadivosa, informada, totalizadora, reguladora, jerarquizada y sancionadora para cualificar el buen y mal proceder humanos.

De ahí que una de las demandas de los hombres en las nuevas relaciones de pareja sea la de un entendimiento y un criterio amplio de las razones por las que ella siempre duda del amor del *afectado*, lo cual ha contribuido para que el proyecto afectivo prometido no haya logrado hacer, de ese gran amor, la ilusión forjada en el tiempo del cortejo, debido a las burlas reiteradas de las que fue objeto por parte de esos *malos amores* pasados, y aunque no se culpe a la actual pareja, espera encontrar en ella a esa mujer comprensiva. Esto sirve de capital sentimental para la memoria amorosa y para asegurarse de no repetir los errores del pasado, por lo que a este nuevo amor se le mandata realizar una serie de responsabilidades que permitan la recuperación de sí mismo y para estar, nuevamente, en condiciones de ser un sujeto apto para el amor. Así, espera reparar la credibilidad que él mismo necesita de su Yo engañado, elevar su autoestima para volver a amar. Por y para ello, lo que en realidad se demanda de la nueva amada es que sea una especialista cuyo perfil profesional amoroso le permita llevar a cabo una terapia integral de reparación de la subjetividad y de la práctica mixta de las emociones y los sentimientos de un pobre corazón “masculino” que se ha quedado con tan poquita fe. Esta responsabilidad profesional terapéutica, asignada a las mujeres para la recuperación de la autoestima masculina, tiene un basamento religioso, fundado en la fe, lo cual demerita y desvalora el capital cultural profesional poseído, ya que para realizar los trabajos psicológicos emocionales necesarios para terminar con la desconfianza, la frialdad, la burla, la desilusión, los sueños y objetivarlos en nuevas esperanzas para amar y perdonar, se ubica a la pareja en el terreno de la fe, de la acción moral y asistencialista para la reparación compasiva de la frialdad de un amor engañado.

**El amor y desamor masculinos transaccionan
a las mujeres entre el grupo juramentado, o toma
este puñal y llévatela, porque toda mujer bonita será traidora**

Como se ha planteado, el modo de transitar de los hombres por la práctica mixta amorosa les comprende complejidades y contradicciones, contenidas y simbolizadas en las canciones del bolero. Parte de esa experiencia

tiene que ver con las formas como la hegemonía de los mandatos de género y los atributos masculinos que los significan signan las prácticas del grupo juramentado, definen actitudes, comportamientos y acciones misóginas por parte de ellos para mantener a las mujeres en la dominación y el orden patriarcales, siendo el cautiverio de la fascinación amorosa uno de los *ubis* en los que el encierro amoroso cumple la sentencia jurídica de la juramentación sentimental masculina: hasta que la muerte los separe, a ellos en vida y a ellas en la muerte. En este tercer apartado se analiza y reflexiona en torno a la conceptualización y práctica sexista que los hombres tienen y ponen en juego sobre su experiencia afectiva del amor y desamor. Las siguientes canciones elegidas pueden ilustrar lo anterior: *Usted*,²³ de Gabriel Ruiz y José Antonio González Zorrilla,²⁴ *Nobleza*,²⁵ de Nicolás Jiménez,²⁶ *Llévatela*,²⁷ de Armando Manzanero, *Amor gitano*,²⁸ de Lucho Barrios,²⁹ *Seguiré mi viaje*,³⁰ de Álvaro Carrillo.

La secuencia de estas canciones nos permite conocer cómo una parte de la práctica de la experiencia mixta de las emociones y los sentimientos de los hombres, transita de las canciones del amor verdadero a esa concepción y

23. Letra disponible en <https://www.letras.com.br/gabriel-ruiz/usted>

24. Gabriel Ruiz Galindo (Guadalajara, 1908–1999), otro de los compositores mexicanos destacados de la denominada música romántica, en la cual se incluye el bolero. Su actividad musical lo llevó a ser uno de los fundadores de la Sociedad Mexicana de Autores y Compositores y, junto con Consuelo Velázquez y Manuel Esperón, recibió el Premio Nacional de las Artes. También fue nombrado delegado para la Confederación Internacional de Sociedades de Autores y Compositores, a celebrarse en Italia. Entre sus canciones más destacadas se encuentran *Usted*, *Amor*, *amor*, *Desesperadamente*, *Mar*, *La cita*, *Qué cosa es el amor*, *Noches de Mazatlán*, *La noche es nuestra*, *Soberbia*, *Entre tú y yo*. Varias de estas canciones las hizo en coautoría con José Antonio González Zorrilla, Monís, Ricardo López Méndez, Mario Molina Montes, Rodolfo “Chamaco” Sandoval, Teddy Fregoso y Elías Nandino. Entre sus principales intérpretes se encuentran tríos como Los Tres Diamantes, Los Panchos, y solistas como Pedro Infante, Luis Aguilar, Pedro Vargas, Marco Antonio Muñiz, Amparo Montes, Carmen Cardenal, Luis Miguel.

25. Letra disponible en https://letradecancion.com.mx/nobleza_nico-jimenez.html

26. Nicolás Jiménez Jáuregui (Coahuila, 1919–1962) es otro de los compositores del bolero mexicano. Su carrera musical la inició en Nueva Rosita, Coahuila, una de sus primeras composiciones fue *Dos claveles*, a la que le siguieron éxitos como *Nobleza*, *Espinita*, *A grito abierto*, *Puñalito dorado*. Interpretaron su música: Javier Solís, Los Panchos, Los Tres Ases, Trío Hermanos Michel, Pedro Vargas, Pedro Infante, Fernando Torres, Albert Hammond.

27. Letra disponible en <http://www.coveralia.com/letras/llevatela-armando-manzanero.php>

28. Letra disponible en <https://www.musica.com/letras.asp?letra=1850622>

29. Luis Barrios Rojas, artísticamente conocido como Lucho Barrios o Mr. Marabú (Callao, Perú, 1935–2010), es uno más de los compositores destacados del bolero latinoamericano. Si bien es de origen peruano, fue Chile el país en que desarrolló y obtuvo los principales éxitos de su carrera artística. Su participación en un concurso de cantantes le abrió las puertas a una carrera más profesional, lo cual le permitió llegar a Radio Callao, donde conoció a Julio Jaramillo. Entre sus composiciones destacan canciones como *Marabú*, *Amor gitano*, *Me engañas mujer*, *Mirando y sonriendo*, *Mentirosa*, *Te alejas*, *Nido de amor*, *Copas de licor*, *Mala*, *Adúltera*, *Borrasca*, *Ya te olvidé*, *Mi niña bonita*, *Cuando vivas conmigo*. Entre sus intérpretes destacan Alci Acosta, Lucho Gatica, Julio Jaramillo, José Feliciano, Los Ángeles Negros.

30. Letra disponible en <https://www.cancioneros.com/nc/2888/o/seguire-mi-viaje-alvaro-carrillo>

convención cultural hegemónica de género que prescribe que, como parte de la naturaleza de las mujeres, muchas de sus relaciones de pareja con los hombres están cimentadas en la traición y el engaño, debido a los beneficios que obtienen de ello. Pese a esto, y aun a sabiendas de lo que va a ocurrir, los hombres, por su condición de género y situación vital, se involucran sentimentalmente, como parte del aprendizaje del reto, de que *a mí no me va a pasar y si me pasa ya veremos de a cómo nos toca*.

Como plantea Heller (2004), la implicación sentimental es una forma de función social reguladora en su relación con el mundo y con los procesos de su apropiación, lo cual comprende una evaluación de sí mismo, en tanto protagonista de ello. De esta forma, amar y desamar constituyen, tanto para los hombres como para las mujeres, guías para la performance como intervienen en estos procesos, en marcos de desigualdad de todo orden, las simbolizaciones misóginas que se articulan con la práctica mixta de las emociones y sentimientos.

La delegación de las responsabilidades en las mujeres por los desaciertos, fallas, errores y desconocimientos que los hombres han tenido en sus relaciones amorosas se justifican en cantos por el proceder de que usted sea la culpable de todas mis angustias y todos mis quebrantos, de haber llenado de dulces inquietudes y amargos desencantos mi propuesta de amor, la cual me sitúa como esclavo de los ojos y el juguete del amor, al jugar con los sentimientos que, en la implicación de las relaciones amorosas, es el capital máspreciado en la oferta del amor, por lo que su desprecio, desespera, enloquece y hasta la vida pudiera darse por poseer a esa mujer. Si bien desde la cultura patriarcal del grupo juramentado es posible que los hombres, debido a los aconteceres de la traición femenina, *a veces nos doblamos*, se espera y exige que *no nos quebramos*, debido al cúmulo de consecuencias socioculturales de género que ello implica para el grupo juramentado, ya que ser esclavo es para quien vive en la opresión genérica del mundo femenino y *le sitúa sentimentalmente en el cautiverio del amor*.

Como se planteó, por condición de género la creatividad es de los hombres, el don de mando, la gobernabilidad sobre las personas, la producción y transformación del mundo, por ello, sus emociones y sentimientos se enmarcan en estos principios políticos de género. Esto comprende que aquellos sean considerados como responsables principales de producir, crear y transformar el mundo, por lo que su implicación afectiva tiene como

punto central garantizar la materialización de estos mandatos. Desde este *ubi* patriarcal, las expresiones amorosas, su sentido y representación de los hombres, les brinda el derecho de ser atendidos y correspondidos, principalmente por las mujeres, en proporción al esfuerzo realizado para lograr tales cometidos. De ahí que vivir en emoción sea parte de la experiencia amorosa de los hombres como crean y transforman el mundo.

Si esto no sucede, y en las *distracciones* que comprende para los hombres implicarse en un verdadero enamoramiento, estos poseen las facultades sociopolíticas para culpabilizarlas por esos momentos de fragilidad que implican el amor y que los pone en una situación de vulnerabilidad. Si, como plantea Le Breton (1999), las emociones y los sentimientos se incluyen de forma dialéctica, nacen de la relación con un objeto y de la definición que hacen los sujetos de su participación con ese objeto, esta participación es evaluada a partir del repertorio cultural, la mezcla de relaciones generadas y los valores que se definen en torno a ellas, los hombres aprenden a decantar sus responsabilidades *menores* (como puede ser la atención a las otras) en las mujeres con las que mantienen algún vínculo emocional y sentimental. Ello implica que la situación de vulnerabilidad que los comprende tiene en las declaratorias de amor, como son no jugar con las penas ni con los sentimientos que resultan desesperanzadores por vencer el miedo de besarla a usted, sean significadas de forma positiva, comprensiva y compasiva.

Esta designación de la culpabilidad contra las mujeres como responsables de merecer el desamor masculino, tiene que ver con lo que señala Amorós (2005), en el sentido de que los hombres, como parte de la conformación y constitución de su condición genérica, viven ritualidades de *desmadramiento* con los que se garantiza la obligatoriedad de la ruptura con el mundo femenino, en su doble acepción: por una parte, desvincularse de todo lo que define, comprende, significa y simboliza el mundo de las mujeres y lo femenino, por haber nacido de una mujer; y por otra, negarle su condición de humana y sujeto social, susceptible de ser comparada con el paradigma Hombre.

El mito explicativo de que el proceso del amor, las emociones y los sentimientos que lo intersectan, sus implicaciones socioculturales y psicológicas para las personas que los experimentan, necesariamente pasan por algunas etapas que, para acceder a él y merecérselo, tiene que vivirse dosificado (de lo bueno poco), con dolor (prueba fehaciente de haberlo ganado

y de la sinceridad de sentirlo realmente) y en la traición (comportamiento amoroso, concebido como natural y esencialista), que se mandata y desea vivan aquellas mujeres cuya práctica de su sexualidad corresponde a un *proceder y reputación dudosas*, y aquellos hombres cuyas condiciones socioeconómicas y estéticas de prestigio les proporciona *una incontinencia natural de conquista múltiple y trato misógino* por las mujeres.

Por ello, para los hombres, la experiencia del amor y desamor comprende poner en práctica atributos de género, como son la hombría y la virilidad que les permite asumir las debilidades, traiciones, desencantos, infidelidades, tristezas, como fortalezas de madurez caballeresca. Así, quien perdona a un amor traicionero, sobre todo cuando se valora que para merecer el amor verdadero el dolor significa su sinceridad, no es una cobardía, por lo que la realidad existencial del amor y desamor está trasversalizada de heridas y suturas de encuentros emocionales y sentimentales contradictorios. De ahí que se conciba que todas las mujeres —aun las más bellas—, incluyendo a una de las figuras centrales en la vida de los hombres, como la Madre, por principio de desigualdad y discriminación genérica, son traidoras y al hombre más valiente lo hace cobarde, lo cual exacerba la misoginia al situarla en el olvido, al arrancarla de la existencia filosófica masculina —fuera del alma— en ese doble proceso edípico del *desmadramiento*. Por ello, la traición es un acto deplorable de las mujeres porque atenta con la nobleza de los hombres, y contra uno de los atributos más preciados en las estructuras de prestigio masculino: la valentía, por lo que ser cobarde no es de hombres, aunque la ocasión lo amerite.

Lo anterior comprende que, para la condición genérica, la situación vital de los hombres y las estructuras sociales de prestigio que las sustentan, el orden emocional y sentimental masculinos, tengan que hacer uso de las fuerzas internas más significativas del ser, como son la comprensión del perdón, su acompañamiento exteriorizado mediante el llanto, lo cual lo exenta de la vergüenza para afrontar y reubicar, en el orden del parentesco, a la madre, quien por ser una dadora de la vida hace *uso indiscriminado* de esa belleza, sociocultural y genéricamente impuesta, de bondad, sacrificio y estética, con la que puede, desde la valoración de los más altos niveles de moral conservadora, traicionar y hacer cobarde al más valiente de los hombres en nombre del amor.

Como respuesta al dolor, el desprestigio, la incredulidad, la vergüenza y el malestar a este tipo de comportamiento de las mujeres, los hombres, en un acto de venganza, violencia y misoginia, las transaccionan desde el cautiverio, en un intercambio dicotómico (y, por tanto, jerárquico) de valoración / desvaloración; prestigio / desprestigio; moral / inmoral; calificación / descalificación de quienes merecen ser amadas / odiadas. Esta es una de las expresiones del poder político de dominio de los hombres que, desde el grupo juramentado los define como sujetos de género centrales de la práctica mixta emocional y sentimental, por lo que la traición de la mujer que se ama se castiga manteniéndola en el lugar más seguro de su negación: el cautiverio del amor / desamor.

Desde ahí, los hombres negocian, se arrebatan, se hurtan, se engañan, se sacrifican, se victimizan, tazan precio y divisas en el mercado de las emociones y sentimientos masculinos, con las que se cotizan la plusvalía o devaluación de las mujeres. Así, los iguales valoran si se cuentan con aquellas condiciones que les permiten retener o no a la mujer-transaccionada, lo cual les posibilita que, finalmente, se la lleve el Otro, porque al fin y al cabo piensa mucho en él, a pesar de todas las cosas que se les dio. Por ello, como entes que se reconocen entre sí, aun en la desigualdad y diferencia (Amorós, 2005), cuentan con capitales socioculturales demostrativos con los que se permiten alardear la posesión de la vida de las mujeres, darles *tips* al Otro de cómo son ellas: a veces son caprichosas, celosas, cariñosas, mentirosas, por lo que seguir insistiendo en amarlas sería necedad. Para quien es desposeído de una mujer, el contraataque al rival comprende la exigencia de que conserve una de las improntas personales de mayor monta amorosa: *tienes que quererla como Yo*, porque eso hará que no le encuentres ningún error. Asimismo, se advierte al par —al que se reconoce como enemigo, aliado o socio— que no está exento de que le pueda pasar lo mismo; y si en el momento de los diálogos de la intimidad sexual ella pronuncia el nombre de otro hombre, no le extraña, y por eso es mejor se la lleve —y la mantenga en el cautiverio— por el bien de los tres.

La experiencia del amor-desamor masculino tiene en la autovictimización de los hombres uno de los estados psicológicos y posiciones sociales ideales para la práctica del chantaje, el regodeo del dolor infringido y autoinfringido en las acciones de violencia contra ellas y contra sí mismos. De ahí que, al verla pasar del brazo de otro, se tome un puñal para cortarse

las venas y desangrarse, reprocharle por qué se burla de él, después de que todo lo que ha querido se lo ha entregado, y si pese a esto no hay cambios, se puede optar por no querer la vida, si a quien se ama ha de verse ajena.

Así, los hombres, en el accionar de sus masculinidades autovictimizadas de su propia violencia, mediatizan, en estas canciones, sus mensajes, sus significados y sus representaciones de implicación sentimental, cuya intensidad busca insertarse en un tiempo de larga duración en la memoria y biografías afectivas de los hombres que, *aunque perdonen la traición, no la olvidan*. De esta forma, el poder de dominio de los hombres, en correlación con el conjunto de multideterminantes socioculturales históricos y de género que lo sustentan, y que permiten su práctica y eficacia contra las mujeres, tienen en la musicalidad del bolero el lenguaje rítmico y corporal como la performatividad de género masculina materializa, objetiva y subjetiva, el discurso de las letras que narran la tragedia del amor-desamor, y en la fuerza de su reiteración la narrativa como da cuenta de los efectos que se nombran en la traición, en la culpabilidad de las otras, la burla, la opción por otro, la simbolización de la inmolación del desangrado corporal.

Pero si se considera que esta es una *medida radical*, entonces cabe la posibilidad de que, sin perder el tono autocompasivo de ser un amor que nunca ha dolido, un amor que a fuerzas se ha metido, hacer corajes porque al sufrir el menosprecio se opte por ser una simple comparsa y de algún modo continuar con el viaje, el placer y los deseos de amar y ser amado, del esfuerzo económico sentimental que implica poner el mundo a los pies de la mujer exigente, entonces se opta por decir adiós, ya que de una u otra forma se seguirá con el viaje y, seguramente, se encontrará con otras candidatas menos exigentes, cuestionadoras, ambiciosas, convencieras, traidoras y bonitas. Un viaje en donde la bilis y la adrenalina derramadas por la indiferencia no sufran de ninguna altivez femenina.

La última y nos vamos, o cuando te haga falta una ilusión, hálame

Y ya con esta me despedido, y perdonen que interrumpa su sueño, pero no pude más, y este día les vengo a decir que: estos son algunos de los primeros análisis y reflexiones sobre un campo de investigación que comprende concepciones, prácticas y creencias que los hombres tienen sobre las emociones y los sentimientos, y que han elaborado y simbolizado en forma de

canciones, de un género musical popular y de gran presencia en nuestro país, como es el bolero.

Este, como campo de investigación, brinda amplias posibilidades para ir conociendo los procesos, complejos y contradictorios, cómo los hombres experimentan el amor y el desamor, en aprendizaje de letras, cuyos contenidos expresan retóricas amorosas, lenguajes verbales y no verbales, cuyos significados delinean la memoria sentimental de los hombres; el desciframiento e introyección de códigos, cómo estos actualizan y refrendan la institucionalización, los pactos del grupo juramentado, y que al contar con un amplio capital musical les proporciona un repertorio que, al cantarse, define y clasifica las correspondencias y no de las mujeres amadas, sus traiciones, engaños, amores verdaderos. Esto es, el bolero, como lugar musical de significación de las emociones y los sentimientos masculinos, permite conocer la experiencia sociocultural amorosa / desamorosa de género, como los hombres sienten, lloran, son felices, infelices, alegres, tristes, crean, destruyen, cambian y conservan todo el orden de género de su condición masculina.

También cabe destacar que, desde este universo de investigación, se pueda dar cuenta, cómo las letras y la estructura literaria de las canciones del bolero sustentan la concepción patriarcal, moral, compasiva, misógina, asistencial que se tiene del amor y desamor como prácticas socioculturales y de género, del orden universal y homogéneo que experimentan las mujeres y los hombres a lo largo de sus vidas. Asimismo, otro de los aspectos a considerar en este campo de investigación es el relacionado con las temáticas de la creación artística. Esto es fundamental para el conocimiento, análisis y transformación de las formas opresivas de ser de los hombres y que, en el caso del bolero, su resignificación musical, literaria y discursiva se apuesten como universos amplios para una experiencia lúdica, emocional y sentimental de creación de conocimientos feministas.

REFERENCIAS

- Amorós, C. (1990). Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales. En V. Maquieira & C. Sánchez (Comps.), *Violencia y sociedad patriarcal*. Madrid: Pablo Iglesias.
- Amorós, C. (1994). *Feminismo: igualdad y diferencia*. México: UNAM.

- Amorós, C. (2005). *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las luchas de las mujeres*. Madrid: Cátedra.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- Castañeda Salgado, M.P. (2007). *Las mujeres católicas en las asociaciones religiosas: fiestas, poderes e identidades*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Facultad de Filosofía y Letras / Instituto de Investigaciones Antropológicas. Tesis de doctorado.
- Cazés, D. (1998). *La perspectiva de género*. México: Conapo / Promujer.
- Cazés, D. (1995). La dimensión social del género: posibilidades de vida para mujeres y hombres en el patriarcado. En *Antología de la sexualidad humana*. México: Consejo Nacional de Población, T1.
- Connell, R. (2002). *Masculinidades*. México: UNAM.
- De la Peza Casares, M. del C. (2001). *El bolero y la educación sentimental en México*. México: UAM / Porrúa.
- Fernández Poncela, A.M. (2001). *Pero vas a estar muy triste y así te vas a quedar. Construcciones de género en la canción popular*. México: INAH.
- Fernández Poncela, A.M. (2011). Antropología de las emociones y teoría de los sentimientos. *Revista Versión*, No.26, nueva época, junio de 2011. Recuperado de <http://version.xoc.uam.mx/index.php>
- Gilly, A. (1977). *La revolución interrumpida*. México: El Caballito.
- Heller, A. (2004). *Teoría de los sentimientos*. México: Fontamara / Ediciones Coyoacán.
- Kimmell, M. (1998). El desarrollo (de género) del subdesarrollo (de género): la producción simultánea de masculinidades hegemónicas y dependientes en Europa y Estados Unidos. En T. Valdés & J. Olavarria (Eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Lagarde, M. (1990). *Cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM.
- Lagarde, M. (1996). *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. Madrid: Horas y Horas.
- Lagarde, M. (2001). *Claves feministas para la negociación en el amor*. Managua: Puntos de Encuentro.
- Le Breton, D. (1999) *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- Reguillo, R. (2000). El lugar de los márgenes. Músicas e identidades juveniles. *Nómadas. La singularidad de lo juvenil*, No.13, octubre, 40-53.
- Sartre, J.P. (2012). *Bosquejo de una teoría de las emociones*. Madrid: Alianza Editorial. Col. Bolsillo.

Emociones y masculinidades: vivencia y significado en los varones

MARÍA ALEJANDRA SALGUERO VELÁZQUEZ

Los sentimientos adquieren su significado y su carácter total solo en relación con un tiempo y un lugar del mundo específicos. Y cada contexto tiene una dimensión normativa, una dimensión expresiva y una dimensión política.

ARLIE R. HOCHSCHILD (1990)

Resumen: *El objetivo del artículo es analizar los procesos de aprendizaje como hombres y la vida emocional desde una aproximación sociocultural de género. Se empleó una metodología cualitativa. Los resultados muestran los conflictos generados por el proceso de socialización donde aprendieron que no debían mostrar emociones ni sentimientos porque eso no era propio de ellos. La emoción y el sentimiento se debían ocultar, silenciar. Así, reconocen que este aprendizaje ha generado más problemas que beneficios, llevándolos a re-significar su actuación como hombres, reconociendo y expresando otro tipo de emociones como el cariño, la ternura, la tristeza o alegría, pero no ha sido fácil.*

Palabras clave: masculinidad, emociones, sentimientos, aprendizaje, género.

Abstract: *The purpose of this article was to analyze the process of learning to be a man and the emotional life that the process entails, using a sociocultural gender approach. Qualitative methodology was used. The results show conflicts generated by the socialization process in which they learned that they should not show emotions or feelings because they were men. Emotions and feelings were to be hidden, silenced. They recognize that this learning has generated more problems than benefits for them, leading them to re-signify their behavior as men, and to recognize and express other kinds of emotions, including affection, tenderness, sadness or joy, but it has not been easy.*

Key words: Masculinity, emotions, feelings, learning, gender.

La presente investigación integra un análisis reflexivo sobre las emociones en los varones desde una aproximación sociocultural de género. Sentimientos y emociones como violencia, agresión, o la ausencia de temor y tristeza se han considerado parte de la “masculinidad” en los varones. Históricamente se ha construido una cultura emocional, genéricamente diferencial, que integra significados, lenguajes y normas que regulan la expresión de emociones y sentimientos (Gordon, 1990), incluyendo valoraciones genéricas como: “los hombres de verdad no deben manifestar emociones ni sentimientos, eso es de viejas”, presuponiendo de manera generalizada que las mujeres pueden manifestar emociones y sentimientos sin problema alguno, sin ser cuestionadas o sancionadas, al contrario, serán consideradas y comprendidas, lo cual tiene que ver con la significación diferencial de género.

La naturalización de las emociones en la mujer y la razón en el hombre se plasmaron en la idea de mujer-emoción y hombre-razón, lo cual ha formado parte del capital cultural y simbólico de Occidente en relación con los estereotipos de género femenino y masculino (Seidler, 2000). La emoción y el género son construcciones socioculturales, forman parte de procesos complejos de aprendizaje, normas y creencias y discursos sociales que permiten o sancionan lo que se “debe” sentir y vivir en la trayectoria de vida de hombres y mujeres.

Algunos discursos que posibilitan y limitan gran parte de esa trayectoria en los varones son: 1) el “poder” y autoridad sobre otras y otros; 2) la sexualidad genitalizada; 3) el éxito profesional y laboral, y 4) la ausencia de emociones y sentimientos, ya que desde una visión hegemónica “eso no sería de hombres”. Discursos enmarcados desde diferentes instituciones, donde las argumentaciones se centran en cuestiones de orden “natural” como algo intrínseco a los hombres. Sin embargo, desde una aproximación sociocultural se tendría que dar cuenta de los procesos históricos en torno a la vida emocional: ¿por qué se adjudicó a las mujeres y se excluyó a los varones?

Las instituciones a través de discursos sociales asignarán formas de desempeño, de lo que “debería ser” un hombre, de cómo deben comportarse, cómo deben vivir, incluso cómo deben sentir o no sentir, de manera tal que un hombre debería ser quien tiene el poder de decidir y organizar la vida, no solo de él sino de los demás; un hombre debería tener siempre éxito en los encuentros sexuales y, sobre todo, no manifestar la parte emocional;

de ahí que desde temprana edad son socializados para que aprendan a silenciar, ocultar y negar sus emociones y sentimientos.

Con base en lo anterior, se planteó como objetivo indagar sobre el proceso de aprendizaje como hombres y su vida emocional. Se empleó una metodología cualitativa donde se contactó con 30 varones del estado de México para llevar a cabo reflexiones compartidas sobre el manejo de emociones y sentimientos en entrevistas semiestructuradas. Los datos muestran que para la mayoría es un aspecto de su vida que muchas veces les ha generado conflicto, ya que en su proceso de socialización aprendieron que no debían mostrar emociones o sentimientos. En las sesiones de entrevista llegaron a manifestar que esta forma de aprendizaje les había generado más problemas que beneficios, pues reconocen que en su vida actual encuentran una enorme dificultad para mostrar lo que sienten con la pareja, los hijos o las hijas. Esto los ha llevado a re-significar su actuación como hombres, reconociendo y expresando emociones y sentimientos como el cariño, la ternura, la tristeza o alegría, pero no ha sido fácil.

MASCULINIDAD Y VIDA EMOCIONAL

El abordaje teórico conceptual del presente trabajo se ubica en la perspectiva sociocultural de género, cuyas raíces se encuentran en el construccionismo social, permitiendo comprender el manejo de emociones en los varones, donde la agresión, la violencia y la indiferencia se hacen presentes, silenciando y ocultando el miedo, la tristeza, la bondad, por ser inconsistentes con el modelo hegemónico de “masculinidad”. Oliva López (2011) considera que:

[...] existe una distribución de las emociones asociadas a las condiciones de vida. Condiciones de pobreza, desempleo, aislamiento, racismo, entre otros, favorecen ciertos procesos afectivos y hacen imposible otros. Otra distribución emocional está asociada al sexo, hombres y mujeres son considerados socialmente como sujetos de distintos tipos de emociones. Esta distinción está profundamente institucionalizada y aparece como un dato natural. Así pues, se habla de emociones no apropiadas para los hombres porque se presume pertenecen a las mujeres (p.42).

El análisis de las emociones desde una mirada sociocultural permite desnaturalizarlas y comprenderlas como construcciones sociales, localizadas en sujetos situados sociohistórica y culturalmente. Las emociones son proveedoras y portadoras de sentido, guían y orientan la acción de las personas, establecen y estructuran un orden social. Arlie Hochschild (1990) plantea la relación entre las emociones y la vida social, considera que la emoción y el sentimiento son contruidos socioculturalmente. La cultura guía el acto que permite reconocer una sensación al proponer qué sentimientos son socialmente posibles y cuáles no. Cada cultura y momento histórico construye explicaciones, provee prototipos de sentimientos y emociones, oculta, sanciona y reprime otros. Históricamente se ha conceptualizado la emoción y el sentimiento como algo femenino, llegando a considerarse un impedimento por la “falta de credibilidad” de la experiencia dentro de la cultura racionalista. Max Weber (1988) plantea la acción social racional exenta de emociones y la acción emocional irracional. Esa búsqueda y empeño por investigar los aspectos más objetivos y mesurables de la vida social coincide con los valores de la cultura tradicional “masculina”.

El modelo predominante de masculinidad parece haber derivado en una forma particular de los hombres para no contactar con sus sentimientos y emociones por considerarlos del ámbito femenino, de las mujeres. La naturalización de las emociones y su relación con la condición femenina tuvo sus orígenes en la filosofía ilustrada, en los trabajos de Juan Jacobo Rousseau, para quien las mujeres no eran sujetos de razón y, por tanto, debían ser objeto de la sujeción de la razón masculina. En ese sentido, y bajo una visión reduccionista, se asocia la mujer como más cercana al cuerpo, a las emociones, a la “naturaleza”, y el hombre, a la razón.

Como señala Seidler (2000), en la modernidad los hombres siguen definiéndose como el primer sexo, se les enseña a ser independientes y autosuficientes, en tanto que las emociones son una muestra de debilidad. Algunos de ellos pasan la mayor parte de su vida silenciado la parte emocional, llegando a provocar problemas relacionados con su salud, y en las relaciones que establecen con quienes se rodean. Benno De Keijzer (2001) señala que, como parte de esta manera peculiar en la que los varones aprenden a interactuar con sus emociones, en muchos casos encuentran espacios y momentos para la demostración más abierta del enojo y la agresión por encima de otras emociones. Incluso, emociones

como la tristeza, el miedo o la angustia se presentan a través de la irritación y el despliegue de violencia verbal o física. Esto se relaciona con las concepciones de masculinidad vinculadas con la independencia y la autosuficiencia, inhibiendo en muchos hombres el desarrollo de habilidades para procesar sus afectos, temores e inseguridades.

Es necesario reflexionar, cuestionar y dar cuenta de esas realidades, de esas experiencias. Los estudios feministas han documentado los procesos de construcción genérica, donde la vida emocional queda disociada, la proximidad, la distancia, la posibilidad de intimidad y las formas de relacionamiento se ven trazadas por la desigualdad, la opresión y la exclusión entre géneros.

Un acercamiento a los discursos sociales: la ausencia de emociones y sentimientos en los varones

Analizar procesos a través de los cuales los varones incorporan discursos sociales sobre lo que significa ser hombre y el papel que juegan las emociones, nos lleva a identificar las formas de relación con la familia, la escuela, el trabajo, incluso la religión, en la construcción de identidad genérica. Tanto Fuller (2000) como Rodríguez (2001) indican que los hombres se construyen en un ámbito plagado de estereotipos, en una sociedad de predominio y privilegios masculinos, cuya conservación y consolidación se convierte en parte y cometido importante de su existencia. En América Latina el estereotipo de hombre está matizado por el sincretismo cultural de las diferentes formas de existencia (Hernández, 2001), lo cual se concreta en las variadas formas de comportamiento de los varones en los diferentes contextos culturales, pero por lo general con ciertos privilegios.

Los hombres empiezan a construir su identidad con las vivencias más tempranas, donde van incorporando pensamientos, sentimientos, actitudes y valores de las personas con las que se relacionan. Beatriz Schmukler (1989, 1996) considera que los grupos familiares son los grupos sociales con mayor influencia afectiva e ideológica a lo largo de nuestra vida, dado su carácter heterosexual y organización jerárquica, pudiendo considerarse como los principales productores de representaciones de género. Es en el ámbito familiar donde se perciben las primeras formas de relación social, no solo a través de discursos sino de las actuaciones entre el padre y la

madre, estableciendo espacios, tiempos y actividades genéricamente diferenciados, donde los hijos y las hijas van construyendo su subjetividad, aprendiendo día con día a través de las formas en las que se relacionan con otros hombres y mujeres en los espacios de socialización. Es en estos espacios donde se van construyendo identidades de género que influirán en su trayectoria de vida.

Algunos discursos con prácticas y referentes simbólicos que posibilitan y limitan gran parte de la trayectoria de vida en los varones, según Salguero (2002, 2008), son:

- *El poder y autoridad* sobre los otros u otras, que por el solo hecho de ser hombres les confieren desde diferentes instituciones. Los argumentos se basan en la “naturalidad” como algo intrínseco a lo que el hombre tiene derecho solo por ser varón.
- *El desempeño sexual* centrado en la genitalidad sin incorporar la mayoría de las veces la importancia de la afectividad sino la potencia viril.
- *El éxito profesional y laboral* como elementos estructurantes en la trayectoria de vida y hacia los cuales aspiran y dirigen gran parte de sus esfuerzos.
- *La ausencia de emociones y sentimientos*, ya que desde la visión hegemónica “esto no es de hombres”.

Los varones desde muy temprana edad están expuestos a esta multiplicidad de discursos en el proceso de socialización, donde se asignan formas de desempeño que llevan implícitas formas de ser, o de lo que “debe ser” un hombre, de cómo deben comportarse, de cómo deben vivir, incluso de cómo deben sentir. Con esta lógica, un hombre debería ser el que tiene el poder de decidir, de organizar la vida no solo de él sino de los demás; un hombre debería tener siempre éxito en los encuentros sexuales y, sobre todo, no manifestar emociones ni sentimientos. Rivera y Ceciliano (2005) mencionan que en su investigación llevada a cabo con varones en Costa Rica, los principales mensajes transmitidos durante el proceso de socialización se relacionan con el control de emociones, el desarrollo de la fuerza física y la sexualidad. El hombre a través del proceso de socialización aprende a esconder sus sentimientos, a “enfriar” sus emociones. Sin embargo, como menciona Kaufman (1997), para algunos hombres estos discursos y

formas de comportamiento resultan contradictorios, ya que las emociones y sentimientos no desaparecen, están presentes todo el tiempo, y aprender a ocultarlos es lo que resulta contradictorio, doloroso y en ocasiones con altos costos en su salud.

Lo anterior, aunado a las transformaciones culturales derivadas de los movimientos feministas y de los acuerdos en las conferencias de El Cairo y Beijín, han generado cambios en las mujeres no solo en el ingreso a los ámbitos de escolarización y trabajo remunerado sino en la toma de decisiones, en la expresión de sus emociones y sentimientos, generando un cuestionamiento cada vez mayor sobre las formas tradicionales de ser hombre, sobre todo en el terreno emocional. Estos cambios se han hecho presentes en las formas de relación genérica han llevado a un re-planteamiento en las formas de organización y participación familiar, donde los integrantes de la pareja generalmente se involucran no solo en las actividades de trabajo remunerado sino en las actividades del hogar, cuidado y atención de los hijos, en la distribución y uso del tiempo libre, en la expresión de emociones y sentimientos. En particular a finales de los años ochenta y principio de los noventa, tiene lugar un cambio en los discursos sociales sobre las formas de participación de los hombres. Se empieza a cuestionar el modelo tradicional del ser hombre, al aludir a nuevas formas de participación tanto en las labores del hogar como en el cuidado y la atención de los hijos, y el manejo de emociones, invitándolos a “sacar sus emociones”, dando paso a la empatía, la bondad, el cuidado a las y los otros, con vías a la equidad.

Con base en esto, se considera necesario develar formas de comportamiento en los varones, indagar las maneras como perciben, piensan y sienten respecto a lo que socialmente se les ha asignado como hombres, si lo asumen o lo han cuestionado, si les ha generado conflicto o contradicción y qué han hecho al respecto. De Keijzer y Reyes (2003) aluden a la necesidad de dirigir la investigación hacia los procesos de construcción de las identidades masculinas para comprender las representaciones sociales sobre masculinidad y el comportamiento en los varones para lograr relaciones más equitativas, tanto con las mujeres como con otros varones. En este sentido, se planteó como objetivo de la investigación indagar sobre el proceso de aprendizaje como hombres y la vida emocional.

ABORDAJE METODOLÓGICO

Se optó por una metodología cualitativa, ya que permite estudiar a profundidad los fenómenos sociales, explorar la red de relaciones que forman parte de los significados, valores y prácticas de las mujeres y los hombres. Reconoce la complejidad de las estructuras sociales y el papel de agencia en los individuos en el proceso de construcción de identidad. Permite abordar y analizar la lógica de lo diferente, lo novedoso y lo “otro”; recuperar lo cultural y el cuestionamiento del orden existente como serían los discursos y prácticas en torno a los estereotipos masculinos y la vida emocional.

Adscripción sociocultural de los participantes

Se estableció contacto con los participantes a través de una escuela privada que imparte educación preescolar y primaria donde sus hijos e hijas estaban inscritos. Tomando en consideración los principios éticos de la investigación, se llevó a cabo el proceso de negociación y consentimiento informado para realizar entrevistas semiestructuradas con 30 varones heterosexuales entre 25 y 45 años de edad, pertenecientes a familias de nivel socioeconómico medio residentes en el estado de México. Se contactó a varones de nivel medio porque pertenecen a un grupo poblacional que pocas veces se elige para llevar a cabo estudios sobre masculinidad y el papel otorgado a la vida emocional. Como grupo sociocultural están más expuestos a discursos donde se incorporan formas distintas y alternativas de ser hombre, de ser padre, llevándolos a una búsqueda constante a través de diversos recursos culturales como libros, revistas, cursos, escuela para padres, entre otros, para encontrar indicios sobre esas nuevas formas de actuación, de manera que las experiencias en su propia voz podrían contribuir a conformar una visión más comprensiva de sus vivencias. Orlandina de Oliveira (1999) señala que es importante dirigir los estudios a segmentos de la sociedad considerados relevantes para abordar temas emergentes.

Se contactó con padres de familia, porque de acuerdo con los resultados del Censo de Población y Vivienda (Instituto Nacional de Estadística y Geografía, INEGI, 2010) muestran que a escala nacional destaca el predominio de la familia nuclear heterosexual conformada por el padre, la madre, los hijos y las hijas. En la mayoría de los hogares mexicanos la jefatura es

asumida por un hombre y el papel de cónyuge es desempeñado casi en su totalidad por mujeres. Tanto el padre como la madre participan en las actividades del hogar y crianza de los hijos e hijas, aunque los datos nacionales muestran que son las mujeres las que llevan la mayor carga y responsabilidad de la casa. En el caso de los participantes, trabajan en empresas privadas y uno en la suya propia. En cuanto a los ingresos se encuentran entre tres y seis salarios mínimos, ubicándose en el rango de nivel medio, lo cual les ha permitido adquirir una vivienda propia y un auto generalmente a través de créditos hipotecarios, planteándose como posibilidad tener a sus hijos e hijas en escuelas de educación privada.

La estrategia de investigación integró entrevistas semiestructuradas, las cuales se llevaron a cabo en una oficina de la escuela de sus hijos, en los horarios que consideraron pertinentes, a la hora de entrada al colegio. El guion de entrevista integró varios ejes temáticos, aunque para efectos del presente trabajo, se retomaron dos: 1) proceso de aprendizaje del ser hombre, y 2) el papel que otorgan al manejo de las emociones y los sentimientos.

A través de los ejes de análisis propuestos se generó un ejercicio reflexivo a manera de diálogo situado entre la investigadora y los entrevistados. Andrade, Shedlin y Bonilla (1987) ajustan la entrevista como parte integral del proceso de recolección de datos, ya que permite acceder a los pensamientos y sentimientos de los participantes sobre las actividades y los procesos que viven. Castro y Bronfman (1999) señalan que, en las entrevistas, la información proporcionada suele ser el resultado de una elaboración de la persona, más que una respuesta a una pregunta específica. A su vez, Guiddens (1998) plantea el ejercicio reflexivo como parte del proceso de revaloración de significados de las prácticas de los individuos.

Proceso de análisis y resultados

Una vez que se llevaron a cabo las entrevistas, se procedió a la transcripción y análisis de datos. Una primera etapa correspondió a las múltiples lecturas para proceder a la codificación abierta, al análisis y fragmentación de la información para organizar el material. La segunda etapa implicó la organización de la información para identificar conceptos y elaborar categorías que nos permitieran contactar con la información teórica y proceder al análisis e interpretación.

Aprendizaje del “ser hombre”

En el ámbito familiar se encuentran como figuras importantes en el proceso de construcción de los varones, el padre, la madre, los hermanos y hermanas, no en la especificidad de cada uno de ellos y ellas sino en la compleja red de relaciones que se viven en dicho espacio, donde estas se construyen de diversas maneras entre el padre, la madre, los hijos e hijas, incorporando estructuras de relación genérica.

Si bien la familia se convierte en un espacio de socialización donde aprendieron a ser hombres, también refieren el mundo externo a la familia, el mundo social en el que también participan y se vinculan. En muchas ocasiones la relación con amigos o compañeros se convierte en los “otros” de los que también aprenden lo que significa ser hombre, como lo señalan algunos de los entrevistados.

Pues yo creo que, tanto mis amigos como mi escuela, como mis padres, como la tv, el radio, todos estos medios, creo que todo el tiempo se la pasan diciéndote cómo tienes que ser ¿no?, no te dicen lo mismo ¿no?, pero todos te dicen cómo tienes que ser en todos aspectos y pues entre ellos está el ser hombre, el ser masculino.

Pues yo creo que es un estándar que aprendes en el medio cultural en el que te desenvuelves y también en el medio social.

Yo creo que la sociedad me ha enseñado a ser hombre, a ser masculino, ella es la que te marca cómo están las cosas. En esta sociedad siempre se ha manejado que uno es el que debe de tener un poco más de responsabilidad que las mujeres, bueno, en cuanto a formar una familia.

Desde los participantes, socialmente se propicia un modelo de hombre influenciado por el “deber ser”; los hombres se ven expuestos a la constante demostración de la responsabilidad y el cumplimiento en los escenarios de práctica social en los que participan como el hogar, el trabajo, la intimidad, exigencias que los varones incorporan a partir de los discursos en los medios de comunicación y las diferentes instituciones.

Algunas concepciones de los varones de nivel socioeconómico medio hacen referencia a ideas dominantes sobre la manera en que aprenden a ser hombres, al incorporar el discurso de que deben ser autosuficientes, no

mostrarse vulnerables. En el caso de los entrevistados, el hombre debe ser responsable, independiente, tener carácter, saber llevarse por él mismo, saber qué hacer cuando estén con una mujer, refiriéndose al desempeño sexual, conceptualizado como rendimiento y potencia física, donde la parte emocional no se incorpora. Esto resulta interesante porque son hombres que llevan en promedio 10 o 12 años viviendo en pareja, formando familia y procreando hijos. Se tuvo que dirigir la entrevista para explorar de manera particular la vivencia emocional, el proceso a través del cual habían incorporado en su trayectoria de vida el reconocimiento de las emociones y los sentimientos. Si bien este grupo sociocultural ha añadido en su construcción de identidad la posibilidad de ser un hombre diferente, es decir, un hombre responsable con su familia e hijos, y donde desde su perspectiva ya no aparece el machismo como algo presente en su vida, sí reconocen que han cambiado, pero como parte de las exigencias de sus esposas, pues son ellas las que les van diciendo: “no me gusta que hagas esto o aquello”, “tienes que ser diferente, más participativo en la casa, más cariñoso con los hijos”.

Es en el intercambio relacional con la pareja donde construyen una nueva manera de ser hombre, donde confrontan y / o reconocen que es importante incorporar la vida emocional.

Emociones y sentimientos en los varones

A muchos hombres les cuesta trabajo reconocer su vida emocional, debido a que se les ha socializado para negar u ocultar las emociones donde se evidencie la sensibilidad o vulnerabilidad, lo cual se concreta con las concepciones dominantes de masculinidad. Desde temprana edad aprenden a desplazar las emociones, pueden aceptar y expresar la ira, pero no la tristeza, la ternura o el miedo por considerarse una amenaza a la identidad masculina hegemónica. Pocas veces a los niños se les enseña a distinguir y a nombrar las emociones y los sentimientos.

¡A los niños se les educa para que repriman sus emociones, para que repriman todo!

Se pasan la vida tratando de ocultar y, en la medida de lo posible, eliminar las emociones y los sentimientos. Se pueden sentir fuertes en el mundo del

trabajo, donde conocen las reglas y se vinculan con otros, pero en la vida emocional no pueden expresarse personalmente.

Se les dificulta reconocer qué sienten, porque una parte de su identidad masculina da por hecho que siempre “deben tener la respuesta correcta”. Aprenden a enorgullecerse de no tener ninguna necesidad, en particular ninguna necesidad emocional, son los “otros” los que tienen necesidades en las que, como hombres, deben estar dispuestos a apoyarlos. Michael Kaufman (1997) considera que las emociones y necesidades en los varones no desaparecen, las frenan, las ocultan, las silencian, porque podrían poner en cuestionamiento el poder, el control y el dominio sobre quienes los rodean.

Algunos hombres llegan a estar desprovistos de un lenguaje emocional que les permita identificar y articular su experiencia, que tratan la parte emocional en su vida como si fuera un signo de debilidad, por lo que les es difícil compartirlo con los demás. Al no compartir sus sentimientos, incluso con las personas cercanas, no saben cómo expresarlos, no por negligencia sino porque no ha formado parte importante en su proceso de socialización y aprendizaje como hombre. Llegan a autocontener tanto las emociones que generalmente tienen problemas en la relación con la pareja o con los hijos y las hijas, ya que en muchas ocasiones no están dispuestos a escuchar las necesidades de los demás, no toman en cuenta o no dedican el tiempo suficiente a las relaciones interpersonales, estas son algunas consideraciones o requerimientos por parte de mujeres, niños, niñas y adolescentes.

Un aspecto que se ha considerado como desventaja de ser hombre está referido a lo personal, lo privado, lo emotivo y lo íntimo. De Keijzer (2001), Seidler (1995, 2000) y Roma (2000) señalan que gran parte del proceso de socialización en los varones enfatiza no solo el control sobre los otros sino aun sobre sus propias emociones y sentimientos, quizá una parte del discurso de su proceso de formación como hombre considera que tener necesidades emocionales representa una señal de debilidad, una prueba de falta de control, que significa en algún sentido no ser lo suficientemente hombre.

El reconocimiento y la posibilidad de externar emociones en los varones es casi inexistente en el proceso de socialización, esto se puede constatar con los testimonios de algunos entrevistados:

Sí, sí lo tengo muy claro, yo cuando he tenido deseos, necesidad de querer expresar algo, lo he querido hacer, pero no puedo, no puedo, siempre

lo ahogo muy dentro de mí y este... yo creo que eso es uno de los sentimientos negativos que nosotros los hombres tenemos, de que... hay algo que necesitamos sacar, pero no lo sacamos por orgullo.

Todos tenemos nuestras emociones ¿no?, a lo mejor somos amargados y no las echamos pa'fuera, y otra, o somos muy fuertes de carácter y las expresamos de otra forma. Según yo no me guardo nada y lo externo, pero mi esposa me dice “es que tú eres muy seco”, entonces ¡no sé!

Se observa en los discursos una dificultad no en el reconocimiento de emociones sino en la forma de manejarlas, de expresarlas, de externarlas, prefiriendo silenciar esa parte de la vida emocional. Los hombres administran sus afectos y esto conforma parte de la identidad de género masculino (Nolasco, 1989), lo que convierte a algunos en individuos divididos; por un lado, al tener el control aparente sobre sus vidas y, por otro, descuidar la parte emocional, la parte íntima. Esto debido al proceso de socialización donde se enseña a negar los sentimientos como la ternura, la tristeza y el miedo, entre otros.

Algunos varones se han dado la posibilidad de replantear y de soltar el poder, el control y el dominio que aparentemente representa el ser hombre, esto a partir de la relación compartida con la pareja y con los hijos en el manejo de emociones y los sentimientos. Al indagar con uno de los entrevistados si había aprendido algo en la relación con su hijo, de manera sorprendente comentó:

¡Hijole!... tal vez el que ya soy más sensible para expresar mis sentimientos. Sí, sí, antes me costaba mucho más trabajo ¿no?, ahora no, yo creo que la compañía de Sonia (su esposa) y la de mi hijo y muchas vivencias, pues ya me han hecho más sensible en esas partes.

Al no reconocer e incorporar el respeto a sus propias emociones y sentimientos, les será muy difícil respetar las emociones y los sentimientos de los demás. Están tan poco acostumbrados a escucharse a ellos mismos, que les resulta difícil escuchar a otros. Es como si aprendieran a fragmentar la experiencia, a no incluir sus vivencias en un todo sino en partes; para algunas mujeres nuestra percepción de las necesidades de los otros (compañero, hijos e hijas, familiares, amigos / as) las tenemos presentes constantemente.

te, y no por eso descuidamos nuestro trabajo. Para muchos varones esto parece imposible, aprenden a desligarse y alejarse de las experiencias que les resultan difíciles, ellos al salir de casa rumbo al trabajo parece que se olvidan de todo, porque el trabajo representa para muchos una forma de escape. Algunos comentan: “es que en mi casa es bien difícil, tengo que hacer quehacer y cuidar hijos, y además, platicar y ser cariñoso, mejor me voy a trabajar”. Esto de alguna manera forma parte del proceso de construcción como hombres, menciona Giddens (1998), donde los varones estructuran su identidad a partir del desempeño laboral descuidando su intimidad y, por tanto, la posibilidad de establecer relaciones armoniosas y amorosas duraderas.

Muchos varones, al no reconocer o no tomar en cuenta sus emociones por el temor a no saber enfrentarlas, tienden a aislarse de los demás, con lo que dificultan el establecimiento de vínculos emocionales. Nolasco (1989) considera que quien se involucra se convierte en cómplice, alguien que vive intensamente una elección. *Involucrarse afectivamente inscribe al sujeto en un lugar donde él es el agente de su acción.* La mayoría de los varones son socializados para ser observadores de la trama afectiva y, como observadores, se desprenden del carácter emotivo que involucra el intercambio afectivo.

CONSIDERACIONES FINALES

Algunos elementos importantes derivados de la investigación y el trabajo con hombres de nivel medio, podríamos ubicarlos en el proceso complejo a través del cual aprenden a “ser hombres”, donde muchos de los discursos sociales transmitidos a través de la familia, los medios de comunicación, la escuela, los grupos de amigos y el mundo social, enfatizan características y estereotipos del ser hombre como aquel que debe manifestar fortaleza, habilidad para solucionar todos los problemas que se le presenten, tener la razón siempre y, sobre todo, no mostrarse vulnerable, volverse un experto en ocultar las emociones y los sentimientos. De ahí que generen un modelo de ser hombre donde la parte afectiva no tiene cabida. En muchos casos existe un temor de involucrarse afectivamente porque esto pondría en riesgo su propia vulnerabilidad.

Desde la perspectiva de Seidler (2000), en los varones se encuentra una disociación entre razón y emoción. Esta separación instaaura una enorme

preocupación por mostrar la razón y ocultar la emoción, ya que podría constituir una amenaza a su identidad como hombre. Aprenden a desdeñar las emociones y los sentimientos como signos de debilidad que ponen en una situación comprometida la identidad masculina. Esto crea tensión constante para muchos varones, pues “la masculinidad es algo que siempre están dispuestos a defender”, lo que se convierte en una constante preocupación.

Muchos hombres aprenden a controlar de manera sociocultural sus emociones y sentimientos, pues consideran que estos podrían obstaculizar e interferir en su desempeño y toma de decisiones. Aprenden a ocultarlos porque no tienen cabida en el ámbito público y el mundo social del que forman parte. Para algunos es mejor incorporar un proceso de autocontrol, dominando y silenciando sus sentimientos y afectos. El significado atribuido a su vida emocional está lleno de temores, dudas y contradicciones que cuando llegan a ser cuestionados acerca de sus sentimientos, no saben qué decir y terminan mostrando una actitud de enojo y molestia, cuando en realidad lo que están identificando es un enorme desconocimiento de esa parte de su vida. Si logran reflexionarlo, les genera desconcierto e incertidumbre, pues no sabrían cómo manejarlo, de ahí que prefieran en muchas ocasiones vivir como si su vida emocional no existiera.

Existe un principio masculino construido socialmente a partir del cual los hombres intentarán administrar sus afectos (Nolasco, 1989); este principio, base de la identidad masculina, segmenta y polariza lo femenino de lo masculino, lo sexual de lo afectivo, el trabajo del placer, lo que convierte a los hombres en individuos divididos que viven sumergidos en la ilusión de la perfección. Rivera y Ceciliano (2005) consideran que parte de la representación social del ser hombre incorpora la idea de que este debe evitar las emociones, sobre todo aquellas que son “típicamente” femeninas, como la vulnerabilidad, el sentimiento, dar muestras de cariño y sensibilidad; además deben impedir que se le note el miedo; los hombres ante todo deben ser racionales, están para proteger, trabajar, proveer, ser fuertes y decididos. La afectividad, las emociones y los sentimientos son de las mujeres, el proceso de socialización les permite hablar y externar lo que sienten, sus temores y dudas. En los varones socialmente esto no es posible. No obstante, los resultados de la investigación con varones en Costa Rica muestran algunos cambios significativos, ya que 19% de los varones a los que se aplicó la encuesta están de acuerdo con la proposición: *El hombre no debe expresar sus*

sentimientos ni su ternura, mientras que 77.7% no lo está. Cabe señalar que el porcentaje más alto corresponde a varones de nivel socioeconómico y escolaridad altos; en ellos se observa una “apertura” significativa respecto de la incorporación de formas distintas de ser hombre, donde tiene cabida la posibilidad de externar sus afectos y emociones.

En el caso de la investigación con varones mexicanos de nivel socioeconómico medio, también se encuentran cambios en el proceso de construcción de identidad respecto al manejo de emociones y sentimientos. Los entrevistados señalaron que se han visto en la necesidad de re-plantear sus propias vidas como hombres, esto a partir de la relación compartida con la pareja, los hijos y las hijas, donde les han llegado a cuestionar sus silencios, su poca tolerancia, la no manifestación de afecto, llevándolos a reconsiderar sus actuaciones como hombres (Salguero & Pérez, 2011a, 2011b).

A su vez, han considerado los costos que representa ser “ese hombre duro e insensible en apariencia” al lanzarse en varias ocasiones al juego democrático de las negociaciones cotidianas, no como competidor sino como cómplice o co-partícipe y con la posibilidad de dialogar y entender la posición del “otro u otra”, “otros u otras”. Colocarse en la perspectiva del otro u otra posibilita el involucramiento, la entrega, el modo de caminar rumbo a la construcción de relaciones más equitativas donde se establezca la posibilidad de dar y recibir, con uno mismo y con los demás.

Una posibilidad es el reconocimiento y la manifestación de la vida emocional, lo cual podría sentar las bases para trastocar la vulnerabilidad y fragilidad, ya que se requiere un desplazamiento del lugar de control y distanciamiento al que habitualmente están acostumbrados algunos varones en el plano afectivo. Esto implicaría confrontar el temor a ser cuestionados en su hombría, en los significados que han construido sobre el ser hombre, dándose la posibilidad de ser “personas” afectivas. En resumen, la expresión de sentimientos puede ayudar a construir la confianza y cercanía en las relaciones interpersonales.

REFERENCIAS

Andrade, S., Shedlin, M. & Bonilla, E. (1987). *Métodos cualitativos para la evaluación de programas. Un manual para programas de salud, plani-*

- ficación familiar y servicios sociales* (pp. 41-132). Watertown: The Pathfinder Fund.
- Castro, R. & Bronfman, M. (1999). Problemas no resueltos en la integración de métodos cualitativos y cuantitativos en la investigación social en salud. En M. Bronfman & R. Castro (Coords.), *Salud, cambio social y política. Perspectivas desde América Latina*. México: Edamex.
- De Keijzer, B. (2001). Para negociar se necesitan dos. Procesos de interacción en la pareja con énfasis en la crianza: una aproximación crítica desde lo masculino. En J.G. Figueroa (Coord.), *Elementos para un análisis ético de la reproducción* (pp. 259-276). México: Programa Universitario de Investigación en Salud / Programa Universitario de Estudios de Género / Miguel Ángel Porrúa.
- De Keijzer, B. & Reyes, E. (2003). Constructing new gender, equitable identities: salud y género work in México. En *Involving men to address gender inequities: three cases studies* (pp. 11-29). Washington: Gender Working Group / Subcomité on Men and Reproductive Health.
- Fuller, N. (2000). Significados y prácticas de paternidad entre varones urbanos del Perú. En N. Fuller (Ed.), *Paternidades en América Latina* (pp. 35-90). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.
- Giddens, A. (1998). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Gordon, S. (1990). Social structural effects on emotions. En T. Kemper (Ed.), *Research Agenda in the Sociology of Emotions* (pp. 145-179). Nueva York: State University of New York Press.
- Hernández, J.C. (2001). Elementos del entorno reproductivo de los varones. En J.G. Figueroa & R. Nava (Eds.), *Memorias del seminario-taller "Identidad masculina, sexualidad y salud reproductiva"* (pp. 50-54). México: Programa de Salud Reproductiva y Sociedad-El Colegio de México (documento de trabajo No.4: Sexualidad, Salud y Reproducción).
- Hochschild, A.R. (1990). Ideology and emotion management: A Perspective and path for future research. En T. Kemper (Ed.), *Research Agenda in the Sociology of Emotions* (pp. 117-142). Nueva York: State University of New York Press.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2010). Censo de Población y Vivienda 2010. Recuperado de <http://www.inegi.org.mx>

- Kaufman, M. (1997). Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En T. Valdéz & J. Olavarria (Eds.), *Masculinidad / es. Poder y crisis* (pp. 63-81). Santiago de Chile: Isis Internacional / FLACSO.
- López, O. (2011). Reflexiones iniciales sobre una historia cultural de la construcción emocional de las mujeres en el siglo XIX mexicano. En *La pérdida del paraíso. El lugar de las emociones en la sociedad mexicana entre los siglos XIX y XX*. México: FESI-UNAM.
- Nolasco, S. (1989). *O Mito da Masculinidade*. Río de Janeiro: Roco.
- Oliveira, C. de (1999). Masculinidad en Brasil, dimensión de la reproducción. *Conferencia Seminario en el curso sobre género y dinámica demográfica*. Doctorado de Población y Programa de Salud Reproductiva. El Colegio de México, 24 de octubre de 1999.
- Rivera, R. & Ceciliano, Y. (2005). *Cultura, masculinidad y paternidad: las representaciones de los hombres en Costa Rica*. 2a ed., San José, Costa Rica: FLACSO.
- Rodríguez, M.E. (2001). Experiencias del trabajo de masculinidades en Bolivia. En J.G. Figueroa & R. Nava (Eds.), *Memorias del seminario-taller "Identidad masculina, sexualidad y salud reproductiva"* (pp. 32-36). México: Programa de Salud Reproductiva y Sociedad-El Colegio de México (documento de trabajo No.4: Sexualidad, Salud y Reproducción).
- Roma, P. (2000). *Hablan ellos*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Salguero, A. (2002). *Significado y vivencia de la paternidad en el proyecto de vida de los varones*. Tesis para obtener el grado de Doctor en Sociología. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- Salguero, A. (2008). *Identidad masculina. Elementos de análisis en el proceso de construcción*. México: FESI-UNAM.
- Salguero, A. & Pérez, G. (2011a). La paternidad en el cruce de perspectivas: el discurso reflexivo de padres y madres. *Revista GénEros*, No.9, época 2, año 18, 35-56.
- Salguero, A. & Pérez, G. (2011b). *Dilemas y conflictos en el ejercicio de la maternidad y la paternidad*. México: FESI-UNAM.
- Schmukler, B. (1989). Negociaciones de género y estrategias femeninas en familias populares. *Revista Paraguaya de Sociología*, año 26, No.74, enero-abril de 1989, Paraguay.

- Schmukler, B. (1996). La socialización de los niños y las relaciones de género en la familia. En J.G. Figueroa Perea (Coord.), *Elementos para un análisis ético de la reproducción* (pp. 243-258). México: Programa Universitario de Estudios de Género-UNAM.
- Seidler, V. (1995). Los hombres heterosexuales y su vida emocional. *Debate Feminista*, 11, año 6, 78-111.
- Seidler, V. (2000). *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. México: Paidós.
- Weber, M. (1988). *Sobre la teoría de las ciencias sociales*. México: Premiá.

La pérdida del empleo y su efecto en la identidad y afectividad masculina¹

ANA MARÍA LÓPEZ GALLEGOS[†]
MARÍA ELENA RAMOS TOVAR

Resumen: *Este trabajo explora la relación entre masculinidad y empleo, específicamente indaga cómo la ausencia de este impacta la vida emocional de los hombres y trastoca su identidad genérica. Los resultados arrojan que la mayoría de los hombres sostienen una ideología de género masculina tradicional, y ante la imposibilidad de cumplir con las funciones prescritas, quien no tiene empleo siente que está fallando como hombre, esposo y padre; siente dolor, rechazo, vergüenza, tristeza, pero sobre todo ansiedad: vergüenza por estar fallando a un ideal del ego, tristeza por la pérdida del trabajo, de una relación significativa; ansiedad traducida como preocupación, desesperación ante la pérdida del trabajo.*

Palabras clave: *desempleo, identidad, género, masculinidad, emociones.*

Abstract: *This paper explores the relationship between masculinity and employment, specifically the way it impacts men's emotional life and upsets their generic identity. The results show that most men hold a traditional masculine gender identity, and when unemployment makes it impossible for them to fulfill their prescribed functions, they feel that they are failing as men, husbands and fathers. They feel pain, rejection, shame, sadness, but above all, anxiety: shame at falling short of their ego's ideal, sadness at the loss of their job and the significant relationships that it entails, anxiety in the form of worry and desperation in the face of unemployment.*

Key words: *unemployment, identity, gender, masculinity, emotions.*

1. Este texto forma parte de la tesis denominada: Masculinidad y emociones: la ansiedad, la tristeza y la vergüenza en hombres desempleados en la ciudad de Saltillo. Tesis doctoral de la Facultad de Trabajo Social y Desarrollo Humano de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Este trabajo de investigación se ubica dentro de los estudios de género y está orientado a explorar la relación entre masculinidad y empleo, a indagar cómo la ausencia de este impacta la vida emocional del sujeto y los efectos que produce en su identidad genérica.

En relación con las categorías de empleo y masculinidad se ha realizado una serie de estudios que evidencian la importancia que este tiene en la vida de los hombres, ya que es a través del trabajo que se sustenta una de las principales prácticas del modelo hegemónico de masculinidad, y que es el de ser proveedor. Pero no solo el trabajo cumple con ofrecer un medio material para obtener ingresos y satisfacer necesidades cotidianas sino se convierte en una vía para que se cumplan con otras funciones —ser protector, guía, autoridad, entre otros (Jiménez, 2007; Salguero, 2009; Tena, 2007).

Cuando se habla de emociones se alude a asuntos que tienen que ver con vulnerabilidad, con debilidad, en este sentido el patrón tradicional masculino de comportamiento supone que el hombre tendrá que evitar u ocultar emociones. Hay que subrayar que este aspecto es fundamental en la vida de los seres humanos y que, debido a una concepción hegemónica de “ser hombre”, ha sido, en muchas ocasiones, escindido, ocultado por los mismos hombres (Kaufman, 1995; Keijzer, 2001; Real, 2001; Lee & Owens, 2002; Cleary, 2005).

Pero, ¿por qué estudiar las masculinidades? Scott Coltrane propone una respuesta afirmando que “el género es un principio organizador de las sociedades y tradicionalmente los hombres han ignorado esta influencia sobre los hombres mismos” (1998, p.17). En este caso hay que precisar que los estudios sobre masculinidad son relativamente recientes y principalmente fueron planteados a partir de la vasta literatura que generó el movimiento feminista, el cual “se propuso generar conocimiento sobre la vida de las mujeres” (Barbieri, 1992, p.113); no obstante varios estudiosos han considerado que para conocer más acerca de la vida de las mujeres y de los hombres mismos se requiere estudiar las relaciones entre los géneros y hacia dentro de los géneros (Coltrane, 1998; Barbieri, 1992).

Aun y cuando los estudios sobre masculinidad son relativamente nuevos, los temas que se han abordado han sido imprescindibles para el conocimiento de la(s) masculinidad(es) y se ha formado un cuerpo de conocimiento especializado en los estudios de género. Estos estudios han seguido temáticas diversas: identidad masculina y trabajo, paternidad, comporta-

miento doméstico de los hombres, relaciones de poder entre cónyuges, sexualidad y reproducción, homosexualidad, salud masculina, emociones y masculinidad, solo por citar algunos. Entre los autores que se pueden mencionar están: Fuller, 1998; Valdés y Olavarria, 1998; Viveros, 1998; Escobar, 1998; Gutmann, 1998; Bastos, 1998; Figueroa, 1998; Jiménez, 2003; Núñez, 2000; Lee y Owens, 2002; Sherman, 2004; Cleary, 2005; Seidler, 2005; Scheff, 2006; Tena, 2007.

Los temas sobre *identidad masculina, trabajo* y los aspectos *emocionales* en las vidas de los hombres sobresalen en el vasto terreno de investigación que se ha desarrollado en diversos contextos, las siguientes líneas abordarán estos temas, ya que son los que se vinculan directamente con el estudio que se presenta.

IDENTIDAD MASCULINA Y EMPLEO

En América Latina, Fuller (1998), Valdés y Olavarria (1998), y Viveros (1998) se han enfocado en analizar la identidad masculina y han encontrado que el empleo representa el eje más importante de la identidad de los hombres. Según Valdés y Olavarria (1998), este se constituye en el núcleo de respetabilidad social: no tener trabajo humilla, el hombre pierde poder, autoridad y prestigio, igualmente el empleo es la vía para construir “una vida digna”, “respetable”.

En fechas más recientes en México, Jiménez (2006) realizó un estudio que tuvo como objetivo conocer la situación de los hombres desempleados o en deterioro laboral, análisis que se plantea a partir de las autopercepciones, relaciones familiares y sociales, así como los papeles de género que los sujetos desempeñan o tienen. El origen del estudio ocurre a partir de la reflexión sobre acontecimientos de desesperación que condujeron a comportamientos de criminalidad en hombres, en el que al parecer la causa originaria fue la falta de trabajo.

Por su parte, Tena y Jiménez (2006) explican el “rescate” del padre que realizan las familias ante el incumplimiento del hombre en su función de proveedor, mencionando las estrategias que utilizan las parejas para suavizar los cambios en las prácticas y los roles de género a partir de la crisis en el empleo y su afectación en la identidad masculina.

En un trabajo realizado con jóvenes granjeros en Irlanda, Cairríona Ní Laoire (2005) identificó que la tenacidad, la independencia, la autonomía y el estatus de proveedor eran los elementos de la construcción de identidad masculina en comunidades rurales; sin embargo, las responsabilidades principales de ser custodio y proveedor de la familia eran difíciles de cumplir en un contexto en el que se considera que la economía está cambiando. La persistencia de estos valores tradicionales y la reducción del poder económico provocan una tensión que muchas veces se manifiesta como culpabilidad y sentimientos de ansiedad en los jóvenes granjeros, ya que hay ciertos deberes que no pueden cumplirse.

En esta misma línea, McDowell (2002, 2003, 2004) enfoca su atención al problema del trabajo en los hombres jóvenes en la Gran Bretaña. La autora considera que, debido a los procesos de cambio económico, las perspectivas de trabajo son desalentadoras; jóvenes con poca educación y habilidades desean ingresar a la industria automotriz y del acero sin que haya alternativas laborales reales, incluso se estima que estos jóvenes no tendrán la misma movilidad que tuvieron sus padres. Considera que deben elaborarse políticas de inclusión laboral para estas nuevas generaciones, además tendrían que contemplarse algunas situaciones sociales relacionadas con la identidad masculina, por ejemplo, la dificultad para cumplir con la obligación tradicional de proveedor económico; asimismo, la autora se pregunta si estos jóvenes en un futuro se verán rechazados como potenciales esposos y padres, considerando que las mujeres jóvenes han conseguido también mayor independencia económica.

Los estudios citados muestran que en las diversas etapas de la vida el empleo para los hombres es un asunto fundamental, ya sean jóvenes que se encuentren en proceso de conformación de sus familias —como lo menciona Olivia Tena (2007)— o se encuentren en situación de retiro, pensión o jubilación.

Afectividad y emociones

En relación con las emociones, las investigaciones que han tenido como tema central este aspecto refieren que los hombres tienden a encubrir las, conformándose patrones de ocultamiento o no revelación de sus estados afectivos y emocionales. Anne Cleary (2005) considera que las emociones

masculinas y femeninas pueden no ser tan distintas, lo que sí lo es, es que en el terreno de la expresividad estas se encuentran altamente *generizadas* y controladas. En un estudio realizado con hombres en situación de estrés o depresión que habían intentado suicidarse, la autora identificó un patrón constante que consistió en la *no-revelación* de emociones: “las dos terceras partes dijo que nunca divulgarían asuntos emocionales a cualquier persona, más específicamente, casi ninguno había hablado del estrés, angustia o aflicción que condujo a la acción suicida” (Cleary, 2005, p.159).²

Por su parte, Thomas Scheff (2006) formuló un modelo masculino sobre las emociones que denominó de “silencio / violencia”, ya que considera que en el caso de los hombres los sentimientos vulnerables son muchas veces ocultados de otras personas, sobre todo de otros hombres y, más tarde, de sí mismos. Scheff (2006) afirma: “cuando los hombres se encuentran frente a lo que consideran ser una situación amenazante ellos pueden ser compelidos al silencio o a la rabia y la agresión” (p.24). Una situación amenazante puede ir desde la humillación ejercida por otro (padre, compañeros), sentir dolor por algún suceso o estar en peligro de muerte.

Los hombres parecen más inclinados a mostrar silencio ante una variedad de emociones; en comparación a las mujeres, ellos son menos probables a hablar con sus compañeros de sus sentimientos —en estos se incluye el resentimiento, la humillación, la vergüenza, el rechazo, la alegría, el orgullo genuino, la pérdida y la ansiedad—. En la historia personal de los hombres y a través de las normas sociales se puede observar que el enojo es el único sentimiento que no les está prohibido a los hombres, en cambio, en la manifestación de miedo y dolor aparecen diferencias muy marcadas entre hombres y mujeres.

Respecto a mostrar enojo y cólera, las mujeres socialmente son enseñadas a inhibir este sentimiento desde pequeñas, son enseñadas a mostrar cariño y, por lo tanto, a mostrar ayuda o cuidar (*cuidar / ayudar*); el patrón que se encuentra en los hombres y que se corresponde con este es el de *luchar / huir*; en este caso la traducción de este patrón para los hombres es para los comportamientos de agresión (*lucha*) y de silencio (*huida*). El reti-

2. Las razones principales para realizar la acción suicida fue una sensación de “infelicidad generalizada, sentirse atrapados en una situación, desintegración de una relación, síntomas psiquiátricos y cólera” (Cleary, 2005, p.159).

ro o huida no solo se refiere a aspectos físicos sino psicológicos; la agresión o cólera, en este caso, se entiende como una emoción hipermasculina. Sin embargo, el papel que tiene este patrón en la vida de los hombres todavía no ha sido suficientemente valorado debido a que no hay un conocimiento adecuado de su mundo emocional / relacional (Scheff, 2006).

Seidler (1995), por su parte, destaca el pensamiento racional como característica del hombre moderno y cómo esta idea de racionalidad lleva a crear una división entre su cuerpo —sus emociones y su sexualidad— y su mente. Al asumir que la racionalidad es la característica de la masculinidad, que los pensamientos están en la mente, y las emociones y sentimientos en cualquier otra parte del cuerpo, entonces los hombres desconectan los sentimientos de sí mismos.

El autor menciona que, debido a que las emociones han sido consideradas como una amenaza para el yo, estas se han venido callando, silenciando, como si no existieran, lo cual puede dar lugar a que los hombres se enorgullezcan de la capacidad que tienen para desconectarse de sus emociones, como el hecho de poder irse a trabajar sin que las dificultades de que su vida personal o doméstica les incomoden; otro hecho que se destaca es que los hombres no consideran las emociones ni los sentimientos como fuentes de conocimiento, es por esto que son despreciados; sin embargo, esta falta de reconocimiento del papel que las emociones tienen en la vida cotidiana puede distanciar a los hombres de la realidad; la propuesta de Seidler (1995) es que hombres y mujeres necesitan recuperar sus historias emocionales para hacer sus vidas más reales.

Según Kaufman (1995, 1997), la posición de poder que caracteriza a los hombres es una experiencia dolorosa; los hombres interiorizan, como individuos, la posición de autoridad que les otorga la sociedad, que se traduce en privilegios y ventajas que no tienen los niños y las mujeres, sin embargo, esta posición también es dolorosa porque genera una situación de aislamiento en relación con los demás, de alineación personal, porque para vivir su poder el hombre debe ignorar sus emociones, sentimientos y necesidades en su relación con otros seres humanos, por lo que es difícil que los hombres establezcan relaciones íntimas y cercanas (Kaufman, 1995).

En relación con las emociones, Tena (2007) refiere malestares de tipo afectivo —estados de ánimo, emociones, sentimientos— en hombres desempleados. Estos malestares están

[...] ligados al estrés y la depresión, malestares que en ocasiones los varones no relacionan de manera consciente con los factores que los propician y, por lo tanto, no se está en condiciones de modificarlos en lo inmediato. Los malestares masculinos se entienden no solo como consecuencia de las desventajas económicas sino vinculadas con una construcción de la masculinidad como deberes que exigen la demostración de la capacidad de manutención (p.357).

El desempleo se asocia “en el caso de los varones con estados de ansiedad, depresión y tensión, con una disminución en la confianza y estima de las personas, igualmente los hombres utilizan pobres estrategias de afrontamiento para lidiar con sus emociones” (Tena, 2007, p.368).

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

En la literatura revisada se ha encontrado que el empleo, en el caso de los hombres, es un aspecto fundamental de la identidad de género y este le otorga un sentido a la vida de los sujetos, ya que se convierte en la principal manera de sustentarse como padre, esposo y sostenedor de la familia. Asimismo, se ha encontrado que los hombres se siguen asumiendo como principales aportadores, aun en aquellos casos en los que las economías locales han cambiado. Es indudable que las identidades masculinas son trastocadas cuando hay un cambio económico debido a que los hombres no pueden satisfacer a cabalidad el modelo de masculinidad tradicional, de la misma manera, esta situación de incumplimiento tiene repercusiones de tipo emocional, ya que los hombres se enfrentan a una amenaza o pérdida, que en este caso es el empleo, y que afecta de manera directa las identidades masculinas sustentadas en los roles y funciones anteriormente citadas.

La interrogante principal que guía este artículo es ¿cómo repercute el evento del desempleo en la identidad masculina?³ En el apartado de resultados se exponen las principales derivaciones en este ámbito.

3. En la tesis realizada, la pregunta principal que guió el estudio fue: ¿cómo se articula la masculinidad ante el evento del desempleo? Estableciendo como objetivos específicos: conocer las emociones que experimentan los hombres ante una situación de desempleo, analizar qué tipo de estrategias de afrontamiento utilizan los hombres desempleados, y explicar los cambios del mundo relacional de los hombres respecto a pareja e hijos, familia extensa y amigos.

Aproximación sociopsicológica

Para realizar este estudio y efectuar el análisis pertinente, se eligió como marco teórico el construccionismo social (Berger & Luckmann, 2003; Gergen 1996, 2002; Larsson, 1997) y la teoría cognitiva sobre las emociones de Lazarus (2000), también conocida como la “teoría de la valoración” (*appraisal*).

De acuerdo con Kenneth Gergen (2002), el construccionismo social “busca explicar cómo las personas llegan a describir, explicar o dar cuenta del mundo donde viven” (p.1). Importa también en esta perspectiva considerar el contexto social y cultural en el cual se generan los significados y el entendimiento del mundo de parte de los sujetos; igualmente son significativos los vínculos relacionales que estos establecen, ya que desde estas relaciones se van a construir los significados y el entendimiento de lo que les rodea. En este caso, la construcción y el significado acerca del género son definidos de acuerdo con el contexto, y habrá que conocer las prácticas y los significados de la masculinidad en cada escenario particular; además, los construccionistas ven a los actores como individuos capaces de reflexionar críticamente y de tomar acciones en relación con su contexto social.

Aunado a esto, Berger y Luckmann (1996) hacen referencia a los procesos de internalización y externalización de la realidad; el primer proceso detalla la manera en que los individuos internalizan la realidad a través de la socialización primaria y secundaria —aconteciendo esta última de manera permanente—; en la socialización secundaria existen instituciones que van a legitimar los constructos y el conocimiento sobre la realidad. Es en este último proceso de socialización que el individuo puede transformar la realidad subjetiva, generándose un proceso de re-socialización.

En relación con los roles, Berger y Luckmann (1996) afirman que “las instituciones se encarnan en la experiencia individual por medio de los *roles* [...] Al desempeñar *roles* los individuos participan en un mundo social; al internalizar dichos *roles*, ese mismo mundo cobra realidad para ellos subjetivamente” (p.98). Pero principalmente “los ‘roles’ *representan* el orden institucional”, a su vez, “el orden de cosas institucional requiere de dos procesos: 1) legitimación y 2) control social” (p.99).

Una teoría que ofrece un marco de referencia para explicar el aspecto emotivo, que también contribuye a integrar el plano subjetivo y macro,

permitiendo entrar al mundo subjetivo pero donde lo contextual y cultural estén presente, es la teoría cognitiva de las emociones de Lazarus (2000).

Esta teoría se conoce como la teoría del *appraisal* (valoración), lo que significa que para que ocurra un proceso emocional el individuo realiza una evaluación —la cual tiene un significado personal— de lo que está sucediendo en el encuentro con el medio ambiente.

Como afirma Lazarus (2000), en la *relación* que la persona establece con el medio ambiente intervienen elementos que corresponden al orden de lo *personal* —objetivos y jerarquía de objetivos, creencias acerca de sí mismo y el mundo, recursos personales— y *del medio* —pérdidas, daño, amenazas, desafíos, beneficios—. En esta teoría cognitiva de emociones, además de la *valoración*, es importante la estrategia que el individuo elige para manejar y afrontar un evento, que el autor denomina *coping*.

Esta teoría considera elementos de orden personal, pero también de orden social y cultural, los cuales se superponen para que el individuo pueda experimentar diversas emociones y elaborar sus estrategias de manejo; los significados culturales van a influir en el florecimiento de las emociones y, en este caso, lo que importará será el significado cultural de género, la construcción sobre lo masculino que prevalece en los contextos específicos en los que se desea investigar las relaciones, eventos y emociones de los sujetos. “Cada emoción tiene un escenario o historia diferente sobre una relación continua con el entorno”, plantea Lazarus (2000, p.46) y elabora un núcleo relacional para cada emoción; la trama dramática de cada una de ellas permite tener una visión de lo que la gente está experimentando y de la relación que establece con el medio.⁴

Es conveniente aclarar que en la interpretación y análisis de los datos también se toman algunos elementos de la teoría de género, en este sentido, habría que enfatizar que Burin y Meler (1998) distinguen dos características del “género” como categoría de análisis: 1) que este es siempre relacional, es decir, cuando se habla de un género se está aludiendo al otro, y esta relación generalmente está cruzada por el concepto de poder, poder

4. En esta propuesta Lazarus describe 17 emociones: ira, envidia, celos, ansiedad-miedo, culpabilidad, vergüenza, alivio, esperanza, tristeza-depresión, gratitud, compasión, felicidad-alegría, orgullo y amor. También hace una clasificación de las emociones —desagradables, existenciales, empáticas, las originadas en situaciones vitales desfavorables y en situaciones favorables (2000).

de los afectos en el género femenino, y de lo racional y económico en el masculino; 2) se considera que el “género” es una construcción histórico-social que se ha definido a través del tiempo y de las estructuras sociales que lo conforman (familia, iglesia, escuela, estado).

De esta manera, el género también se construye a través de lo que Ojeda (1999) llama el “curso de vida” de las personas. Esto significa que los diferentes eventos significativos que tienen en su vida hombres y mujeres van a marcar momentos transicionales importantes que moldean social y psicológicamente su condición de género.

En este caso, en las definiciones que se han elaborado sobre masculinidad dominante ha sido descrito el desempeño de los hombres en la esfera pública como un aspecto fundamental de la masculinidad, y a este espacio que aparece como “propio” de los hombres se ligán los conceptos de poder, competencia, agresividad, logro (Kimmel, 1997). Estas atribuciones que forman parte del constructo de lo masculino influyen en la definición de las identidades y en los malestares que aparecen cuando muchos hombres se quedan sin empleo.

Para Arthur Brittar (1989) la identidad de género es “el sentido subjetivo que un hombre o una mujer tiene acerca de su masculinidad o feminidad” (p.20); este sentido subjetivo se logra a través de la socialización, del aprendizaje de roles, los cuales se caracterizan por dos aspectos: uno es el que se refiere a la división sexual del trabajo, el otro está relacionado a la sexualidad. La división sexual del trabajo alude a los espacios o ámbitos “propios” de hombres y mujeres, y como lo menciona Kimmel (1997), el espacio público, el ámbito del trabajo, es el de competencia masculina, aunque para las mujeres tradicionalmente han sido asignados al espacio doméstico, al mundo de los afectos.

METODOLOGÍA

Para dar respuesta al objetivo expuesto se planteó el uso de una metodología cualitativa que se realizó con una muestra intencional obtenida en las instalaciones del Instituto Estatal del Empleo del estado de México. La muestra final estuvo integrada por 31 sujetos cuyas edades oscilaron entre 22 y 53 años, ubicándose en 37 años el promedio de edad.

El total de la muestra se conformó tomando como referencia los planteamientos de Polit y Hungler (2000), quienes consideran que la muestra se establece “con base en los fines y el fundamento teórico de cada estudio y la estrategia de muestreo empleada para alcanzar dichos fines. La muestra como todos los demás aspectos de la investigación cualitativa debe juzgarse en su contexto” (Patton, 1990, citado por Polit & Hungler, 2000, p.288). No obstante, se considera que si se obtienen buenos informantes y las entrevistas alcanzan la profundidad suficiente, con 10 casos se alcanza la saturación de datos; en los casos de “los estudios fenomenológicos se basan en muestras de 10 o menos participantes. En estudios de teoría fundamentada o etnográficos se tiende a requerir muestras de 20 a 40 personas” (Polit & Hungler, 2000, p.288).

La técnica utilizada fue la entrevista semiestructurada, en esta se exploraron diversas áreas: historia laboral, circunstancias por las que se encuentra sin empleo, emociones asociadas a su situación, manejo de la emoción, proveeduría única o compartida, cambios en el comportamiento masculino en relación con el ámbito doméstico, repercusiones en la relación de pareja y vida familiar, posicionamiento de parientes cercanos y amigos, comportamientos orientados a la búsqueda de empleo.

Para proceder al levantamiento de datos, se solicitó de manera voluntaria la participación de los sujetos, asegurando la confidencialidad y el anonimato. Una vez que fue aceptada la colaboración, se procedía a la grabación de la entrevistas transcribiéndolas con posterioridad.

Aun y cuando se contó con una guía de entrevista, siempre se dejó en libertad al sujeto de seguir el relato de sus experiencias más relevantes. Como menciona Madeliene Grawitz (1984), es importante el rigor de la técnica, sin embargo, hay que tener presente que en las entrevistas está implícito un proceso de interacción humana. Lo que se desea conocer a profundidad es el pensamiento, los sentimientos, la manera de sentir y pensar el mundo de parte del sujeto entrevistado; es por eso que esta autora enfatiza la entrevista como un proceso de interacción humana en la que deben predominar actitudes empáticas y eliminarse prejuicios y evaluaciones.

La metodología utilizada se ubica dentro del criterio fenomenológico-hermenéutico (Mayan, 2001), ya que se trató de entender las experiencias y perspectivas de los sujetos desde la mirada de los propios actores; se realizó una inmersión en la experiencia cotidiana de los hombres desem-

pleados, en sus expectativas, ansiedades y temores. De acuerdo con María Mayan, “los fenomenólogos deben poner ‘entre paréntesis’ o hacer a un lado sus nociones preconcebidas o ideas antes de recolectar los datos [...] el producto final es una descripción densa del significado o esencia del fenómeno en cuestión” (2001, p.9). Lo que se buscó a través de la metodología fue aproximarse a la subjetividad y las vivencias de los participantes y conocer la visión de la experiencia del desempleo desde la perspectiva de estos.

Para realizar el análisis de las entrevistas se siguió la metodología propuesta por Miguel Martínez (2007), quien manifiesta que cuando se trabaja con material ya obtenido y no se tiene más acceso a los sujetos, este será codificado y categorizado, encontrando una estructura emergente en los textos transcritos; en este caso el material fue analizado siguiendo un marco sociopsicológico descrito con anterioridad.

Características de la muestra

Como ya se mencionó, el promedio de edad de los sujetos se ubicó en los 37 años. Respecto a estado civil: 24 se encontraban unidos o casados legalmente, dos se declararon solteros, tres estaban separados y dos eran divorciados. En relación con escolaridad: cuatro terminaron la educación primaria, 11 de los participantes contaban con nivel de secundaria, ocho habían realizado el bachillerato, seis eran profesionistas y dos contaban con maestría.

El tiempo de desempleo fluctuaba desde tres semanas hasta dos años ocho meses, y el tiempo que habían laborado transcurría desde dos meses hasta 15 años.⁵ Con base en los datos recabados se observó que aquellos que contaban con primaria o secundaria tenían empleos como: trabajador de la construcción, albañil, taxista, promotor de carnes, repartidor, velador, oficio de soldador y operario. Los entrevistados que tenían el nivel de bachillerato se desempeñaban generalmente como: auxiliar de contador, auxiliar de contratista, auditor de calidad (un escalafón arriba de operario, almace-nista), despachador y jefe de tráfico, inspector de calidad, operario o líder de equipo de trabajo.

5. Excepto una persona que mencionó que tenía tres semanas laborando y estaba por concluir su contrato; era un trabajador de la construcción.

Por su parte, los que contaban con nivel de licenciatura habían trabajado como: jefe de área de seguridad y protección industrial y medio ambiente, ingeniería de planta (industrial y de manufactura), supervisor de recursos humanos y financieros, contabilidad y administración, contador público. Por último, quienes tenían estudios de maestría se habían desempeñado como: analista y jefe de producción y en ingeniería e instalación de maquinaria.

En cuanto a la participación de las mujeres en actividades extradomésticas, se observa que en 14 casos se dedican únicamente a las actividades del hogar, los hombres son los únicos proveedores o lo fueron mientras estuvieron unidos: cuatro de ellas se desempeñan como trabajadoras domésticas por tiempo parcial, tres han ingresado a empleo formal a partir del desempleo de la pareja, cuatro iniciaron actividades de tipo informal para ser también proveedoras y en tres casos las mujeres han sido siempre las principales aportadoras.

RESULTADOS

Enseguida se muestran algunos resultados que en este caso conjuntamos y los posicionamos dentro de un apartado que denominamos *identidad masculina*, entendida esta “como el sentido subjetivo que un hombre tiene acerca de su masculinidad” (Brittar, 1989). Para un mayor entendimiento dividimos esta sección en categorías que son útiles para clasificar el material de las entrevistas realizadas.

La contradicción fundamental que viven los hombres

La entrada del neoliberalismo económico a que hacen referencia varios autores ha transformado el mercado laboral a escala global (Tardanico, 1997, Gómez, 2007). Los autores afirman que los logros laborales alcanzados desde la década de los cuarenta del siglo pasado se han perdido, principalmente el relativo a la seguridad laboral. La flexibilización en el mercado y el empleo precario son los cambios más importantes que se ha traducido en la pérdida de una relativa seguridad en el trabajo y que ha llevado a una situación de incertidumbre e inseguridad.

Ante este nuevo escenario, los hombres se enfrentan a una contradicción fundamental: el panorama económico actual ofrece inestabilidad e incerti-

dumbre para que las personas, en este caso los sujetos, encuentren empleos estables que les brinden seguridad laboral. Estas condiciones del mercado económico y laboral dificultan en gran medida que los hombres puedan erigirse como principales proveedores y otorgar a través de este desempeño seguridad y protección a la familia, como se prescribe socialmente.

En otras palabras, esta demanda social para que los hombres se constituyan en los principales aportadores es internalizada por muchos, de tal forma que su desempeño en la vida pública, trabajar para proveer, se vuelve un imperativo. Como menciona Tena (2007): “demostrar la capacidad de manutención, superioridad económica, de seguridad y protección a la familia en tanto figura de autoridad, que implica la negación abierta de temores y malestares por concebirse signos de debilidad asociados con el ser femenino” (p.358) forman parte fundamental de la construcción de la masculinidad. Entonces, ¿cómo hacen los hombres para vivir en una sociedad que demanda (y que ellos se demandan e internalizan) desempeñarse bajo esquemas tradicionales genéricos pero que no ofrece las condiciones económicas para hacerlo?, ¿qué efectos trae a los individuos, en su emocionalidad y en su identidad de género, esta situación?

La incertidumbre laboral como generadora de malestares

Bajo el esquema económico actual, los trabajadores se vuelven prescindibles debido a que los movimientos del mercado se enfocan en la obtención de la máxima utilidad, de la ganancia económica, por lo que los sujetos pasan a un segundo plano. Expresado de otra manera, prescindible es ser innecesario, sustituible; para evitar esta condición de existencia el sujeto que deja de tener empleo requiere comenzar, re-surgir, subsistir. Es por este motivo que muchos de los entrevistados comentan que necesitan encontrar otro empleo, aunque empiecen desde abajo, comenzar otra vez, existir nuevamente ante el mundo público y también ante sí mismos.

De acuerdo con la información obtenida, el escenario al cual se enfrentan estos hombres es, en sus propias palabras, un escenario *difícil, duro*; caracterizado por la incertidumbre, por la inseguridad que ofrece el mercado laboral. Frustración, exclusión, “querer demostrar que se es capaz”, impotencia por no tener acceso al sistema productivo se traduce, en términos de Lazarus (2000), en emociones de coraje y tristeza, de depresión.

Las evaluaciones de los individuos acerca de la carencia de empleo es un asunto fundamental en sus vidas, y esta apreciación lleva a vivir diversas emociones.

Desde la perspectiva de Gómez (2007), las nuevas condiciones económicas han dado como resultado “el desempleo, la precariedad y la informalidad laboral” (p.37), los salarios y las condiciones de trabajo se han visto degradadas, se vive, por lo tanto, en mayor vulnerabilidad y precariedad en el sistema social, se vive en la “sociedad de riesgo” (p.37).

Para el mismo autor, vivir en esta nueva institucionalidad se traduce en vivir con inseguridad; los individuos se ven afectados en su estima personal, viven con miedo hacia el futuro, miedo de perder el trabajo, el estatus, el salario. Todos los individuos se ven afectados por este nuevo estado de cosas, sin embargo, es probable que los hombres sean aún más afectados, ya que ellos conocieron un sistema distinto, un sistema que otorgaba mayor seguridad y estabilidad. Gómez (2007) evoca el miedo, vivir en la incertidumbre, en la vulnerabilidad, pero ¿qué es realmente lo que los hombres experimentan ante la falta de empleo? ¿qué emociones viven cuando su identidad está siendo trastocada, quebrantada? Este será el tema de los siguientes apartados.

Las emociones

No tener empleo produce malestar y, de una manera más precisa, desde la teoría de las emociones sustentada por Lazarus (2000), los hombres desempleados experimentan *enojo*, *tristeza*, *ansiedad*, *culpa*, *vergüenza*, ante esta situación.

En este trabajo las emociones predominantes a lo largo de las entrevistas fueron las de *ansiedad*, *tristeza* y *vergüenza*. Estas emociones aparecen por la pérdida de empleo (incertidumbre del contexto) y por la discrepancia que hay entre la realidad y la prescripción social que en el transcurso de su vida internalizaron los sujetos sobre lo que significa ser hombre. Recordemos que para Lazarus, el tema relacional de la *vergüenza* es “la imposibilidad de alcanzar el ideal del ego [...] se produce por la discrepancia entre lo que quiere ser la persona y el modo en que dicha persona es socialmente identificada” (Lazarus, 2000, p.245). Siguiendo las tesis de Sigmund Freud (1886-1889), se dice que la vergüenza tiene que ver con la amenaza al recha-

zo. El hecho de que los hombres desempleados refirieran que la vergüenza era experimentada mayormente en relación con los hijos (la familia) y, en menor medida, en correlación con otros miembros de la comunidad, como vecinos, parientes políticos, amigos, nos aclara que el temor al rechazo está presente por parte de estos actores significativos en la vida. Una persona avergonzada buscará encubrir su sentimiento y, en casos extremos, puede pensar en el suicidio como último recurso para resarcir la vergüenza.

Lazarus (2000) señala que la ansiedad, tristeza y depresión son emociones que tienen una estrecha relación. En tanto que la *tristeza* se enmarca como una pérdida irremediable, se piensa que no hay esperanza en recuperar lo perdido. Algunos hombres cuestionados en este trabajo experimentaban tristeza o depresión de manera persistente y, en 2 casos, los sujetos consideraron el suicidio como una posibilidad a la problemática personal que viven o vivieron.

Otra emoción presente fue la *ansiedad*, habiendo quienes la viven con mayor intensidad que otros. Por ejemplo, los hombres que son únicos proveedores y que no cuentan con un fondo económico para sustentar los gastos más apremiantes, y los hombres con alta escolaridad, con elevados puestos y con tiempos prolongados de desempleo experimentan más la ansiedad. En cambio, los que son únicos proveedores y que cuentan con un fondo económico obtenido de la liquidación en su último empleo viven con menor angustia esta problemática. Asimismo, en aquellos casos en los que la mujer ha sido proveedora permanente, los hombres presentan menor ansiedad. En este último grupo su desempeño y compromiso está orientado a apoyar a la mujer (su pareja) en actividades domésticas, cuidado de hijos y obtener un empleo para sustentar gastos menos necesarios como vacaciones, inscripción de los hijos en escuelas privadas, entre otras acciones.

El efecto de este cuadro emocional en la salud psicofísica se manifiesta en dificultades para dormir, dolores de cabeza, pérdida de apetito, deseos de llorar, síntomas de depresión y ansiedad. En los casos entrevistados, estos no paralizan a los individuos, pues la mayoría cuenta con recursos personales y apoyo familiar para persistir en sus objetivos.

Entre las estrategias de afrontamiento,⁶ se encuentra el autocontrol, la evitación, la contención de las emociones como la tristeza, la ansiedad y vergüenza. Recordemos que, como lo menciona Scheff (2006), mostrar sentimientos vulnerables (pena, miedo, vergüenza) son señales de debilidad y, por tanto, este tipo de emociones deben ser silenciadas u ocultadas. Pocos de los hombres entrevistados hablaron del uso del alcohol como estrategia para manejar el estrés y la ansiedad, lo cual debería ser tomado con ciertas precauciones porque es posible que hablar abiertamente de este tipo de acciones resultaría vergonzoso para algunos de ellos.

Ante esta circunstancia, la familia se convierte en un sostén importante. Los abrazos de los hijos, los comentarios de las esposas, los aportes económicos en casos de urgencia por parte de la familia de origen, son acciones que los hombres aprecian positivamente, que los alivia e impulsa a renovar sus actividades.⁷

La identidad

En las entrevistas se revela la importancia que el trabajo tiene en la vida de los hombres. El trabajo significa la posibilidad de proveer a la familia, de sostener un cierto estilo de vida o simplemente contribuir para el sostenimiento básico, desempeñarse con satisfacción en sus funciones de esposos y padres, solo por mencionar algunos aspectos. Cuando no se tiene trabajo, el individuo proveedor siente que no tiene nada, se presenta un vacío del ser, como lo muestra la siguiente declaración:

Tengo tres meses y he aguantado [se refiere a la falta de empleo] pero porque mamá me ha estado apoyando... a veces manda a mis hermanos: ¡te mandó esto mamá! [le dicen ellos], dos, tres bolsas de mandado y pues sí las acepto, pero pos, cómo le diré, como diciéndome yo mismo que soy mantenido, que soy un huevón, soy... ¡no soy nada! (Eduardo, 22 años).

6. Afrontamiento, según Lazarus (2000), refiere a las estrategias que utilizan las personas para manejar situaciones que son amenazantes para su bienestar personal.

7. Hay que tomar en cuenta que los hombres entrevistados estuvieron localizados en las oficinas del Instituto Estatal del Empleo, por lo que se considera que son personas con mayores recursos personales que los que se quedan en casa o se paralizan ante circunstancias adversas, así que en la lectura de estos resultados debe considerarse esta característica.

De acuerdo con Gianni Vattimo (1998), el *Dasein* (ser-en-el-mundo, “ser aquí”) se manifiesta ante todo en el lenguaje, entonces este ser aquí, este ser en el mundo en esa particular circunstancia y momento en que el hombre no puede *performarse*, no puede ser, no puede hacerse, se torna aniquilante y aunque sea momentáneamente ocurre un quebrantamiento en la identidad masculina. Para algunos hombres este “ser-en-el-mundo”, bajo la circunstancia del desempleo, puede volverse devastador: “no ser nada” es vaciar el contenido de su ser. En general la situación de desempleo es significada como una exclusión, un rechazo, una desacreditación, una negación del ser y de su identidad, como lo muestra el testimonio de *Eduardo*.

Otro entrevistado, quien después de haber trabajado por 14 años en una empresa que cerró operaciones solo ha logrado al término de un año obtener contratos temporales de dos, tres meses, expresa lo siguiente:

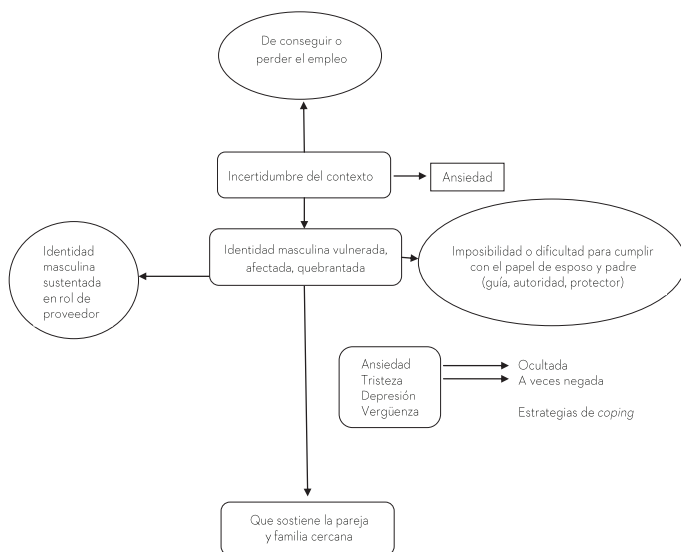
Esa es la expresión correctamente, idesesperado a no tener algo seguro!, y ilo que tengo guardado se me va a acabar!, y ¿qué voy a hacer?, necesito conseguir algo rápido y por la misma desesperación tengo muchas veces fallas en unas entrevistas, o haces algo que no deberías de hacer, o por la misma desesperación agarras lo primero que te caiga... es a lo primero que caiga, ya en ese tiempo decides y más cuando eres casado, que tienes una familia, es cuando te pones contra la espada y la pared (Antonio, 36 años).

Por último, *Ernesto* comenta sus preocupaciones de la siguiente forma:

He estado tan deprimido, digámoslo así, y lo digo como pensamientos que no crea que me llegan a dominar, así como he pensado en robar y portarme mal, también he pensado en si me suicido voy a meterme en más broncas y esto y lo otro, de tal manera que pienso voy a volver a estar bien y conseguir un trabajo, ¿en qué estoy fallando? No sé qué está fallando, no sé. Pero tengo fe en dios, soy católico, leo la Biblia (Ernesto, 42 años).

Las anteriores declaraciones muestran el mundo subjetivo de los sujetos, las narrativas denotan la desesperación personal, la culpa y la autoasignación de una falla individual ante una problemática que evidentemente es de carácter social. Un esquema que puede ofrecerse de los resultados expuestos se muestra en la figura 4.1.

FIGURA 4.1. IDENTIDAD MASCULINA ANTE EL DESEMPLEO



Fuente: elaboración propia con base en trabajo de campo.

Se observa que la contradicción a la que se enfrentan los individuos —la limitación del mercado laboral y la exigencia del modelo tradicional de masculinidad— es vivida con ansiedad por muchos; esta ansiedad con frecuencia es ocultada, pero hay quienes confiesan lo que sienten y con este fin eligen a alguien cercano. Los varones no hacen públicos sus sentimientos, los guardan de la mirada de otros; de esta forma son los propios hombres quienes “dan vida” a la ideología tradicional de masculinidad.

La reconfiguración de los roles y las prácticas de género ocurre por la necesidad económica a que se enfrentan las familias; los hombres tienen que negociar consigo mismos y con sus parejas este cambio en sus vidas, cambio que afectará sus relaciones en mayor o menor medida, dependiendo de cada caso particular.

Y aunque los hombres de este estudio están arriesgándose a exteriorizar sus emociones, falta un largo trecho por recorrer: el *autocontrol* y la *evitación* como forma de manejo predomina en muchos casos, el miedo a ser considerado vulnerable se devela y en ocasiones puede traer consecuencias lastimosas para las vidas de las personas.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Analizar la relación entre desempleo masculino y emociones conlleva la tarea de establecer el vínculo entre elementos macro y micro sociales. Por un lado, el desempleo obedece a factores macro que van más allá de las intenciones del sujeto; las condiciones de precariedad laboral son una realidad para millones de personas alrededor del mundo y, en el caso de sociedades subdesarrolladas, ser desempleado conlleva mayor vulnerabilidad. Los seguros ante el desempleo son mínimos (por ejemplo, suspensión temporal de pago hipotecario, créditos), no existen programas de apoyo gubernamental o acciones que puedan asegurar el bienestar de la persona desempleada o de la familia. Son también un factor macro las identidades generéricas asignadas socialmente; hombres y mujeres aceptan, reproducen, aunque también renegocian o repelen esos mandatos sociales. Asociar la identidad masculina con el rol de proveedor económico, de figura de autoridad y control de su vida emocional, son elementos clave de una masculinidad hegemónica, como lo definiría Robert Connell (2003).

Por otro lado, la vida emocional y la formas de “hacer género” en la vida cotidiana (Lorber, 1994) nos lleva a rastrear cómo los sujetos reconfiguran su identidad, pero más importante aún, nos permite ver que la vida emocional no es simplemente algo que el sujeto elabora de manera “individual” o “irracional”. Las emociones derivan de esa lectura cultural que Lazarus (2000) nos plantea. El sujeto evalúa, pero esa evaluación no se hace en lo abstracto o en la cabeza de los hombres desempleados; la angustia, la desesperanza, la vergüenza se conectan con situaciones concretas de su vida. De la misma manera, los efectos en su salud (dolores de cabeza, gastritis, ataques al corazón) visibilizan las marcas de lo social (mandatos culturales, crisis económicas) en el cuerpo.

No tener empleo es una pérdida que no puede ser elaborada fácilmente, la condición de desempleo va más allá y se vincula con aspectos fundamentales de la *identidad masculina*. En este estudio la mayoría de los hombres entrevistados siguen una ideología de género masculina tradicional, y ante la imposibilidad de cumplir con las funciones prescritas, quien no tiene un empleo siente que está fallando como hombre, como esposo y padre; siente dolor, rechazo, vergüenza, tristeza, pero sobre todo ansiedad.

Entonces lo que se tiene es un sector de la población, unos miles de personas que ante una circunstancia externa reaccionan de la manera que se ha descrito, por lo que en la colectividad habrá individuos desencantados, frustrados, desesperados.

Muchos hombres no quieren ser vistos como seres vulnerables porque la no-vulnerabilidad está en el corazón de su identidad genérica, pero este *estar bien* tiene un costo: hay una batalla que tienen que librar diariamente, en especial en periodos de mucho estrés, para estar bien, para “dar la mejor cara”.

A diferencia de otros estudios, nos parece que los hombres sí reconocen sus emociones, y aunque algunos confían en sus parejas y familiares cercanos para manifestar lo que sienten, aún sienten vergüenza de darlas a conocer, de revelarlas. Ellos valoran la presencia de la familia, el apoyo de la pareja e hijos, a veces de otros parientes, y este factor se convierte en una fuente de alivio para sus malestares, sin embargo, no logran restablecer el sentimiento de bienestar, ya que la pérdida del trabajo es tan importante que se sienten rebasados como individuos.

Y si el trabajo define lo que un hombre es, define su existencia, perderlo se traduce en una profunda afectación de la identidad masculina pues se presenta una dificultad para cumplir con los roles y las normas sociales que se corresponden con el modelo dominante de masculinidad.

En México, los trabajos de investigación en relación con afectividad y masculinidad son escasos. Olivia Tena (2007) es la autora que ha trabajado explícitamente las emociones en relación con el desempleo y, efectivamente, hay coincidencias con sus resultados. El desempleo, afirma, se asocia “en el caso de los varones con estados de ansiedad, depresión y tensión” (p.368), con una disminución en la confianza y estima de las personas.

Si bien es cierto que la situación de desempleo puede traer tensiones, disgustos al interior de las familias, en los casos revisados prevalece una tendencia hacia la solución de conflictos, el apoyo de la pareja y, a veces, de los hijos, la propuesta de alternativas como que la mujer trabaje, la ayuda de parientes, hablan de una disposición y una participación del afecto.

Sin embargo, sería conveniente realizar más estudios con hombres en una situación prolongada de desempleo porque posiblemente el ajuste marital y familiar va a darse con mayores dificultades, tal vez aparezcan más conductas relacionadas con escape-evitación, o ciertas formas de violencia.

Podemos concluir que el mundo de relaciones de los sujetos se redefine ante la situación de crisis, de estrés en que se encuentran, las relaciones con el entorno, en este caso con la pareja, se ven afectadas ante este evento y es probable que en ciertas circunstancias la relación se fortalezca, pero en otros pueda resultar dañada; todo dependerá de la dinámica de la pareja. Los hombres se re-construirán a sí mismos bajo el contexto familiar con culpa o saldrán fortalecidos en algunos aspectos, dependiendo de la particularidad de cada caso.

Por otra parte, hay que reconocer que la ideología de género tradicional se sostiene por el *medio*, hay temor y vergüenza de ser catalogado como el hombre *mandilón y mantenido*. Inventar, re-configurar las identidades genéricas corresponde no solo a los hombres sino a la sociedad en su conjunto. Si bien es cierto que muchos hombres han internalizado fuertemente la idea de ser el proveedor, de ser quien dirige la familia y se responsabiliza por esta y, en consecuencia, quien tiene el mando y poder, también se observa una demanda externa para cumplir con estas prescripciones. El recelo, el temor de ser cuestionado por no ser el *hombre de la casa*, en la mayoría de las ocasiones por la familia política, los vecinos y parientes lejanos, los comentarios que en forma irónica se pueden verter acerca de la situación de desempleo por la que se atraviesa, no contribuyen en mucho a que se dé un cambio en las definiciones genéricas.

Durante los procesos de crisis económica o inestabilidad familiar, los hombres tienen que negociar consigo mismos o con sus parejas que se dé un desempeño de las mujeres en el mercado de trabajo. Entonces se observa una flexibilización de rol, pero ocurre en medio de resistencia, culpa y vergüenza, como lo mencionan Salles y Olivo (2006).

En conclusión, la incertidumbre del contexto laboral incide en las emociones de angustia, tristeza y vergüenza que muchos hombres experimentan ante la falta de empleo. Igualmente, como no se puede cumplir con ciertas prescripciones sociales que se corresponden con la masculinidad tradicional, se percibe una falla para desempeñarse como proveedor y sostenedor de la familia, una dificultad para cumplir con el papel de esposo y padre, por lo que se produce un quebrantamiento de la identidad masculina.

Esta falla personal que se percibe en relación con la familia también es vivida como una falla social, ya que la institución del mercado laboral ha logrado instalar en los sujetos la idea de que si no se tiene trabajo o si no se

logra acceder a él, es porque ellos están fallando en algo, son inapropiados, son inadecuados.

Los hombres igualmente se encuentran entre un designio cultural (identidad íntimamente ligada con el empleo; exigencia de ser los principales proveedores) que entra en contradicción con una realidad angustiante, relacionada con empleos mal remunerados, reestructuraciones laborales, empleo informal. Por tanto, por un lado tenemos una ausencia de prácticas laborales convenientes y un debilitamiento del estado de bienestar; por otro, efectos en la salud de las personas ante las condiciones del contexto, efectos en su sentido de autonomía y autoconfianza, porque como afirma Amartya Sen: “el tributo que hay que pagar por el desempleo no consiste solo en pérdida de ingresos sino también en efectos a largo plazo sobre la confianza en uno mismo” (1999, p.4).

REFERENCIAS

- Bastos, S. (1998). Desbordando patrones: el comportamiento doméstico de los hombres. *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, No.7, 164-222.
- Berger, P. & Luckmann, T. (1996). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Brittar, A. (1989). *Masculinity and Power*. Oxford, Inglaterra: Basil Blackwell.
- Burin, M. & Meler, I. (1998). *Género y familia*, Buenos Aires: Paidós.
- Cleary, A. (2005). Death rather than disclosure: struggling to be a real man. *Irish Journal of Sociology*, 14(2), 155-176.
- Connell, R. (2003). *Masculinidades*. México: PUEG-UNAM.
- Coltrane, S. (1998). La teorización de las masculinidades en la ciencia social contemporánea. *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, No.7, 7-48.
- De Barbieri, T. (1992). Sobre la categoría género. *Revista Interamericana de Sociología*, año VI, No.2-3, 147-169.
- Escobar, A. (1998). Los hombres y sus historias. Re-estructuración y masculinidad en México. *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, No.8, 123-173.
- Figuroa, J. (1998). La presencia de los varones en los procesos reproductivos: algunas reflexiones. En S. Lerner (Ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*. México: El Colegio de México.

- Freud, S. (1886–1889). Publicaciones prepsicoanalíticas. En *Obras Completas. Tomo I*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fuller, N. (1998). La construcción social de género entre varones urbanos del Perú. En T. Valdés & J. Olavarría (Eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina* (pp. 56–68). Santiago de Chile: FLACSO.
- Gergen, K. (1996). *Realidades y relaciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Gergen, K. (2002). El movimiento del construccionismo en la psicología moderna. Recuperado de <http://www.comminit.com/la/teoriasde-cambio/lacth/lasld-244html>
- Gómez, M. (2007). Masculinidad en la “sociedad de riesgo”. En M. Jiménez & O. Tena (Coords.), *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. México: CRIM–UNAM.
- Gutmann, M. (1998). Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad. *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, No.8, 47–99.
- Gutmann, M. (2000). *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México*. México: El Colegio de México.
- Grawitz, M. (1984). *Métodos y técnicas de las ciencias sociales*. México: Universidad Hispano–Europea.
- Jiménez, L. (2003). *Dando voz a los varones. Sexualidad, reproducción y paternidad de algunos mexicanos*. México: UNAM.
- Jiménez, L. (2006). Masculinidad y empleo. *Memorias del II Coloquio internacional de estudios sobre varones y masculinidad “Violencia: ¿el juego del hombre?”* (pp. 393–406). Recuperado de <http://www.uacm.edu.mx/uacm/disisex/es-es/documentos/iicoloquiointernacionaldeestudios-sobrevaronesymasculinidades.aspx>
- Jiménez, L. (2007). Algunas ideas acerca de la construcción social de las masculinidades y feminidades, el mundo público y el mundo privado. En M. Jiménez & O. Tena (Coords.), *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. México: CRIM–UNAM.
- Kaufman, M. (1995). Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En L.G. Arango & M. León, M. Viveros (Eds.), *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Cali, Colombia: Uniandes / UN–Facultad de Ciencias Humanas.
- Kaufman, M. (1997). Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En T. Valdés & J. Olavarría (Eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina* (pp. 63–81). Santiago de Chile: FLACSO.

- Keijzer, B. (2001). Variantes humanistas de una nueva masculinidad. En L. Ramos (Comp.), *Mirando la masculinidad*. San Nicolás de los Garza, Nuevo León: Facultad de Filosofía y Letras-UANL.
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés & J. Olavarria (Eds.), *Masculinidades. Poder y Crisis* (pp. 49-62). Santiago de Chile: FLACSO-Isis.
- Laoire, C. N. (2005). You're not a man at all!: Masculinity, responsibility, and staying on the land in contemporary Ireland. *Irish Journal of Sociology*, 14(2), 94-114.
- Larsson, C. H. (1997). *Masculinities: A social constructionist perspective*. Dissertation. Ph. D.; Massachusetts School of Professional Psychology. Recuperado de <http://proquest.umi.com/pqdweb?did=740072191&sid=1&Fmt=2&clientId=29028&RQT=309&Vname=PQ-DProQuest document 1D:740072191>
- Lazarus, R. (2001). Relational meaning and discrete emotions. En K. Scherer, A. Schorr & T. Johnstone (Eds.), *Appraisal Processes in Emotion* (pp. 37-66). Oxford: Oxford University Press.
- Lee, C. & Owens, R. (2002). Issues for a psychology of men's health. *Journal of Health Psychology*, 7(3), 209-217.
- Mayan, M. (2001). *Una introducción a los métodos cualitativos: módulo de entrenamiento para estudiantes y profesores*. Trad. César A. Cisneros Puebla. Recuperado el 1 de noviembre de 2012, de <http://www.ualberta.ca/~iiqm/pdfs/introduccion.pdf>
- Martínez, M. (2007). *La investigación cualitativa etnográfica en educación. Manual teórico-práctico*. México: Trillas.
- McDowell, L. (2002). Transitions to work: masculine identities, youth inequality and labour market change. *Gender, Place and Culture*, 9(1), 39-59.
- McDowell, L. (2003). Masculine identities and low-paid work: young men in urban labour markets. *International Journal of Urban and Regional Research*, 27(4), diciembre, 828-848.
- McDowell, L. (2004). Masculinity, identity and labour market change: some reflections on the implications of thinking relationally about difference and the politics of inclusion. *Geografiska Annaler Series B: Human Geography*, 86(1), 45-56.

- Ojeda, N. (1999). *Género, familia y conceptualización de la salud reproductiva en México*. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Núñez, G. (2000). *Sexo entre varones*. México: PUEG-UNAM.
- Polit, D. & B. Hungler (2000). *Investigación científica en ciencias de la salud*. México: McGraw Hill.
- Real, T. (2001). Men's hidden depresión. En T. Cohen (Ed.), *Men and masculinity*. Canadá: Wadsworth-Thomson Learning.
- Salguero, A. (2009). Ser proveedor no es suficiente: reconstrucción de la identidad en los varones. *La Manzana. Revista Internacional de Estudios sobre Masculinidades*, 4(7), octubre-diciembre, 1-8.
- Salles, V. & Olivo, M. (2006). Roles sociales y acción: los riesgos de inestabilidad laboral y los avatares de la figura del proveedor. En E. Garza (Coord.), *Teorías sociales y estudios del trabajo: nuevos enfoques*. España: Anthropos Editorial / UAM-Iztapalapa División de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Scheff, T. (2006). Agression, hypermasculine emotions and relations: the silence-violence pattern. *Irish Journal of Sociology*, 15(1), 24-39.
- Seidler, V. (1995). Los hombres heterosexuales y su vida emocional. *Debate feminista. Sexualidad: teoría y práctica*, 6(11), abril, 78-111.
- Sen, A. (1999). El futuro del Estado del bienestar. *La Factoría*, 8, enero-febrero. Revista electrónica. Conferencia pronunciada en el Círculo de Economía de Barcelona. Recuperado de www.revistalafactoria.eu
- Sherman, J. (2004). Men without sawmills: masculinity, rural poverty, and family stability. *Submitted to the American Sociological Association 99th, Annual Meeting*, january.
- Tardanico, R. (1997). From crisis to restructuring: Latin American transformations and urban employment in world perspective. En R. Tardanico & R. Menjívar (Eds.), *Global restructuring, employment, and social inequality in urban Latin America*. Estados Unidos: North-South Center Press at the University of Miami.
- Tena, O. (2007). Problemas afectivos relacionados con la pérdida, disminución y riesgo de pérdida del empleo en varones. En M.L. Jiménez & O. Tena (Coords.), *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. México: CRIM-UNAM.
- Tena, O. & Jiménez, P. (2006). Rescate de la imagen del padre ante el incumplimiento de la función de proveedor. *Memorias del II Coloquio*

internacional de estudios sobre varones y masculinidad. Violencia: ¿el juego del hombre? (pp. 407-217). Recuperado de <http://www.uacm.edu.mx/uacm/disisex/es-es/documentos/iicoloquiointernacionaldeestudiosobrevaronesymasculinidades.aspx>

Valdés, T. & Olavarría, J. (1998). Ser hombre en Santiago de Chile: a pesar de todo un mismo modelo. En T. Valdés & J. Olavarría (Eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina* (pp. 12-35). Santiago de Chile: FLACSO.

Vattimo, G. (1998). *Introducción a Heidegger*. Barcelona: Gedisa.

Viveros, M. (1998). Quebradores y cumplidores: biografías diversas de la masculinidad. En T. Valdés & J. Olavarría (Eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina* (pp. 36-55). Santiago de Chile: FLACSO.

Emociones en juego en las relaciones de parejas heterosexuales con pretensiones de equidad

IRMA DE LOURDES ALARCÓN DELGADO

Resumen: *Este trabajo presenta los datos referentes a una investigación a través de entrevistas en profundidad con 10 parejas heterosexuales de la Ciudad de México que construyen relaciones tendientes a la equidad. Este proceso no supone meramente el cambio en los aspectos instrumentales o prácticos de la convivencia de las parejas sino una serie de procesos emocionales: a) la vivencia con sus familias de origen, b) decisión de no aceptar los encargos tradicionales, c) relación con parejas previas, d) emergencia de la conciencia de alteridad, e) co-construcción del diálogo, confianza, respeto, juego y humor en sus relaciones actuales.*

Palabras clave: *emociones, pareja, heterosexual, equidad, diálogo.*

Abstract: *This paper presents data from research based on in-depth interviews with 10 heterosexual couples from Mexico City who are building relationships that tend toward equity. This process involves not only changes in instrumental or practical aspects of the couples' shared life, but also a series of emotional processes: a) dealings with their families of origin, b) the decision not to accept traditional tasks, c) relations with previous partners, d) the emergence of an awareness of otherness, e) co-construction of dialogue, trust, playfulness and a sense of humor in their current relations.*

Key words: *emotions, couple, heterosexual, equity, dialogue.*

El matrimonio como fórmula social de unión entre hombre y mujer no es una invención histórica reciente; es hasta fines del siglo XIX que se pactó por el libre albedrío de los contrayentes, lo que supuso transformar la vida de las parejas unidas al priorizar dicha unión respecto de los lazos de parentesco (e incluso su fractura con ellos) y conformar un núcleo separado cuya definición es esencialmente de orden emocional y no solamente ba-

sado en la conformación de alianzas económicas y sociales, como solía ser (De Rougemont, 1993).

Así, el matrimonio se constituyó en un espacio social con una significación especial: el hogar como un lugar de refugio del mundo instrumental y hostil, donde únicamente las voluntades de sus participantes y sus emociones le daban sentido. Esto también supuso, en consecuencia, la emergencia de los gérmenes de la individualidad frente al peso de las estructuras ancestrales del parentesco.

Sin embargo, dado que el matrimonio se encuentra dentro de un mundo donde las esferas de participación de hombres y mujeres han estado divididas y “justificadas” por una serie de razones construidas socialmente, la experiencia de ambos cónyuges no tiene mucho en común.

La vida del padre-esposo “ganador del sustento” y la de la madre-ama de casa-esposa transcurren en esferas de práctica social diversas, en un mundo social no compartido (más que en breves momentos) y, por lo tanto, su respectiva implicación en las esferas doméstica y pública es igualmente divergente y heterogénea.

Para grandes grupos poblacionales, la separación de las esferas —pública para los hombres y doméstica para las mujeres— ha permanecido ilesa durante muchos siglos y es solo recientemente que algunos aspectos de la realidad social más amplia han influido para que dicha parcelación se vea cuestionada. Baste señalarlo, aunque en este momento no profundizaremos sobre este punto.

Las relaciones entre un hombre y una mujer están situadas dentro de dos procesos simultáneos diferentes e incluso contradictorios: por un lado, hablamos de relaciones intergenéricas en una sociedad donde hay desigualdad de géneros y, por el otro, de la pretensión de construir una relación interpersonal basada en la confianza, la intimidad, el respeto, que suponen la participación conjunta y simétrica en tal empresa (Williams, 1984, cit. en Dryden, 1999). Es decir, se pretende construir una relación de iguales entre desiguales. Así, señalamos que hay una contradicción inherente en el terreno del matrimonio entre las aspiraciones de libertad y subordinación, autonomía y dependencia. ¿Es posible el amor en este clima?

Anthony Giddens (2000) señala que lo que él denomina “la transformación de la intimidad” puede sentar las bases para la reconciliación en las relaciones entre hombres y mujeres; difícil, mas no imposible. Es preciso

remarcar que lo que este autor alude no es solo un proceso meramente cognitivo sino también emocional. Incluso afirma que el triunfo de la sexualidad plástica y de las relaciones confluentes es opuesto a toda forma de instrumentalidad en las relaciones sexuales, conectándola con algo más amplio que denomina “la política de la vida” y que implica una renovación de la espiritualidad, donde “la sexualidad no es la antítesis de una civilización dedicada al crecimiento económico y al control técnico sino la encarnación de su fracaso” (Giddens, 2000, p.183).

Para Pierre Bourdieu (2000), la suspensión de la lucha por el poder simbólico es algo poco frecuente en la experiencia humana y lo remite al terreno del amor. Afirma que es por esto que al amor se le ha rodeado de un aura de misterio, como un fenómeno inefable e inaprensible. Es un terreno donde

[...] el reconocimiento mutuo por el que cada cual se reconoce a sí mismo como tal, puede llevar, en su absoluta reflexividad, más allá de la alternativa del egoísmo y del altruismo, e incluso de la distinción del sujeto y del objeto, hasta el estado de fusión y de comunión, a menudo evocado en unas metáforas próximas a las de la mística, en la que dos seres pueden “entregarse uno en el otro” sin perderse (pp. 135-136).

Por su parte, Paul Ricoeur (1993) introduce en su tratamiento del amor y de la justicia, aquellos elementos que dan sentido a la pretensión actual de vincularlas. Señala que entre la lógica de la sobreabundancia, del don, de la gratuidad, que concierne a la concepción del amor y la lógica de la equivalencia subyacente a la noción de justicia distributiva, existe una discrepancia inicial, al parecer irreconciliable. Mientras la primera exalta la capacidad de dar sin límites y sin esperar reciprocidad, la segunda establece la correspondencia entre dar y recibir como su fundamento. Sin embargo, el autor formula que la indagación de estos conceptos como opuestos debe ser desechada y tornarse hacia el análisis de la relación dialéctica que puede establecerse entre ellos, puesto que separando cada una de estas premisas como tales en la acción, en la vida cotidiana, ambas nos remiten a comportamientos paradójicos y extremos. “El amor necesita la mediación de la justicia para entrar en la esfera práctica y ética; la justicia necesita de la ‘fuente’ del amor para evitar caer en una simple regla utilitaria” (Ricoeur 1993, p.11). El amor llevado a sus extremos es un compromiso que solo figu-

ras como Mahatma Gandhi, San Francisco de Asís, la Madre Teresa (y otros pocos más) han podido realizar. Ricoeur se pregunta “¿qué ley penal y en general qué regla de justicia podría ser extraída de una máxima de acción que erigiera la no-equivalencia en regla general? ¿Qué distribución de tareas, de roles, de ventajas y cargas, podría ser instituida, en el espíritu de la justicia distributiva, si la máxima de prestar sin esperar nada a cambio fuera erigida en regla universal?”(1993, p.31). Asimismo, la regla de justicia, que se expresa de su modo más descarnado o primitivo en la Ley del Talión, del ojo por ojo, diente por diente, “tiende a subordinar la cooperación a la competencia, o incluso a esperar del solo equilibrio de los intereses rivales el simulacro de la cooperación” (1993, p.32).

Ricoeur concluye que la tensión que existe entre estas dos lógicas no solo no las suprime sino que establece categóricamente que la justicia es el medio necesario del amor, pues este puede entrar así en la esfera práctica y constituirse en una responsabilidad ética para los seres humanos, dando cuerpo a comportamientos como la solidaridad, el reconocimiento, la mutualidad e incluso el autosacrificio.¹

Las personas involucradas en una relación equitativa no son necesariamente iguales o parecidas sino que han construido un modo “democrático” de relación. La democracia supone el florecimiento, la aceptación y el respeto de la diversidad. En este trabajo hablaremos de la equidad como una pretensión del amor, del dar y recibir como elemento de la construcción de un “nosotros”, de un sentido de comunalidad y mutualidad (opuesto al acendramiento del individualismo), sin por ello desconocer que se encuentra presente la tensión entre el deseo de individualidad-independencia y el deseo de afiliación-dependencia característica del ser humano (Le Breton, 1999).

Hablaremos, por tanto, de las formas emergentes de amor que pretenden alejarse de la experiencia de este como sufrimiento, conciliarlo con la justicia y acercarlo a la equidad en las relaciones de pareja.

En la experiencia de un gran número de personas el amor se padece. Sin embargo, aportaremos datos que nos hablan de otras formas de relación que permiten el florecimiento del respeto y la confianza. Este panorama conjuga no exclusivamente la confluencia de la voluntad de los involucra-

1. Que según Ricoeur (1993) son figuras del amor que ya han sido mediatizadas por la justicia en las culturas herederas de las tradiciones judías, cristianas y griegas.

dos sino es posibilitada por los procesos de transformación en la sociedad contemporánea que inciden en la emergencia de formas de amor más democráticas.

¿Cómo vivir en la diversidad? Esta es una pregunta no solo para el mundo globalizado que hace necesaria su reflexión sino para las parejas heterosexuales, cuya base de origen es la diversidad intergenérica. ¿Cómo construir relaciones que recuperen y respeten esa diversidad? ¿Es posible la equidad en las relaciones amorosas heterosexuales?

MÉTODO

La investigación tuvo como su objetivo principal explorar cómo las parejas participantes han conformado relaciones intergenéricas tendientes hacia la equidad. Los participantes fueron 10 parejas heterosexuales entre 29 y 60 años de edad, con estudios mínimos de licenciatura, en ejercicio profesional, hijos de padres mexicanos, con o sin hijos.

Incluir dentro del perfil para los participantes que ambos tuvieran acceso a la educación superior, se basó en las múltiples consideraciones que hay respecto del papel de la educación en la formación de las personas, pero sobre todo al hecho que esta dota de credenciales que permiten acceder a empleos con mayor prestigio y mejor remunerados. El mismo grado educativo para ambos participantes permite, teóricamente, asegurar que las condiciones de desigualdad entre ellos no procede de las diferencias al acceso a la educación, y de todos los aspectos derivados de este, como el acceso a la cultura, la economía, el trabajo como carrera y no como mero modo de ganarse la vida, entre otros.

Del mismo modo, requerir como característica necesaria que ambos trabajaran a nivel profesional tenía como supuesto que las asimetrías en la relación no se relacionaran con diferencias en el reconocimiento social e ingresos de la ocupación a la que se dedicaban en ese momento. Asimismo, estar insertos en un trabajo profesional, como carrera, no solo como un medio de ganar dinero (o “chamba”), les permite participar del reto de tener una carrera y una casa que atender simultáneamente.

Lo que se pretendía era que, en la medida de lo posible, sus respectivas prácticas social-personales (Dreier, 2005) nos permitieran hablar de un mundo social compartido o, al menos, en mayor medida que las de las pare-

jas con una división del trabajo tradicional. No se consideró relevante para los objetivos de este trabajo si la unión de las parejas heterosexuales participantes estaba sancionada civil y religiosamente o no, puesto que justamente uno de los cambios sociales de fines del siglo xx es el rechazo a las formas convencionales de matrimonio (Fernández, 1994; Galende, 2001; Giddens, 2000). La duración de la vida en común, en cambio, sí se consideró un elemento importante, puesto que al haber vivido al menos dos años en forma conjunta permite suponer un proceso de convivencia en el que las diferencias en las posturas personales podrían haber sido negociadas y encaminadas a la construcción de perspectivas traspuestas o comunes (Dreier, 2005).

Por último, el criterio de que ambos fueran hijos de padres mexicanos surgió de la consideración tanto metodológica como teórica de tener un universo de vidas que desde su origen fueran relativamente homogéneas, al provenir de algunas constantes culturales que han sido consideradas como “típicamente mexicanas”, y poder descartar la influencia que podría representar tener alguno de los dos padres socializados dentro de otras culturas, cuyas prácticas difirieran especialmente en su construcción como hombres y mujeres.

Se realizaron entrevistas en profundidad de manera individual a las parejas participantes, explorando desde los inicios de su relación hasta la actualidad la experiencia dentro de sus familias de origen, sus vivencias en relaciones de pareja previas, así como los diversos aspectos de la vida compartida (dinero, hijos, decisiones, conflictos y negociaciones) con el fin de conocer cómo han configurado su postura personal hacia las relaciones de pareja a lo largo de sus trayectorias de vida y cuáles son las emociones implicadas en este proceso.

Hallazgos y discusión

Por razones de espacio y pertinencia, aquí solo se presentarán algunos aspectos que se consideraron los más relevantes en relación con cuáles son las emociones en juego entre parejas heterosexuales de la Ciudad de México con pretensiones de construir relaciones equitativas.

El primer eje de análisis se refiere a la experiencia en su niñez de la inequidad de la relación entre sus padres. Haber sufrido específicamente la posición subordinada de su madre (obediencia, sumisión, maltrato,

infidelidades, lejanía emocional, autoritarismo) fue importante tanto para los hombres como para las mujeres, quienes relatan haberla sentido como una injusticia, malestar, congoja, que ocasionó oponerse afectivamente a verla como “natural” y aceptarla. En su vida adulta, de una oposición afectiva pasó a ser un referente importante para construirse intencionalmente en el tipo de hombre o mujer que querían ser y de relación que querían construir.

Para los varones, un punto de referencia importante en su decisión de construir relaciones tendientes a la equidad fue la relación entre su padre y su madre, y / o la relación que ellos establecieron con su padre. La relación entre padre y madre comprendió diversas formas de violencia como el abuso, alejamiento y maltrato emocional y físico (en uno de los casos), e incluso la simple distribución diferencial y desigual de la participación dentro del hogar. Como niños, el hogar era uno de sus principales ámbitos de participación, por lo que estar más cercanos a su madre que a su padre les permitió en un principio vivenciar una oposición afectiva a la inequidad y violencia que estas sufrían. Posteriormente, la oposición afectiva inicial les ha permitido configurar reflexivamente convicciones acerca de formas de relación diferentes con sus parejas y sus hijos e hijas.

Coincidimos con Caroline Dryden (1999) en que la postura reflexiva de los varones al respecto de la justicia (o más bien, de su carencia) en las relaciones entre géneros es una condición fundamental para la transformación de estas. Sin embargo, desconocemos cuál o cuáles son las condiciones que dan posibilidad de percibir como injusta esta relación de dominación (y cuáles las que hacen que la gran mayoría de varones las incorporen a su *habitus*, contribuyendo a su reproducción); posiblemente, como señala Bourdieu (2000), aquellas que lo convierten en un problema, por el que dejan de ser vistos como parte del orden natural e incuestionable. En los testimonios de algunos de los varones se puede apreciar que una de estas condiciones es el vínculo afectivo estrecho con su madre y el alejamiento de su padre. Con excepción del testimonio de uno de ellos, quien habla de un padre implicado con sus hijos, juguetero y con una relación afectuosa con su esposa, el resto de las figuras paternas de los varones participantes nos habla de padres distantes afectiva y físicamente.² A continuación se

2. Aunque varios expresan su reconocimiento al papel de su padre como proveedor, como ejemplo de trabajador responsable, honesto. Uno de ellos incluso consideró la situación de proveedor de su padre como injusta.

presentan algunos de los fragmentos testimoniales de los varones participantes en este estudio:

Emilio: no, mira, yo así estoy bien consciente de que... de que soy mucho... producto de la crianza de mis padres ¿no? Este, mi papá, hasta hace algunos años se iba a acostar y le hablaba a mi mamá: “Dinora”, ¿sabes a qué subía? A... a desdoblarle la orilla de las cobijas pa’ que se acostara el señor ¿no?, mi mamá podía estar viendo la tele, o platicando con nosotros, pero apenas oía que mi papá le hablaba y órale, ivamos! ¿no?, yo decía “estas son jaladas, pus [sic] no, como qué, como qué onda ¿no?, o este, salía del baño y que había que ponerle la ropa y ese tipo de cosas, yo decía “no, pues es que no, mi mamá tiene una bola de hijos y atareada todo el día y en la noche que tantito se sienta todavía tiene que ir a ver qué onda”, entonces yo como que no, no quería tener ese comportamiento ¿no?, pero no porque lo pensara, no porque en el momento pensara “yo no voy a ser como mi papá”, sino que te digo, lo hacía...

Irma: no te gustaba verlo.

Emilio: sí, no me gustaba, exactamente, no me gustaba, y entonces, no lo hacía.

En el testimonio anterior puede apreciarse que él estableció un vínculo intersubjetivo de empatía con su madre y vivió como injustos los requerimientos de privilegio o atenciones que le hacía su padre. Aquí es importante señalar que Emilio es el mayor de nueve hijos y aunque señala en otras partes de su testimonio que su madre no se quejaba e incluso vivía con gran alegría la llegada de cada nuevo hijo, el trabajo relativo a la crianza y el hogar eran excesivos.

Juan: como que esa situación de inferioridad no me gustaba que la padeciera mi mamá, entonces yo dije “bueno, yo tampoco voy a copiar el modelo”, también porque yo no lo veía bien, y ya después, como va uno conviviendo con otro tipo de gente, de cuál es el trato de pareja, entonces ya uno va viendo, porque sí vi desde más chico y ya ahorita uno lo empieza a interpretar y a tratar de aplicarlo / O sea se imponía el carácter y la fuerza de él, así de sencillo, por eso yo lo percibía y ya puse mejor mi distancia.

En el testimonio de Juan aparece explícitamente que la diferencia entre su padre y su madre implicaba la inferioridad de ella y se expresaba no solo en términos de derechos sino del uso de la fuerza física, de la violencia, para imponerse.

Jacobo: y yo platicaba con mi papá, se lo voy a confesar, y yo platicaba con mi papá desde chico y yo le decía ¿por qué eres así?, le decía ¿por qué a mi mamá la tratas así? o sea ¿por qué tú ves a aquella mujer y por qué andas con esa mujer si aquí tienes tu casa y aquí están mis hermanos? yo platicaba con mi papá así de tú a tú y yo era un mocoso que iba a entrar a la secundaria y yo le decía “eso no me gusta” así se lo decía.

Por último, en el fragmento aquí incluido de Jacobo, se expresa que desde muy pequeño resentía el modo en que su madre era tratada por su padre, así como el por qué este les era infiel, a ella y a ellos como hijos, es decir, como traición a la noción de familia y hogar que Jacobo tenía desde joven.

Las mujeres participantes también señalaron la importancia de la relación entre su padre y madre en la conformación de su postura personal y de las emociones vividas en este ámbito familiar. Hablan de diversas maneras en que esto les afectó e hizo renegar de lo que vivieron con sus padres: la postura de “súbdito” de su madre, la infidelidad de sus padres (en cinco de los casos) y la inequidad generada por los recursos económicos y el poder concomitante de su padre.

Marina: mi papá sí era infiel, ese sí era infiel para que veas y se lo comprobamos entonces este, yo creo que ese fue el problema más grande entre ellos, la infidelidad de mi padre y sus celos, yo creo que por eso en mí, en mí generó mucha desconfianza hacia los hombres

Montserrat: lo que pasa que mi papá de alguna manera ha tenido una vida diferente, mi papá pues tuvo otra mujer, tuvo otras hijas / entonces desafortunadamente mi madre sí no ha tenido una familia feliz, ¿no? / sí, pero fíjate que aunque mi mamá se encargara de todo eso, ella hacía su luchita por vender su ropa, lo que pasa es que mi papá agarraba “sabes qué, te doy gasto para tres meses y tú ves cómo le haces” y para los tres meses le alcanzaba, pero también ella le hacía su luchita de vender su ropa a pesar de que ella veía hijas, casa, comida, todas las labores domés-

ticas, ¿sí? y aparte se daba tiempo para hacer su negocio para una ayuda de ella, no para mi papá.

Irma: ¿ese dinero lo dedicaba a las cuestiones de la casa o para ella?

Montserrat: para ella.

Marina y Montserrat narran las implicaciones de haber vivido con un padre que tuvo otras mujeres e incluso otra familia: la generación de desconfianza en los hombres y la percepción de la necesidad de procurar sus propios ingresos y no estar a expensas de sus parejas. En otras partes de sus respectivas entrevistas, puede apreciarse que esta sensación de inseguridad y desconfianza es la base de algunas formas de relación que han entablado con sus actuales parejas: en el caso de Marina, no soporta las “bromas” que su esposo hace aludiendo a serle infiel, y para Montserrat la prioridad de tener un trabajo bien remunerado, a pesar de que este implique tensiones con su esposo respecto de la labor de ella en el hogar (trabajo doméstico y cuidado de los hijos) y el tiempo que dedica a su trabajo extradoméstico.

Ellas también percibieron, desde pequeñas, los subterfugios del poder femenino y las renunciaciones que sus madres hicieron para mantener y continuar una relación con sus padres. Parte importante de su postura, pues, es no utilizar esos subterfugios ni callar lo que les parece injusto.

Elisa: yo sabes qué, yo sí echo mucho aire porque él no sería así, yo creo que él sí sería de los que se quedan callados, no enfrentan las situaciones, pero conmigo no le queda de otra ¿me entiendes? Porque yo siempre enfrente las situaciones y entonces no le queda de otra y a la larga eso es más sano y es mejor / ni siquiera dorar la píldora, o sea, yo no le doy por su lado como hacen las señoras. Porque a mí eso me chocaba de mi mamá, por ejemplo. Mi mamá era como un súbdito de mi papá y le daba por su lado como a los locos. Y yo no. Yo soy así como soy.

Aquí, Elisa habla muy claramente de la molestia que le generó la postura de súbdita de su madre y cómo esta utilizaba subterfugios para no encarar directamente el poder de su padre, al asumir entonces la decisión de ventilar frente a frente las dificultades emergentes en su matrimonio, por más duras que fuesen, e incluso aseverando que esta es una condición para la salud de la propia relación.

¿Cómo se vincula la experiencia como hijo-hija con la construcción de una postura tendiente hacia la equidad? Es un aspecto que casi ninguno de los autores revisados incorpora dentro de sus *corpus* teóricos, excepción hecha de Saltzman Chafetz (1992), quien dentro de su modelo señala que una parte del cambio hacia relaciones intergeneracionales de equidad puede estar vinculado con los aspectos del micronivel, como el hecho de haber sido socializado por padres con una relación equitativa. Sin embargo, nuestros hallazgos señalan que, paradójicamente, no fue la presencia de la equidad en la relación existente entre sus progenitores lo que llevó a los participantes del presente estudio a considerarla como una pretensión para sus propias vidas y relaciones sino justamente su ausencia o la flagrante presencia de diversas formas de inequidad e incluso violencia. Este punto reafirma la consideración acerca de que los procesos personales y sociales no son lineales y que tampoco “infancia es destino” sino que las personas son capaces de reflexionar sobre sus experiencias (contradictorias y conflictivas) y configurar su propia postura, al efectuar exploraciones complejas de la realidad y la comprensión de sí mismo y de los otros.

El segundo eje de análisis nos habla de la experiencia del papel del varón como portador de una excesiva responsabilidad; en tal sentido, la decisión de no aceptar los encargos tradicionales de los varones conllevan no solo el prestigio, el poder y el mando sino también la angustia de “mantener” una familia, el peso total de las decisiones, la sensación de ser injusto.

Emilio: Este, eh, la cuestión de vivir angustiado porque ya se le acabaron los zapatos al niño, hay que pagar la colegiatura, hay que pagar el teléfono y ayshhh! debe ser horrible vivir en esa, en esa angustia ¿no?, porque en mi casa mi papá fue el único que trabajó y te digo éramos una bola ¿no? yo veía que mi papá salía a las seis y media de la mañana y regresaba a las seis y media de la tarde y este, y pus [sic], pobre ¿no?, que ya no hay zapatos, que hay que dar dinero para esto, que hay que dar aquello, entonces decía “no, pobre de mi papá, mano, ¡qué friegal!, decía: ¡yo no quiero estar en sus zapatos pero ni de chiste!

Aquí Emilio nos da muestra de que las condiciones que le rodearon en su familia de origen no solo le permitieron entablar una empatía con su madre sino con las presiones y angustia de su padre al ser el único proveedor.

El tercer aspecto que abordaremos nos remite al aprendizaje derivado de sus relaciones de pareja anteriores. Identificación de lo que no querían: celos, drama, desconfianza y la valoración de lo que les permitiría vivir juntos. Tanto hombres como mujeres señalaron aquellos aspectos que, a partir de estas experiencias, consideraron deseables o indeseables en una relación, lo que buscan y lo que evitan.

Uno de los testimonios más claros de las participantes subraya que en las relaciones siempre mantuvo “los pies en la tierra”, es decir, al entablarlas ponía atención en los aspectos objetivos (comportamiento) de su pareja en turno, identificando cuáles le agradaban y cuáles no, sin importar si le gustaban o estaba enamorada de ellos. Ella destaca tres aspectos que le desagradaron: violencia (era “peleonero”), la bebida (podía convertirse en alcohólico) y el control (no le agradaba que le dijera qué hacer, limitaba su libre albedrío). Es hasta la relación con su pareja actual que ella se plantea que con él “ha de ser bien padre vivir”. Destaca, entonces, el proceso reflexivo que le llevó a decidir no solo por el vínculo afectivo sino en términos que podríamos denominar “prácticos” y contrasta de modo muy claro con el ideal del amor romántico.

Elisa (hablando de uno de los exnovios): yo todo el tiempo canto, a mí me gusta mucho. Entonces, alguna vez él me oyó cantar y empezó: “No, pues mira que escucha esto, que lo otro”. Y hasta ahí me caía en gracia, que me buscara, porque así hace uno con los amigos, se pasan discos, este, no sé, te dan ideas, te dicen lo que a ellos les gusta oír / pero de repente, como que ya empezó a ser como muy insistente y así como que: “A ver siéntate y aquí está el disco vamos a ponerlo y otra vez, pero a ver canta el pedacito”, como si fuera un director artístico y a mí eso siempre me ha molestado. Yo tengo que cantar porque me gusta, pero no me gusta que me pongan a cantar, ¿me entiendes? Y yo decía: “Bueno, pues ¿qué le pasa?”. Y con él por eso fue que yo terminé. Como que a mí nunca me ha gustado que me manden.

Otra de las participantes, Brisa, nos dice algo muy semejante:

Brisa: de adolescente como que a mí no me gustaba mucho cómo me trataban mis parejas / que me decían, “sabes qué te voy a dejar a tu casa y no

te vas a salir o sabes qué no me gusta que le hables” y yo decía “pero por qué, yo le voy a hablar a mi amigo o por qué uno no va a salir, por qué”, entonces yo no duraba con mis parejas, casi no, mis relaciones de adolescente y cuando empecé a ser adulta eran muy, muy fugaces porque no entraba yo en el huacal como la mayoría de las relaciones de mis amigas que decían “no me deja fumar pero es porque me cuida”, yo no fumo, un ejemplo “pero es que no me deja fumar pero es porque me cuida”, entonces yo, por qué un cuate que no es ni de mi familia va a venir a, a imponer, entonces no duraba yo en esas relaciones y erróneamente lo pienso yo ahora, yo empecé a sentir como que estaba mal / es cuando llega Joel / que sobre todo me acepta como soy, no me empieza a decir “déjate el cabello largo o haz esto, haz aquello”, sino encajamos y yo veo en él una persona que me gusta en todos los sentidos / como que llegó y se estacionó ahí de manera natural, de manera muy natural sin forzarlo, yo me sentía muy a gusto.

En el caso de los varones, los datos muestran una variedad de reflexiones sobre lo que no deseaban en su pareja: en primer lugar, la aparición de conductas como el chantaje y la manipulación, los celos, la tendencia al drama, el no deseo de mujeres dependientes, o mujeres fácilmente manipulables.

Emilio: había veces que ella (habla de una exnovia) / sufría por cosas que, por ejemplo / como ella me conocía, sabía de las chavas con las que había andado y pues me hacía sentir culpable ¿no? entons [sic] yo dije es que así no funciona / pues qué estoy haciendo aquí si a mí esto no me gusta íái [sic] nos vemos! / y sí quería a la chava y todo pero a mí esas cosas de los dramas y eso no me agradan.

El deseo de no “cargar con” o ser responsable de la vida de la otra persona parece ser un factor común en estas reflexiones, en el sentido de no estar dispuestos a ser incriminados por ellas como los “culpables”, y su anverso, es decir, el deseo de no permanecer junto a alguien por el sentimiento de culpa. En el sentido positivo, señalan que deseaban compañeras honestas, independientes, seguras de sí e inteligentes.

Joel: muchas de ellas eran demasiado manejables, algunas de ellas eran chicas que si yo les decía “sabes qué mira no me importa lo que estés ha-

ciendo, te quiero aquí a las tres de la mañana”, a las tres de la mañana estaban ahí y llegó un momento en que me puse a pensar en eso de “qué es lo que yo quiero para mi vida, una mujer que sea capaz de decidir también o una que esté haciendo lo que yo quiera” y opté por la primera opción ¿no? Emilio: es decir nunca pensé que Elisa tenía que ser x cosa ¿no? sino más bien yo decía yo quiero una mujer que sea mujer, que se sepa valer por sí misma, que tenga su propia opinión, que haga sus cosas, que no se haga dependiente del marido, estaba yo pensando que a lo mejor es de no querer, el no mejor, el que no querer asumir la, la responsabilidad de la vida de otro ¿no?, no sé si me explico ¿no?

Un cuarto eje de análisis se refiere al conocimiento de los propios límites y de los del otro, o en otros términos, del desarrollo de la conciencia de la alteridad. Nos referimos a las prácticas reflexivas, por ejemplo, de no reaccionar violentamente, conociendo que es su tendencia y que eso puede dañar al otro, a la relación o a mí mismo.

Alonso: no, mira, yo creo que ya lo trabajo de mejor manera, antes sí me ponía muy intransigente pero no, ya procuro, sí me enoja pero ya no llevo al límite de la ira como de repente me llegaba a suceder o manejo más el malestar, o sea es una emoción que pues sí tengo derecho de enojarme pero hay que enojarse bien ¿no?

Alonso narra en esta parte de su testimonio el trabajo intencional que ha dirigido al control de su ira y de una postura intransigente en la relación con Camila, su pareja, partiendo del reconocimiento de su derecho a experimentar el enojo, pero no de lastimarla o poner en peligro su relación.

Marina: o sea cuando éramos novios como que no éramos tan enojones y con el devenir de los años sí empezamos a ser más enojones, inclusive esa es una situación que nos ha traído conflicto porque Santiago luego levanta la voz mucho y empieza a gritonarme como si fuera mi papá, ni mi papá me trata así y él se da cuenta y le hace “¡ayyy! pero por qué estoy gritando”, o sea como que no es su rollo de él, es como su rollo ancestral que se le expresa, haz de cuenta que así se me figura porque él mismo se corrige y dice “bueno pero ¿por qué estoy gritando?”, y dice “no, no

quiero gritar, no quiero gritar, a ver te voy a explicar lo que quiero, mira yo pienso que no por esto, por esto y por esto”.

En este otro fragmento de la entrevista a Marina, aparece algo semejante: cómo Santiago, hace esfuerzos por controlar su ira, a veces porque ella se lo señala y en ocasiones porque él mismo se percata de estar repitiendo un hábito en su forma de relacionarse, o como ella lo llama: “su rollo ancestral”.

La emergencia de la alteridad también se refiere, por ejemplo, a qué esperar o no del otro y al desarrollo del respeto a las características e intereses individuales.

Elisa: hay cosas por ejemplo que en algunos matrimonios serían motivo de problema. Por ejemplo, a él le gusta mucho el fútbol y va a las marchas, a todas las marchas, le gustan los conciertos al aire libre y a mí me chocan [...] Y a él, por ejemplo, no le gusta ir a fiestas. Yo soy bien bohemia, me gusta cantar y tengo muchos cuates cantadores y sí soy pachanguera y él no.

Lo anterior no supone la ausencia de conflictos, pero estos son negociados. Las formas de negociación no necesariamente son explícitas sino proceden del conocimiento que tienen del otro. Y los resultados de dichas negociaciones no suponen la anulación del punto de vista del otro, o necesariamente llegar a un acuerdo, sino la aceptación de la diferencia; en términos de Bajtín (2000) diríamos del desarrollo de la dialogicidad.

Emilio: pues la negociación se hace a través de lo que hablas ¿no?, y nosotros en realidad no, este, no lo hacemos [...] a lo mejor si nos sentamos a hablarlo terminaríamos haciendo exactamente lo mismo que hacemos, ¿no? [...] y muchas veces, Irma, yo creo que es mucho de sobreentendido, es decir, de saber que el otro tiene un límite y que si le sigues, entonces lo que vas a buscar es que el otro se cierre y entonces no arreglas nada [...] sí, bueno cada quien es responsable de su vida y lo que hacemos es compartirla ¿no? en estos términos de respeto por eso es que [...] te he comentado que creo que tratamos de evitar las confrontaciones así violentas de los gritos, los insultos etc., ¿no? justamente para mantener nuestra idea de respeto que creo es lo que compartimos los dos ¿no?

Un quinto y último eje de análisis nos remite al juego, la risa, el humor como elementos de cohesión y espacios lúdicos que convierten a la relación en una posibilidad liberadora de los avatares de la vida cotidiana.

Emmanuel: lo que pasa es que Paloma es muy divertida, coincidimos en el humor pues, no tomamos las cosas muy en serio, entonces nos burlamos mucho de la gente y de las cosas y todo, eso es algo que compartimos mucho [...] tiene mucho humor, este, de todo tipo así humor negro del que sea y eso no, no ha desaparecido ni nada, eso se mantiene, eso nos revitaliza [...] pues sí, eso ha sido parte fundamental en nuestra relación.

Brisa: sí, pues desde que él y yo nos conocimos, algunas personas le dicen química, otros le dicen amor, todas los adjetivos que tú le quieras dar o los calificativos que tú le quieras dar [...] pero creo que lo más importante desde el principio ha sido que somos buenos amigos empezando por ahí y yo creo que eso es bien, bien básico, por lo menos en esta relación con él, de que nos empezamos a tener confianza, de que empezamos a construir cierta complicidad en cosas que yo le contaba de su vida y de la mía, como una serie de construcciones y sobre todo a lo mejor se oye un poco chistoso pero creo que nos caemos bastante bien, no sé si eso sea, si sea claro pero, pero yo siempre lo digo a mí me cae muy bien independientemente de todo lo demás, de todo lo que pueda ser de que estoy casada con él lo que sea, a mí me agrada mucho, me agrada mucho estar con él, él es muy bromista, siempre está jugando.

Clío: ahhh sí, yo le bromeo mucho, él me bromea muy poco pero muy poco porque así es de carácter, no es mucho de bromas [...] claro, le hacen reír y dice que le gustan porque quieren decir que yo ando de buen humor [...] luego me dice “por eso me enamoré de ti porque me gusta que eres muy alegre” [...] te digo que él sonríe pero no a carcajadas y yo sí.

Tal vez sea necesario profundizar en el papel de cohesión, de comunalidad, de creación de intimidad que el humor y el juego tienen en la vida de los adultos, y especialmente entre las parejas. Agnes Heller (1977) ha señalado que en la esfera del juego se redime de la responsabilidad que supone para el hombre el despliegue de sus acciones tendientes a ser parte y fundamento de la reproducción social. Para ella un aspecto fundamental del juego es que este “desarrolla o moviliza capacidades humanas, sin ninguna

consecuencia” y “cuando esta ausencia de consecuencias acaba, ya no se trata —aunque permanezca inmutable la forma lúdica— de un juego en lo referente al contenido” (p.372).

Lo mismo ocurre con respecto a la responsabilidad moral, pues en el juego “la única moral [...] estriba en la observancia de las reglas” (Heller, 1977, p.372). Estas reglas, aunque regulan el juego, permiten cosas que fuera de esta esfera no lo son. Para la autora, “el *Homo ludens* no es más que la revelación del hombre entero en la actividad lúdica donde puede manifestarse, por tanto, toda su humanidad” (p.372). En la esfera del juego, pues, resalta una facultad humana innegable: la fantasía. El juego y la fantasía son pensados comúnmente como algo que solo está presente en la infancia. Sin embargo, tanto Heller como otros autores señalan que es precisamente el hecho de que en el juego se invierte la relación entre el signifiante y el significado, entre la acción y sus resultados (Vigotsky, 1996) que el placer de las acciones de juego y la fantasía deriva de la acción en sí misma. Junto con la autora, entonces, nos preguntamos: “¿cuál es, por tanto, la función del juego en la vida cotidiana?” (Heller, 1977, p.374). Ella misma establece que, por las características señaladas, el juego es el opuesto al deber y, por lo tanto, crea una esfera particular de libertad. En el mundo infantil, dado que aún no son seres totalmente autónomos, esta esfera tiene mucho espacio, pero “en el mundo de los adultos las cosas son de otro modo: el contenido del juego y la función que cumple en su vida varían sensiblemente según el grado en que pueden realmente ser libres, y según la medida y el modo en que consiguen realizar sus propias capacidades en la vida” (p.375). Históricamente, las posibilidades de juego tienen relación con la emergencia de condiciones sociales no alienantes y, por ende, de las posibilidades de libertad, lo cual al abordar las relaciones entre dos personas que confluyen en una relación de pareja nos permite afirmar que este es una parte muy importante de los procesos actuales de transformación hacia la conformación de relaciones más democráticas y satisfactorias entre los géneros.

DISCUSIÓN

En este trabajo pretendimos acercarnos al problema de la equidad entre los géneros más allá de lo que otros estudios habían considerado. Nos re-

ferimos estrictamente a los estudios que hablan de la equidad como los cambios en la distribución de las tareas asignadas de manera tradicional a hombres y mujeres.

Un primer elemento que es indispensable señalar es que el mismo significado de “equidad” no es inherente a las cosas, es decir, no se resuelve con una ecuación que ahora invierta los roles de hombres y mujeres sino que el sentido que la palabra “equidad” depende también de las prácticas interpretativas de las personas concretas, conforme estas definan las situaciones como equitativas, justas o su anverso. Tampoco esto quiere decir que demos paso a la total indeterminación y relativismo de lo que es “lo justo” y “equitativo”. En efecto, las parejas entrevistadas coinciden con que uno de los aspectos que promueve la equidad en sus relaciones es ser igualmente responsables de las muy diversas tareas que implica la vida común. Pero esto no es suficiente. La equidad aquí es vista como la pretensión del dar y recibir, más vinculada con la construcción del “nosotros”, a la reciprocidad, mutualidad, solidaridad, que al intercambio meramente instrumental (“porque me conviene”). La equidad como pretensión del amor que Giddens (2000) denomina confluente. La equidad como la lógica que pueda hacer conciliables el amor y la justicia, según Ricoeur (1993). Adicionalmente, es importante señalar que el avance hacia la conformación de relaciones equitativas o democráticas no supone para las parejas entrevistadas convertir esta pretensión en una amenaza para su propia relación: implica negociar.

La construcción del “nosotros” no significa desconocer o pretender desaparecer la tensión entre el deseo de individualidad-independencia y el deseo de afiliación-dependencia sino parte, precisamente, de respetarla, de asumirla. Como hemos podido ver, esta empresa no resulta imposible, aunque sí tiene como uno de sus fundamentos la práctica reflexiva al respecto y la convicción de que “en un mundo en que se rompen los lazos comunitarios, en que el individuo se encuentra solo e indefenso, el amor (y la sexualidad) es el único vínculo directo y humano que puede unir a dos individuos [que] la alegría que produce encontrarse con el otro [...] desaparece (aunque solo sea provisionalmente) el sentimiento de soledad [...] levantando un puente entre dos almas” (Heller, 1978, p.13). Significa establecer un nuevo territorio de intimidad cuyas bases sean más parecidas a la amistad. Siguiendo a Giddens (2000), considera que esto requiere la definición de los límites personales y el conocimiento del otro a través

de un proceso comunicativo. Al comunicarse, los miembros de la pareja pueden “saber” si esos límites personales son o no posibilitadores de la intimidad y la confianza (o al contrario, en su obstáculo). Esto presupone también un equilibrio del poder. La comunicación abierta y la construcción de intimidad y confianza no son posibles entre desiguales. Por ello es que depende de la autonomía creciente de las mujeres (Giddens, 2000) y de la “renuncia”³ a ejercer el poder de los hombres. Así, un reto adicional es lograr un equilibrio entre autonomía y dependencia, es decir, clarificar una relación donde los límites del ser individuo no se borren o difuminen al interior de la pareja y, por ende, de la tolerancia y el respeto a la diferencia.

Para cerrar, sin que esto signifique agotar las posibilidades de análisis y discusión de los datos, algo central es que dentro de las entrevistas a las parejas participantes se advierte que, aunque no resulta fácil, es posible que en las relaciones hombre-mujer esté emergiendo la conciencia de la alteridad. En esta posibilidad, como los propios datos nos lo han mostrado, se juegan no solo aspectos racionales sino procesos fuertemente enraizados en las emociones que los participantes han vivido en sus relaciones con muchos otros (aquí hablamos tan solo de sus familias de origen, sus parejas previas y su pareja actual, sin pretender agotar todas las posibilidades). Los procesos reflexivos no suponen un “alejamiento” de estas emociones sino en convertirlas en fuente de aprendizaje y en la configuración de los procesos intencionales que guían sus modos de vivir, en relaciones más equitativas y satisfactorias. En la concepción de Bajtín (2000), la alteridad supone el reconocimiento de la responsabilidad específica que la relación con otro genera. En sus palabras: “Cualquier acto nuestro, cuando no es fortuito sino que obedece a la tensión permanente del deber ser que proviene de la presencia del otro, es un acto entendido específicamente como ‘acto ético’ [...] un proceder que contrae responsabilidades y consecuencias”, y el reconocimiento del “papel estructurante y positivo de la otredad, que es la condición de posibilidad del yo, del nosotros, de todos nosotros como nuestro mundo” (p.217).

La posibilidad del encuentro se construye como un acto intencional, puesto que los participantes han sido más bien socializados en un mundo

3. Esto, como lo apunta el autor, no es un solo un acto de buena fe y voluntad, más bien lo posibilitan los procesos de reflexividad en la constitución de las personas en el mundo moderno.

en el cual el lugar que cada uno de ellos ha venido ocupando es generador de principios de distinción, de ser participantes de prácticas asimétricas, distintivas y generadoras de una postura particular según el lugar que se ocupa en el espacio social. Entonces, más bien lo que se supone un punto de partida: el maravilloso encuentro entre dos seres diversos tiene que concebirse como el punto de llegada al cual es posible alcanzar mediante la reflexión y el deseo de constituir una relación entre “este ser humano” y “aquel otro ser humano”. En términos de Heller (1978), es apostar por la humanización de las relaciones entre los géneros. No supone tampoco de modo ingenuo creer que el ejercicio del poder desaparecerá de las relaciones entre las personas en general, y de los géneros en particular, puesto que la acción intrínsecamente conlleva poder sino en la pretensión de dirigir ese poder de los agentes sociales hacia el desarrollo de su capacidad transformadora (Giddens, 2000).

REFERENCIAS

- Bajtín, M.M. (2000). *Yo también soy. (Fragmentos sobre el otro)*. México: Taurus.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- De Rougemont, D. (1993). *Amor y Occidente*. México: Conaculta.
- Dreier, O. (2005). Trayectorias personales de participación a través de contextos de práctica social. En G. Pérez, I. de L. Alarcón, J.J. Yoseff & A. Salguero (Comps.), *Psicología cultural. Volumen 1*, México: FESI-UNAM.
- Dryden, C. (1999). *Being married, Doing gender. A critical analysis of gender relationships in marriage*. Londres: Routledge.
- Fernández, A.M. (1994). *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires: Paidós.
- Galende, E. (2001). *Sexo y Amor. Anhelos e incertidumbres de la intimidad actual*. Buenos Aires: Paidós.
- Giddens, A. (2000). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Heller, A. (1977). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- Heller, A. (1978). El futuro de las relaciones entre los sexos. *El Viejo Topo*, No.26, 9-15.

- Le Breton, D. (1999). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Ricoeur, P. (1993). *Amor y justicia*. Madrid: Caparrós Editores.
- Saltzman, Ch. J. (1992). *Equidad y género. Una teoría integrada de estabilidad y cambio*. Madrid: Cátedra.
- Vigotsky, L. (1996). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona: Crítica / Grijalbo.

Familias y comunidades afectivas

La construcción del vínculo en las familias combinadas

MARGARITA ESTRADA IGUÍNIZ

Resumen: *La construcción del vínculo afectivo entre los integrantes de un grupo de familias combinadas, en particular entre padrastros / madrastras e hijastros / as, es un proceso en el que intervienen diversos factores. El artículo retoma la historia del divorcio de los padres, las características de la relación de la prole con cada uno de sus progenitores, y las particularidades de la convivencia entre los integrantes de la familia combinada. Las maneras como se interrelacionan estos factores favorecen o dificultan la construcción de vínculos afectivos. El texto se basa en información cualitativa construida a través de entrevistas antropológicas y de sesiones de terapia familiar.*

Palabras clave: *familias combinadas, vínculo, historia familiar, padrastros / madrastras, hijastros.*

Abstract: *Building ties of affection among the members of a group of combined families, particularly between stepparents and stepchildren, is a process that involves multiple factors. The article looks at the history of the parents' divorce, the characteristics of the children's relationship with each of their parents, and the features of the interactions among the members of the combined family. The way these factors interrelate can foster or hinder the development of ties of affection. The text is based on qualitative information constructed from anthropological interviews and family therapy sessions.*

Key words: *combined families, ties, family history, stepfathers / stepmothers, stepchildren.*

LA INTERDISCIPLINARIEDAD EN EL ESTUDIO DE LAS EMOCIONES

El estudio de las emociones ha sido abordado desde distintas disciplinas, entre ellas la neurología, la etología, la psicología y las ciencias sociales.

La primera estudia el cerebro y sus funciones y, para lo que nos interesa en este trabajo, nos permite conocer la manera y el lugar donde se generan las emociones. Estudios neurológicos han mostrado que en el cerebro reptiliano se producen los impulsos, en el sistema límbico las emociones y en la corteza cerebral el pensamiento. La etología, por su parte, estudia la conducta de los animales. Las observaciones realizadas entre los mamíferos nos han permitido entender muchos de los comportamientos humanos. La psicología estudia el contorno, es decir, la totalidad de factores y situaciones humanas y físicas que están en permanente interacción, y se manifiestan a través de la conducta exterior, la vivencia, las modificaciones somáticas y los productos de la actividad del sujeto (Pichon-Rivière, 1985, p.62). Las ciencias sociales estudian las relaciones que se dan entre los seres humanos y la manera como se han sancionado en la vida social, las conductas asociadas con las manifestaciones de los sentimientos.

El objetivo de este trabajo es conjuntar la mirada de la psicología, la antropología y la terapia familiar para estudiar un aspecto de la vida emocional de los seres humanos: el vínculo afectivo. Considero que, al integrar aspectos que han sido estudiados de manera fragmentada y observar las relaciones que se establecen entre ellos, es posible tener una visión más compleja del fenómeno. Desde esta perspectiva, se exploran las maneras como se establece el vínculo afectivo entre los integrantes de las familias combinadas, en particular entre padrastrros / madrastras e hijastros. Así, el trabajo se centra en algunas de las aportaciones que se han hecho desde la psicología para el estudio de la formación del vínculo como parte del proceso de maduración neurobiológica y del desarrollo psicológico de los seres humanos; desde las ciencias sociales en el estudio del parentesco, y de los cambios que han experimentado las relaciones amorosas en las últimas décadas, con las consiguientes modificaciones que han traído para la organización de la unidad doméstica y familiar; y desde la terapia familiar en la observación de las relaciones entre los integrantes del sistema familiar.

1. La terapia familiar no solo es una técnica terapéutica, se basa en premisas acerca del comportamiento e interacción humanas que retoman planteamientos sobre la comunicación, la cibernética y la teoría general de los sistemas. Estas perspectivas han llevado a entender las familias como entidades en constante cambio (Hoffman, 1981).

LAS FAMILIAS COMBINADAS

Las familias combinadas, llamadas también reconstituidas o ensambladas, están formadas por personas que tuvieron una primera relación conyugal que se disolvió, debido a la muerte del cónyuge, al abandono, la separación o el divorcio. Posteriormente se unieron a otra persona con el objetivo de formar una nueva pareja (Bestard, 1998; Giddens, 1998; Roigé Ventura, 2006).

Estas familias desafían una serie de presupuestos de la sociedad sobre la organización familiar y el parentesco. Uno de los más importantes es que la forma de organización familiar ideal es la familia biparental, y de él se desprende otro: que los padres y los hijos habitan en la misma vivienda. Un tercer presupuesto es que los cónyuges son los padres de todos los hijos (Bestard, 1998).

Una de las características más importantes de las familias combinadas es que desde que la pareja se une está presente la descendencia de uno o ambos cónyuges. Los hijos de las uniones anteriores simbolizan el vínculo indisoluble de la familia que se formó en el primer matrimonio. Estos hijos crecen y viven en una familia que no es en la que nacieron, y conviven estrechamente con hombres y mujeres que pueden ejercer la paternidad o maternidad social. Al mismo tiempo, estos niños y jóvenes deben construir y conservar una relación con los padres con quienes no viven (Beck & Beck-Gernsheim, 2001, p.204). Esta situación plurifamiliar tiene efectos en distintos ámbitos. Por una parte, requiere la creación de formas propias de organización doméstica, y de desarrollo de las actividades cotidianas que respondan a la nueva situación doméstica en la que no todos los miembros de las familias viven siempre bajo el mismo techo, lo que implica ruptura con formas previas. Este proceso de ruptura y construcción de modalidades de organización y relación diferentes genera sentimientos ambivalentes tanto en los adultos como en la descendencia, y suele provocar conflictos entre los integrantes de la familia combinada.

Immanuel Wallerstein (2006) plantea la existencia de una enorme presión dentro de cualquier unidad doméstica para mantener una identidad común. Esta ayuda a superar la tendencia centrífuga que pueda surgir en la familia por las desigualdades internas en la distribución del consumo y en los procesos de decisión (p.57). En las familias combinadas este proceso

de construcción de una identidad común está plagado de contradicciones y ambivalencias, pues buena parte, si no es que todos los integrantes, provienen de un sistema familiar en el que este proceso ya había tenido lugar, y el nuevo matrimonio del o la progenitora obliga a su reelaboración. La prole tiene dificultades para integrar al padrastro o la madrastra, y estos para adaptarse a las formas de relación entre su nueva pareja y los hijos e hijas de esta. Dichas familias están atenazadas por contradicciones internas (la resistencia a incorporar al o los nuevos integrantes), y externas (el estigma que con frecuencia sufren por no responder a la forma de familia que se considera ideal).² Estas contradicciones las vuelven potencialmente conflictivas (García Faet, 2013, p.25).

A pesar de estas dificultades, estas familias logran construir una nueva identidad en el día a día, por medio de la acumulación de diferencias mínimas. De manera paulatina se construye un espacio de hábitos y rutinas que sustentan la vida familiar y favorecen el desarrollo de relaciones de afecto positivas (Le Breton, 1995, p.91). Los hábitos y las rutinas generan una asignación de responsabilidades a cada miembro de la familia de acuerdo con su posición, edad y género. Estas responsabilidades están relacionadas con el cumplimiento de un rol.³ Así, los cónyuges asumen el rol de marido o esposa y se comportan, la mayoría de las veces, como se espera que lo hagan un padre o una madre. Las conductas están relacionadas con aspectos como proveer medios económicos o realizar los trabajos que se requieren para la reproducción física y la convivencia cotidiana, como es brindar cuidados y participar en los acontecimientos significativos para los integrantes —que van desde los contratiempos y logros escolares o laborales hasta las celebraciones—. Estas acciones tienen también un aspecto afectivo que se manifiesta en gestos, modulaciones de la voz, miradas que las acompañan, y que refuerzan el encuentro entre los miembros de la familia (Le Breton, 1992). En el proceso de acompañamiento, de hacer tareas cotidianas, se construye la identidad de la familia combinada y se integra a las personas.

2. Las prácticas sociales culturalmente mediadas pueden retirar o ampliar la empatía, o dirigirlas a grupos más grandes o restringidos (Hollan, 2012, p.73). Esta afirmación puede hacerse extensiva a la situación que viven las familias combinadas en las que la valoración social que se da a la familia biparental, y que se suma a la experiencia de la pérdida por el divorcio o la muerte, dificulta la relación empática entre padrastro / madrastra e hijastros.

3. El contenido de los roles es resultado de una tipificación de conductas y actividades que se construye de manera rutinaria (Berger & Luckmann, 1997).

A través de este conjunto de interacciones, de tareas cumplidas, se construye el vínculo afectivo.

APEGO Y VÍNCULO AFECTIVO

El apego alude a la disposición que tiene una persona para buscar la proximidad y el contacto con un individuo, sobre todo bajo circunstancias percibidas como adversas. Esta relación actúa como un sistema de regulación emocional, cuyo objetivo es la experiencia de seguridad (Repetur & Quezada, 2005, pp. 4-5). La función del apego es la protección (Cyrulnik, 2008, p.142). La figura de apego es vista como más fuerte y sabia y está asociada con sentimientos de seguridad. La relación de apego es complementaria, pues se da seguridad y protección a quien la busca. Una característica de esta complementariedad es la preocupación del protector por el bienestar del protegido cuando este no se encuentra presente (Bretherton et al, 1991, p.2). John Bowlby (2006) señaló la existencia de distintos tipos de apego que se manifiestan en las conductas que las personas tienen en su relación con los otros. Contar con una buena relación de apego durante los primeros años de vida se traducirá en la posibilidad de establecer vínculos con otras personas. El vínculo puede ser definido como un lazo afectivo que una persona forma entre sí mismo y otro, lazo que los junta en el espacio y perdura en el tiempo.

El rasgo esencial de la vinculación afectiva consiste en que los dos participantes tienden a permanecer en mutua proximidad. Si por alguna razón están apartados, cada uno de ellos buscará más pronto o más tarde al otro, restableciendo así la proximidad [...] Cuando dos individuos no están vinculados, uno de ellos se resiste intensamente a cualquier aproximación que intente el otro (Bowlby, 2006, p.92).

El vínculo tiene aspectos de sentimientos, recuerdos, expectativas, deseos e intenciones, todo lo que sirve como una clase de filtro para la recepción e interpretación de la experiencia interpersonal (Repetur & Quezada, 2005, p.6). Por otra parte, los vínculos suceden en contextos particulares (Pichon-Rivière, 1985). En la medida en que el vínculo se construye en la proximidad, similaridad y familiaridad, es decir, en la relación cotidiana

entre dos personas (Hollan, 2012), es sensible a los cambios en el contexto del hogar y en las interacciones entre los padres (Cicirelli, 1991, p.27). Y por ello está muy expuesto a las contradicciones en que viven las familias combinadas.

En este contexto, el presente trabajo muestra las experiencias de construcción del vínculo entre personas que no tenían relación de parentesco entre sí y que forman parte de una familia combinada.

METODOLOGÍA

El universo de estudio comprende 15 familias combinadas que viven en la Ciudad de México. Se estableció contacto con ellas a través de dos vías. Por una parte, por medio del Instituto Latinoamericano de Estudios de la Familia (ILEF), institución que brinda entre sus servicios apoyo de terapia familiar. Del conjunto de familias que acudieron a solicitar este servicio entre marzo de 2008 y marzo de 2010, seleccionamos nueve familias combinadas en las que los cónyuges tenían una escolaridad mayor a la secundaria e hijos menores de 18 años. La segunda vía fue a través de una escuela privada de la Ciudad de México. Contactamos a tres familias en dicha institución, y cada una de ellas recomendó a otra. Por esta vía entrevistamos a seis familias más para el estudio. De manera que los datos que se presentan en este trabajo se construyeron en dos contextos distintos: por un lado, sesiones de terapia familiar, y por otro, entrevistas abiertas y semidirigidas. Ambos contextos privilegian la observación y los relatos como instrumentos que favorecen que las personas manifiesten sus ideas, experiencias y sentimientos en torno a los fenómenos sociales que les atañen (Vela Peón, 2001, p.90).

Sin embargo, las sesiones de terapia familiar tienen una especificidad, pues se orientan a “la investigación de comunicaciones que enfoca las relaciones de la gente cara a cara en grupos vivos” (Hoffman, 1981, p.27). Esto permite la observación de las conductas de los integrantes de la familia, de sus interacciones y de las relaciones que establecen entre sí. Las sesiones también permiten conocer las ideas que los cónyuges y su descendencia tienen sobre los temas que se abordan. Por su parte, las entrevistas permiten conocer las ideas de las personas sobre el tema de la entrevista, y sus descripciones de las experiencias que han tenido.

Entre las familias entrevistadas exploramos las formas de organización doméstica y qué pensaba cada cónyuge sobre la relación de pareja, la socialización de los hijos, la participación de los padrastros y las madrastras en el cuidado y la educación de la descendencia. A los hijos se les preguntó sobre las actividades que realizaban con sus padres, y con el padrastro y / o la madrastra, y las características de la relación con el progenitor con el que no vivían: si los visitaba, con qué frecuencia y qué actividades efectuaban con él. En estas entrevistas incluimos los comentarios y las explicaciones que los entrevistados ampliaban conforme aumentaba el número de reuniones.

Durante el periodo de entrevistas investigamos la información sociodemográfica de los integrantes de las 15 familias: su edad, ocupación, escolaridad máxima y lugar de residencia. A los cónyuges les preguntamos el número de uniones que había tenido, número de hijos en cada unión, fecha de inicio de la última unión, organización de la economía familiar y las características de la relación con los hijos menores de edad que no vivían en el hogar. Es decir, la entrega o no de pensión, régimen de visitas y actividades que se realizaban con ellos.

Para integrar y analizar estos datos nos basamos en un instrumento teórico-metodológico: la teoría general de sistemas. Esta perspectiva analiza las relaciones que se establecen entre las partes que conforman el todo que está bajo observación y su organización (Capra, 1992, p.308), que en el caso de este trabajo es la familia. Al mismo tiempo se estudian las propiedades de las partes que lo conforman (Morin, 2001, p.150). La teoría de los sistemas provee un marco teórico que permite conceptualizar cómo los integrantes de la familia se ven afectados por el otro y las complejidades de la dinámica al interior de la familia (Shapiro & Stewart, 2011, p.534). Al enfatizar las relaciones y las características de cada miembro de la familia es posible integrar las observaciones sobre lo que sucedió y lo que se dijo en las sesiones, así como lo que se relató en las entrevistas.

Realizamos las sesiones de terapia familiar y las entrevistas desde marzo de 2008 hasta septiembre de 2010. Con las seis familias que fueron entrevistadas se habló por lo menos una vez con cada cónyuge, y en un mínimo de dos ocasiones con la pareja reunida. En el caso de tres familias conversamos también con los hijos. Llevamos a cabo este conjunto de entrevistas con objeto de triangular los relatos y de esa manera corroborarlos (Vela Peón, 2001). En el caso de las familias que acudieron a terapia familiar, rea-

lizamos un mínimo de seis sesiones y con algunas nos hemos reunido en más de 20 ocasiones.

Entre las 15 familias entrevistadas existen una serie de semejanzas que se derivan de su estructura —ser resultado de la unión de personas que habían estado casadas o unidas con anterioridad— y se manifiestan en situaciones y dinámicas que les son comunes. Sin embargo, cada familia tiene una serie de especificidades que vuelven su experiencia única. Estas particularidades se derivan de las historias familiares e individuales. De manera que la presentación del material supone la necesidad de mostrar las semejanzas y destacar las diferencias. Para lograrlo presentamos los datos generales de las 15 familias y relatamos las experiencias de tres de ellas. Esto último con objeto de, en la medida de lo posible, estudiar el proceso de construcción del vínculo entre padrastros / madrastras e hijastros / hijastras.

Las familias entrevistadas

Las familias que comprenden el universo de estudio residen en la Ciudad de México. Los cónyuges cuentan con una escolaridad mínima de preparatoria y la máxima de doctorado. Doce varones y 10 mujeres terminaron su formación universitaria. Esta escolaridad les permite laborar en ocupaciones no manuales. Dos hombres trabajan por su cuenta, y 13 son empleados. Por su parte, tres mujeres laboran por su cuenta y nueve lo hacen como empleadas. Del total de esposas, tres se dedican exclusivamente al hogar. Cabe señalar que dos de ellas tenían hijos menores de un año, y habían dejado de trabajar por esta circunstancia. Sus planes eran volver a la actividad económica cuando el infante cumpliera 18 meses. Ninguna de estas personas estuvo desocupada durante el periodo en que se realizaron las entrevistas. Cabe señalar que seis de estas parejas contrajeron matrimonio y nueve vivían en unión libre. De estas últimas, siete no han deseado contraer matrimonio, y en un caso uno de los cónyuges no se ha divorciado. Todos los cónyuges, excepto los de la familia número siete, tenían menos de 45 años cuando se unieron.

Las trayectorias conyugales y parentales de las parejas se exponen y describen a continuación:

TABLA 6.1. TRAYECTORIA CONYUGAL Y FAMILIAR DE LOS CÓNYUGES

	Nombre de los cónyuges	Matrimonio previo varones	Matrimonio previo mujeres	Años de unión con la pareja actual	Hijos de él y sus edades cuando se inició la 2ª unión	Hijos de ella y sus edades cuando se inició la 2ª unión	Total de hijos comunes	Total de hijos de la familia combinada
1	Ramón y Mercedes	X	X	2	4 y 2 años	10 y 9 años	1	5
2	Armando y Victoria	X	X	4	-	6 años	-	1
3	Julián y Estela	-	X	12	-	12 y 10 años	-	2
4	Pablo y Berta	X	X	12	1 año	6 años	1	3
5	Jorge y Adriana	X	X	25	13 años	7 y 2 años	-	3
6	Luis y Lourdes	-	X	4	-	3 y 2 años	1	3
7	Ernesto y Pamela	X	-	25	6 y 4 años	6 años	1	4
8	Santiago y Cecilia	X	X	1	13 y 15 años	15 y 19 años	-	4
9	Nicolás y Ruth	-	X	2	-	13 y 7 años	1	3
10	Joaquín y Rosaura	X	-	7	8 y 6 años	6 y 3 años	1	5
11	Rafael y Patricia	-	X	15	-	5 años	2	3
12	Mauricio y Rita	X	X	7	14 años	-	1	2
13	Jaime y Miriam	-	-	26	-	5 años	2	3
14	Marcos y Tania	-	-	7	-	16 años	1	2
15	Antonio y Yolanda	X	X	4	7 años	10 años	-	2
Total		9	11		8	10	14	

De la tabla 6.1 se desprende que en total nueve hombres habían estado casados o unidos con anterioridad, y 11 mujeres habían estado en esa situación. Catorce mujeres y ocho hombres habían llegado a la familia combinada con hijos. Seis parejas tenían más de 10 años unidas, tres tenían entre cinco y nueve años, y seis tenían menos de cinco años. El promedio de hijos de estas familias es de tres, que es superior a la media en la Ciudad de México, que es de 1.69.⁴ Por otra parte, en 11 casos los hijos de las mujeres tenían 12 años o menos cuando su madre se unió por segunda vez, y en uno, había un hijo de 13 y otro de siete años. Por lo que respecta a los varones, en cinco casos sus hijos eran menores de 13 años cuando su padre se volvió a unir, y en tres eran mayores de 12. Todos los hijos, excepto uno, eran menores de edad cuando su padre o su madre se unió con la pareja actual.

4. Recuperado el 28 de junio de 2012, de www.inegi.org.mx/sistemas/mexicocifras/default.aspx?e=9

LA CONSTRUCCIÓN DEL VÍNCULO EN LAS FAMILIAS COMBINADAS. TRES CASOS

A continuación presentamos las experiencias de tres familias combinadas que presentan características diferentes en cuanto a su composición, en donde los hijastros se encontraban en distintas etapas del ciclo vital cuando los padres se unieron. Además, la formación de las tres familias no era reciente, de manera que el proceso de construcción del vínculo ya se había iniciado. Por último, sus vivencias son representativas de las que han vivido el resto de las familias del universo de estudio.

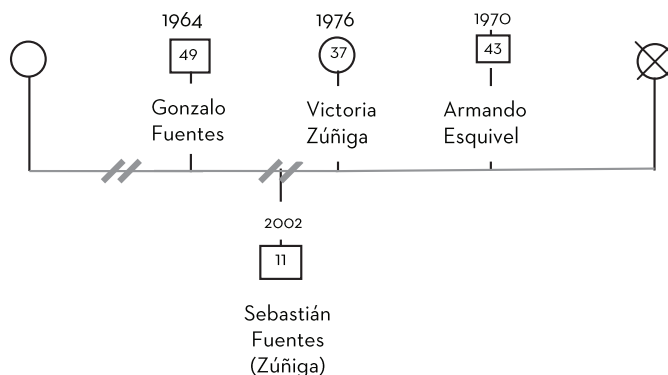
Las tres familias sobre las que nos concentramos tienen las siguientes características:

- Familia en la que la mujer tenía hijo de una unión previa, sin hijo común.
- Familia en la que el varón tenía hijo de una unión previa, y con hijo común.
- Familia en la que ambos tenían hijos de una unión previa, y con hijo común.

Familia en que la mujer tenía un hijo de unión previa

La primera familia que presentamos es la conformada por Victoria, Armando y Sebastián (figura 6.2). Armando es investigador en una institución pública y Victoria tiene un negocio. Armando enviudó tres años antes de unirse con Victoria. No tuvo hijos en su primer matrimonio. Victoria se separó de Gonzalo, el padre de Sebastián, cuando el niño tenía cuatro años. Desde la separación de sus padres, Sebastián dejó de ver a su progenitor y de recibir dinero para su manutención. Mientras Victoria estuvo sola, el niño pasaba las tardes en el negocio o con una prima adolescente que vivía cerca de su casa. Dos años después de separarse de Gonzalo, Victoria se unió con Armando. Con la llegada de Armando se reorganizó la vida familiar. Armando asumió la mitad de los gastos de la casa. Con ello contribuía al pago de los gastos de Sebastián: colegiatura, médicos, ropa, diversiones. Además, empezó a hacerse cargo del niño cuando salía del trabajo, pasaba a recogerlo al negocio, y ya en la casa le revisaba la tarea, le leía, juntos

FIGURA 6.2. FAMILIA 2



ponían la mesa para la cena. También participaba en actividades lúdicas: le enseñó a andar en bicicleta, lo llevaba a la clase de natación, a la escuela y lo acompañaba al partido de fútbol. Su participación incluía castigarlo cuando bajaban sus calificaciones y apresurarlo por las mañanas para que llegara a tiempo a la escuela. Armando sustituía las funciones parentales (Jociles & Villamil, 2008). En estas nuevas circunstancias, Victoria reconocía la seguridad que le daba el apoyo de Armando. Tenía con quién compartir la responsabilidad, el trabajo y los gastos que implicaba Sebastián, y apoyaba a Armando en todas sus decisiones respecto al niño. Este último pasaba mucho tiempo con su padrastro y tenía una nueva figura de autoridad, lo que en un principio no agradaba al niño. Sin embargo, la parte lúdica de la relación, junto con el apoyo de Victoria hacia su marido, contribuyeron a crear una relación de apego entre Sebastián y Armando.

Hubo otros factores que también intervinieron en la creación del vínculo afectivo. Uno de ellas fue que Armando entendió las características y las posibilidades de un niño en la etapa de latencia, y adecuó sus exigencias al desarrollo que tenía Sebastián.⁵ Esto quitó tensión a la relación entre am-

5. En la literatura psicoanalítica se denomina periodo de latencia al periodo de desarrollo sexual entre los cuatro o cinco años y el principio de la adolescencia. Este separa la sexualidad infantil de la normal (Dreven, 1972, p.154). Estos años se emplean en la adquisición de los conocimientos necesarios para la lucha por la vida en todos los planos (Dolto, 2010, p.46).

bos. Otro factor fue que el padrastro empezó a contarle al niño anécdotas de su infancia. Le hablaba de sus padres y sus hermanos, del lugar donde vivía y los juegos que jugaba, también de la manera cómo lo castigaban. Estas conversaciones permitieron que Sebastián conociera los recuerdos de su padrastro y los sentimientos asociados con ellos, y se sumaron a las experiencias cotidianas de compañía y protección que Armando brindaba al niño y a la madre, y contribuyeron a la formación del vínculo.

Sebastián, por su parte, extrañaba a su padre y en algunas ocasiones expresó que por su culpa se había marchado. Hay que recordar que Sebastián se encontraba viviendo el Edipo cuando el padre se marchó y su fantasía era que el padre se había ido debido a su deseo de que eso sucediera.⁶ El vínculo entre Armando y Sebastián se vio amenazado cuando Gonzalo, el padre del niño, solicitó verlo de nuevo. Durante los primeros meses, ante el temor de que su padre se marchara de nuevo, la primera reacción de Sebastián fue volcarse sobre el padre y alejarse de Armando. El niño sentía que había “traicionado” a su padre. En una ocasión Armando comentó: “yo tenía un hijo y ahora ya no”. Sin embargo, la convivencia cotidiana entre padrastro e hijastro continuó y Armando no cambió su conducta hacia el niño, y le hizo saber que le dolía que ya no deseara estar con él. Sebastián poco a poco se dio cuenta que podía querer a ambos hombres: su padre y su padrastro. Ya existía un vínculo entre el niño y Armando.

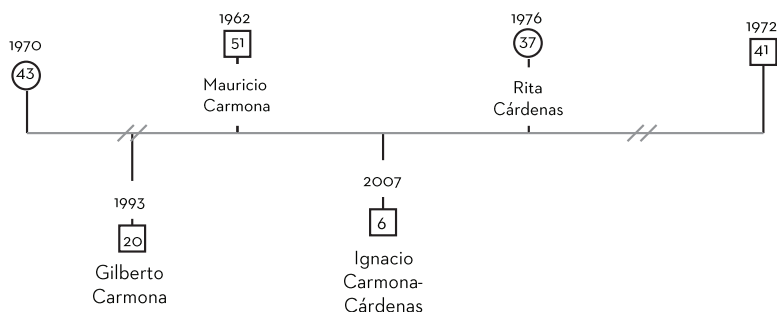
Familia en que el varón tenía un hijo de unión previa

Rita y Mauricio (figura 6.3) habían estado casados con anterioridad. Rita no tuvo hijos de esa unión, y Mauricio tuvo uno, Gilberto, que tenía 14 años y vivía con él, cuando se unió con Rita. Ambos trabajan en el sector público.

La llegada de Rita, y poco después el nacimiento de Ignacio, cambiaron de manera radical la vida de padre e hijo, así como las características de la relación entre ambos. Mauricio relata que comían comida rápida, usaban platos desechables, no limpiaban la casa, lavaban la ropa cuando ya no te-

6. En la teoría psicoanalítica, los niños entre los tres y los cinco años experimentan lo que Sigmund Freud llamó complejo de Edipo, que se refiere al complejo de emociones y sentimientos infantiles caracterizados por la presencia simultánea y ambivalente de deseos amorosos y hostiles hacia los progenitores. El deseo inconsciente de mantener una relación sexual (incestuosa) con el progenitor del sexo opuesto y de eliminar al progenitor del mismo sexo (parricidio) (1973, p.2845).

FIGURA 6.3. FAMILIA 11



nían que ponerse. Además, cuando Mauricio regresaba de casa, dedicaba toda su atención al muchacho: veían los programas de televisión que él deseaba y el fin de semana realizaban las actividades que Gilberto proponía.

Con su llegada, Rita transformó la forma de vida y convivencia de padre e hijo. Ella actuó de acuerdo con lo que se espera de una mujer en la familia: organizó la vida doméstica, cocinaba, limpiaba y pedía que se cuidara el orden. Su presencia quitó parte de la atención que Gilberto recibía de su padre, pues Mauricio tomaba en cuenta los deseos de su esposa y le dedicaba tiempo cuando regresaba del trabajo. Esto significó que Gilberto perdió exclusividad, ya no se hacía lo que él deseaba, su padre no le daba toda la atención y tenía que aceptar que formaba parte de una nueva familia. El muchacho se rebeló y alegaba que la esposa de su padre había impuesto una forma de vida que a él no le gustaba. Rita entendió que no se refería sólo al estilo de vida que llevaban padre e hijo antes de su llegada a la familia. Estaba también en juego la atención que ella recibía de Mauricio. Aunque Rita optó por no involucrarse en ninguna discusión con Gilberto, las peleas entre padre e hijo se hicieron cada vez más frecuentes. El resultado fue que poco después de que nació Ignacio, Gilberto se regresó a vivir con su madre.

Gilberto se encontraba en la adolescencia cuando su padre y Rita se casaron. Algunas de las características de la adolescencia son la reversión de los afectos, es decir, se pasa del amor al odio, hay una gran intensidad de los impulsos agresivos y sexuales, lo que en ocasiones se vuelve intolerable para el yo y se proyectan; y el proceso de separación de los padres, que va de la mano con la importancia que toma el grupo de pares (Ericsson, 2000;

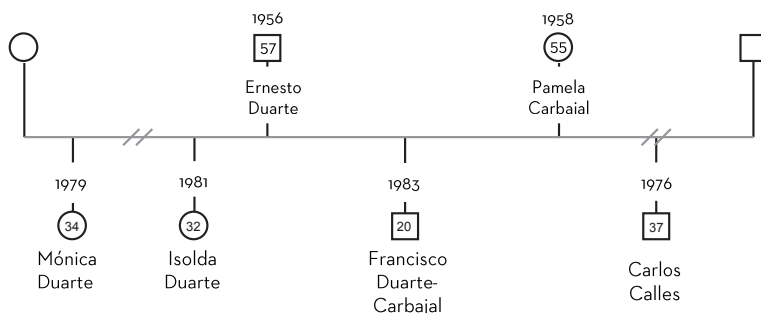
López, 1988). Por su parte, Rita y Mauricio estaban viviendo la etapa de enamoramiento, en la que la energía estaba volcada principalmente de uno al otro. Experimentaban un sentimiento de completud que es propio de ese momento (Cyrułnik, 2008, p.159). La combinación de ambas condiciones creó una situación que permitió que Gilberto proyectara en el padre y la madrastra la agresividad que estaba experimentando como parte de su desarrollo psicosocial. Desde una perspectiva sistémica, la nueva familia perdió su flexibilidad. El joven no pudo adaptarse a la nueva situación; el padre no pudo manejar el nuevo contexto de la relación con su hijo; y Rita actuó su rol de mujer de manera intransigente. Los integrantes del nuevo sistema familiar no pudieron crear una nueva organización familiar que incluyera también a Gilberto. La relación entre padre e hijo se transformó al cambiar la interacción con el padre y por el nacimiento del medio hermano.

Desde entonces, hace ya cinco años, la relación con Gilberto es esporádica. A veces, el joven llama a su padre para reunirse a comer o a cenar con él, y en contadas ocasiones acude a la casa de la familia; tampoco asiste a las celebraciones familiares. Mauricio habló en varias ocasiones de la tristeza que esta situación le genera. Él quisiera que hubiera una relación de hermanos entre sus dos hijos, sin embargo, esto no ha sido posible pues Gilberto evita la convivencia con la familia de su padre. Para Rita también ha sido difícil. Ella también desearía que hubiera una relación más cercana con Gilberto, pero por motivos distintos. Ella sabe que para su marido es dolorosa la distancia con su primogénito, y cuando el muchacho acude de visita, ella lo trata bien. Cuando se expresa de esta manera se refiere a las normas de educación, pero ese “tratarlo bien” no conlleva afecto positivo hacia el joven. Esto se pone de manifiesto cuando aclara que a ella no le duele si pasan mucho tiempo sin ver a su hijastro. Gilberto y Rita presentan resistencia a cualquier aproximación, lo que nos indica que no se ha construido un vínculo entre madrastra e hijastro, y tampoco entre medios hermanos.

Familia en la que ambos tenían hijos de unión previa e hijo común

Ernesto (figura 6.4) también había estado unido con anterioridad. En esa primera unión tuvo dos hijas: Mónica e Isolda. Pamela era madre soltera y tenía un hijo: Carlos. Ernesto trabaja por su cuenta y Pamela lo hace en el sector público.

FIGURA 6.4. FAMILIA 7



En los primeros años del matrimonio hubo convivencia entre hermanastros. Pamela, en una entrevista individual, me explicó que aunque cada vez que Ernesto veía a sus hijas ella estaba presente, convivió poco con las niñas. Solo las veían un fin de semana cada quince días. Cuando Mónica e Isolda estaban en casa de Pamela y Enrique, esta las atendía, pero la relación era distante. Aunque compartían paseos y otras actividades lúdicas, no platicaban ni bromeaban entre ellas. La madrastra tampoco participaba en la elaboración de tareas ni las regañaba o castigaba; esas tareas eran atribuciones de Ernesto. No se desarrolló una relación de amistad o cercanía entre ella y las niñas. Pamela narra que la veían con reticencia, y ella nunca hizo nada para cambiar esa relación. Reconoce que las veía como representantes de la ex de Ernesto, con quien este tenía muchos conflictos por el monto de la pensión. Cuando nació Francisco, Mónica e Isolda, que estaban en la adolescencia, dejaron de visitar a su padre. No se construyó un vínculo entre madrastra e hijastra, y se deterioró el del padre por los cambios que sufrió el sistema familiar.

La situación de Carlos era muy distinta. Él solo vio a su padre en algunas ocasiones durante sus dos primeros años de vida. Cuando su madre se casó con Ernesto, Carlos se encontraba en la etapa de latencia y no tuvo conflicto para aceptar al marido de su madre. Para Carlos, su familia eran Pamela y Ernesto y más tarde Francisco, su medio hermano. Ernesto relató que Carlos era un niño tranquilo, que era fácil estar con él y no había conflicto entre ambos, su relación era cordial. En estas circunstancias, Ernesto se convirtió en la figura masculina y en la persona que ejercía al-

gunas funciones parentales. La convivencia cotidiana, salir de vacaciones, los fines de semana, su rol de proveedor, lo convirtieron en una figura protectora que desarrolló una relación de apego. Como resultado, la relación entre padrastro e hijastro, si bien no puede definirse como de padre e hijo, es afectuosa y hubo un proceso de identificación de Carlos con Ernesto. Ahora que Carlos es adulto y ya no vive con la familia, va por lo menos una vez por semana a visitarlos, aunque Pamela no se encuentre. Ernesto, Carlos y Francisco comparten el gusto por algunos deportes y se reúnen para ver las transmisiones de estos por la televisión. Existe un vínculo entre padrastro e hijastro.

REFLEXIONES FINALES

Las familias combinadas se caracterizan por la convivencia de personas que no tienen relación de parentesco entre sí como si fueran padre, madre e hijos. Esta condición las obliga a vivir un proceso de construcción de una identidad familiar que se caracteriza por contradicciones que aparecen de manera cotidiana, por una parte, en los conflictos entre padrastros, madrastras e hijastros, que son la manera como se manifiesta la resistencia a adoptar las nuevas prácticas cotidianas que se construyen en el seno de la familia combinada; y por otra, en la disponibilidad a construir una nueva familia y a ser parte de ella. Los casos analizados muestran que en esta tensión entre los conflictos y la disponibilidad no todos los miembros se integran de la misma manera en la organización de la nueva familia. En la participación en las rutinas diarias, al asumir roles de marido o esposa, de padre o madre, o de hijos e hijas que van más allá de hacer tareas —pues implican interés y afecto— se construye la familia combinada y la identidad familiar. Quienes se involucran en este sentido se convierten en miembros constitutivos de la familia combinada. Sin embargo, no todos los hijos se incorporan en este proceso. En ocasiones algunos no pueden o no quieren compartir la nueva identidad familiar. Y aunque en términos formales son parte de la familia, su inserción, cuando se da, es circunstancial, no es identitaria.

El proceso de construcción del vínculo entre estas personas involucra aspectos internos —propios de los individuos— y externos —pertenecientes al contexto social en el que se desenvuelven—. En lo que se refiere a los aspectos externos, señalamos que en la medida en que el vínculo está

hecho de recuerdos, experiencias y expectativas, cuando padrastros y madrastras sustituyen las funciones parentales y habitan bajo el mismo techo que los hijastros, aumentan las experiencias compartidas. Se da un proceso en el que al mismo tiempo que se construye la identidad familiar, se fortalece el vínculo afectivo. Entre los casos estudiados este proceso es más frecuente entre el padrastro y los hijastros, pues los hombres viven con la prole de su esposa y, por lo tanto, tienen una convivencia cotidiana que favorece las posibilidades de construcción de un vínculo entre los hijos de las mujeres y el padrastro.

Otro aspecto externo que interviene en este proceso de construcción son las características de la relación con el progenitor con el que conviven solo algunos fines de semana y ciertos periodos vacacionales. Si el padre o la madre están ausentes, es más fácil que el niño busque la protección y la compañía que el padrastro o la madrastra le brindan, y se construya una relación de vínculo entre ambos. Por otra parte, en el manejo que hacen los progenitores de sus conflictos, la prole puede verse obligada a tomar partido por uno de los padres, e incluso romper la relación con el otro y así obstaculizar o incluso impedir las posibilidades de vinculación con el padrastro o madrastra.

En el proceso interno lo que se pone en juego es el desarrollo psicológico que los miembros de las familias combinadas han alcanzado de acuerdo con su etapa del ciclo vital. Los tres casos presentados ilustran algunas diferencias de acuerdo con la edad de la prole en el momento de la separación y de la segunda unión de sus progenitores. La experiencia de un niño que se encontraba en el Edipo cuando sus padres se divorciaron, y que debido a dicha circunstancia consideraba que la ausencia del padre era el resultado de sus deseos inconscientes, y la de un infante que estaba en la etapa de latencia, en la que el niño se abre al mundo, marcaron diferencias en el proceso de acercamiento al padrastro. Lo mismo puede decirse de la experiencia del adolescente que presentó dificultades para controlar el impulso agresivo e integrarse a la nueva familia de su padre.

Esta relación entre el proceso externo de la familia y el interno que experimentan sus integrantes, nos permite plantear que la combinación que resulte de las características individuales y de los factores externos influirá en las relaciones que se establecerán entre los integrantes de la familia combinada.

Antes de terminar, quisiera señalar que la utilización de las aportaciones que proceden de distintas disciplinas permite mirar aspectos diferentes a los que se observan cuando solo se ponen en juego las herramientas teóricas y metodológicas de una de ellas. Una perspectiva que combina los enfoques de cada disciplina enriquece la comprensión del problema y nos ubica en un terreno que muestra más facetas del fenómeno, por lo tanto, admite explicaciones más complejas. El intento de establecer un puente entre disciplinas desdibuja los límites de cada una y se pone en evidencia que las divisiones son arbitrarias.

REFERENCIAS

- Beck, U. & Beck-Gernsheim, E. (2001). *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona: Paidós.
- Bestard, J. (1998). *Parentesco y modernidad*, Barcelona: Paidós.
- Berger, T. & Luckmann, P. (1997). *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Bowlby, J. (2006). *Vínculos afectivos: formación, desarrollo y pérdida*, Madrid: Ediciones Morata.
- Bretherton, I., Beringen, Z. & Ridgeway, D. (1991). The parental side of Attachment. En Peillemer & McCartney (Eds.), *Parent-Child Relations Throughout Life* (pp. 11-24). Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates, Publishers.
- Capra, F. (1992). *El punto crucial. Ciencia, sociedad y cultura naciente*. Barcelona: Integral.
- Cicirelli, V.G. (1991). Attachment Theory in Old Age. En Peillemer & McCartney (Eds.), *Parent-Child Relations Throughout Life* (pp. 25-42). Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates Publishers.
- Cyrlunik, B. (2008). *Bajo el signo del vínculo. Una historia natural del apego*, Barcelona: Gedisa.
- Dolto, F. (2010). *Psicoanálisis y pediatría*, México: Siglo XXI.
- Drever, J. (1972). *A Dictionary of Psychology*. Middlessex: Penguin Reference Books.
- Ericsson, E. (2000). *El ciclo vital completado*. Barcelona: Paidós.
- Freud, S. (1973). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras Completas. Tomo III* (pp. 283-2883). Madrid: Biblioteca Nueva.

- García Faet, B. (2013). El “amor–funámbulo”: contradicciones político–emocionales de las nuevas relaciones amorosas. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. No.12, año 5, agosto–noviembre, 23–35.
- Giddens, A. (1998). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor, erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Hoffman, L. (1981). *Fundamentos de terapia familiar. Un marco conceptual para el cambio de sistemas*. México: FCE.
- Hollan, D. (2012). Emerging issues in the cross-cultural study of empathy. *Emotion Review*, 4(1), enero, 70–78.
- Jociles, M.I. & Villamil, F. (2008). Estrategias de sustitución en la construcción de la paternidad y la maternidad dentro de las familias reconstituidas. *Papers*, 90, 213–240.
- Le Breton, D. (1995). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- López, M.I. (1988). *La encrucijada de la adolescencia. Psicología de la adolescencia normal*. México: Hispánicas.
- Morin, E. (2001). *El método. La naturaleza de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Pichon–Rivière, E. (1985). *Teoría del vínculo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Repetur Safrany, K. & Quezada Len, A. (2005). Vínculo y desarrollo psicológico: la importancia de las relaciones tempranas. *Revista Digital Universitaria*, 6(11).
- Roigé Ventura, X. (2006). Las familias mosaico. Recomposición familiar tras el divorcio. En X. Roigé (Coord.), *Familias de ayer, familias de hoy* (pp. 471–502). Barcelona: Icaria–Institut Català d’Antropologia.
- Shapiro, D.N. & Stewart, A.J. (2011). Parentig, stress, perceived child regard, and depressive symptoms among stepmothers and biological mothers. *Family Relations*, 60(5), diciembre, 533–544.
- Vela Peón, F. (2001). Un acto metodológico básico de la investigación social: la entrevista cualitativa. En M.L. Tarrés (Coord.), *Observar, escuchar, comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (pp. 63–95). México: El Colegio de México.
- Wallerstein, I. (2006). *Análisis de sistemas–mundo. Una introducción*. México: Siglo XXI.

Encuentros (afectivos) para la reconfiguración social

OLIVIA GUADALUPE PENILLA NÚÑEZ

Resumen: *En el presente artículo de Investigación Dialógica y Transdisciplinaria, se elaboran los supuestos teóricos y epistemológicos que dan vida a la concepción de un problema complejo relacionado con el caminar cotidiano por espacios de vulnerabilidad, para que a través de estrategias dialógicas se propicien resignificaciones de uno, el otro y lo otro, como espacios para la convivencialidad. Se propone el análisis de las herramientas teórico-metodológicas y se muestra cómo en su apertura, posibilitaron las modificaciones tempranas en la estrategia en campo, dando lugar al encuentro afectivo y la resignificación de quienes participamos (investigadores incluidos) y de nuestro entorno.*

Palabras clave: *cuerpo, mirada, antropología social, epistemología compleja, investigación dialógica, transdisciplinario.*

Abstract: *This article reports on a Dialogic and Transdisciplinary Research project: the formulation of theoretical and epistemological assumptions that lead to the conception of a complex problem related to everyday walking through spaces that represent vulnerability, in order to devise dialogic strategies for re-signifying oneself, the other, and otherness, as spaces of conviviality. An analysis of the theoretical-methodological tools is proposed, and it is shown how opening them up enabled early modifications to be made to the field strategy, leading to the affective encounter and the re-signification of those participating (including the researchers) and of our surroundings.*

Key words: *complex epistemology, dialogic and transdisciplinary research (D&TR), body in landscape.*

El presente trabajo se inscribe dentro un programa de investigación financiado por Fondos Mixtos del Conacyt (Fomix) para la creación de un Centro de Investigación Dialógica y Transdisciplinaria (CIDYT), impulsado

desde el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-Occidente). Para la segunda fase de este programa se plantean diferentes protocolos de investigación dialógica y transdisciplinaria, delimitados a la zona donde se construirá el CIDYT: El Tigre 1 en Zapopan, Jalisco, vecino del Bosque del Nixticuil. Este bosque, situado en la zona norponiente de Zapopan, es considerado reserva natural y es un espacio atravesado por la experiencia urbana de la zona metropolitana de Guadalajara (ZMG). Son muchos los aspectos que pueden enfocarse con respecto a la vida en las cercanías del bosque, que han hecho de este un espacio en disputa entre varias tensiones e intereses humanos, como bien lo muestra el Diagnóstico Participativo Social en la zona, elaborado por la doctora Alma Leticia Flores Ávila¹ (Flores, 2013). Por señalar solo algunos, cito los siguientes: “aislamiento, falta de servicios, diversas amenazas sobre el bosque (debido principalmente a intereses económicos de constructoras) y el efecto que podría tener su destrucción, no solo en las colonias y valles de los alrededores sino en toda la Zona Metropolitana de Guadalajara” (Flores, 2013, p.12).

El aspecto que queremos enfocar aquí es que esta zona de bosque es un espacio en el que se habita, que se recorre para llevar a cabo acciones que forman parte de la vida cotidiana. Según testimonios recogidos de manera informal, durante los recorridos exploratorios por el Equipo Fomix-CIDYT, las personas deben atravesar áreas del bosque para que los niños lleguen a la escuela; los jóvenes lo visitan para practicar algún deporte, pero también, se dice, lo utilizan para guardar partes de auto robadas, para esconder drogas, en fin, para cometer ilícitos. Es con esta concepción que, acerca del bosque, algunos vecinos han construido fantasías y temores de riesgo o peligro, especialmente cuando está oscuro. Un grupo que históricamente es presentado como “vulnerable” es el de mujeres solas que transitan por estos solitarios lugares. Pensando en estos grupos, el bosque se presenta como oportunidad de encuentro, de reapropiación del espacio y de reconocimiento del otro, semejante en su diferencia. La propuesta es invitar a grupos de mujeres a recorrer el bosque en búsqueda de un lugar cómodo, seguro, para el encuentro y la escucha.

1. Miembro del Equipo Fomix-CIDYT. Profesora Investigadora de la Universidad de Guadalajara y miembro del SNI.

PERSPECTIVA TEÓRICA-METODOLÓGICA

La investigación dialógica y transdisciplinaria (IDyT)

Comencemos haciendo el ejercicio de separar en sus usos las palabras que componen la noción de IDyT, pues de acuerdo con el filósofo del lenguaje Ludwig Wittgenstein (2003), esto nos aleja de una perspectiva esencialista y nos acerca a la noción de perspectivas y consensos. *Investigación* es un término que utilizamos para designar una acción, cuando uno quiere saber, conocer, aprender sobre algo; *dialógica* se utiliza para designar aquello relacionado con el diálogo, con la trasmisión —en tensión— de ideas, palabras, situaciones o comprensiones. Edgar Morin lo usa en un sentido muy claro, distinto a lo dialéctico, en la medida en que resalta la tensión entre “opuestos”. Por ejemplo, para él se relaciona con los principios orientadores del pensamiento complejo; en la medida en que estos “aparentes opuestos”, también y al mismo tiempo, se co-producen (Morin, 1990). Para ilustrarlo, propongo pensar en cómo lo frío solo puede existir en relación con lo caliente.² Y, por último, *transdisciplinaria*, de uso menos común en la vida cotidiana, pero muy socorrida como metodología científica, emparentada con el pensamiento complejo: se utiliza esta noción en su distinción con otros modos de relación “disciplinares” como la interdisciplina o la multidisciplinaria. Nos detendremos un poco en estas nociones, pues son de “usos científicos” y no necesariamente cotidianos en otros contextos. Enrique Luengo (2012) hace un esfuerzo por clarificar los usos de cada una de ellas, explicita que la interdisciplina es el uso de dos o más disciplinas en búsqueda de una cuestión particular, sea a nivel teórico o empírico; la interdisciplina, como la multidisciplinaria, sobrepasan el ámbito disciplinar pero su finalidad está inscrita en esta última. En ambas se buscan lenguajes comunes que integren teorías y conceptos que permitan la articulación de conocimientos heterogéneos, que faciliten la utilización y el intercambio de datos y métodos de una disciplina a otra.³ Nicolescu (1996), en su manifiesto, usa el término *transdisciplina* para designar una metodología, una filosofía, un modo de comprensión de “la naturaleza” (p.127). “La transdisciplina es

2. En otro lugar desarrollo la relación entre el pensamiento de Levi-Strauss y lo dialógico en Morin.

3. En otros términos, los límites *disciplinares* siguen siendo claros.

un proceso de construcción del conocimiento a través de constantes, numerosos y fecundos trabajos teórico-empíricos, abiertos a las tendencias heterogenizantes consustanciales a toda realidad” (Luengo, 2012, p.11).⁴ Se relaciona con el cruce de fronteras disciplinares y de otro tipo de saberes en la construcción del conocimiento. La investigación transdisciplinar es, al mismo tiempo, complementaria y contradictoria de la investigación disciplinar, multi e interdisciplinar (Luengo, 2012); por lo tanto, mantiene con esas otras formas de investigación una relación compleja.⁵

En otras palabras, cuando se dice investigación dialógica y transdisciplinaria (ИДЫТ), lo que se expresa no son conceptos cerrados y acabados sino un “juego del lenguaje”,⁶ que en su afán de conocer y “aprehender” abandona la aspiración de Verdad, por la idea de perspectivas que potencialicen el comprender.

Heteroglosia y la lógica de la algaida

Para explicitar este juego del lenguaje nos valemos de la propuesta del investigador José Sánchez,⁷ quien nos explicó en seminario, siguiendo a Bajtín (1977), que no existe un sujeto que enuncia sino *heteroglosia*, puesto que en el discurso siempre se está respondiendo aun cuando se hable a sí mismo: ese yo es otro. Nos acercamos a lo dialógico, que en sentido de Bajtín o de Morin trasciende la idea de diálogo como búsqueda de consenso o de univocidad. La polifonía de Bajtín es contar dos o tres historias simultáneamente, se da una ruptura canónica de representaciones unívocas. Se da en la emergencia, en el acontecimiento, que abre posibilidades de lectura del receptor. En ese seminario trabajamos la lógica del rizoma, leyendo a Deleuze (2008): “la lógica de la algaida” que posibilita primero situarse, pensar en los

4. En seminario con Denise Najmanovich (febrero de 2013), discutimos sobre la pertinencia de seguir usando un término que contiene en sí lo disciplinar, con lo que concuerdo plenamente; ella lo resuelve al utilizar la idea de complejidad para dar cuenta de este “entramado de saberes”, desde distintos órdenes o “dominios de experiencia”, que por supuesto incluyen y dan su lugar a lo disciplinario, pero siempre en relación y conversación con “otras formas de saber”.

5. En el sentido en el que Morin comprende las relaciones complejas: contradictorias, complementarias y concurrentes.

6. Para ayudar a comprender mejor el juego del lenguaje, Wittgenstein pone el ejemplo del chiste, que sigue sus reglas pero que si se explicitan, entonces pierde su sentido (su gracia); sobre estos “juegos del lenguaje” se construyen las formas de vida.

7. Investigador de CIESAS Golfo y asesor del Equipo Fomix-CIDYT.

usos del propio discurso y contextualizarlo, encontrar vasos comunicantes, confesiones de ignorancia y fracaso (los propios límites). Contextualizar es también un territorializar, para luego desterritorializar (a través de vasos comunicantes), llevarlo a otros discursos para después reterritorializar, que es con Ricoeur (2000), com-poner (elaborar) la trama que constituye una forma de comprensión; o con Wittgenstein, generar una representación perspicua que consiste en encontrar los eslabones intermedios (esos vasos comunicantes) que permiten ver las conexiones entre los hechos y sus interpretaciones, hasta ahora ocultos o ignorados. Sin embargo, las categorías, dice el autor, surgen siempre del problema concreto que nos interpela⁸ y toda respuesta, toda trama y toda representación perspicua no puede ser última, no hay obra definitiva, siempre es respuesta a otro y habrá respuesta para esta. Esta propuesta implica una ruptura de jerarquías, al proponer la lógica rizomática y la polifonía, y en esta medida se habla de transdisciplina.⁹

Pensamientos complejos

La investigación que se realiza desde el CIDYT se constituye en la complejidad. Retomamos a la epistemóloga argentina Denise Najmanovich, quien explica: “complejo proviene de *complexus* que significa entramado, tejido, enlazado y presupone tanto la unidad como la diversidad” (2012, p.19). Si bien una perspectiva compleja se nos presenta más potente, más enriquecida en su diversidad, es necesariamente una noción limitada; “ninguna ciencia, ningún modelo, ninguna teoría puede abarcar el infinito ni condensar toda la experiencia humana” (p.19).

Es desde esta perspectiva que la IDYT rebasa la idea de conocer sobre un objeto de estudio, en la medida en que supone la relación sujeto-objeto y su mutua implicación: “todo conocimiento es implicado” (Najmanovich, 2012).

Tampoco es una mera “intervención” puesto que no es un sujeto el que actúa sobre un objeto de estudio, ya que destaca la relación de los sujetos situados e implicados, actuantes, y la coparticipación para la creación o re-elaboración en esta relación. La investigación dialógica y transdiscipli-

8. De cómo es que estamos comprendiendo esa realidad.

9. En la lógica de la algaida.

naria no comienza en las aproximaciones teóricas sino en la concepción misma de problemas complejos que demandan comprensión para su transformación. Esta investigación emerge en la experiencia de quien(es) observan dicho problema en la realidad, en la experiencia relacional entre el (los) investigador(es) y la vida misma, lo cual puede comprenderse siguiendo a Najmanovich (2012), que explica que no hay sino conocimiento implicado.

Recapitulando: un nuevo giro en la espiral

Desde el Equipo Fomix-CIDYT se promueve y realiza investigación donde ninguna forma de saber se desdeña en nombre de superioridades científicas, en la medida en que cada perspectiva tiene su lugar. Para ayudar a clarificar, demos un nuevo giro recursivo y volvamos a Wittgenstein (2003) donde señala que cada forma de vida¹⁰ comprende distintos “juegos del lenguaje” con sus modos de saber, ninguno más importante o mejor que otros. Nuestra propuesta es introducir en esa heteroglosia este juego de lenguaje de IDYT, encontrar relaciones que antes no se veían y permitan comprender más¹¹ nos ayuda en la elaboración de una “trama” (como forma de comprensión)¹² del fenómeno o situación que se quiere investigar. Este ejercicio no puede ser entendido como una forma de traducción, puesto que cada juego del lenguaje se constituye según sus propias reglas; de manera que cruzar, unos con otros, supone un análisis en distintos planos y perspectivas. Utilizamos la metáfora del rizoma (o raíz)¹³ para esclarecer este ejercicio metodológico: recorrer el fenómeno y describirlo (ejercicio de *territorialización*), inaugurar una ruptura teórica que permita *desterritorializar* (descontextualizar lo que acabo de describir), aquello que estoy conociendo (tratando de comprender) y situarlo en un nuevo territorio (*re-territorializar*). En la elaboración de esta trama (o narrativa),¹⁴ como forma de comprensión, en la que la perspectiva del investigador procura incluir las distintas perspectivas que ha reconocido. Esto es lo que llama el inves-

10. Que comprende no solo todas las costumbres, hábitos sino contextos en los que cada cultura o sociedad habitan.

11. Lo que aludimos como “representación perspicua”, de acuerdo con Wittgenstein (2003).

12. Paul Ricoeur (2000) lo llama “forma elaborada de comprensión”, en la medida que contar un cuento o una anécdota supone comprender el suceso.

13. Que comprendemos con Deleuze (2008) y que metafóricamente puede ser análogo a un “jengibre”.

14. Con Ricoeur (2000).

tigador citado José Sánchez, *la lógica de la algaida* (que es, por supuesto, una metáfora).¹⁵

El cuerpo en su paisaje

El antropólogo social Tim Ingold (2000) también apuesta por superar la dualidad biología-cultura o incluso las separaciones radicales disciplinares: antropología, ecología, psicología; por ejemplo, la experiencia humana es encarnada y en-acto, no puede pensarse fuera de su ambiente. La experiencia humana no se reduce a mente o cuerpo (y en tanto es así, también es afectos) y también se engarza con su contexto, con sus paisajes (Ingold, 2000). La experiencia no es un evento divisible en sus partes, puesto que es relacional. Uno es “en-acto”: cuerpo, historia, afectos, discursos, “dominios de experiencia”. Esto no quiere decir que no pueda enfocarse la atención o “mirada” hacia un aspecto u otro, siempre y cuando reconozcamos que hacerlo es una mera reducción; no es la vivencia misma. El mismo autor explica que en el acto de caminar, además de hacernos *homo sapiens*,¹⁶ nos constituimos en relación con nuestro entorno. Dicho entorno no solo implica a los otros que nos ayudan a nombrar (nos otorgan juegos del lenguaje) sino que se relaciona con el paisaje mismo. En el intento de clarificar diremos que no nos constituimos de igual manera si vivimos en un paisaje urbano que si crecemos en uno rural. No puede ser la misma experiencia para alguien que *camina hacia la escuela* cruzando avenidas, que para alguien “que camina hacia la escuela cruzando un bosque” (Ingold, 2010). El autor, además, concibe pintar, escribir, leer, como formas de caminar también. Me atrevo a extender su concepción al dialogar como “otra manera” de caminar.

Socialmente afectivo: encuentro para la reconfiguración social

Margaret Wetherell (2012) indica que el estudio de los afectos ha tomado impulso entre los investigadores sociales dado que posibilita enfocar la incorporación (*embodiment*), en el intento de comprender cómo las perso-

15. Hemos procurado que este ejercicio de lectura—escritura siga esta lógica sin perder coherencia teórica—epistemológica.

16. En *El paradigma perdido...*, Morin (1992) da un paso más y le llama *homo sapiens demens* destacando nuestra “habilidad” para enloquecer, lo que se relaciona con una constitución biológica y anatómica.

nas nos movemos (o somos movidas *hacia*). El afecto puede comprenderse, según su uso, de maneras distintas, el más común tiene que ver con el uso médico; somos afectados por un mal, una enfermedad; lo cual sin duda tiene su arraigo en la tradición griega y latina (*pathos* y *affectus*) (Foucault, 2001). Sin embargo, encontramos en este término, y justamente por su relación íntima con el cuerpo, la referencia adecuada. Somos afectados, unos por otros, por nuestro entorno, somos tocados, conmovidos, aun cuando no logremos nombrar alguna emoción o sentimiento. En la tradición neuropsicológica, Antonio Damasio (1996) indica una posible distinción entre emoción y sentimiento; la primera se refiere a una reacción biológica, la segunda a una referencia del lenguaje, de la cultura. A diferencia de emoción o sentimiento, el afecto da cuenta de “algo” incorporado, surgido desde el cuerpo, desde la experiencia, aun cuando no se tenga un nombre para ello y, sin embargo, no escapa a lo intelectual. Es por la tradición moderna en la que hemos sido entrenados para no tomarles en consideración, que hacemos esta escisión. Ya Wittgenstein exhibió el absurdo de naturalizar la escisión mente-cuerpo, “mostrando que el tipo de juego de lenguaje que ha solidificado la tradición moderna responde a una imagen *a priori* de nosotros mismos, que *no solo no da cuenta de qué es ser un ser humano*” sino que “no puede pensarse con independencia de los modos en que nos tratamos mutuamente en contextos de carne y hueso” (Arnao, 2013, p.56). Siguiendo al autor, esta concepción se sustenta en “despojar del contexto, despejar lo contingente, desenraizar de la particularidad de los entornos, y entre ellos y principalmente, del cuerpo, las emociones, la carne” (2013, p.56).

Asimismo, Wetherell (2012) nos recuerda que el afecto está en el discurso, en todo acto social, nos remite a Lacan, quien advierte a su audiencia sobre el pensar en la afectividad como si fuera una cualidad independiente. De manera que el afecto está en el lenguaje, inserto en formas de vida, en cuerpos concretos.

Mi concepción del sujeto la elaboro desde el psicoanálisis: el sujeto humano se constituye en relación con otros (y en su contexto histórico-social-ecológico). Y estas relaciones son siempre relaciones *complejas*.¹⁷ Es a partir de las primeras nociones de alteridad (lo que soy y lo que no soy) que

17. Contradictorias, complementarias, concurrentes.

el sujeto vive amenazado y se va enlazando a grupos con quienes la identificación rebasa el temor. Sigmund Freud (2001) describe magistralmente estos procesos en su obra *Psicología de las masas y análisis del yo*.

Los espacios de escucha (en un sentido disciplinar-psicológico o incluso terapéutico) propician este encuentro afectivo (un caminar juntos, un conversar) que posibilitan la identificación y la confianza, necesarias para una posible reconfiguración social, el horizonte hacia el cual orientamos esa reconfiguración concebida a partir de una ética clara: la *convivencialidad*.

La convivencialidad y la ciencia integral

Iván Illich (1978) propone el concepto *convivencialidad*, que no puede reducirse a la noción de convivencia, en la medida que el autor nos invita a pensar en la emergencia de la experiencia situada (que, como ya se dijo, es relacional). Otros autores le llaman *convivialidad*, o en términos macro, civilidad. Prefiero usar el término *convivencialidad* en la medida en que permite pensar en la relación del sujeto con otros (sujetos), pero también con su ambiente o contexto (social-ecológico), de manera que la noción de convivencialidad nos ayuda a pensar en el horizonte que se persigue, sin definir una ruta única sino construida en red (colaboración) con los otros y lo otro.

Fundado en estas concepciones, propuse en marzo de 2013 un protocolo metodológico para el trabajo con mujeres en la zona de El Tigre, Zapopan, Jalisco, en que se recorriera el bosque buscando algún lugar confortable para dar lugar a un espacio de escucha, conversación acrítica y respetuosa, que posibilitara un encuentro (afectivo). La primera fase de aquella propuesta dio cuenta de la necesidad de realizar un paso previo para la ejecución del protocolo.

PRIMERA PROPUESTA

A partir de un primer acercamiento del equipo Fomix-CIDYT surgieron en la zona un par de pre-supuestos de trabajo (o bien podríamos llamarles hipótesis, en la medida que no son saberes últimos sino herramientas para preguntar a la realidad) para la investigación dialógica:

- 1) El bosque es parte del contexto próximo, del “paisaje” y cotidianidad de las mujeres de la zona.

2) A pesar de que el bosque es parte de su paisaje cotidiano, “se siente” como un espacio inseguro o “peligroso”.

Estrategia metodológica en su primera fase

1) Delimitación territorial

El diagnóstico, realizado por Alma Leticia Flores Ávila (2013), correspondía a una extensión de ocho colonias en la zona. En un intento de acotar y sumar esfuerzos con otros integrantes del equipo, redujimos esta extensión a la colonia Villas de Nuevo México, donde distintos esfuerzos colectivos se comenzarían a realizar en septiembre de 2013. En esta colonia se encuentra un “brazo del Bosque del Nixticuil”, identificado por expertos como el espacio con mayor biorriqueza autóctona. También se encuentra ahí una construcción que ha sido retomada por los habitantes como centro comunitario, con algunas actividades como talleres de danza o karate. En compañía del compañero Víctor Hugo Ábrego, diseñamos una estrategia para conformar grupos: él trabajaría con jóvenes (alrededor de los 20 años de edad) y yo con mujeres (sin rango de edades).

2) Configuración de grupos

Los primeros contactos fueron de dos maneras: nos acercamos a los grupos ya conformados, los niños acudían a sus clases de karate, mientras me acercaba a las madres que esperaban su salida; la otra forma consistió en recorrer la colonia y leíamos poemas cortos a todos a quienes encontrábamos, para luego invitarlos a nuestros grupos de encuentro, escucha y actividades lúdicas a partir del arte (dejamos abierta la concepción que de arte se tuviera). Dimos como punto de encuentro y partida (para los recorridos propuestos) un parque anexo a una entrada del brazo del Bosque del Nixticuil.

Derrumbe de supuestos: ¿Nixti... cuál?

Durante cuatro semanas continuas realizamos esta difusión de nuestros grupos que darían comienzo en octubre. Acercarse a las mujeres de la co-

lonia dio como resultado un par de preguntas sorprendentes: ¿cuál bosque? ¿a dónde las invitaba a caminar? Y en un segundo momento, si podrían enviar a sus hijos en vez de ir ellas. El espacio reconocido por las autoridades como reserva natural y patrimonio de la humanidad no era un bosque para las mujeres con quienes conversamos de manera informal sino terrenos despoblados que evitaban; tampoco consideraban tener o encontrar tiempo para acudir a un espacio grupal y preferían enviar a sus hijos al punto de encuentro. Aun cuando insistimos en la posibilidad de asistir, de darse un tiempo para ellas, las mujeres asentían sin mayor respuesta.

En la primera reunión estaban en el punto de encuentro adultos y jóvenes, niños de entre 10 y 16 años, una familia, abuela, madre e hija. Solo los jóvenes estaban ahí por nuestra convocatoria. Mi compañero y yo optamos por una actividad de co-creación, derivada del juego utilizado por los surrealistas que se conoce como *cadáver exquisito*. La actividad resultó lúdica y propicia para que el grupo fuera generando un ambiente de confianza y cercanía a partir de una creación colectiva. Al final de esta primera reunión, las mujeres (madres) me pidieron que atendiera a sus hijos, tras haber escuchado mi oficio de psicóloga. Aunque no cerré esa posibilidad, insistí en que ellas se dieran un momento para sí. Las mujeres-madres no regresaron a nuestros siguientes encuentros, salvo para “dejar” a sus hijos.

La IDYT abre la posibilidad de estas modificaciones tempranas, pues es a partir de las efectivas relaciones que se va reconfigurando. Es por ello que modificamos las primeras hipótesis de trabajo: no existe una concepción de *bosque* y no existe una concepción de sujeto (yo) sino de un rol (madre-cuidadora); lo que invita a la reconfiguración de la estrategia metodológica, una a partir de la cual se logre dar respuesta al cuidado de sus hijos y se vaya trasformando la noción de “despoblado”. Se vislumbra así un trabajo preparatorio o de *prefase*, hacia una estrategia de largo aliento donde las mujeres, a través de las experiencias de sus hijos, puedan construir una concepción distinta de sí y de los espacios públicos de la colonia.

A pesar de esta modificación, sigue siendo pertinente el protocolo planteado y solo modificado en la estrategia de campo, en la que se modifican las maneras de *caminar* y el espacio designado para ello: se *camina* desde la creación colectiva en distintas formas narrativas (poesía, cuento, audiovisual) y nos encontramos en el parque.

El proceso colectivo con el grupo efectivamente consolidado cumplió su primera fase de campo (desde octubre de 2013 y hasta junio de 2014). Se cuentan ya 25 sesiones de grupo, donde solo se establecen dos acuerdos: la participación activa y el respeto mutuo. Hemos fungido como facilitadores del proceso grupal, en ocasiones moderando las participaciones, promoviendo actividades (siempre abiertas a la propuesta de los asistentes) y registrando desde distintos medios audiovisuales y textuales.

El espacio y el encuentro efectivamente (y afectivamente) constituido dialógicamente

El grupo que se ha configurado es de entre siete y 10 participantes, entre los 10 y los 33 años de edad, hombres y mujeres, que acuden de manera semanal a un parque de la colonia Villas de Nuevo México. Las reuniones son de entre una y dos horas de duración, supeditadas al alumbrado público del que disponga el parque, que en ocasiones ha fallado. Los asistentes somos convocados por el gusto de estar, podemos llevar algo para leer, de nuestra autoría o bien algo que encontremos y deseamos compartir. Los promotores (o facilitadores de la interacción) hemos llevado pinturas, a partir de las cuales se generan poemas o cuentos colectivos. Este espacio ha posibilitado no solo un encuentro lúdico, la posibilidad de identificarse, co-crear, resignificar el espacio público (el parque) sino la posibilidad de *elaborar*¹⁸ situaciones de la vida cotidiana. Exponemos a continuación un ejemplo:

Al inicio de la sesión número 20, nos informaron sobre la muerte de la mascota de una de las participantes, motivo por el cual, su hermano menor, estando muy triste, no acudió a nuestro encuentro aquella ocasión, como normalmente hace. Los facilitadores habíamos llevado para aquella ocasión una reproducción de la pintura de Remedios Varo titulada *Mujer saliendo del psicoanalista*; invitamos a los participantes a escribir una línea describiendo al personaje, ocultarla y dar a otro participante para que continuara su situación (una versión del *cadáver exquisito* surrealista), indicando algunos conectores para iniciar cada oración.

Al final de la sesión, llegó el hermano de la participante que nos anunció la muerte del cachorro. Estuvo llorando en nuestra presencia, sin querer

18. En el sentido psicoanalítico, o psicoterapéutico, si se prefiere.

compartir. Nos pareció importante que llegara, que estuviera, aun cuando no quiso compartir palabra.

Reproducimos a continuación un par de las producciones de esa sesión:

1

Soy máscaras, pero no me oculto de nada, soy más caras. Estoy en el mundo como más personas dentro del mismo cuerpo. Pero estoy en un laberinto lleno de puertas que no llevan a ninguna parte. ¿Estaré soñando? Creo que he enloquecido.

Entonces... mi momento más triste fue cuando morí. Mi historia llegó a su fin. Mi alma pena... ¡que nadie la recuerde!

Desde ahora prefiero la soledad y la discordia, que la felicidad, el amor y la amistad, porque me dejan, desde aquel día, un mal sabor de boca. Despierto y lo primero que recuerdo es aventar mi cabeza al pozo con telarañas.

Despierto de nuevo. Soy un Dios, una diosa, la del amor...

2

Soy Juancho, soy tres personas en una. Soy, además de Juancho, un doctor tradicional y soy el rey unido en razón de luz y vida. Pero estoy aquí para ver pasar el tiempo. Me desgasto.

Entonces estoy triste porque de niño me abandonaron mis padres y me encerraron en casa. La casa se incendió. Morí por haber pecado mucho, eso dijeron. Me hice un demonio.

Desde mi última aparición pública, cuando aún tenía sólo un rostro, pensé que el mundo me sobraba. Ahora sé que primero es el nosotros, después el yo.

Ya no despierto, recuerdo aquel momento en que estos pensamientos oscuros me arrastraron, cuando mis sentidos me fallaron y cometí esos horribles crímenes.

Zeus me envió para aprender de los errores del humano. Yo soy el que juzga y el que del mundo aprende.

Existen otras consecuencias de este trabajo grupal, por ejemplo, que el parque, pegado al brazo del bosque, es reconocido por los participantes como un espacio cómodo y seguro al que invitan a los demás a realizar

otros esfuerzos colectivos; al grupo se le denomina cotidianamente como “de poemas” y, tras una pausa en las épocas navideñas, los participantes han mostrado interés (casi urgencia) por recomenzar actividades.¹⁹

Encuentro, identificación y promoción de un grupo en espacio público

Aun cuando la fase de campo está en marcha, la sesión narrada da buena cuenta del proceso que se vive como un encuentro alternativo, lúdico, co-creativo y hasta terapéutico en la colonia Villas de Nuevo México. Un análisis profundo es todavía improductivo, pero ya los productos evidencian de manera contundente cómo somos afectados en el encuentro con otros, las identificaciones posibles en situaciones de vida cotidiana, en los dolores y pesares, pero también en los goces y disfrutes compartidos.

Los paisajes no son solo recreados, si enfocamos el parque como espacio público, sino también creados colectivamente, si enfocamos las producciones literarias y entendemos con Ingold (2010) que estas obras son también recorridos y paisajes.

Es de esta manera que un pequeño recorte de realidad da cuenta de las muchas posibilidades que la IDYT genera en la irrupción de espacios convivenciales en lo cotidiano; fomentando la revaloración de “lo afectivo”, lo incorporado en nuestras prácticas, en nuestras relaciones, a partir de posibilitar la vida con-otros en nuestros contextos situados, en los que las pre-concepciones del investigador social son puestas en juego tanto como las de aquellos a quienes busca conocer-comprender: re-configurándonos mutuamente en estos encuentros.

REFERENCIAS

Arnao, M. (2013). Extrañeza y escisión: Merlau Ponty, Wittgenstein y la dimensión constitutiva del cuerpo. *Revista Latinoamericana de Estudios*

19. Sirva como ejemplo una experiencia reciente: un compañero del Equipo FOMIX -CIDYT daría un taller para niños y jóvenes en el centro comunitario y fue invitado a realizarlo en el parque donde nos reunimos.

- sobre *Cuerpos, Emociones y Sociedad*, No.13, año 5, diciembre de 2013-marzo de 2014.
- Bajtín, M.M. (1977). *Le marxisme et la philosophie du langage. Essai d'application de la methode sociologique en linguistique*. París: Les Éditions de Minuit.
- Deleuze, G. & Guatari, F. (2008). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- Damasio, A. (1996). *El error de Descartes: la razón de las emociones*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Flores, A. (2013). *Diagnóstico social participativo. Buscando al Tigre*. Documento entregado a Fomix. Informe parcial.
- Foucault, M. (2001). *Historia de la sexualidad 3. La inquietud de sí*. México: Siglo XXI.
- Freud, S. (2001). *Psicología de las masas y análisis del yo. Obras completas. Tomo XVIII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Illich, I. (1978). *La convivencialidad*. Barcelona: Seix Barral.
- Ingold, T. (2000). Dwelling. En *The perception of enviroment*. Londres: Routledge.
- Ingold, T. (2010). Ways of mind-walking: Reading, writing, painting. *Visual Studies*, 25(1), marzo, 3-23.
- Luengo, E. (2012). La transdisciplina y sus desafíos a la universidad. En *Complexus. Interdisciplina y transdisciplina: aportes desde la investigación y la intervención social universitaria*. Guadalajara: ITESO.
- Morin, E. (1990). *Ciencia con conciencia. Multiversidad Mundo Real*. Edgar Morin. A.C. Recuperado de <http://edgarmorinmultiversidad.org/>
- Morin, E. (1992). *El paradigma perdido, el paraíso olvidado*. Barcelona: Kairós.
- Najmanovich, D. (2005). Estética de la complejidad 1. *Andamios. Revista de Investigación Social*, No.2, año 2.
- Najmanovich, D. (2012). *Configurazoom. Los enfoques de la complejidad*. Inédito. Artículo proporcionado para consulta por la autora.
- Nicolescu, B. (1996). *La Transdisciplinariedad. Manifiesto. Multiversidad Mundo Real*. Edgar Morin. A.C. Recuperado de <http://edgarmorinmultiversidad.org/>

- Ricoeur, P. (2000). Narratividad, fenomenología y hermenéutica. *Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura*, 25, 189–207. Universidad Autónoma de Barcelona.
- Wetherell, M. (2012). *Affect, and emotion: A new social science understanding*. Los Ángeles, California: SAGE.
- Wittgenstein, L. (2003). *Investigaciones filosóficas*. México: Instituto de Investigaciones Filosóficas–UNAM.

El cáncer en familias veracruzanas. Construcción de escenarios emocionales durante tratamiento en el Centro de Cancerología “Dr. Miguel Dorantes Mesa”¹

VERÓNICA SUÁREZ-RIENDA

Resumen: *El texto muestra un primer análisis de la construcción sociocultural de escenarios emocionales durante tratamiento oncológico en Veracruz. Organizado en cuatro secciones, las dos primeras hacen referencia al marco teórico, el cual se trabajó desde la antropología de las emociones en diálogo con otras disciplinas, a través de las narrativas de enfermos, sus cuidadores y personal de salud del Centro de Cancerología (CECan). En las últimas dos secciones se abre espacio para la discusión acerca de los hallazgos, exponiéndose algunas de las primeras conclusiones abiertas a las que va guiando la lectura y análisis de los datos construidos.*

Palabras clave: *cáncer, Veracruz, escenarios emocionales, narrativas, trayectorias.*

Abstract: *The text presents a first analysis of the sociocultural construction of emotional scenarios during oncological treatment in Veracruz. It is organized in four sections. The first two explain the theoretical framework, which was elaborated from the perspective of the anthropology of emotions in dialogue with other disciplines; the material examined comes from the narratives of the patients, their caregivers and CECan health personnel. The last two sections include a discussion of the findings and some of the preliminary open conclusions drawn from the reading and analysis of the constructed data.*

Key words: *cancer, Veracruz, emotional scenarios, narratives, trajectories.*

1. El presente capítulo se basa en *Tengo cáncer, ¿me voy a morir? Trayectorias narrativas emocionales y vivencias de duelo anticipado en el ámbito hospitalario del Centro de Cancerología “Dr. Miguel Dorantes Mesa”*. Tesis para optar al grado de maestra en Antropología Social en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Investigación Social. Xalapa, Veracruz..

El presente texto muestra un esbozo sobre algunos de los primeros resultados del periodo de investigación para la maestría realizada en el periodo 2011–2013 en la sede de Xalapa, Veracruz, del Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS–Golfo), en relación con la construcción sociocultural de escenarios emocionales en el tratamiento oncológico ofrecido en el CECan de Veracruz. Organizado en cuatro partes, en un primer momento se exponen ciertas consideraciones en torno al *corpus* teórico–referencial, tales como cáncer, la fase psicoemocional del tratamiento médico, denominada como “duelo anticipado” desde la psicología, la tanatología y las emociones desde un prisma antropológico. Con base en la antropología de las emociones como marco teórico, se presentan unos breves apuntes en relación con el estudio etnográfico acerca del proceso de enfermedad oncológica. En un segundo momento, se reflexiona sobre la utilización de las narrativas como herramientas metodológicas para estudiar las emociones. En tercer lugar, se abrirá un espacio para la discusión acerca de los hallazgos, dejando para un cuarto y último apartado la exposición de las primeras conclusiones abiertas a las que va guiando la lectura y el análisis de los datos construidos.

APROXIMACIONES TEÓRICAS EN TORNO A LAS EMOCIONES COMO DETERMINANTES SOCIOCULTURALES DEL CÁNCER

Fue imprescindible armarse en un primer momento de la investigación de un *corpus* teórico–referencial ante los principales puntos de interés, como las representaciones históricas, socioculturales y estadísticas del cáncer, la fase psicoemocional del tratamiento (denominada duelo anticipado / duelo por pérdida de salud) o el estudio de las emociones desde un prisma científico social. Así pues, en primer lugar podemos señalar que las notas del erudito egipcio Imhotep declaraban explícitamente, respecto a los tumores malignos, que no había cura para la enfermedad a la que se enfrentaba y fue desde ahí, relata Mukherjee, que el cáncer se invisibilizó silenciosamente en la historia de la medicina antigua (2011, p.67).

El creciente protagonismo que parece rodear al cáncer no está ligado al desarrollo de la civilización, como se solía pensar entre la academia médica del siglo XIX sino más bien, como advierte Mukherjee (2011), a su creciente visibilización ante la progresiva longevidad de la vida humana, como el éxi-

to de los avances científicos y capacitaciones en los profesionales de salud para la detección temprana de sus primeros síntomas. Por otro lado, las distintas tipologías del cáncer tienen en común —además del crecimiento anormal de las células y su percepción biosocial desde el campo de la salud— las “encarnaciones” de dicha enfermedad desde aspectos emocionales, culturales, sociales, económicos y / o políticos, por citar los principales para este estudio. Ante esto, ¿cómo es percibido, vivido y / o sentido el cáncer desde dichos aspectos? ¿Cómo se ha aproximado al contexto social de esta enfermedad, de las personas que están “cara a cara” diariamente con ella, desde las ciencias sociales o de salud? ¿Qué papel o espacio han ocupado u ocupan las emociones de las personas implicadas en el proceso de salud / enfermedad / atención en dichas producciones? Escuchemos lo que a colación nos dicen algunas voces de ensayistas como Susan Sontag, el genetista Francis Collins, antropólogos como François Laplantine, Francine Saillant, Domingo Barbolla (y equipo) o el oncólogo Sidharta Mukherjee, entre otros investigadores sobre el cáncer.

En el siglo XIX, aunque la literatura sobre cáncer cedía protagonismo a la enfermedad de moda, la tuberculosis, sí aparecen espacios literarios en los que se muestra una imagen del mismo como lo brutal, lo implacable, rapaz, frente a la delicadeza y sensibilidad de la tuberculosis. En este periodo se sostiene la creencia de que el cáncer era contraído por tener una vida hiperactiva e hipertensa, con emociones que moderar (Sontag [1978], 2003, p.76). Incluso en escritos médicos se demostraba la existencia de una relación entre el padecimiento del cáncer y los malestares de la época como dolor, preocupaciones económicas o trabajo, entre otros. Ahora bien, mientras que la tuberculosis fue la enfermedad del siglo XIX, marco del romanticismo patológico, a partir del siglo XX el cáncer y el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA) han sido las enfermedades de más atracción en la sociedad. Fue tiempo de manifestarse la carga simbólica de enfermedad “mortal”, como en las campañas estadounidenses de “lucha contra el cáncer” de los años sesenta, a través de las cuales se pretendía ir modificando el simbolismo en el cáncer de muerte al de esperanza en la eficacia de cura (Saillant, 1988, p.17).² Con *El pabellón del cáncer* de

2. Algunos ejemplos plasmados en la literatura clásica lo brindan las obras de Thomas Mann (*La engañada*) o de Wilhem Reich (*Biopatía del cáncer*).

Solzhenitsyn a las puertas de los años setenta —presentando la enfermedad como individual y dimensión de lo político— (Karpenstein-Eßbach, 2006, p.221), pasando por escritos de autores europeos y estadounidenses como Hildegard Knef (*La sentencia o el hombre opuesto*), Fritz Zorn (*Mars*) o Susan Sontag (*La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*, una crítica a la “metaforización” de la enfermedad en los ámbitos económicos, bélicos, ecológicos y políticos) a finales de los setenta, se suceden variedad de autobiografías, con cierta autoexploración del pasado como terapia, que inician desde el conocimiento del diagnóstico hasta el desencadenamiento de la historia (normalmente, la muerte). De estas producciones, entre los años setenta y ochenta, se desprende una percepción del cáncer como efecto de autodesarrollo deficiente, vida sexual poco satisfactoria, bloqueo en la capacidad de expresión, historias de vida dirigidas por el desamparo, autoestima baja, exposiciones altas de estrés o duelo insuficiente después de las pérdidas, entre otros (Karpenstein-Eßbach, 2006, p.219; Matthews-Simonton, S. [1984] 1993, p.31).

La percepción del cáncer a finales de los ochenta tuvo pocas modificaciones. La antropóloga Francine Saillant (1988) —desde su estudio sobre las experiencias del cáncer en pacientes oncológicos de un centro de Quebec y sus terapeutas— se propuso comprender las dimensiones culturales de las experiencias de personas confrontadas diariamente con el cáncer, así como presentar los “mitos del cáncer” como actos de comunicación, como una forma de vida o para dar sentido a la vida y a la muerte. Dicha investigadora pone de relieve que la persistente percepción del cáncer como algo indestructible que devora y mata desde dentro, viene en parte porque se sigue considerando un mal interior incurable, “un mal que roe”.³ Más tarde, en los noventa, otra interpretación popular del cáncer, y que recuerda a la percepción del mismo como lo interno/externo o como un animal malo y ajeno al yo (Karpenstein-Eßbach, 2006, p.223), la da Françoise Laplantine, quien, registrándola en sus trabajos desde una visión antropológica de la enfermedad, la considera como emergente “de un proceso de fabricación interna comparado a menudo con ‘una bestia’ que nos ‘devora’ ‘desde el interior’; mata desde adentro” (1999, p.94). En esta misma década, se dan también

3. Expresión también recogida en Laplantine (1999, p.94).

las aportaciones antropológicas de María E. Epele (1993), quien, desde la lectura de los clásicos antropológicos, analiza las actitudes del médico (representando la parte *bio-*) y del paciente (representado la parte *cultural*) ante la muerte cercana o sentenciada al enfermo en contexto hospitalario (Epele, 1993-1994, p.90). A diferencia de las anteriores, la autora nos muestra una ventana hacia el interés de la antropología por la percepción social de aquellos elementos vinculados al cáncer: medicina tradicional / medicina biomédica, hospitalización, impersonalización de actores (“batas blancas” para los médicos y “pijamas” para los enfermos), medicalización y, en la mayoría de los casos, muerte. La enfermedad va dejando poco a poco paso a la visión de sí mismo (el tumor) en conjunto con su contexto, ya sea biológico (genética, bio-ambiental) como social (contexto médico-hospitalario, contexto emocional, creencias en medicina mágico-religiosa, sentir del enfermo y del personal de salud ante la enfermedad y la muerte próxima).

Frente a ese binomio ajeno / propio, interno / externo, la literatura y producción científica respecto al cáncer irán difuminando tal frontera, a lo largo del actual siglo *xxi*. Como predijo Sontag (1978), el aumento de conocimiento sobre la enfermedad llevará a dejar de utilizar un lenguaje metafórico tan agresivo, letal como el que se utilizaba en el siglo *xx*. Los avances terapéuticos y preventivos llevan a una pérdida progresiva del mito cáncer-muerte por lo que —como muestran Sontag o Saillant— se va perdiendo el sentido de simbolizar al cáncer como algo abominable, con destino fatal, indeseable, expansionista, corrosivo, angustioso, mortal y comenzar a simbolizarlo con la esperanza de una cura eficaz (Saillant, 1988, p.17). En este punto temático y periodo temporal, las investigaciones realizadas al respecto, del lado de las ciencias sociales como la antropología, transitan entre estudios sobre actitudes ante la muerte, relación entre el paciente y personal de salud (Getino, 2009), análisis de políticas públicas en torno a la alimentación y detección temprana (Suárez, 2004) o experiencias de vida, factores psico-socioculturales y representaciones sociales del cáncer desde sus protagonistas (Cristóbal, 2007; González, 2007; Barbolla, 2008; Salcedo, 2008). Del lado de las ciencias de la salud se pueden localizar estudios enfocados a las representaciones sociales y espirituales del cáncer por parte de los individuos (en riesgo, personal de salud o ya enfermos) con los significados que estos le otorgan a la enfermedad, actitud de prevención, cuidados y tratamiento; ejemplos de ello los encontramos en

trabajos desde enfermería como los de Eliza Rezende et al. (2009), Giraldo y Arango (2009), Peña y León (2011), Galvis-López y Pérez-Giraldo (2011); desde medicina como el de Francisco Rodríguez et al. (2007); o desde la psicología como Lucía Llinares et al. (2010).

Para el caso de México, el crecimiento demográfico histórico también se considera paralelo al aumento de casos de enfermedad por cáncer y, en consecuencia, de mortalidad por dicha enfermedad. Sin pretender realizar un profundo seguimiento histórico-arqueológico del cáncer en tierras mesoamericanas, haremos referencia a la presencia de este en la documentación histórica de México, retomada del trabajo de historiadores y especialistas en el campo de la salud y enfermedad. En los escritos del historiador Carlos Viesca se anota que las evidencias arqueológicas, lingüísticas y recetarios de medicina tradicional —de los que aún se conservan y practican en la actualidad— confirman la presencia de tumores en grupos de culturas prehispánicas (Viesca, 2003, p.17). Por los años setenta del siglo *xvi*, “se pensaba que el cáncer era causado por la bilis negra, la melancolía”, apareciendo el cáncer de mama en los escritos médicos de la talla del cirujano Alonso López de Hinojosos como el más mencionado (p.19). Como advierten Barrera y Manero (2011), el imaginario simbólico del cáncer ha ido moldeándose a lo largo de los siglos tanto dentro de los parámetros biomédicos como socioculturales (2011, pp. 132-136), de suerte que la eficacia simbólica de su tratamiento o curación por parte del modelo de salud establecido actualmente en México dependerá, en gran medida, de la idiosincrática apropiación de significados de la enfermedad y del estado físico-emocional al respecto, por parte de la persona enferma y su contexto sociofamiliar. Durante el siglo *xx*, el cáncer se movió en un contexto optimista para la medicina mexicana, la cual goza de las tempranas consecuencias que la recuperación económica y social se daba. Ello se tradujo para la medicina en la instauración de “un sistema médico, provisto de una red de buenos hospitales, de institutos de investigación y de escuelas de medicina con enseñanza actualizada” (Viesca, 2010, p.615).

En correlación a la producción científico-social de la primera década del siglo *xxi*, se rescataron algunos estudios antropológicos más afines a nuestro eje temático, en los que se abordó el análisis de las experiencias y vivencias —de personas con cáncer o que llegaron a curarse— durante el proceso de enfermedad y tratamiento, así como el papel determinante de

los factores socioculturales en dichas experiencias de vida. De entre las investigaciones, cabría destacar el interés —desde un prisma antropológico— por el dolor crónico en enfermedades degenerativas (Barragán, 2006), el análisis de representaciones culturales y étnicas (masculinidad, machismo, vergüenza) relativas a cánceres ligados al género como el cervicouterino (Escobar y Alcázar, 2005, p.18), donde se da voz a las protagonistas ante los programas de prevención y detección temprana de la enfermedad (Rangel, 2007) —puestos en marcha por instituciones de salud mexicana— o el de próstata (Molina, 2010). Por mencionar también estudios sobre otros casos, resalta el interés por cáncer infantil y cómo tanto los infantes como sus cuidadores viven la experiencia del padecimiento de forma diferenciada según el modelo de salud regente en la institución hospitalaria de atención (Reyes, 2011). En referencia a trabajos sobre antropología del cáncer en México, se percibe cierta ausencia de análisis profundo y ubicación de las emociones dentro de la trayectoria médico-emocional de los enfermos de cáncer. En este caso, la tesis doctoral de Martín Reyes (2011) nos ofrece en su texto todo un apartado sobre emociones y sentimientos, aflorados en la población infantil hospitalizada y en tratamiento. Nos quedan, pues abiertas las interrogantes sobre la existencia de estudios nacionales —desde las ciencias sociales— que hayan trabajado los factores culturales de las emociones durante tratamiento como lo hizo Reyes, pero desde la experiencia de vida de adultos, tanto hospitalizados como los de tratamiento ambulatorio (reciben tratamiento pero no son hospitalizados).

En cuanto a representaciones estadísticas de tumores malignos, los datos indican que, a escala mundial, la mortalidad por cáncer aumentará 45% entre 2007 y 2030 (pasará de 7.9 millones a 11.5 millones de defunciones), debido en parte al crecimiento demográfico y al envejecimiento de la población. En la mayor parte de los países desarrollados, el cáncer es la segunda causa principal de mortalidad después de las enfermedades cardiovasculares, y los datos epidemiológicos advierten que más de la mitad de los casos de cáncer se registran ya en países en desarrollo.⁴ En la primera década del siglo XXI, el cáncer en México se ha mantenido entre la segunda y tercera causa de mortalidad, entre enfermedades cardiovasculares y

4. Véase <http://www.who.int/features/qa/15/es/index.html>

diabetes mellitus.⁵ De la zona sur de la república, el estado de Veracruz advierte el mayor índice de mortalidad por tumores malignos, con una tasa de defunciones de 72.7 por cada cien mil habitantes.⁶ Para hacer frente a esta situación, la Secretaría de Salud y Asistencia Estatal de Veracruz concedió al hospital jalapeño “Dr. Miguel Dorantes Mesa”, a mediados de los años noventa, la denominación de Centro Estatal de Cancerología (CECan), integrándose a la Red Nacional de Centros Estatales de Cáncer, coordinada por el Instituto Nacional de Cancerología (INCan).

En segundo lugar, una vez tomado el CECan como universo de estudio, allí se pudo constatar que, en lo relacionado con emociones, se trabajaba desde el área de psicología y tanatología lo que estas denominan “duelo por pérdida de salud” (en referencia a las pérdidas acontecidas en la persona enferma) y “duelo anticipado” (en referencia a la pérdida previa percibida en los familiares de la misma). Sobre ello, el psicólogo J. William Wordem (2010), define que “duelo anticipado hace referencia al duelo que se produce antes de la pérdida real”, siendo la muerte un desenlace ya conocido en el que “el potencial superviviente empieza las tareas del duelo, así como a experimentar las diferentes respuestas emocionales” (p.173). Desde un abordaje entre lo psicoanalítico y antropológico, Araceli Colín (2005) incluye el sentimiento de “pérdida anunciada” de los familiares, así como el de los pacientes de enfermedades incurables; dado este periodo de preparación previa a la muerte, señala que, cuando esta llega, “es sentida más como un aligeramiento del dolor que como un dolor en sí mismo” (p.120). En reflexión con estos y otros trabajos analizados, podría decirse que, si bien este tipo de duelo conforma, en nuestra opinión, un espacio metafórico previo al duelo real por pérdida física de un ser querido, cumple cierta función reguladora de las emociones *encarnadas* culturalmente por ambas partes, desde el mismo momento en que el proceso de la enfermedad del cáncer irrumpe en su vida social y familiar. Ante ello, el estudio se postula tomando como referencia teórica este tipo de duelo, observándolo como un *continuum* espacio social en el manejo emocional de pérdidas físicas, sociales, culturales o familiares, entre otras.

5. Véase sinave/dge/salud/Panorama Epidemiológico y Estadístico de la Mortalidad en México (2010, pp. 37-38).

6. Véase sinais/sinave/dge/salud/Perfil epidemiológico de los tumores malignos en México (2011, p.96).

En tercer y último lugar, señalamos la discusión de que, desde un prisma antropológico, las emociones se perciben no como puramente individuales ni puramente biológicas; son compartidas y expresadas según cada sociedad y, a su vez, expresadas y vividas de modo particular por cada individuo (Le Breton, 1999). En este sentido, y tomando partido por la perspectiva culturalista de las emociones, encontramos, en palabras de Flores Martos (2010), que estas son observadas como “relaciones sociales —fusionadas con significados culturales—, procesos más que ‘estados’ que se producen no de un modo ‘natural’ sino conducidas mediante pautas y convenciones socioculturales cambiantes en tiempo y espacio” (p.12). Siguiendo esta línea, autores como Simon Williams (2001) o Ramírez Goicoechea (2001) abogan por una funcionalidad compleja de las emociones, en tanto y cuanto están involucradas en mostrar vívidamente el mundo en el que vivimos, así como se implican en la toma de decisiones ante acontecimientos determinados o necesidades del ser humano (Ramírez, 2001, p.185). Trabajos más recientes, como el de la antropóloga Edith Calderón (2012), apuestan en este sentido al proponer “la *dimensión afectiva* como un campo de análisis antropológico que permite ver la articulación de lo social” (p.19), conformada a su vez por elementos como: sentimientos, emociones, pasiones, envidias, venganza, alegría, tristeza, miedo, valor, entre otras (p.19). En su recorrido por las teorías antropológicas de las emociones, pasiones, sentimientos y afectos,⁷ lo interesante aquí a rescatar es su veredicto: estos aparecen someramente por los escenarios contruidos socioculturalmente por los antropólogos, desde su universo emocional hacia el universo emocional de su “otro” investigado. Con ello, Calderón llega a la conclusión reflexiva de que tanto las emociones, como las pasiones, sentimientos y afectos están asociados con prácticas sociales, así como con acciones individuales (pp. 162–163).

De la producción científica social al respecto, dentro de México, son altamente considerables los proyectos de perspectiva interdisciplinar de investigadores como Oliva López, Carlos Oliver, Elsa Malvido, Alicia Llamas,

7. De los autores que revisa la autora, comenta que solo los trabajos de Catherine Lutz toman un trato explícito de las emociones, a diferencia del análisis implícito que pudieran dar las miradas etnográficas de autores como Evans-Pritchard, Margaret Mead o Elena Azaola (Calderón, 2012, p.106).

Margarita Gutiérrez y María Elena Hernández⁸ (2011). Ellos nos acercan a emociones como soledad, desamor, respeto, dicha o amor, percibiéndolas como “referencia recíproca que emana de la interacción social cotidiana y generan proximidad/distancia y la posibilidad de intimidad” (Enríquez, 2011, p.iii). Así, su interés por los procesos emocionales durante el México de los siglos XIX y XX es dado por el interés que despierta la función de dichos procesos en la construcción de fenómenos sociales de la época (López, 2011, p.7). Entre sus páginas, la investigadora Oliva López recuerda que en este periodo los gobiernos mexicanos pretendían alcanzar los niveles de civilización y progreso propios de otras naciones. Ello, dice la autora, llevó a “construir un imaginario social en el que se asociaron ciertos comportamientos y expresiones emocionales como elementos constitutivos de la degeneración y la patología propios de las razas inferiores y de los enfermos” (2011, pp. 8–9), con lo que se inician las clasificaciones de las emociones como deseables o indeseables. Como consecuencia, la sociedad mexicana se inviste de cierta singularidad en referencia a aspectos emocionales ante la muerte, dado que es un país que culturalmente ha forjado su imagen sobre un cierto “Tótem nacional” (Lomnitz, 2006). Cuando afrontamos la finitud de nuestra propia existencia, a raíz de la notificación de una enfermedad como el cáncer, el atropello de acontecimientos familiares, sociales, culturales o económicos se va dando lugar durante todo el proceso de dicha enfermedad. Las emociones que se exteriorizan como consecuencia de ello, lejos de permanecer siempre pautadas bajo un marco de sentido, pueden darnos señas idiosincrásicas de culturización, sentido y funcionalidad propias.

En otra instancia, la búsqueda de estudios antropológicos en relación con escenarios emocionales en trayectorias de salud / enfermedad / atención durante tratamiento médico de cáncer, o sobre los espacios referidos como “duelo anticipado” o “duelo por pérdida de salud”, apenas está dejando referencias. Estos vacíos bibliográficos hasta ahora detectados acerca del tema de investigación, llevan a reflexionar sobre la emergente necesidad de etnografías de este tipo desde campos, por ejemplo, como el de la antropología de las emociones.

8. Investigadores unidos en un proyecto común interdisciplinar (y publicado por la UNAM en 2011), en el que aportan sus estudios históricos, psicológicos y antropológicos para reconstruir de forma teórica la historia de las emociones en el México de los siglos XIX y XX.

LAS NARRATIVAS COMO HERRAMIENTA ETNOGRÁFICA

Antes de comenzar con el análisis de las narrativas como herramienta de análisis, he de mencionar que además de esta, y dada la siempre agradecida disponibilidad del personal de salud y usuarios del CECan, se llevó a cabo —durante un periodo de campo de cuatro meses— una sistematización de la observación participante en las áreas comunes del hospital, así como de las consultas médicas. En ambos espacios, el contacto y trabajo con los usuarios del hospital fue diario, lo que permitió acceder a ellos para la realización de un cuestionario sobre la perspectiva semántica del cáncer (aplicado a 40 usuarios del hospital y a 40 miembros del personal laboral), así como 11 entrevistas semiestructuradas a personal de salud (médicos, enfermeras, psicólogas, tanatólogo y trabajadoras sociales) y ocho entrevistas semiestructuradas con personas en tratamiento médico junto con su cuidador o cuidadores primarios acompañantes. También se realizaron visitas al domicilio de cuatro de los usuarios, con el fin de concluir algunas entrevistas pendientes y tener un contacto más cercano con la realidad de aquellos que nos ofrecían visitarles.

Si de una cosa podemos estar seguros es que el ser humano, como individuo social en sí, está rodeado y hasta compuesto, diríamos, de narrativas, experiencias vitales narradas, propias y ajenas. Nos comunicamos a través de discursos conversacionales, de relatos que complementan nuestra cotidianidad de historias, anécdotas, acontecimientos inesperados; relatamos nuestras experiencias a través de relaciones sociales; mantenemos nuestras tradiciones orales vivas mediante narraciones de leyendas y cuentos ancestrales, algunos, incluso ágrafos. Autores como John Shotter (1992), Kenneth Gergen (1996) o Jerome Bruner (2002; 2003) han manejado no solo la conceptualización de las narrativas, memorias compartidas y autobiografías del yo sino que han sabido cotejar referencias bibliográficas de otros investigadores y especialistas del tema, así como presentar resultados de otros estudios donde se muestran las narrativas como parte de la cultura, compuestas de memoria e imaginación, espacios para la creación del Yo o de otra vía médica, como es el caso de la medicina narrativa, entre otros ejemplos. Sobre esta línea de trabajo y de acuerdo con los estudios sobre narrativas, estas se presentan frente a especialistas sociales (psicología, antropología, historia) como relatos del yo que le permiten al mismo

darse a conocer, hacerse comprender (Gergen, 1996, p.232), en tanto se las vea como productos de intercambio social. Si tomamos en cuenta que la “autonarración”, como distingue este autor, es una “explicación que presenta un individuo de la relación entre acontecimientos autorrelevantes a través del tiempo” (Gergen, 1996, p.232), podremos ver en la misma la oportunidad de rescatar —en el estudio etnográfico del tratamiento médico del cáncer—, analizar e interpretar las emociones variables que acompañan al narrador en su relato biográfico. Sirviéndonos de los aportes bibliográficos de Jeromme Bruner (2002; 2003), en un sentido etnográfico, las narrativas pueden llegar a ser un instrumento metodológico apropiado para el análisis de emociones, las cuales, en nuestro caso, forman parte de la multiplicidad de escenarios durante la trayectoria médica y emocional de la enfermedad (lo que, en el apartado anterior, se denominaba duelo por pérdida de salud [enfermo] y duelo anticipado [familiar]).

Desde nuestro punto de vista, las narrativas acumuladas por los entrevistados son constituidas desde el recuerdo de lo vivido, antes y durante el periodo de la enfermedad del cáncer. En este sentido, la idea de Shotter (1992), de que las narrativas nunca van a ser completamente reales u originales aunque, como bien señala el autor, podemos considerar la (re) construcción más aproximada a lo real de la cotidianidad humana que se puede obtener del otro. Durante mis encuentros con las familias y el personal de salud, en las narrativas abiertas y construidas por los protagonistas o entrevistados, iban expresándose una serie de emociones como miedo (al dolor, a morir, a las operaciones quirúrgicas), angustia (económica, familiar), nervios (del familiar frente a lo que no sabe) o tristeza (por sentirse enfermo o enferma, sentirse una carga familiar, no poder ver a la familia si se está hospitalizado), así como sentimientos positivos de “vuelta a la vida” (sintiendo recibir una segunda oportunidad para resolver pendientes materiales y morales), felicidad (con ocasión de volver a ver a la familia unida, sentirse centro de atención y cariño), amor y apego a dios y a la fe que se profesa. Más adelante veremos parte de los datos tomados durante el trabajo de campo, a través de referencias narrativas de algunos de los pacientes entrevistados junto a sus familiares.

Trayectoria y manejo emocional del cáncer en espacios de salud / enfermedad / atención

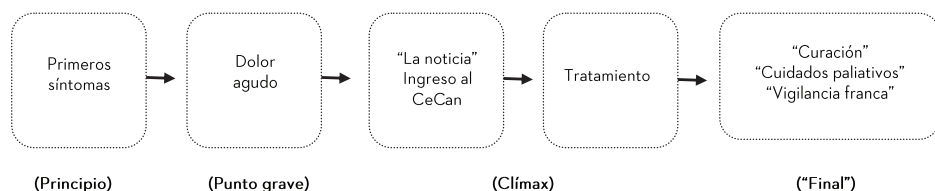
Como advertimos al inicio, lo aquí presentado es parte de un proyecto de investigación en periodo de análisis, por lo que los datos que a continuación se presentan conforman la consecución y reajustes de un campo más amplio de objetivos (general y específicos). En esta línea, iremos desplegando cuatro de los hallazgos más significativos —desde las vivencias emocionales tanto de las familias atendidas como del personal de salud acompañante durante su tratamiento médico— e ilustrados con narrativas de algunos estudios de caso:⁹

- 1) Visibilización de una cierta “trayectoria emocional y de salud” —en concordancia con la secuencia narrativa descrita por Kenneth Gergen (1996, p.232)—, desde los primeros síntomas de dolor físico hasta su ingreso y tratamiento hospitalario en el CECan.
- 2) Detección de casos en los que las creencias, ya sea en relación con fe religiosa como en la medicina, ocupaban un espacio determinante en el afrontamiento de la enfermedad, el tratamiento y los acontecimientos imprevistos (familiares, económicos, de salud).
- 3) Localización de “estrategias de manejo emocional” durante el proceso médico (usuarios y personal laboral).
- 4) Trazado de una “trayectoria emocional médico-social” desde los distintos escenarios del tratamiento de cáncer (oncológico, vigilancia franca o tratamiento / cuidados paliativos), a través de narrativas del personal laboral y usuarios del CECan.

En relación con el primero, se realizaron entrevistas abiertas a nueve casos familiares, fluyendo en ellas las experiencias de vida en enfermedad-salud y atención. Se advirtió un patrón de “trayectoria emocional y de salud” (Gergen, 1996, p.232), desde los primeros síntomas de dolor físico hasta su ingreso y tratamiento hospitalario. Esto se puede observar en las narracio-

9. Los nombres que a continuación aparecen de personas entrevistadas y que son usuarios del CECan han sido cambiados por nombres ficticios para salvaguardar su derecho de privacidad e intimidad. No obstante, los nombres del personal de salud sí se han mantenido, dado su puesto laboral e importancia del mismo.

FIGURA 8.1. ESCENIFICACIÓN DE TRAYECTORIA EMOCIONAL Y DE SALUD NARRADA POR FAMILIAS



Fuente: elaboración propia basada en notas de campo y entrevistas. Verónica Suárez, diciembre de 2012.

nes de pacientes como Mariana (cáncer cervicouterino), quien tras ver que sus periodos menstruales le causaban mucho dolor y que su vientre se iba hinchando cada vez más hasta llegar a un dolor agudo, siguió junto con su hermana mayor todo un itinerario de visitas y revisiones médicas (ginecología, gastroenterólogo) [en la figura 8.1, “primeros síntomas” y “punto grave”]. El clímax de su historia [“la noticia” y “el ingreso”] llega cuando el ginecólogo las citó con los resultados. En este momento, cuenta su hermana, “me dio mala espina cuando el ginecólogo abrió los ojos frente a la pantalla; estaba con otro médico y ellos hablaban en su idioma muy calladitos [...]. ‘Tienes un tumor’, no dijo tienes cáncer, solo dijo ‘te vas a hacer estudios e ir al CECan’. A mí se me enchinaron los ojos y es que los que vienen aquí vienen con cáncer, entonces, pues ya sabes...” (Mariana y Minerva. Entrevista 14 de noviembre de 2012).

Aunque el resto de la familia intuía algo, por los estudios que le realizaban, la hermana que la acompañó “no se lo podía creer”. Una vez en el CECan [en la figura 8.1, “tratamiento”], cuentan que su itinerario fue bastante rápido, operándola al poco tiempo para reducir la inflamación; actualmente Mariana terminó su último ciclo de quimioterapia y pasó a la segunda fase del procedimiento, la operación de su tumor [“curación”]. Para el caso de esta familia, como en otros muchos, los procesos emocionales expresados y manejados tanto en el ámbito privado como en las sesiones de tanatología recibidas, la enfermedad de Mariana los unió más durante los primeros momentos, cooperando todos los hermanos y hermanas, tanto en cuestiones económicas como en los cuidados y traslados al hospital.

En relación con el segundo hallazgo, se detectaron casos en los que las creencias, tanto en la fe religiosa como en la medicina (tradicional / occi-

dental), ocupaban un espacio determinante en el afrontamiento de la enfermedad, tratamiento y acontecimientos imprevistos (físicos, como no poder operarse por estado grave de salud, o emocionales, como vivir la muerte de un hijo); este fue el caso de Fabiola quien, con cáncer de colon, pensaba morir antes que cualquier miembro de su familia. Otro ejemplo a citar también es el de Elisa, de creencias cristianas evangélicas. Ella relataba cómo era su vida antes de “abrazar el cristianismo” (enojona, malhumorada, contestona); tras su bautismo en la fe evangélica y, consecuentemente, de cambio de actitud ante la vida, Elisa relataba su experiencia de cara a otras enfermedades pasadas con actitud de lucha y victoria, al sentir su cáncer de recto como otro padecimiento más a superar; estar bien con ella misma, con su familia y con los que le rodean (vecinos, amigos y miembros de su iglesia), le proporciona la estabilidad emocional suficiente para sentir que “ya no hay tumor”,¹⁰ como comentaban ella y su cuidadora familiar. Casos como estos se escuchaban a menudo entre las historias del CECan dado que, en la cotidianidad de enfermedades crónicas, la fe (en general) se afianza y proporciona, en ocasiones, espacios emocionales donde llegar, incluso, a una catarsis comunitaria.

Por otra parte, la consecución del tercero de los hallazgos a través de observación participante durante consultas médicas, entrevistas a usuarios y familiares, así como entrevistas abiertas a once personas del ámbito laboral hospitalario (medicina, enfermería y trabajo social), se presenta en dos puntos de vista. Por un lado, los datos muestran las formas de manejar las emociones durante las pérdidas físicas y emocionales (duelo anticipado). En los usuarios, las actividades para manejar las emociones se limitan en razón de que la principal acción para el familiar es el cuidado de la persona enferma, además del resto de la familia (pues siempre suelen ser mujeres) y / o desempeño de su actividad laboral. Aun así, las actividades más mencionadas fueron leer, estar con la familia y salir si se puede (paseos por la zona residencial, ir al supermercado), costura, tejer o ver televisión. Para el caso de las personas con enfermedad del cáncer, comparten con aquellos la afición a la lectura (sobre todo la Biblia), ver televisión, costura, realización de manualidades (pulseras, adornos de alambre y adornos) y algunos, en la medi-

10. Fuente: Suárez, 2012. Notas de campo y entrevista.

da de sus posibilidades —como el caso de Valentina, Mariana o Juan— retoman con moderación algunos desempeños de su actividad laboral (maquilar zapatos, cortar el pelo, recoger café, mantenimiento del terreno de siembra). Por otro lado, observamos también las formas de manejar las emociones del personal de salud. Como personal laboral en sí, no existen aún actividades o sesiones grupales programadas para adquirir técnicas de manejo y equilibrio emocional —y salvaguardarse del conocido síndrome de *burn out*—, así que cada uno busca su forma de mantener cierto equilibrio emocional entre la vida personal y laboral. Entre lo comentado durante las entrevistas, unos decían hacer ejercicio (zumba, aeróbic), bailar, escuchar música en el rincón favorito de su hogar, rezar, salidas con su familia o cantar; otros, los menos, comentaban esporádicamente algunos de los casos clínicos, o bien con familiares (también personal de salud), o bien con otros compañeros del hospital, en el tiempo que permanecen esperando para checar su fin de jornada. Por ejemplo, una de las enfermeras de oncopediatria, que se sentía muy involucrada con los niños que llegan a su servicio, contaba entre sus actividades cantar la canción *Siempre a mí*, de Gloria Trevi,¹¹ cuando sale a karaokes. Esta canción le recuerda su relación con los niños a quienes les hace ver que “siempre a ella” la tienen cerca, e incluso en las ocasiones en que se enfrentan a la muerte, como se narra en la canción. No obstante, la mayoría de los entrevistados aseguraban que la mejor técnica para ellos era desconectar con sus asuntos familiares a la hora de entrar al hospital, al igual que desconectar de las historias clínicas y personales de los pacientes al salir del mismo.

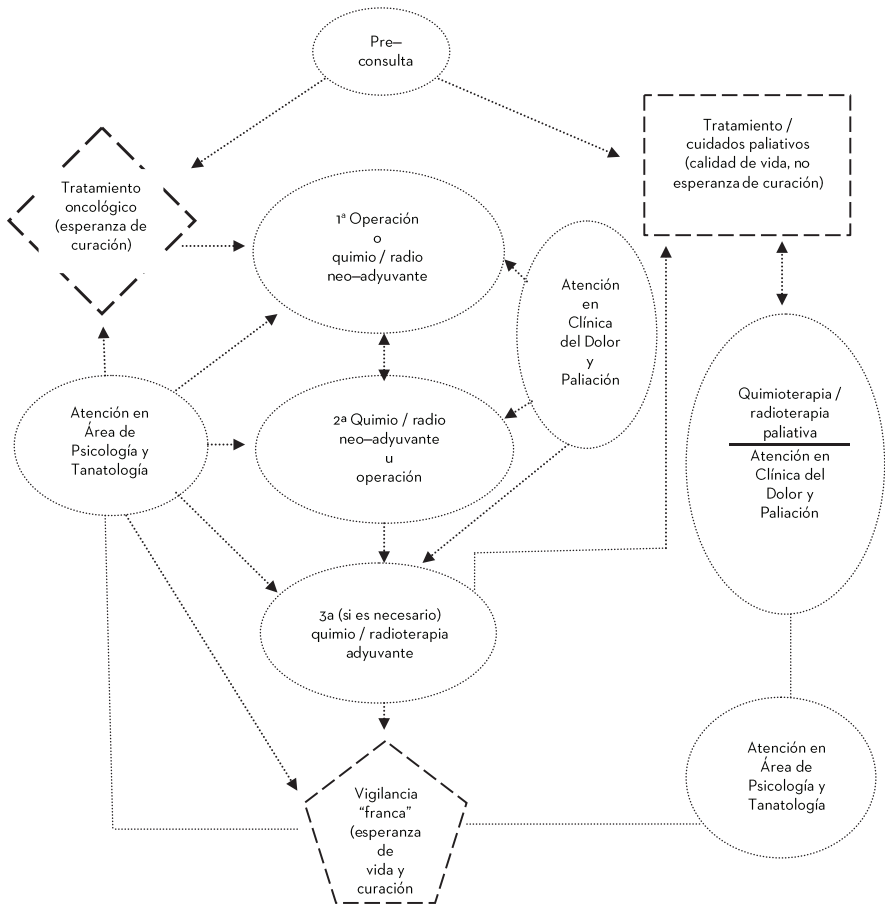
El cuarto y último de los datos obtenidos está relacionado con la visibilización de ciertos escenarios emocionales durante el tratamiento del cáncer, esquematizados en la figura 8.2. Observando dicho esquema —elaborado a raíz de notas de campo y entrevistas—, la persona que llega de primera vez al CECan lo hace por lo general con una derivación por parte del Centro de Especialidades Médicas (CEM) correspondiente. En pre-consulta, los médicos responsables derivan el caso clínico, o bien al área de oncología médica (tratamiento oncológico), o si la etapa de enfermedad es 4 (nivel máximo de gravedad), lo derivan a las áreas encargadas de tratamiento / cuidados

11. Disponible en <http://www.goear.com/listen/9abe16b/siempre-a-mi-gloria-trevi>

paliativos. El que entra a tratamiento oncológico tiene dos opciones (según la particularidad del caso) o caminos por los cuales transitar durante el tratamiento: a) recibir quimioterapia / radioterapia para reducir el tumor, operarse después para eliminarlo y, si fuera necesario, recibir de nuevo sesiones de quimioterapia / radioterapia para eliminar cualquier resto; b) ser operado primero y luego recibir las sesiones de quimioterapia / radioterapia necesarias. Desde la operación o sesión de quimioterapia neo-adyuvante (“limpieza” de restos de tumor), los resultados pueden ser esperanzadores, por lo que la eliminación completa del tumor lleva a la persona afectada a un estado o tratamiento de vigilancia franca durante cinco años. Por el contrario, a veces los resultados tras la operación no son tan favorables, derivando el caso a tratamiento / cuidados paliativos. En este tipo de tratamiento se aboga más por la calidad de vida (sin tratamiento oncológico y con seguimiento desde la Clínica del Dolor y Paliación, así como del área de Psicología y Tanatología) que por la esperanza de la misma. De otro lado, la persona que pasa a vigilancia franca tiene que asistir a revisiones cada tres o seis meses (dependiendo el área médica y el caso clínico particular), durante cinco años, en los cuales hay ocasiones en que ha aparecido un nuevo tumor o encontraron en los análisis aparición de metástasis; cuando así ocurre y, según sea el nivel de gravedad, la persona pasa de nuevo por todo el proceso agresivo-invasivo del tratamiento oncológico, o bien se diagnostica y deriva a tratamiento / cuidados paliativos.

Como se puede observar, la sola descripción del entramado del itinerario de salud —reconstruida a través de las entrevistas y observaciones en campo— no es solo complejo sino que para las personas que lo viven puede llegar a convertirse en un *bucle* nada grato. Incluso desde el personal de salud nos hacían ver que, una vez que una persona es diagnosticada de cáncer, ya perdía su status de “persona sana”, por lo que “no volvería a estar como antes”. En dicho *bucle*, las expresiones emocionales fluyen entre prismas culturales, bajo la enorme sombra del singular marco social mexicano, cual sombrilla sobre las piedras del mar. Así pues, presenciábamos día tras día el vaivén de las emociones, entre la esperanza y la desesperanza, dolor, preocupaciones económicas y familiares, fe en dios y en la medicina, apoyo familiar y social, amor recibido, tiempo, trasladándose de un escenario a otro según el fluir de los acontecimientos idiosincráticos de cada caso.

FIGURA 8.2. TRAYECTORIA EMOCIONAL MÉDICO-SOCIAL EN TRATAMIENTO ONCOLÓGICO



Fuente: elaboración propia basada en datos etnográficos. Verónica Suárez, diciembre de 2012.

Los tres tipos de procesos de atención hospitalaria registrados, tanto en datos etnográficos como en entrevistas, fueron los siguientes:

a) Tratamiento oncológico (rombo en la figura 8.2). Al recordar el tanatólogo del hospital uno de los pocos casos que le dan el alta tras una intervención exitosa, decía:

De curación, un caso de una señora de cea de mama [sic], que nos tocó ver y que ahora está dada de alta; una señora de sesenta y tantos años, estuvo aquí en el hospital cinco (años), en donde yo la habré visto tres o cuatro veces a lo mucho. Ella traía sus problemas más que nada personales, pero familiares, con los miembros de su familia, pero, qué bueno, finalmente ella alcanza la curación y eso es de aplaudir, porque de diez... ¡una! (Tanatólogo del CECan. Fuente: Verónica Suárez, 5 de noviembre de 2012).

Este caso, con “final feliz”, nos advierte entre sus líneas lo normalizada que está la convivencia entre las emociones generadas por preocupaciones de salud, con otros tipos de problemas familiares.

b) Periodo de vigilancia (pentágono en figura 8.2). Durante cinco años los usuarios del hospital esperan (algunos con angustia, otros con temor) resultados positivos en sus análisis trimestrales o semestrales, según indicaciones del especialista tratante. De las familias entrevistadas, Valentina, con cáncer retroperitoneal, se encuentra en vigilancia desde hace dos años.

Ella siente actualmente su tumor eliminado, dormido, de paseo, con la sensación de que puede regresar o no; su cuidadora familiar afirmaba durante la entrevista que, cada vez que tienen que ir a las consultas de revisión con el oncólogo, “va una con temor”.¹²

c) Cuidados paliativos (rectángulo en figura 8.2). El personal de salud entrevistado señalaba este proceso de atención en referencia a trabajar con una mayor calidad de vida ante la imposibilidad de eliminar el tumor maligno, es decir, es un proceso de control de la enfermedad no de curación, en el que se atiende el dolor físico a través de las distintas especialidades del CECan, así como los procesos emocionales emergentes:

Tengo otro (ejemplo) de un niño que fue operado de un osteosarcoma, trabajamos mucho con él para convencerlo, primeramente de su enferme-

12. Valentina, usuaria del CECan. Fuente: Verónica Suárez-Rienda, 9 de octubre de 2012.

dad, no de que lo amputaran, siendo un niño de 15 años pues traía todas las ganas del mundo de hacerlo todo; de él sí me acuerdo del nombre, se llamaba Víctor. Trabajamos con él, finalmente entra a tratamiento y por una Posada, la Posada de Navidad, a él le tenían que haber operado un 20 de diciembre, hace dos años, sin embargo no porque se atravesaban las fechas navideñas y no quiso que lo operaran; se pospone la cirugía para un mes después y sí, lo amputan, se maneja (lo emocional), pero desgraciadamente llegó con metástasis pulmonar, del hueso se fue al pulmón. Y bueno, él tuvo sus entradas y sus salidas, pero ya la última ya venía con una metástasis pulmonar bastante severa, porque de lo de aquí de la pierna salió bien, se controló. Sin embargo, se complica en el pulmón, lo traen de urgencia, ya estaba paliativo porque ya la metástasis pulmonar era muy grande, entro a verlo, todavía platico con él y le digo “Oye, Víctor, ¿qué se te antoja?” “Una coca (cola), doctor”. “¿Fría o del tiempo?” “¡Fría!” Bajé, compré la coca (cola) bien fría, subo iy que me pela los ojos: “¿Me la va a dar?” “Sí, te la voy a dar”. Que la destapo y con el popote que se la pongo. Hubieras visto la cara de gusto. Y ahí estuvimos y bueno, dije “¿Quieres otra cosa hijo?” “No, ya no, doctor, yo ya me voy a morir”. “Pues tómate tu coca (cola) antes, ¿no?” “Sí, sí, me la voy a tomar”. Al otro día se lo llevaron y al otro día murió en su casa, su mamá nos avisó, agarró el teléfono y me avisó a mí (Tanatólogo del CECan. Fuente: Verónica Suárez, 5 de noviembre de 2012).

Este ejemplo de entrevista a un personal de salud del CECan, nos permite cerrar el análisis exploratorio de los datos obtenidos en campo, no sin un nudo en la garganta por la tristeza de un infante que fallece, con el candor de su emoción jovial al sentir de nuevo el refrescante sabor de su bebida favorita bien fría, así como el candor del espacio emocional compartido con un personal de salud que, al igual que otros compañeros (psicólogas, médicos, enfermeras), comparten, viven y producen con los pacientes y familiares muchos de los momentos emotivos surgidos al cabo de su jornada laboral.

PRIMERAS CONCLUSIONES REFLEXIVAS

Ante lo expuesto, y al retomar la idea inicial de que los datos que aquí se presentan están aún en periodo de análisis más profundo, se pueden esbo-

zar algunas primeras conclusiones. Las emociones se presentan en conjunto como procesos culturales, enmarcadas en un nivel social, pero diferenciadas por variantes culturales, familiares y personales. Como ejemplo de ello pudimos observar casos familiares en los que, en ocasiones, las emociones que surgían desde el inicio de la enfermedad tenían repercusiones negativas e inesperadas en el ámbito privado de convivencia familiar (abandono del paciente, desentendimiento, escasas o ninguna visita) y, en otras, las emociones funcionaban como expresiones de catarsis, la cual lleva a una re-estructuración familiar (repartición de roles en el hogar, aumento de expresiones afectuosas).

Por otra parte, y en conclusión, el análisis de narrativas de los pacientes y familiares cuidadores lleva a vislumbrar que, aunque existe cierto patrón discursivo al narrar su trayectoria salud-enfermedad y atención (primeros síntomas de dolor, molestias agudas, idas y venidas a consultas médicas, notificación traumática del cáncer e ingreso al CECan), en lo referente a las emociones expresadas no ocurre igual, y se particulariza en cada reconstrucción de la realidad y contexto sociofamiliar. Finalmente, consideramos que las trayectorias narrativas, establecidas desde el inicio de los primeros síntomas hasta la puesta en marcha del entramado mecanismo médico, muestran que las emociones no se *encarnan* desde el periodo del tratamiento oncológico sino desde el momento de la noticia; en este sentido, las emociones funcionarían desde ese momento como expresiones reguladoras y / o desestabilizadoras del acontecer familiar, personal, económico, cultural, lo que lleva a una reestructuración de la situación, ya sea a favor o en contra de las relaciones entre la persona enferma de cáncer y sus familiares.

REFERENCIAS

- Barbolla Camarero, D. (2007) (coord.). *Memoria de la Unidad Experimental de Antropología Oncológica*. Badajoz: Universidad de Extremadura. Recuperado de <http://www.antropologiaoncolologica.es/>
- Barbolla Camarero, D. (2008). *El cáncer: investigando desde otro paradigma, factores psicosocioculturales como desencadenantes*. Madrid: McGraw-Hill.
- Barragán-Solís, A. (2006). El dolor crónico: una visión antropológica de acuerdo a familiares y pacientes. *Medigraphic Artemisa en línea*, 8(2),

109-117. Recuperado de <http://www.medigraphic.com/pdfs/medfam/amf-2006/amfo62h.pdf>

- Barrera Tello, V. & Manero Brito, R. (2009). El cáncer y la significación del cuerpo en la medicina durante el periodo colonial en México. *Revista Tramas. Subjetividades y Procesos Sociales*, No.32, invierno, 121-146. Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco. Recuperado el 24 de abril de 2013, de http://bidi.xoc.uam.mx/tabla_contenido_fasciculo.php?id_fasciculo=477
- Bruner, J. (2002). La autobiografía del yo. En *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bruner, J. (2003). *La fabricación de historias. Derecho, literatura, vida*. México: FCE.
- Calderón Rivera, E. (2012). *La afectividad en antropología. Una estructura ausente*. México: CIESAS-UAM.
- Colín Cabrera, A. (2005). *Antropología y Psicoanálisis. Un diálogo posible a propósito del duelo por un hijo en Malinalco*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Collins, F. (2011). *El lenguaje de la vida. El ADN y la revolución de la medicina personalizada*. Barcelona: Crítica.
- Cristóbal, I. (2007). Representaciones del cáncer de cuello uterino y su relación con la sexualidad femenina. Las voces de los actores políticos y de la sociedad civil de Ayacucho, Lima, Piura y Ucayali en el marco de la introducción de una nueva vacuna. *Investigaciones Sociales*, año XI. No.18, 431-454. Lima: UNMSM-IIHS. Recuperado de http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtualdata/publicaciones/inv_sociales/n18_2007/ao7n18.pdf
- Enríquez Rosas, R. (2011). Prólogo. En O. López Sánchez (Coord.), *La pérdida del paraíso, el lugar de las emociones en la sociedad mexicana entre los siglos XIX y XX* (pp. I-X). México: UNAM.
- Epele, M.E. (1993-1994). La relación médico-paciente en el cáncer terminal: una aproximación a la muerte en la sociedad compleja. *Revista Chilena de Antropología*, No.12, 87-98. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile.
- Escobar Villagrán, A.M. & Alcázar González, R.A. (2005). *Disimulo, conservadurismo y muerte femenina. La construcción social del cáncer cérvico uterino en las instituciones de salud pública en San Cristóbal de las Ca-*

- sas, Chiapas. Tesis de licenciatura en Antropología Social. Universidad Autónoma de Chiapas. México.
- Flores Martos, J.A. & Abad González, L. (2010). Abordando las emociones desde la Antropología. En J.A. González & L. Abad (Coords.), *Emociones y sentimientos: enfoques interdisciplinarios, la construcción sociocultural del amor* (pp. 15-28). Ciudad Real: Universidad Castilla La Mancha.
- Galvis-López, M.A. & Pérez-Giraldo, B. (2011). Perspectiva espiritual de la mujer con cáncer. *Revista Aquichan*, 11(3), 256-273.
- Gergen, K.J. (1996). La emoción como relación. En K.J. Gergen (Ed.), *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social* (pp. 184-206). Barcelona: Paidós.
- Getino Canseco, M.R. (2009). *La espera. El proceso de morir en el mundo de los cuidados paliativos*. Tesis doctoral. Tarragona (España) Universitat Rovira i Virgili. ISBN: 978-84-692-5928-3/DL: T-1667-2009.
- Giraldo Mora, C.V. & Arango Rojas, M.E. (2009). Representaciones sociales frente al autocuidado en la prevención del cáncer de mama. *Investigación Educativa Enfermería*, 27(2), 191-200. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/iee/v27n2/v27n2a04.pdf>
- González Carrión, M.P. (2007). *El cáncer durante la infancia: experiencias y necesidades*. Tesis doctoral en Antropología Social. Granada: Universidad de Granada.
- Karpenstein-Eßbach, C. (2006). Cáncer-literatura-conocimiento. De la personalidad cancerosa a la comunicación total. En W. Bongers & T. Olbrich (Comps.), *Literatura, cultura, enfermedad* (pp. 213-248). Buenos Aires: Paidós.
- Laplantine, F. (1999). *Antropología de la enfermedad*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Le Breton, D. ([1998] 2009). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Llinares Insa, L. et al. (2010). El enfermo de cáncer: una aproximación a su representación social. *Revista Psicología & Sociedades*, 22(2), 318-327. Recuperado de <http://www.scielo.br/pdf/psoc/v22n2/12.pdf>
- Lomnitz-Adler, C. (2006). *Idea de la muerte en México*. México: FCE.
- López Sánchez, O. (2011). Introducción. El lugar de las emociones en el mundo racional. En O. López Sánchez (Coord.), *La pérdida del paraíso*,

el lugar de las emociones en la sociedad mexicana entre los siglos XIX y XX (pp. 1-19). México: UNAM.

- Matthews-Simonton, S. ([1984] 1993). *Familia contra enfermedad. Efectos sanadores del ambiente familiar*. Madrid: Los libros del comienzo.
- Molina Campos, V. (2010). *Construcción social de la masculinidad: cuidado y padecimiento del cáncer de próstata en varones heterosexuales de Xalapa, Veracruz*. Tesis de licenciatura en Antropología Social, Universidad Veracruzana.
- Mukherjee, S. (2011). *El emperador de todos los males. Una biografía del cáncer*. México: Taurus.
- Peña, A.C. & León, P.E.S. (2011). Representaciones sociales sobre el cáncer de seno en las comunidades indígenas del Departamento del Meta. *Revista Cultura del Cuidado Enfermería*. Edición especial. ISSN: 1794-5232. Recuperado de <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3757899>
- Ramírez Goicoechea, E. (2001). Antropología “compleja” de las emociones humanas. *Isegoría*, No.25, 177-200. Madrid: UNED.
- Reyes Pérez, M.G. (2011). *Sujeto y corporalidad: la experiencia del padecimiento en contexto de hospitalización*. Tesis doctoral en Ciencias Sociales, Guadalajara: CIESAS.
- Rezende Dázio, E.M. et al. (2009). El significado de ser un hombre con estoma intestinal por cáncer de colorrectal: un abordaje antropológico de la masculinidad. *Revista Latino-Americana Enfermagem*, 17(5), septiembre-octubre. Recuperado de www.eerp.usp.br/rlae
- Rangel Figueroa, A. (2007). *Cáncer cervicouterino y entuertos. La perspectiva de los usuarios desde los servicios de detección oportuna de cáncer cervicouterino. Caso de la Secretaría de Salud de Jalisco*. Tesis doctoral en Ciencias Sociales, Guadalajara: CIESAS.
- Rodríguez, F. et al. (2007). Intervención social en cáncer de cuello uterino. *Revista Saber*, 19(1), 50-55. Recuperado de <http://ri.bib.udo.edu.ve/bitstream/123456789/1302/1/o8%20INTERVENCION%20C3%93N%20SOCIAL%20EN%20EL%20CANCER%20DE%20CUELLO%20UTERINO.pdf>
- Saillant, F. (1988). *Cancer et culture. Produire le sens de la maladie*. Montreal: Editions Saint-Martin.

- Salcedo Fidalgo, H. (2008). Representaciones sociales y metáforas del cáncer en los siglos XVII y XVIII: una antología de lugares comunes. *Antípoda*, No.6, enero-junio, 199-213. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/antpo/n6/n6a11.pdf>
- Shotter, J. (1992). La construcción social del recuerdo y el olvido. En D. Middleton & D. Edwards (Comps.), *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y del olvido*. Barcelona: Paidós.
- SINAIS / SINAVE / DGE / SALUD (2011). Perfil epidemiológico de los tumores malignos en México, 2011.
- SINAVE / DGE / SALUD (2010). Panorama epidemiológico y estadístico de la mortalidad en México, 2010.
- Sontag, S. ([1978] 2003). *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*. Madrid: Suma de Letras / Punto de Lectura.
- Suárez, R. et al. (2004). Antropología del cáncer e investigación aplicada en Salud Pública. *Revista de Estudios Sociales*, No.17, febrero, 42-55.
- Suárez-Rienda, V. (2012). *Notas de cuaderno de campo*. Xalapa, Veracruz.
- Viesca, C. (2003). El cáncer en la medicina novohispana de fines del siglo XVI. En R. Pérez Tamayo (Comp.), *El cáncer en México*. México: El Colegio Nacional.
- Viesca, C. (2010). La medicina mexicana en 1910. *Revista Médica del Instituto Mexicano del Seguro Social*, 48(6), 615-624. ISSN: 0443-5117. Recuperado de <http://www.medigraphic.com/pdfs/imss/im-2010/im1006g.pdf>
- Williams, S. (2001). *Emotion and Social Theory*. Londres: SAGE.
- Wordem, W. (2010). *El tratamiento del duelo. Asesoramiento psicológico y terapia*. Barcelona: Paidós.

Las emociones y el cuidado en las familias extendidas con miembros envejecidos: un estudio de caso¹

ROCÍO ENRÍQUEZ ROSAS

Resumen: *El presente estudio tiene como objetivo analizar las emociones de las personas mayores que reciben cuidados y/o que son proveedoras de los mismos en un contexto de pobreza urbana en el área metropolitana de Guadalajara. Para ello, se consideran elementos relacionados con la categoría de género e intergeneracional. Se trata de un estudio de caso de una familia extendida en la cual dos miembros son adultos mayores. Los hallazgos muestran emociones ligadas con las relaciones de conflicto y solidaridad entre géneros y generaciones.*

Palabras clave: *emociones, cuidado, adultos mayores, pobreza urbana.*

Abstract: *The purpose of this study is to analyze the emotions of older persons who receive care and / or are caregivers themselves in a context of urban poverty in the Guadalajara Metropolitan Area. Elements related to gender and intergenerational categories are considered. This is a case study of an extended family in which two members are older adults. The findings show emotions linked to conflicted relationships and solidarity between genders and generations.*

Key words: *emotions, caregiving, older adults, urban poverty.*

La pregunta central de esta investigación fue analizar: ¿de qué maneras se presentan, expresan y regulan las emociones relacionadas con el cuidado

1. Este trabajo se elaboró a partir de los datos provenientes de la investigación realizada en el marco del Proyecto Latinassist, coordinado por la Universidad París 1 y a cargo de Blandine Destremau e Isabel Georges. Para el capítulo mexicano, la investigación fue coordinada por Magdalena Villarreal (CIESAS-Occidente) y Rocío Enriquez (ITESO), se contó con la participación de Edith Carrillo, Karina Vázquez, así como de María Martha Ramírez y Carolina Cuarenta. El trabajo de campo se llevó a cabo en el año 2012.

y la vejez, tomando en cuenta la dimensión de género e intergeneracional, en un arreglo familiar extendido y en un contexto caracterizado por la pobreza urbana?

Los hallazgos muestran algunas de las emociones ligadas con la vejez, el cuidado y la pobreza, así como las formas de regulación de estas y su relación con la reproducción de las dinámicas domésticas tradicionales y las tensiones que esto conlleva.

Se abordó el problema planteado a través de una metodología cualitativa centrada en el estudio de caso (Gundermann, 2001), utilizándolo como un medio para lograr la comprensión integral de un fenómeno en particular. Para ello, se realizó observación etnográfica y entrevistas a profundidad, principalmente con el adulto mayor, así como con la cuidadora principal en el contexto de una unidad doméstica extensa.

Para el análisis de los datos se seleccionaron de forma analítica algunas de las narrativas relacionadas en específico con las emociones, el cuidado y la vejez. Se retomó la propuesta de Kleres (2010), que sostiene que las emociones están insertas en las narrativas. “Los elementos narrativos de una historia configuran la experiencia emocional” (p.185).

Los hallazgos muestran la presencia de ciertas emociones en particular asociadas al cuidado en un núcleo doméstico envejecido y de estructura extensa. Destaca, por un lado, la condición de vulnerabilidad ante la precariedad económica cotidiana y la inseguridad en el entorno. Por otro lado, se puede detectar en el caso analizado la presencia de relaciones de solidaridad intergeneracional entre los miembros del grupo doméstico y las emociones ligadas con este tipo de vínculos sociales.

EL CUIDADO Y LAS RELACIONES DE GÉNERO E INTERGENERACIONALES EN LAS FAMILIAS

La no participación de los hombres en las tareas del cuidado tiene que ser interpretada a través de los mandatos socioculturales que han mantenido y reproducido una división sexual del trabajo tradicional. Sin embargo, la posibilidad de configurar nuevos contratos de género en relación con la distribución de las cargas de cuidado es hoy una posibilidad que se gesta sobre todo a través de las nuevas generaciones y que implica cambios culturales importantes para lograr una transformación sostenida a favor de la equidad

de género. El cuidado, en tanto objeto de estudio, requiere ser problematizado a partir de tres procesos centrales: precarización, feminización y familiarización.

Además, el envejecimiento poblacional (Ham-Chande, 2003) es un fenómeno sociodemográfico global en el presente siglo que refleja la necesidad de cuestionar en colectivo las formas convencionales de significar y ejercer, tanto el autocuidado como el cuidado de los otros, así como las reciprocidades dadas y posibles.

El cuidado no logra aún posicionarse como un tema de estado. Esto se debe, en parte, a la persistencia de un modelo de sociedad androcéntrico y patriarcal donde el cuidado aún se vincula con la naturaleza femenina y se considera el deber principal de la mujer (primero madre y esposa y luego ciudadana, trabajadora remunerada, mujer pública; asimismo, en los mercados laborales aún persisten lógicas centradas en el orden paterno), el hombre trabaja y la mujer cuida la casa y, por tanto, no se considera que los trabajadores tengan familias; a su vez, el estado suele estar ausente en materia legislativa orientada a medidas conciliatorias para la corresponsabilidad social del cuidado y las familias (Montaño, 2010, p.60).

Las cargas de cuidado para las próximas generaciones, de acuerdo con las proyecciones demográficas para el caso de América Latina (CEPAL, 2009 y 2009a), advierten sobre la urgente necesidad de generar políticas públicas incluyentes que favorezcan relaciones complementarias y equitativas en clave de género y generacional, entre las instituciones públicas, las organizaciones de la sociedad civil y las familias en su diversidad, para hacer frente a la población en proceso de envejecimiento.

Organismos internacionales como la Organización Mundial de la Salud (2002) advierten sobre el envejecimiento acelerado en los países en vías de desarrollo, acompañado además por procesos de reconfiguración en las estructuras familiares, en los roles de género y patrones de trabajo y migración. En este sentido, se reconoce una desproporción significativa entre las personas disponibles para cuidar de los adultos mayores y la población que estará en este grupo de edad, que a su vez requiere ser desagregado en términos analíticos dada su heterogeneidad, tomando en cuenta: género, arreglo familiar, condición rural-urbana, segregación social y espacial,

condición socioeconómica, participación social y política, acceso y participación activa en los procesos culturales, entre otros aspectos.

Los cuidados informales, provenientes principalmente de las redes familiares (Lowenstein, 2003), presentan en las sociedades contemporáneas formas inéditas en sus dinámicas y configuraciones que advierten sobre el desgaste de los recursos tanto materiales como simbólicos y de la inminente necesidad de contar con apoyos formales complementarios que amortigüen las demandas y los requerimientos cotidianos, y en situaciones de crisis asociadas al cuidado del otro, en especial cuando se trata de personas envejecidas y con distintos niveles de dependencia. Esa necesidad de desfamilismo latinoamericano de la cual certeramente advierte Arriagada (2007), es también un proceso presente en la sociedad mexicana, en particular en los estratos más empobrecidos y carentes de toda seguridad y protección social. Avanzar hacia el desfamilismo implica el fortalecimiento del sistema de protección social y de cada una de sus instituciones, así como mayores recursos por parte de los sujetos envejecidos y sus familias para solventar los gastos asociados al cuidado. Una perspectiva universalista ante una sociedad como la mexicana, marcada por grandes desigualdades sociales como de género, debe apostar por la presencia y eficacia de las instituciones de gobierno encargadas de la procuración del bienestar de los ciudadanos a partir de un enfoque de respeto a los derechos humanos a lo largo del curso de la vida (Huenchuan, 2003; CEPAL, 2009).

Así, el alargamiento en la esperanza de vida en la población latinoamericana y, específicamente, mexicana, el achicamiento del tamaño de los hogares, la coexistencia de tres o más generaciones corresidentes, la diversificación de los arreglos familiares, son solo algunos de los factores que se deben tomar en cuenta cuando se busca abordar el proceso de envejecimiento en su relación con el cuidado y la necesidad de buscar relaciones complementarias desde los distintos agentes y actores sociales.

El cuidado, problema social multidimensional, requiere acercamientos interdisciplinarios (Najmanovich, 2008). En este sentido, la ética del cuidado adquiere especial relevancia y, con ella, el acercamiento a las vinculidades asociadas con la práctica del cuidado y las emociones, en tanto constelaciones que están presentes en las figuras múltiples del cuidado.

En México hay riesgos centrales ante el envejecimiento y tienen que ver con la especificidad de género, es decir, el proceso de feminización en la ve-

jez (Chackiel, 2000), mismo caso que en el cuidado (Vara, 2006); asimismo, la desigualdad socioeconómica y de acceso al trabajo pleno en la población en general y en el sector envejecido en particular (Viveros, 2001). El nivel de envejecimiento que presenta México y la mayoría de los países de la región latinoamericana se ha producido en medio siglo, en comparación con Europa, donde este proceso tomó dos siglos. Esta velocidad en el proceso de envejecimiento está asociada con la baja en la mortalidad y el descenso en la fecundidad (Ham-Chande, 1999; Viveros, 2001, entre otros). El envejecimiento acelerado no va a la par con las infraestructuras de cuidado que se requieren, así como con una cultura de cuidados intergeneracional que garantice procesos de bienestar en las etapas finales de la vida.

En síntesis, en México hay muy pocas instituciones que se dediquen a atender y cuidar a las personas mayores, y estas instancias tienen, en su mayoría, enfoques muy limitados (Ham-Chande, 1999). Por otro lado, las personas están teniendo menos hijos y hay menos probabilidad de que cuando envejezcan estos los cuiden (Guzmán, 2002; Robles, 2007, entre otros). El estado ha delegado el cuidado y la asistencia económica de los adultos mayores a las familias y redes sociales informales (Viveros, 2001). Este fenómeno tiene repercusiones especialmente graves en el caso de las personas mayores que experimentan de manera cotidiana la pobreza (Salgado & Wong, 2003).

Así como resulta central la ética del cuidado, lo son también la economía del cuidado, la invisibilización de las acciones de cuidado que realizan por lo general las mujeres a lo largo de sus vidas y que van dirigidas a vínculos familiares pertenecientes a generaciones que les preceden y que les continúan; y que es, sin lugar a dudas, un aporte económico asentado en el trabajo reproductivo y no remunerado, y uno de los argumentos centrales para nombrar y problematizar la economía del cuidado (Pautassi, 2010; Marco & Rodríguez, 2010). Es urgente el reconocimiento de la contribución de las mujeres a la economía en sus distintas escalas y, desde ello, elaborar alternativas de desarrollo con equidad donde las acciones de cuidado juegan un papel sustantivo (Pautassi, 2010). Se requiere una revaloración del trabajo de las mujeres, una redistribución del trabajo y de los tiempos de las personas, así como estrategias que eviten la discriminación y favorezcan la corresponsabilidad social en el trabajo doméstico y de

cuidados, que lleve a sistemas de protección que privilegien el desarrollo social de los ciudadanos (Observatorio de Igualdad de Género de América Latina, 2012).

Asimismo, es necesario cuestionar las posibilidades y responsabilidades de las familias y de las mujeres en cuanto al cuidado de los distintos miembros, como señala Bazo (2002). En el futuro cercano, la verdadera crisis de los estados de bienestar será una crisis en la provisión de los cuidados. Este panorama social en relación con el cuidado advierte sobre la centralidad de las redes sociales formales e informales para hacer frente a la carga de cuidados desde un enfoque de respeto a los derechos y entendiendo el cuidado en sí mismo como un derecho de todo ciudadano.

Esta preferencia hacia la ayuda familiar está íntimamente relacionada con factores socioculturales sobre la forma de entender la relación filial y la reciprocidad de largo aliento al interior del grupo familiar (Lowenstein, 2003, entre otros). La escasa presencia de vínculos vecinales asociados al cuidado está relacionada con las condiciones actuales que presenta la pobreza en algunos contextos urbanos de las grandes ciudades, en las cuales se han mermado las posibilidades de reciprocidad vecinal, así como de la experiencia de seguridad y de confianza social entre los pobres urbanos (González de la Rocha, 1999; Enríquez, et al, 2008; Enríquez, 2008a, 2009, entre otros), además de las condiciones mismas de segregación socioespacial (Siqueiros, 2009) que complejizan aún más los desplazamientos para las personas mayores en el entorno urbano actual y la activación oportuna de la red ante situaciones de adversidad, sobre todo en aspectos relacionados con la salud.

Esta centralidad de los lazos de parentesco a partir del modelo hegemónico de familia es cuestionada frontalmente por diversos estudios que dan cuenta de las múltiples demandas a las que las familias están expuestas, así como los cambios que han sufrido en su estructura y configuración interna, así como en su dinámica cotidiana (Robles, 2003; Vara, 2006; Enríquez, et al, 2008; CEPAL, 2009; Montaña, 2010, entre otros). En este sentido, no es posible sostener la premisa de las familias como depositarias de los cuidados sino construir nuevas narrativas que apunten a la colectivización del cuidado (Montes de Oca, 2003), así como a las prácticas responsables de autocuidado en cada una de las etapas del curso de la vida. Existen también investigaciones e iniciativas ciudadanas que dan cuenta de las posibilida-

des de fortalecimiento de los lazos sociales en las zonas urbanas y de alternativas que favorezcan la construcción de una ciudadanía participativa y sensible a las necesidades del otro, y al acto recíproco a favor del bienestar colectivo (Gómez, 2011).

EL ANÁLISIS DE LAS EMOCIONES: UNA PERSPECTIVA TEÓRICA

Existen también solidaridades y conflictos en las relaciones de género e intergeneracionales que dan cuenta de las múltiples ambivalencias en torno al cuidado, así como de las emociones sociales emergentes ante las demandas propias del cuidado de largo aliento de un miembro familiar dependiente, en mayor o menor medida, y ello tiene que ver con la historia del vínculo a lo largo de los años.

Las formas y matices en la reciprocidad de largo aliento están íntimamente ligadas con los contenidos afectivos construidos en el vínculo y que se pondrán de manifiesto, de una u otra manera, en el intercambio en el contexto del cuidado entre generaciones, o bien entre miembros de una misma generación.

Es por ello que resulta relevante la generación de conocimiento científico en relación con el cuidado y las emociones implicadas en ello. El cuidado es un problema de investigación de frontera que no puede ser descifrado sin tomar en cuenta los componentes emocionales que están íntimamente asociados con las formas en que se expresa la emisión y provisión del mismo. Describir y analizar las emociones que favorecen las prácticas de cuidado entre los seres humanos es una tarea central, así como dar cuenta de aquellas emociones que promueven la colectivización de los cuidados más allá de la esfera del mundo de lo doméstico / familiar.

El construccionismo social de las emociones es la perspectiva teórica seleccionada para el presente trabajo. De acuerdo con Hochschild (2007), las emociones solo pueden ser analizadas en relación con un contexto sociohistórico con coordenadas espaciotemporales claramente delimitadas.

En este punto, es posible abordar las emociones a partir de los factores de contexto centrales que son el normativo, expresivo y político. El primero se refiere a la emoción y las reglas vinculadas con las emociones que están socialmente construidas y que pueden generar tensiones y contradicciones diversas entre aquello que se siente y los parámetros preestablecidos sobre

lo permitido y lo sancionado, lo apropiado y lo deseado. Para esta autora existen tres formas de corrección de los sentimientos: la clínica, cuando lo que se espera es algo concebido como saludable y normal; la moral que está legitimada desde el marco de la ética; y la corrección en relación con las situaciones sociales y a la correspondencia con las expectativas de acuerdo con esas situaciones. El segundo contexto, el expresivo, está relacionado con aquello que siente el sujeto y la comprensión de ello por parte de los otros en un entorno específico. De acuerdo con el repertorio de expresiones y el predominio de unas y la escasez de otras, podemos descifrar las relaciones complejas entre las emociones y el contexto. Por último, el tercer contexto, el político, tiene que ver con las emociones y las relaciones / conflictos de poder.

Para Hochschild (1990), existe un concepto central en el campo de estudio de las emociones sociales y este tiene que ver con el trabajo emocional. Existen normas que orientan hacia aquello que debería sentirse en diferentes escenarios sociales y se conocen como zonas de regulación (líneas emocionales) que definen la intensidad, la duración y las formas en que es apropiado expresar cierta emoción en particular. En este mismo sentido, Perinbanayagam (1989) sostiene que las emociones son expresadas de formas rituales y, de esta manera, el control, el manejo y las proporciones se mantienen dentro de una línea o un límite social preestablecido. En el manejo de las emociones se socializa al sujeto de tal manera que mantenga un equilibrio en el despliegue de sus prácticas, de acuerdo con las prescripciones socioculturales sobre las fronteras simbólicas en la expresión de las emociones.

Siguiendo a Hochschild (1990), argumenta sobre las formas en que el sujeto se apropia de la ideología dominante. Esto lo lleva a expresarse y actuar de maneras preestablecidas. En el caso de la ideología de género y su relación con las “reglas y normas del sentimiento”, la autora encontró tres tipos básicos de ideología: la tradicional, la igualitaria y la transicional. Ante dichas posiciones ideológicas, hay también estrategias de género, estrategias emocionales por medio de las cuales se evoca activamente o se suprimen varios sentimientos para perfilar una ruta de acción y expresión apropiada. De igual modo, hay *estrategias de cambio activo y directo*, donde se presentan emociones asociadas con la confrontación directa y la búsqueda del cambio en las relaciones desiguales de género. Las *estrategias de cambio pasi-*

vo e indirecto son aquellas donde se muestra un enfrentamiento mediante acciones paralelas que evitan confrontaciones directas. Para Armon-Jones (1986) hay una conexión importante entre género, emoción e ideología. En este sentido, el principio de lo femenino está culturalmente asociado con moderación y otras cualidades aprendidas desde la niñez, las cuales promueven los patrones de adscripción de las emociones de acuerdo con el género al cual se pertenece. Crespo (1986) afirma que hombres y mujeres son considerados socialmente como sujetos con distintos tipos de emociones. Dicha diferenciación se halla profundamente institucionalizada y aparece como una dimensión de lo “natural”. Hochschild (1990) añade que, así como se dispone de pautas y estrategias emocionales de género, también es posible encontrar estrategias que se desarrollan de acuerdo con el estrato social al que se pertenece. Cada contexto social exige una ruta y coordinación emocional específica; en tal dirección, el sujeto desarrolla una especie de sensibilidad protectora que le permite expresarse emocionalmente de manera apropiada, de acuerdo con la realidad estratificada de la cual forma parte.

La perspectiva teórica de las emociones que pone en el centro la búsqueda de relaciones entre las situaciones sociales concretas y los contenidos emocionales socialmente contruidos, y que son expresados a través de las palabras, con diferencias y matices de acuerdo con las especificidades culturales (Lutz, 1986), es —decíamos— la perspectiva que interesa en este estudio. A cada situación social corresponde un nodo de emociones que se configuran / constelan de manera diferenciada.

PRECISIONES METODOLÓGICAS

A partir de la pregunta central de esta investigación, formulada como: ¿de qué maneras se presentan, expresan y regulan las emociones relaciones al cuidado y la vejez en un arreglo familiar extendido y en un contexto caracterizado por la pobreza urbana?, se trabajó con el método de estudio de caso (Gundermann, 2001) y para el análisis de los materiales empíricos se utilizó la propuesta de Kleres (2010), que apunta que si las emociones son narrativas, la experiencia emocional está conformada por las circunstancias significativas para el sujeto. En este sentido, para analizar narrativamente las emociones, la ruta de indagación debe incluir las preguntas: ¿qué

ocurre, quiénes son los actores, cuál es el desenlace y las formas posibles de interpretación, así como los referentes espaciales y las temporalidades? En concordancia con Riessman (1993), el análisis requiere trascender la narrativa misma e interpretarla de acuerdo con el contexto histórico y social. De esta manera, el análisis narrativo es la forma de introducirse en un *corpus* sobre emociones.

Un elemento también central en el análisis de narrativas de emociones tiene que ver con la construcción de agencia. De acuerdo con Kleres (2010), es posible encontrar las formas diversas en que un sujeto se posiciona como agente, o bien como objeto en relación con un suceso y con respecto a otros. Algunas de las expresiones lingüísticas de las emociones que pueden ser analizadas en las narrativas son las palabras (nivel léxico), las oraciones (nivel sintáctico) y los datos no verbales como el ritmo, la velocidad, los silencios (prosodia). El análisis narrativo de las emociones permite resolver un asunto metodológico en este importante campo de generación de conocimiento en las ciencias sociales.

Caracterización del caso: un arreglo doméstico extendido con miembros envejecidos

Este caso se encuentra ubicado en el municipio de Guadalajara, en el estado de Jalisco. Este municipio es el más poblado en la entidad y también el que presenta el mayor índice de envejecimiento. La colonia se denomina Ferrocarril y antes era conocida como el *Embarcadero*. La razón del nombre tiene que ver con que los terrenos eran propiedad de Ferrocarriles Nacionales de México (FNM). Así, los pensionados y jubilados de esta compañía empezaron a utilizar estos terrenos para vivienda. Después, arribaron migrantes de pueblos indígenas y de otras colonias de la zona metropolitana de Guadalajara. En la actualidad, el estatus de los terrenos continúa siendo de asentamientos irregulares y han existido diversos procesos de participación social a lo largo de los años para mejorar las condiciones materiales del espacio habitado. Con respecto a los servicios, los habitantes de esta colonia continúan obteniendo la luz de manera irregular, cuentan con los servicios de agua, drenaje, calles pavimentadas y alumbrado público. Las necesidades más apremiantes tienen que ver con la regularización de los terrenos, la obtención de apoyos para el mejoramiento de las viviendas y el mejoramiento de

la seguridad pública, debido al vandalismo y la drogadicción existentes. En cuanto a la propiedad, hay todavía algunos ferrocarrileros que asumen que su terreno fue prestado o donado por FNM. Otros pobladores han comprado a estos exferrocarrileros el “derecho de piso” para la construcción de sus viviendas. En cuanto a apoyos del estado, varios de los residentes cuentan con los beneficios del programa federal “70 y más”, algunos otros con el programa estatal “Vive Grande”, o bien con el apoyo de programas municipales como “Guadalajara Grande”.

En relación con el caso, don Filomeno es el miembro más envejecido de este arreglo familiar extendido, cuenta con 78 años cumplidos. Es beneficiario desde hace más de tres años del programa “70 y más”.² Tiene hasta tercer grado de primaria de escolaridad y es originario del interior de Oaxaca. Fue alcohólico desde los 22 años y hace cuatro años dejó la bebida a raíz de una cirugía y complicaciones en su salud. La pareja de Filomeno es Alba, de 61 años, ambos corresiden con cinco hijos, tres nueras y seis nietos. La vivienda es una casa construida recientemente con material y piso de cemento y se encuentra inconclusa por falta de presupuesto. Filomeno trabaja de lunes a sábado durante el día en la venta de semillas en la calle, mismas que prepara en la madrugada para poder abastecer sus ventas. Es un hombre de tez morena, pelo canoso y recortado, mide aproximadamente 1.60 m y es de compleción gruesa, sus manos dan cuenta de su trabajo en el campo a lo largo de los años, principalmente en la siembra de maíz, frijol y calabaza. Se trata de un hombre cordial y dispuesto al diálogo y que aún no domina la lengua española pues, al igual que su pareja, migró a la urbe desde una región indígena. Filomeno y Alba radicaron primero en la Ciudad de México durante ocho años, pero debido a la constante inseguridad, buscaron oportunidades en la ciudad de Guadalajara y llegaron a ella a finales de la década de los ochenta.

En total se trata de 16 miembros corresidentes que cohabitan en siete cuartos y comparten un sanitario, una cocina y un patio. Además, en la misma colonia viven dos hermanos con sus parejas e hijos. Es un arreglo familiar extendido que ha ampliado su territorio físico a lo largo de los años para poder incorporar a nuevos miembros y mantener actividades de reproducción doméstica compartidas.

2. La transferencia es de \$1,500 cada tres meses por medio de tarjeta bancaria. El monto es utilizado principalmente para visitas a médicos particulares, así como para la compra de medicamentos.

La situación económica actual de Filomeno y su familia es precaria. Tanto él como su pareja e hijos desempeñan alguna actividad económica. Alba es la responsable principal de la administración de los recursos en este arreglo doméstico y se encarga de una parte importante de las tareas de reproducción doméstica (preparación de alimentos y cuidado de los hijos), así como del lavado y planchado ajeno. De acuerdo con lo reportado por Filomeno, al día puede llegar a obtener de \$5.00 a \$150.00, según vayan las ventas. De este ingreso, alrededor de \$80.00 son destinados al gasto diario en alimentación, que incluye regularmente huevos, tortillas y refrescos.

Actualmente las tierras de las que son propietarios en el estado de Oaxaca no representan ningún ingreso, los hijos contribuyen también al gasto para la alimentación de sus propias familias y es doña Alba quien se encarga de administrar los recursos. Además, Filomeno cuenta con una despesa mensual por parte de una iglesia y está condicionada a la asistencia semanal a misas, o bien a las reuniones correspondientes. Las redes sociales con las que cuentan al interior de la colonia son escasas debido a la inseguridad que se vive cotidianamente.

LAS EMOCIONES Y EL CUIDADO EN UNA FAMILIA EXTENDIDA CON MIEMBROS ENVEJECIDOS: AVANCES EN EL ANÁLISIS DE NARRATIVAS

Emociones, vejez y religiosidad

Para Filomeno, así como para muchos adultos mayores de estratos populares, el apoyo en la religión resulta central; la posibilidad de mantenerse contento y con fortaleza ante las adversidades propias de la vida, específicamente de la salud y también en el ámbito de lo económico, se amortiguan con las creencias en lo divino y en el acompañamiento y la protección social desde esa entidad intangible. Esta recurrencia hacia la religión en esta etapa de la vida ha sido ampliamente documentada por Vázquez (2003), y remite a la relevancia de establecer asociaciones complejas entre las emociones ligadas con el bienestar, como sentirse contento, acompañado y fuerte, así como las prácticas religiosas, acentuadas en esta etapa de la vida.

Ahorita nada más tengo tos, es todo lo que pienso, siento malo, muy poquito malo, un rato nomás, ya estoy más contento porque le pido a Dios nuestro Señor ique me sane, que me quite toda enfermedad que yo tengo! Y que me saque el espíritu malo que yo tengo, es todo lo que yo pienso, es lo que tengo fe en Dios nuestro Señor. Que Dios que me dan fuerzas y la vida y Dios que me acompañe todos los días [...] Dios tiene todo lo que necesitamos aquí, es por eso que tenemos que dar gracias a Dios cada momento o cada día delante de nuestro Señor. Dios da fuerzas, Dios da trabajo, Dios da todo, todo es Dios, es grande nuestro Señor (Filomeno, 78 años).

“Hacer la lucha”: trabajo, masculinidad y emociones

El cansancio, el aguante y, por otro lado, el gusto hacia las actividades económicas, por precarias que estas sean, son las emociones que surgen en interconexión cuando se indaga en los registros subjetivos sobre lo laboral en el relato de Filomeno. El cansancio está íntimamente ligado con el peso de los años y el deterioro de algunas capacidades básicas como la vista, el movimiento, el oído, entre otras. También está asociado con los tiempos cotidianos dedicados a la actividad que desarrolla Filomeno y que implican faenas de todo el día, que él asocia con una expresión emocional referida como “aguante” y que está entrelazada con la emoción del cansancio. El construccionismo social de las emociones nos permite hilvanar cuáles son las emociones que están ligadas / consteladas con una situación social en particular y que, en este caso, tienen que ver con lo laboral en un contexto de precariedad económica, sostenido a lo largo de la vida y de las generaciones (rurales) que precedieron a Filomeno, así como a las urbanas actuales que continúan experimentando la pobreza en esta reproducción social.

Por otro lado, aparece también el gusto por el trabajo y el mandato socio-cultural sobre la proveeduría económica a pesar de los estragos en la salud y la carga de la edad. Las actividades domésticas están fuera del imaginario que este hombre tiene sobre la asignación de roles de acuerdo con el género.

El gusto por el trabajo es también una emoción central que nos refiere a la necesidad de diseñar políticas públicas que alienten las posibilidades de una vejez activa en la sociedad mexicana y, especialmente, para quienes se encuentran excluidos en diversas dimensiones de la vida social.

No vendo mucho porque no puedo andar a muchos lugares en distancia [...] nada más un rato voy a dar vueltas ahí a la calle, ya no “puedo” muy bien, ya no veo, como hay muchos carros ahí en la calle donde yo paso, ya no veo muy bien y ya no oigo muy bien. Ya no puedo levantar una cosa pesada [...] y es bien cansado hasta en la tarde que llego. Y pues yo ya estoy grande y no quiero estar aquí en la casa, me voy a “hacer la lucha” aunque sea poquito.

Descanso aquí el sábado, domingo, dos días, hasta el lunes comenzamos, de lunes a viernes nada más, ya no aguanto y no quiero estar así nada más, me gusta de trabajar, me gusta de una cosa, algo, pero nada más de la casa así, no, me siento mal, pero cuando yo salgo a mi chamba entonces me da gusto, no más la cosa es que ya no veo muy bien, es todo, no oigo, ahí voy con las demás personas, ya tengo mis clientes donde yo voy ahí aunque sea poquito (Filomeno).

Solidaridad de género e intergeneracional en una familia extendida: cuidado y emociones implicadas

En esta dimensión aparecen tres emociones relevantes: el disfrute, la fortaleza y una referencia a la falta de amor. Estas emociones están íntimamente ligadas con la ética del cuidado y, en ese sentido, a las obligaciones y responsabilidades establecidas a partir de códigos culturales que centran en las relaciones de parentesco las funciones de cuidado y protección social.

El contexto normativo y expresivo (Hochschild, 2007) de las emociones está relacionado con las formas simbólicas (“nos sentimos como un tronco fuerte”) y también con las prácticas sociales del cuidado que reproducen y legitiman aquellos afectos que está permitido y alentado experimentar como la fortaleza, el disfrute y aquellos otros como el aparente “desamor” ante la no solidaridad de largo aliento en términos económicos. La obligación es entonces una condición del vínculo familiar que reproduce en muchos de los casos cargas desiguales de cuidado y la no democratización de estas al interior del grupo doméstico y más allá de este.

El contexto de lo político (Hochschild, 2007) se materializa en los puntos de tensión y conflicto que es posible desentrañar a partir de las propias narrativas (Kleres, 2010). La negación de una aportación económica por parte de la hija, que tiene que ver con sus propios compromisos y demandas en

este sentido, es entonces argumentada desde la madre como una expresión de desamor y, por tanto, como una falta severa a los códigos culturales del cuidado intergeneracional.

Es a través del rastreo de los registros emocionales vinculados al cuidado como es posible acercarnos a la producción de nuevas prácticas (cambios de facto) que confrontan e interrogan un paradigma del cuidado que resulta cada vez más insostenible ante los fenómenos sociales, económicos y demográficos que experimentamos en las sociedades contemporáneas como la mexicana. En este sentido, es imprescindible acercarnos a aquellas constelaciones de emociones que emergen ante prácticas del cuidado que tienden a la colectivización y la democratización, lejos de los procesos reproducidos intergeneracionalmente y que se relacionan con la feminización y la familiarización de los cuidados.

Me siento como la cabeza de esta casa en muchas cosas porque soy la que tomo la decisión, la que organizo el dinero que me da mi esposo y mis hijos y también soy la que cuido a mis nietos y nueras cuando me lo piden y cuando se enferman. Me entero de los conflictos que ocurren entre mis hijos y las nueras y la mayor parte del tiempo trato de dar solución a los problemas que van teniendo, porque no nos gusta estar peleados. Yo soy la que cuido a mis hijos y nietos, pero cuando yo necesito algo no recibo las cosas o atenciones como yo quisiera, y eso no debería de ser así (Alba, 61 años).

[Y cuando ya deje de trabajar] pues de todos modos están los muchachos que espero me vayan a dar unas tortillas, un taco, mis muchachos (Filomeno).

Pues llegando la edad uno ya no puede hacer mucho, ahora uno tiene que dejarse ayudar y ayudar en lo que uno pueda, porque los años siempre acaban. Cualquiera persona grande siempre ayuda a sus hijos, mientras se pueda hay que disfrutar que uno puede ayudar (Alba).

Mi esposo y yo nos sentimos como un “tronco fuerte”, ya que apoyamos a nuestros hijos en lo que podemos, desde el dinero hasta cuidar a los

nietos, hasta mi esposo juega con sus nietos en la mañana cuando están despiertos antes de irse a trabajar (Alba).

Lupe, mi hija [...] esta nació en el 72 y es la que no tiene amor para nosotros, ella siempre tiene su dinero guardado [...] (Alba).

La centralidad de la confianza para las prácticas del cuidado: las relaciones familiares extendidas y entre vecinos

En esta categoría resulta nodal la emoción de la confianza como pegamento de lo social que potencia o bien desalienta las relaciones de ayuda mutua y solidaridad entre vecinos. En el escenario de investigación estudiado, la colonia Ferrocarril, las situaciones de inseguridad cotidiana han mermado las posibilidades de intercambio recíproco y esto tiene una repercusión directa en las prácticas de cuidado comunitario. Este tema es un asunto central para la agenda social contemporánea que tiene como problema de frontera el cuidado, pues mucho de él requiere de las redes comunitarias (cadenas de cuidado) para ser sostenido a través, por ejemplo, de formas creativas de cuidado y apoyo entre vecinos más allá de las relaciones familiares extendidas, que son cada vez menores en los asentamientos urbanos marginales y resultado de continuos desplazamientos de los sujetos en desventaja socioeconómica.

La construcción sociocultural de los nervios, como se muestra en la segunda narrativa, da cuenta de las angustias que se viven cotidianamente ante la incertidumbre del retorno a casa de aquellos miembros que salen a trabajar y, en este caso, de una persona envejecida como Filomeno que además presenta dificultades para desplazarse, así como problemas de visión y oído. El cuidado social rebasa las fronteras simbólicas y materiales de la vivienda construida y nos remonta al entorno urbano que de múltiples maneras excluye a aquellos sujetos sociales que encarnan en sus cuerpos el pasar de los años en una situación de subsistencia.

Recurso a mis hermanos que viven al lado de mi casa cuando se trata de cosas de salud de mi esposo o de alguien de mi familia, solo en esos casos pido ayuda y siempre me dan el apoyo, desde llevarlo en el carro al doctor o prestarme dinero para que los vea un doctor. No me siento

con la confianza de pedir prestado dinero a mis vecinos cuando necesito ayuda, es más casi ni les hablamos a los vecinos porque vieras que son mega problemáticos (Alba).

Siento nervios de que le vaya a pasar algo a mi esposo, porque no ve bien y anda entre los carros vendiendo sus semillas. También cuando ya llega de noche mi esposo, debido a que pienso que le van a quitar su dinerito que sacó en el día, ya una vez le pasó, lo robaron aquí unas cuadas antes de llegar a la casa y lo golpearon unos policías y le quitaron su dinero (Alba).

CONCLUSIONES

El análisis de las emociones a través de las narrativas ofrece una alternativa en términos metodológicos que puede ser útil para cercar distintos objetos de estudio que tengan en su centro el estudio de las emociones en relación con distintas problemáticas sociales. La narrativa situada por medio del método de estudio de caso permite problematizar lo emocional de manera contextualizada y contribuir con algunos elementos para el entendimiento de las formas contemporáneas de significación sobre lo que conmueve las prácticas del cuidado.

El acercamiento sociocultural a las emociones, en tanto proveedoras de sentido y en relación con la problemática del cuidado, muestra su enorme potencial para evidenciar las formas contemporáneas en que se sostiene un paradigma conservador del cuidado, que es profundamente interrogado por la literatura científica y la evidencia empírica, y que nos invita a reconocer, analizar y propiciar estudios que den cuenta de las emociones ligadas con los procesos de colectivización del cuidado.

Analizar los códigos culturales sobre el cuidado y las formas en que las emociones pueden favorecer, o bien transformar estos códigos hacia procesos más equitativos y democráticos en la distribución de las cargas de cuidado, es una tarea central.

REFERENCIAS

Armon-Jones, C. (1986). The thesis of constructionism. En R. Harré (Ed.), *The social construction of emotions* (pp. 32–56). Oxford: Basil Blackwell.

- Arriagada, I. (2007). Transformaciones familiares y políticas de bienestar en América Latina. En I. Arriagada (Comp.), *Familias y políticas públicas en América Latina: una historia de desencuentros* (pp. 125-152). Santiago de Chile: CEPAL-UNFPA.
- Bazo, M.T. (2002). Intercambios familiares entre las generaciones y ambivalencia: una perspectiva internacional comparada. *Revista Española de Sociología*, 2, 117-127.
- CEPAL (2009). *Envejecimiento, derechos humanos y políticas públicas*. Santiago de Chile: CEPAL.
- CEPAL (2009a). Políticas públicas y crisis de cuidado en América Latina: alternativas e iniciativas. En *Panorama Social* (pp. 227-240). Santiago de Chile: CEPAL.
- Chakiel, J. (2000). *El envejecimiento de la población latinoamericana: ¿hacia una relación de dependencia favorable?* Santiago de Chile: Celade.
- Crespo, E. (1986). A regional variation: emotion in Spain. En R. Harré (Ed.), *The social construction of emotions* (pp. 213-214). Oxford: Basil Blackwell.
- Enríquez, R. et al. (2008). Género, envejecimiento, redes de apoyo social y vulnerabilidad en México: un estudio comparativo. En R. Enríquez (Coord.), *Los rostros de la pobreza: el debate. Tomo v* (pp. 147-210). México: Universidad Iberoamericana Puebla-Sistema Universitario Jesuita.
- Enríquez, R. (2008a). *El crisol de la pobreza: mujeres, subjetividades, emociones y redes sociales*. México: ITESO.
- Enríquez, R. (2009). Configuraciones / Reconfiguraciones familiares y violencia doméstica / social en la Zona Metropolitana de Guadalajara. En *Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia en la región centro: el caso de la Zona Metropolitana de Guadalajara, Jalisco*. Publicación electrónica: Segob-Conavim.
- González de la Rocha, M. (1999). La reciprocidad amenazada: un costo más de la pobreza urbana. En R. Enríquez (Coord.), *Hogar, pobreza y bienestar en México* (pp. 13-36). Guadalajara: ITESO.
- Gómez, E.N. (2011). *Habitar el lugar imaginado. Formas de construir la ciudad desde un proyecto educativo político*. Guadalajara: ITESO.
- Gundermann, H. (2001). El método de los estudios de caso. En M.L. Tarrés (Coord.), *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (pp. 249-288). México: Porrúa.

- Guzmán, J.M. (2002). *Envejecimiento y desarrollo en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: Celade.
- Ham-Chande, R. (1999). Conceptos y significados del envejecimiento en las políticas de población. En *Envejecimiento demográfico en México: retos y perspectivas* (pp. 41-54). México: Conapo.
- Ham-Chande, R. (2003). *El envejecimiento en México: el siguiente reto de la transición demográfica*. México: Porrúa.
- Hochschild, A. (1990). Ideology and emotion management: a perspective and path for future research. En T. Kemper (Ed.), *Research agenda in the sociology of emotions* (pp. 117-142). Nueva York: State University of New York.
- Hochschild, A. (2007). The sociology of feeling and emotion. *Sociological Inquiry*, 45(2), 280-307.
- Huenchuan, S. (2003, julio). Políticas de vejez en América Latina: una propuesta para su análisis. Ponencia presentada en el *Simposio: Viejos y Viejas. Participación, ciudadanía e inclusión social*. 51 Congreso Internacional de Americanistas. Santiago de Chile, Chile.
- Kleres, J. (2010). Emotions and narrative analysis: a methodological approach. *Journal of the Theory of Social Behavior*, 41(2), 182-202.
- Lowenstein, A. (2003). *Findings: Research Project*. Israel: University of Haifa.
- Lutz, C. (1986). The domain of emotion Word on Ifaluk. En R. Harré (Ed.), *The social construction of emotions* (pp. 113-128). Oxford: Basil Blackwell.
- Marco, F. & Rodríguez, C. (2010). Pasos hacia un marco conceptual sobre cuidado. En S. Montaña & C. Calderón (Coords.), *El cuidado en acción. Entre el derecho y el trabajo* (pp. 93-114). Santiago de Chile: CEPAL.
- Montaña, S. (2010). El cuidado en acción. En S. Montaña & C. Calderón (Coords.), *El cuidado en acción. Entre el derecho y el trabajo* (pp. 13-68). Santiago de Chile: CEPAL.
- Montes de Oca, V. (2003). Redes comunitarias, género y envejecimiento. Ponencia presentada en el *Simposio: Viejos y Viejas. Participación, ciudadanía e inclusión social*. 51 Congreso Internacional de Americanistas. Santiago de Chile, Chile.
- Najmanovich, D. (2008). *Mirar con nuevos ojos. Nuevos paradigmas en la ciencia y pensamiento complejo*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

- Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe (2012). Los programas de transferencias de ingresos, la protección social, la autonomía y el trabajo de las mujeres. *Informe 2012*.
- OMS (2002). Envejecimiento activo: un marco político. *Revista especializada de Geriátría y Gerontología*, No.37, 74-105.
- Pautassi, L. (2010). Cuidado y derechos: la nueva cuestión social. En S. Montaña & C. Calderón (Coords.), *El cuidado en acción. Entre el derecho y el trabajo* (pp. 69-92). Santiago de Chile: CEPAL.
- Perinbanayagam, R.S. (1989). Signifying emotions. En D. Franks & M. Doyle (Eds.), *The sociology of emotions: original essays and research papers*. Greenwich: Jai Press.
- Riessman, C. (1993). *Narrative analysis. Qualitative research methods series*, 30. Newbury Park: SAGE.
- Robles, L. (2003, julio). Una vida cuidando a los demás. Una carrera de vida en ancianas cuidadoras. Ponencia presentada en el *Simposio: Viejos y Viejas. Participación, ciudadanía e inclusión social*. 51 Congreso Internacional de Americanistas. Santiago de Chile, Chile.
- Robles, L. (2007). *La invisibilidad del cuidado a los enfermos crónicos. Un estudio cualitativo en el barrio de Oblatos*. Guadalajara: CUCS-Universidad de Guadalajara.
- Salgado, N. & Wong, R. (2003). *Envejeciendo en la pobreza. Género, salud y calidad de vida*. México: Instituto Nacional de Salud Pública-Instituto Nacional de Desarrollo Social.
- Siqueiros, L.F. (2009). El entorno habitacional formal e informal. En *Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia en la región centro: el caso de la Zona Metropolitana de Guadalajara, Jalisco*. Guadalajara: Segob-Conavim.
- Vara, M.J. (2006). Precarización de la existencia y huelga de cuidados. En M.J. Vara (Coord.), *Estudios sobre género y economía* (pp. 104-135). Madrid: Akal.
- Vázquez, F. (2003). *Contando nuestros días. Un estudio antropológico sobre la vejez*. México: CIESAS.
- Viveros Mandriaga, A. (2001). *Envejecimiento y vejez en América Latina y el Caribe: políticas públicas y las acciones de la sociedad*. Proyecto Regional de Población. Santiago de Chile: Celade-FNUAP.

Miedo y vulnerabilidad en la casa. Aproximación a situaciones límite en la vida urbana de la Ciudad de México

REYNA SÁNCHEZ ESTÉVEZ

Resumen: *El trabajo presenta una muestra de conductas de la vida cotidiana de mujeres de diversos estratos con respecto a los espacios públicos y privados; se hace particular énfasis en la expresión significativa de las emociones que suscita el encierro y en los significados que adquieren los espacios sociales. También es posible observar en los testimonios formas de relacionarse con los entornos de la vida cotidiana en las urbes contemporáneas, que son producto, por una parte, de condiciones estructurales y, por otra, de la construcción de “miedos sociales” como pieza de las relaciones de poder.*

Palabras clave: *vida cotidiana, emociones, encierro, significados.*

Abstract: *This paper presents a sample of everyday behaviors among women from different social strata with respect to public and private spaces; special emphasis is placed on the meaningful expression of emotions evoked by confinement and on meanings that social spaces take on. The testimonies also provide evidence of ways of relating to one's surroundings in contemporary cities that result on the one hand from structural conditions and on the other from the construction of “social fears” as a component of power relations.*

Key words: *everyday life, emotions, confinement, meanings.*

La sensación de ser vulnerable, de estar en peligro, de ser susceptible al daño, a la muerte, a la violencia, lleva a mujeres de la Ciudad de México a mantenerse encerradas en su casa por voluntad. Mantienen un modo de vida en el que prefieren abandonar, casi totalmente, la vida social. Presentaremos algunos testimonios obtenidos en diversas entrevistas a profundidad realizadas para conocer las condiciones de vida de mujeres habitantes de la

ciudad, en el marco de la investigación de tesis del doctorado en Ciencias Sociales. En las entrevistas resultó muy interesante la repetición de estas conductas y la expresión significativa de las emociones que suscitaban el encierro. Los testimonios llevan a la reflexión sobre los procesos de distorsión que se experimentan en las sociedades contemporáneas, producto —tal vez— de lo que diversos investigadores han catalogado como “la nueva Edad Media”, un periodo en el que se advierten algunos retrocesos en la vida social. Es interesante la indagación de este tipo de significaciones, pues están dadas las condiciones sociales y políticas para su expansión.

Los significados que se analizaron tienen que ver con la tensión resultante entre el afuera y el adentro, entre los espacios públicos y los privados, y son resultado también de la coyuntura político económica que viven las grandes urbes; llama la atención que los sentidos que aquí aparecen no se distinguen por la clase social sino que están en relación con el género; en las voces de estas mujeres se percibe con claridad la diferencia entre los roles masculinos y femeninos, también se observa cómo las mujeres han interiorizado una vinculación entre la disposición geográfica de los lugares y el temor. A decir de Judith Butler: “Cada uno de nosotros se constituye políticamente en virtud de la vulnerabilidad social de nuestros cuerpos [...] sujetos a otros, amenazadas por la pérdida, expuestos a otros y susceptibles de violencia a causa de esta exposición” (2006, p.46).

En la expresión de estas mujeres es posible apreciar ese sentimiento de vulnerabilidad; su autoencierro en la casa. Esta reclusión se caracteriza por ser una forma de enclaustramiento que es autoinfligida por los sujetos, todas mujeres, con plena conciencia de estar aisladas, segregadas del mundo, pero que es aceptada, aun conociendo sus consecuencias porque es una opción que se considera preferible. Dicha aceptación se genera principalmente porque en el balance que el sujeto hace, se estima gozar de mejores condiciones adentro que afuera, en el interior, sobre todo de la casa, que en la calle, o simplemente en cualquier sitio público de la ciudad. La casa se ha vuelto una unidad de defensa contra el peligro externo y la calle una “zona de sacrificio” en términos de Furio Colombo (2004, p.47).

Estas mujeres viven *encerradas* en su casa, algunas hasta un grado que puede considerarse limítrofe con una patología; prácticamente no salen de su vivienda, algunas solo lo llegan a hacer si son acompañadas de uno de los miembros de su familia y en contadas ocasiones, o por tener una necesidad.

Otras mujeres siguen una rutina que involucra mínimas salidas semanales por las compras que requieren, por lo general una o dos; estos alejamientos son hacia lugares muy cercanos a su domicilio, conocidos, y en periodos de muy corta duración. Fuera de estos breves distanciamientos de su morada, no conciben algún otro tipo de paseo o desplazamiento.

Este aislamiento voluntario tiene dos grandes causas expresadas por las entrevistadas, el miedo al exterior y la pobreza (que involucra no solamente los recursos económicos sino también una pobreza de tipo cultural, a la cual nos referiremos más adelante). Estas dos grandes causas pueden encontrarse por separado o conjugarse en algunos de los casos.

Un primer elemento que salta a la vista es la ausencia casi total del vínculo colectivo; puede observarse que estas mujeres han roto casi por completo todo lazo con los otros, ya sean vecinos o familiares, se encuentran reclusas, no platican, no se acercan a sus vecinos y con la familia su relación se ha reducido a charlas telefónicas esporádicas, o a alguna visita por motivos festivos. El vínculo social solamente se mantiene con los medios electrónicos, el radio y la televisión; es solo a través de estos dispositivos que se establecen relaciones con el mundo. Concordamos con Mabel Piccini (1993) cuando señala que se presentan

[...] renovadas modalidades de encierro en las sociedades contemporáneas. El encierro, en este caso, como libertad de encerrarse y de gozar —o al menos tranquilizarse— con el placer que este encierro procura. *Es el universo de la comunicación a distancia y de las culturas portátiles*, el sometimiento, por consenso y de acuerdo, del sujeto que encuentra nuevos puntos sensibles de identificación y de acción comunicativa en la programación flexible de las culturas de la imagen (p.15).

Efectivamente, este sometimiento a los ritmos, a las actividades, a la planificación, al ordenamiento de la vida cotidiana a partir de la dinámica que establecen los dispositivos electrónicos, es factible encontrarla en los testimonios de las mujeres:

Yo enciendo la tele desde que me levanto hasta que me duermo, como estoy casi todo el día sola, pues es lo que me acompaña, y aunque esté haciendo la comida o lavando, de todas maneras el ruido me acompaña,

en las mañanas me apuro, para que después de la comida ya me siente a ver las novelas sin que nada me interrumpa, ya cuando llega mi marido en la noche pues ya vemos alguna novela y luego las noticias para dormirnos (testimonio de Andrea).

Andrea sigue esta rutina todos los días de la semana, puesto que no le gusta salir sola, prefiere esperar hasta el domingo que es el día que su esposo puede llevarla al supermercado más cercano a comprar lo que necesita para la semana. Su único alejamiento del hogar puede ser para comprar tortillas a unas cuantas calles de su casa y procura comprar suficiente cantidad para ir solo una vez en siete días, todo lo demás lo consigue en su visita al supermercado.

A la pregunta sobre si le gusta salir a pasear los sábados o domingos, responde afirmativamente, pero nunca o casi nunca pueden salir, ya sea porque su esposo está cansado, porque no tienen dinero para ir a ningún lado o porque todo está lejos, y las salidas nocturnas son impensadas por los riesgos que se pueden correr. Señala Umberto Eco (2004): “Inseguridad’ es una palabra clave: hay que colocar dicha sensación dentro del cuadro de las angustias milenaristas” (p.23). Se trata, como señala Piccini (1993), de un declive de lo comunitario, de un retraimiento y una privatización de las costumbres que: “marca el pasaje en las sociedades contemporáneas de la acción a la contemplación, del tiempo de trabajo al uso del tiempo libre, de las rutinas de la producción a las rutinas del consumo, de la esfera pública al retraimiento en la esfera privada, de la comunicación interpersonal a la comunicación a distancia” (p.14).

Para las mujeres entrevistadas la vida está limitada a los quehaceres domésticos, no se imaginan teniendo una vida productiva fuera de estas labores, su tiempo libre está destinado al cuidado de los hijos, cuando los tienen, a veces ni siquiera se ocupan demasiado de su propia persona, y también a la contemplación de la pantalla televisiva, a la que sí destinan buena parte de su *tiempo de ocio*.

Por lo general, la mañana está dedicada a las rutinas de limpieza y arreglo de la casa y en las tardes se disponen a ver televisión hasta que llegan sus cónyuges. Ya acompañadas, las rutinas no varían mucho: cenar, el aseo y de nuevo ver la pantalla hasta que se duermen. Las pocas salidas que programan están circunscritas al consumo sobre todo de víveres, puesto que

ni siquiera acostumbran *pasear* por los centros comerciales y, por supuesto, han reducido sus vínculos sociales al mínimo.

Es posible observar que estas modificaciones en las rutinas y costumbres de la vida diaria son fácilmente adjudicadas a la situación económica, sin embargo, podemos considerar que la mayor parte de las actividades que se realizan de manera comunitaria no requieren más recursos, como pueden ser la plática con los vecinos, las visitas a la familia, los paseos al aire libre, entre otros. Pero en las sociedades contemporáneas se ha creado una atmósfera que liga la vida comunitaria con el consumo y el gasto, por lo que, como señala Piccini (1993), se produce un desplazamiento del goce de la vida social, de la compañía de los otros, de los desplazamientos por la ciudad, hacia lo meramente contemplativo, reducido al disfrute de los que se presenta de manera fundamental en las pantallas de los medios electrónicos, que cerrando el círculo exacerba la sensación de peligro inminente.

La misma autora caracteriza los medios de comunicación como instituciones totalizadoras, en referencia a las instituciones totales, que sí se constituyen como redes de control y que precisamente requieren de los individuos ese autocontrol “como efecto Terminal”, y que denomina “el encierro en la privacidad” (Piccini, 1993, p.17).

Este control es un efecto del poder, puesto que la generación de miedo, de inseguridades entre la población, a través de la promoción exhaustiva de las actividades delictivas, de la repetición incansable de imágenes sobre asaltos, asesinatos, atentados, catástrofes, entre un sinnúmero de significaciones que de forma cotidiana se presentan en los medios electrónicos, provocan lo que Enrique Guinsberg (2004) denomina “psicosis mediática”; el autor advierte que esta se ha producido como un medio que busca intencionalmente la promoción del temor y del miedo en la sociedad (pp. 227-233). Temores que, alimentados desde las esferas del poder, generan en los individuos la búsqueda de la seguridad en el poder constituido, la aceptación de la restricción de los derechos humanos o constitucionales y también desmotivan la vida comunitaria, la interacción social y promueven “el retorno a la protección de la vida privada” (Piccini, 1993, p.14).

El testimonio de Nayeli es muy esclarecedor en este sentido, frente a la pregunta sobre cuáles son los lugares a los que tiene miedo, la respuesta es contundente: “Es la ciudad, en general es la ciudad, sobre todo lo que me queda más lejos, siempre estoy en el terror de salir más lejos, por ejemplo,

los pueblos de por aquí, son más tranquilos, pero aun así me dan miedo” (entrevista personal a Nayeli).

Aquí nos encontramos no solo frente a una exaltación del individualismo o un retorno a lo privado, también nos muestra cómo el estado construye un ambiente en el que *el afuera* vuelve a adquirir connotaciones peligrosas, con lo que se promueve la reclusión en los espacios más íntimos. Abilio Vergara (2006) define a las reclusiones como: “Dispositivos estructurados para fijar o retener en un lugar o territorio, creadas de manera espontánea o planificada, como zonas que inmovilizan a la población; la conciencia de estar atrapados es diversa. Sus expresiones son las zonas de pobreza extrema, la prisión, el asilo y la casa” (p.113).

La casa se convierte, así, en un espacio de reclusión; expresiones como: “estoy más segura en mi casa”, “solo adentro está uno en paz”, “prefiero estar aquí que exponerme a salir y mucho menos de noche”, “ya a partir de que oscurece no salgo para nada”; constituyen solo una muestra de las connotaciones que adquiere la brecha que existe entre el adentro y el afuera, lo privado y lo público, lo seguro y lo peligroso, la tranquilidad y la vulnerabilidad. Pero señala Eco (2004): “La inseguridad no sólo es ‘histórica’, es también psicológica, forma un todo con la relación hombre-paisaje, hombre-sociedad. El hombre medieval erraba por los bosques de noche y los veía poblados de presencias maléficas, no se aventuraba fácilmente fuera de las zonas habitadas, iba armado, condiciones de las que está cerca el habitante de Nueva York” (p.24). Y también los habitantes de la Ciudad de México, agregaríamos. Salir, aventurarse a esos espacios peligrosos es una opción, la otra es encerrarse y amurallar la morada. En nuestras colonias es cada vez más común encontrar una gran cantidad de mecanismos y dispositivos que se instalan en los hogares para aumentar esa *seguridad*, cada vez más proliferan todos aquellos mecanismos que buscan la protección en el interior de la casa. Se establecen límites: puertas, bardas, rejas, alambres de púas, también artefactos y maquinarias para el cierre y la *protección* de los espacios privados, desde los más comunes como cerraduras, candados, cadenas o perros, hasta los más sofisticados, como las cámaras para circuito cerrado de televisión, los guardias de seguridad o los diversos tipos de alarmas.

El encierro es una clausura desde *el adentro*, como señala Osorio (1993, pp. 56-59); estos mecanismos muestran la dificultad de atravesar límites implantados, aunque la salida no está vedada, sí está limitada y lo que se

encuentra prohibido es la entrada de todo aquel que pueda ser considerado peligroso o a veces simplemente desconocido o ajeno. En estos encierros es posible observar una *voluntad de permanecer* en ese adentro, de establecer esas fronteras, de separarse, de aislarse. Las mujeres que hablan aceptan conscientemente que la condición de estar dentro de su casa, de no salir, de no alejarse de esos espacios, les proporcionan seguridad, estabilidad, Y se convierten a sí mismas en sujetos de exclusión, condición preferible a la posibilidad del riesgo de los espacios públicos. Como señala Osorio (1993):

Voluntad o no, de ser sujeto de exclusión circunscrito a un determinado espacio, fundado en lo social, vinculado profundamente a él y a la vez marginado del mismo. Circunstancias que marcan un habitar, dándoles forma y sentido especiales [...] En el deseo o no de habitar un encierro se pone en juego un sujeto marcado por lo social, como sujeto de exclusión. Se pone en juego lo activo o pasivo del sujeto en la medida en que sea excluido por otro o se excluya a sí mismo incluyéndose en un espacio de reclusión (p.59).

Para Piccini (1993), este retorno a la protección de la vida privada, aunado a renovadas formas de individualismo como tendencias dominantes de la moral de fin de siglo, forman parte de

[...] innumerables factores, entre otros, las estrategias de recesión en todos los ámbitos, no solo el económico sino también el político y su cauda de decepciones y fracasos, la desmovilización generalizada de los grupos ante las estrategias centralizadoras que han redistribuido la injusticia y la marginalidad en diversos sitios del planeta, la incertidumbre acerca del futuro que la historia concreta se ha encargado de ensombrecer y la disgregación paulatina, a partir de las fórmulas neoliberales de transnacionalización de capitales y cultural, de los lazos sociales (p.14).

Las mujeres entrevistadas coinciden en señalar variados rasgos de marginalidad: las condiciones económicas como elemento fundamental que impide realizar gastos para salir, trasladarse, ir de paseo o de compras, o para efectuar otro tipo de actividades como el estudio, o la diversión; pero también una pobreza que va más allá de los recursos económicos y que impide

la visibilidad de otras alternativas, es decir, una pobreza en la posibilidad de encontrar opciones culturales.

Al mismo tiempo, la mujeres hablan de la imposibilidad de mantener vínculos sociales ya sea por desconfianza o por temor, pero también por *la lejanía de los sitios*, lo cual, como señala la misma autora, nos habla de la disgregación de los lazos sociales. “No salgo principalmente porque no tengo dinero, y hasta para ir al súper se necesita dinero, a veces se puede decir que no tengo para los pasajes, no tengo carro, entonces cómo me muevo, a mi hermana a veces la llego a ver una vez al año, porque para ir a su casa tengo que tomarme todo un día y gastar para ir a verla, entonces nada más nos hablamos de vez en cuando” (testimonio de Beatriz).

Se puede observar una autodisciplina, un conjunto de restricciones que son autoimpuestas, cada vez más extendidas, aceptadas, interiorizadas como algo normal o natural, como parte de las limitaciones de la vida cotidiana o de la vida en las grandes urbes; es interesante observar que no se percibe en los testimonios de la mujeres ninguna incomodidad, algún tipo de resistencia o rasgos de protesta y menos aun enojo.

Tampoco se vislumbra en sus discursos la posibilidad de modificar esas exigencias que ellas mismas se imponen, por el contrario, hay aceptación, consenso, hasta podría decirse resignación. En esta ausencia de expresión de cuestionamientos frente a las trabas impuestas, nos encontramos lo que Piccini (1993) nombra como un tipo de autocontrol.

De ahí que pueda también señalarse una pobreza cultural no solo en el aspecto formal de la educación, ya que varias de las mujeres entrevistadas tienen estudios a nivel medio sino que el rango de sus posibilidades de elección es bastante limitado, lo cual no les permite la percepción de algún tipo de alternativa. Sus opciones se circunscriben a aceptar tácita o explícitamente aquellas condiciones que el medio les impone: “Llegaba a salir porque teníamos que comer para sobrevivir, si no, no salía y salía lo más rápido que podía, siempre con ese miedo” (testimonio de Nayeli).

Para Baz (1993), es posible encontrar en estos dispositivos disciplinarios un tipo de relación entre los cuerpos, los espacios y el tiempo, que se puede observar con claridad en esa vida rutinaria y monótona que las entrevistadas construyen día con día: “Las sociedades modernas han instituido los dispositivos disciplinarios a través del manejo del *espacio*, de los lugares cerrados, de la distribución y circulación de los cuerpos, de las presencias

y ausencias, y del empleo del *tiempo*, de su estricta regulación, del gesto eficaz, del engranaje cuerpo-instrumentos” (p.116).

Así, se han *instituido*, en términos del mismo autor, lugares peligrosos *versus* lugares seguros, sitios abiertos a la libre circulación de los cuerpos y espacios cerrados, prohibidos; estos espacios no pueden ser separados de los tiempos, de los horarios, a qué hora y cómo se puede transitar por tal o cual sitio o qué puedo o no hacer según la hora. Esta interrelación de coordenadas espacio-temporales genera trayectorias que a su vez van estableciendo rutas, recorridos, itinerarios posibles e imposibles. Otro aspecto que puede cruzarse con los ejes de tiempo y espacio es el de la clase social, ya que en este mapeo de lo transitable y lo intransitable también se inmiscuyen las interdicciones para ciertos grupos sociales. Las prohibiciones implícitas y explícitas de llegar, usar, invadir, trasgredir sitios o zonas que pueden estar vedados según el grupo social al que se pertenezca: Santa Fe para los desposeídos o Iztapalapa para quien ostenta ser de la clase alta podrían ser algunos ejemplos limítrofes. “Si es de noche no pasamos de esta calle, porque aquí hasta cierto punto nos sentimos un poco seguros, pero más allá de la reja solo en el día, y aun así, a veces aquí en la esquina trataron de quitarle la bicicleta a mi hijo. Y para allá a las otras colonias, los chavos no pueden ir, porque llegan las banditas y hasta aquí a la entrada los persiguen, por eso juegan pero nada más hasta aquí hasta el eje” (testimonio de Mireya).

Estamos ante límites y barreras *materiales*, como las rejas o bardas que separan los diferentes lugares, pero también frente a barreras simbólicas que los propios actores establecen en su actuar cotidiano, como señala Abilio Vergara (2006):

La acción de los actores condiciona las *perspectivas* del *tiempo* y del *espacio* en los territorios y lugares de la ciudad y determina la extensión del *horizonte*, acciones que se realizan bajo las compresiones estructurales. Dichas acciones no son, de manera alguna, meramente funcionales, racionales o físicas sino fundamentalmente imaginarias, es decir, simbólicas y expresivas (p.112).

Efectivamente, en los testimonios de estas mujeres es posible observar el claro límite de su horizonte, el establecimiento de esas fronteras simbólicas

entre el adentro y el afuera, entre el riesgo y la seguridad. Establecen los confines de su espacio posible y es ahí donde se mueven.

Estamos ante un conjunto de modificaciones en la perspectiva del encierro, de esas reclusiones que trabaja Michel Foucault (1981, pp. 96-100) cuando después de la Revolución francesa se abrieron las “casas de internamiento”, con el propósito de aislar todo aquello que fuera considerado un peligro para la sociedad, los locos, los enfermos, los delincuentes, a un nuevo tipo de aislamiento, pero ahora son los miembros de la sociedad quienes se recluyen en sus casas, para establecer muros visibles e invisibles entre el afuera y el adentro, límites materiales y simbólicos que los resguardan de todos los peligros del exterior.

Si bien se acepta, de acuerdo con Guinsberg (2004), que la inseguridad ha aumentado, o que por lo menos hay una mayor conciencia de los niveles que esta alcanza, y que en el imaginario colectivo también ha adquirido una mayor importancia, incrementando la ansiedad y la angustia frente a peligros que pueden estar en cualquier parte y llegar en cualquier momento, también es cierto que:

Intencionalmente se promueve el reforzamiento de las condiciones de inseguridad y miedo para el cumplimiento y consolidación de [los] proyectos hegemónicos [...] y que (con ciertos acontecimientos; como el 11 de septiembre) se crea un comprensible estado de temor por el derrumbe) de la creencia en la seguridad y la invulnerabilidad [Son las autoridades quienes procuran] mantener un buscado estado de tensión constante que sirve al estado de guerra existente (p.228).

Ese estado de permanente tensión, de crisis alargada por los medios de comunicación, se manifiesta en el constante temor de algunas de las mujeres entrevistadas a todo aquello que signifique *el exterior*, al grado de permanecer voluntariamente en un enclaustramiento que parecería inconcebible. Encierro que se convierte en exclusión a veces casi total del mundo de lo social. “Mi marido me deja cerrado con llave, como no tengo a qué salir, el niño todavía no va a la escuela, y él cuando llega me trae todo lo que necesito, entonces me siento más segura encerrada, aquí me pongo a hacer mi quehacer y cuando termino nos ponemos a jugar o a ver la tele y ya en la noche espero a mi esposo a que llegue” (testimonio de Guillermina).

Como afirma Osorio (1993), “en el universo de lo social, no todos los espacios delimitados permiten un libre acceso o salida; algunos se encuentran circunscritos a límites que vedan su transgresión, prohibiendo el paso, cerrando el pasaje del adentro hacia el afuera o viceversa” (p.55). En los casos analizados, los límites que estas mujeres se imponen, que aceptan voluntariamente, las contienen, impiden o por lo menos disminuyen su ansiedad. Pero al mismo tiempo configuran un conjunto de ordenamientos sobre sus propias vidas. Prohibiciones, espacios vedados, y sobre todo significados que marcan las existencias. “Ni las chapas o la seguridad del barrio, me hacían sentir bien, ni siquiera en mi casa me sentía segura, porque pensaba, pues, rompen una ventana y se meten y llegaba a veces a estar encerrada en la recámara, nada más oyendo los ruidos para ver si no se había metido alguien, y así, aquí con las niñas, metida en el cuarto. Hasta que ya llegaba él y ya pues un poco, me sentía mejor” (testimonio de Nayeli).

Las murallas simbólicas y materiales que estas mujeres levantan a su alrededor, son solo una muestra de estos autoencierros, de lo que podría denominarse un nuevo ciclo de retraimiento de la vida pública por la expansión de la vida privada y de un acotamiento de las libertades a favor de la *seguridad*.

A manera de conclusión, se puede señalar que aunque los casos aquí presentados no pueden ser considerados una constante, sí son una muestra de conductas y, sobre todo, de los significados que adquieren los espacios sociales. También es posible observar en los testimonios formas que pueden advertirse en la vida cotidiana en las urbes contemporáneas, y que son producto tanto de condiciones estructurales como de la construcción de “miedos sociales” en las relaciones de poder.

Un segundo aspecto que nos parece relevante es el aislamiento social que aparece como resultado de los temores, pero que también muestra que la pobreza en la que viven determinado tipo de familias no se limita a la cantidad de recursos económicos de los que disponen sino que se traduce en la imposibilidad del establecimiento de redes de apoyo, de vínculos sociales que de manera horizontal sustituyan o ayuden a resolver necesidades de otra índole y también a la escasez de recursos culturales que impiden el disfrute y el gozo, realizando actividades que no requieren ni el consumo ni el gasto monetario.

Lo aquí expuesto resulta también de interés para sucesivas reflexiones acerca de la forma en que son interiorizadas, aceptadas e incluso legitimadas, formas de autorreclusión y de aislamiento que podrían parecer contrarias a las ideas de libertad, independencia y autonomía que supuestamente serían parte constitutiva de los sistemas “democráticos modernos”.

REFERENCIAS

- Baz, M. (1993). La entrevista de investigación en el campo de la subjetividad. En I. Jaidar (Comp.), *Caleidoscopio de subjetividades*. México: UAM-Xochimilco.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Colombo, F. (2004). Poder, grupos y conflicto en la sociedad neofeudal. En U. Eco et al., *La nueva Edad Media* (pp. 38-75). Madrid: Alianza Editorial.
- Eco, U. (2004). *La Edad Media ha comenzado ya*. En U. Eco et al., *La nueva Edad Media* (pp. 9-35). Madrid: Alianza Editorial.
- Foucault, M. (1981). *Un diálogo sobre el poder*. Madrid: Alianza Editorial-Materiales Estudios y Publicaciones.
- Guinsberg, E. (2004). *La salud mental en el neoliberalismo*. México: Plaza y Valdés.
- Osorio, M.L. (1993). Avatares de una clausura. *Revista Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, No.5, junio. México: UAM-Xochimilco.
- Piccini, M. (1993). Ventanas artificiales: los nuevos espacios de la reclusión. *Revista Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, No.5, junio. México: UAM-Xochimilco.
- Vergara Figueroa, A. (2006). *El resplandor de la sombra*. México: Ediciones Navarra.

Acerca de los autores

Irma de Lourdes Alarcón Delgado es doctora en Antropología, Escuela Nacional de Antropología e Historia (2007). Profesora Asociada Tiempo Completo FESI-UNAM. Psicología, desde 1980. Investigación sobre maternidades y familias; embarazos de alto riesgo y pérdidas perinatales; estudiantes universitarias madres; parejas heterosexuales y trayectorias de vida hacia la equidad, salud de las mujeres. Algunas publicaciones: *La mujer, la maternidad y la pareja: mitologías y posibilidades de una tematización diferente* (1991); *Cohesión y adaptabilidad en familias con pacientes de Alzheimer de la Ciudad de México* (2002); *Buscando la equidad: la tensa relación entre el amor y la justicia* (2007); *Conciliación de la vida familiar y laboral en parejas heterosexuales* (2012); *Challenges of fair love in mexican couples* (2014).

Camilo Artaza Varela es licenciado en Psicología (Santiago de Chile), magister en Psicología Social (ucv, Caracas) y psicólogo social con experiencia de trabajo comunitario, investigación y docencia. En la línea comunitaria lleva el trabajo de grupos, con el desarrollo de herramientas como el sociodrama, psicodrama, educación popular, amplificación sociocultural y trabajo en redes. Área de experticia orientada al trabajo con hombres que ejercen violencia basada en género. Experiencia en promoción, prevención y tratamiento de problemáticas psicosociales tales como infancia, adolescencia, violencia intrafamiliar, género, drogas e infracción de ley. En la investigación actualmente desarrolla tres líneas desde el enfoque psicosocial: i) masculinidades, ii) violencias cotidianas y iii) participación social y comunitaria.

Rocío Enríquez Rosas es doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Antropología Social por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-Occidente). Tiene una certificación en Gerontología por la Universidad del Norte de Texas. Es profesora investigadora del Departamento de Estudios Socioculturales del Instituto Tecno-

lógico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores en el nivel II (SNI-Conacyt). Sus líneas de investigación son: vejez, envejecimiento, cuidados y bienestar social; la construcción sociocultural de las emociones y procesos de inclusión y exclusión social, pobreza y política social, sobre las que ha coordinado varios proyectos de investigación y libros. Es coordinadora junto con Magdalena Villarreal del libro *Los retos de la política pública ante el envejecimiento en México*, y es autora del libro *El crisol de la pobreza: mujeres, subjetividades, emociones y redes sociales*; así como de los capítulos: Envejecimiento, redes y protección social en México: reflexiones a partir de estudios de caso. En *Nueva ronda de reformas estructurales en México, ¿nuevas políticas sociales?* (2016); De la féminisation a la collectivisation des prestations de soin. Les programmes sociaux pour personnes âgées á Guadalajara. En *La care, face morale du capitalisme* (2017). Actualmente coordina el proyecto de investigación financiado por el ITESO: Subjetividades, emociones y procesos de colectivización del cuidado en la vejez: un estudio comparado: México, España y Uruguay.

Margarita Estrada Igúiníz es investigadora del CIESAS-Ciudad de México. Doctora en Antropología por la FFYL-UNAM y miembro de la Academia Mexicana de Ciencias. Su trabajo de investigación se ha centrado en los estudios del parentesco y la familia, y la antropología económica. En particular, ha estudiado la relación entre familia y trabajo. Entre sus publicaciones recientes están *¿Y los otros parentescos? La construcción de las familias combinadas en la Ciudad de México* (2017); *Matrimonio, intereses, afectos, conflictos. Una aproximación desde la antropología, historia y demografía, siglos XVIII al XXI* (2015); *A la deriva. Vida cotidiana y violencia en Huitzilac, Morelos, México.*

Fernando Huerta Rojas es doctorante en Antropología por la Facultad de Filosofía y Letras-Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM. Profesor investigador de la UACM. Adscrito al Centro de Estudios Interdisciplinarios de Género y a la Academia de Arte y Patrimonio Cultural. Integrante y miembro fundador de la Academia Mexicana de Estudios de Género de los Hombres. A.C. Miembro de la Red Nacional de Investigadores en los Estudios Socio-Culturales de las Emociones. Investiga: a) las expresiones sentimentales de género de los hombres, en letras de la música popular ranchera, bolero y balada; b) las prácticas deportivizadas de género de los

hombres que juegan al fútbol; Los futbolistas y sus cuerpos: representaciones y simbolizaciones genéricas masculinas de las políticas públicas deportivas.

Ana María López Gallegos† fue profesora-investigadora de la Facultad de Psicología en la Universidad Autónoma de Coahuila. Psicóloga por la Universidad Autónoma de Coahuila, maestría en Psicología Social y maestría en Ciencias con Orientación en Trabajo Social por la Universidad Autónoma de Nuevo León y doctorado en Filosofía con Orientación en Trabajo Social y Políticas Comparadas de Bienestar Social por la misma universidad. Realizó proyectos de investigación sobre programas de salud para las mujeres, masculinidad y violencia contra las mujeres, tema sobre el cual publicó algunos artículos. Después de una batalla contra el cáncer cerró sus ojos el 7 de septiembre de 2016.

Olivia Guadalupe Penilla Núñez es maestra en Antropología Social por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales de CIESAS Occidente. En formación como psicoanalista desde 2008 y acreditada en 2017 por el Círculo de Estudios Psicoanalíticos de México en Guadalajara. Profesora en el Departamento de Psicología, Educación y Salud en ITESO desde 2010. Investigadora Asociada del proyecto para la creación de un Centro de Investigación Dialógica y Transdisciplinaria (CIDYT) de 2012 a 2014. Promotora de dispositivos alternativos para la escucha y el encuentro de los sujetos y sus grupos. Publicaciones: coautora del capítulo: Narrativa dialógica. Experiencia compartida, diálogo perpetuo: IDYT. En *Trayectos y vínculos de la investigación dialógica y transdisciplinaria. Narrativas de una experiencia*.

María Elena Ramos Tovar es profesora-investigadora de la Facultad de Trabajo Social y Desarrollo Humano. Socióloga por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León, cuenta con una maestría en Sociología y doctorado con la misma especialidad, estudios realizados en la Universidad de Tulane, Nueva Orleans, Estados Unidos en 1994 y 1999 respectivamente. Reconocida por el Sistema Nacional de Investigadores, Nivel II. Miembro de Cuerpo Académico en Consolidación “Género, Cultura e Identidades” CA-UANL-235. Líneas de investigación: gé-

nero, familia, migración y salud mental. Ex consejera del Instituto Estatal de las Mujeres (2016–2017). Entre sus últimas publicaciones: *Género, ciencia y tecnología en las políticas públicas mexicanas* (2017). *Reconocimiento, derechos humanos e intervención social. Migrantes en el noreste de México* (2017).

María Alejandra Salguero Velázquez es doctora en Sociología por la FCPYS-UNAM. Profesora titular de la carrera de Psicología de la FESI. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores, y forma parte del padrón de Tutores del Doctorado en Psicología. Ha publicado cinco libros: 1) *Reproducción y paternidad. Experiencias y aprendizaje de los hombres*; 2) *Identidad masculina. Elementos de análisis en el proceso de construcción*; 3) *Dilemas y conflictos en el ejercicio de la maternidad y la paternidad*; 4) *¿Y si hablas desde tu ser hombre?*; y 5) *Paternidad, relaciones de pareja y sexualidad*. Líneas de investigación: género, masculinidad y paternidad. Invitada por la UNESCO con el tema de paternidad a la conferencia: *Vinculando a los varones con el logro de la igualdad de género en América Latina y el Caribe*.

Reyna Sánchez Estévez es doctora en Ciencias Sociales (UAM-X). Profesora-Investigadora. Licenciatura en Comunicación Social, posgrado en Comunicación y Política de la UAM-Xochimilco. Líneas de investigación: símbolos y representaciones colectivas, movimientos sociales, espacios públicos y privados. Algunas publicaciones: *Los símbolos en los movimientos sociales. El caso de Superbarrio*, Los sismos y los marcos de acción colectiva. En el contexto de una política de vivienda neoliberal. En *Lo complejo y lo transparente* (2017). Lo simbólico en la confrontación política. En *Los movimientos sociales desde la comunicación. Rupturas y genealogías* (2015).

Verónica Suárez-Rienda es candidata a doctora en Ciencias Médicas, Odontológicas y de la Salud (Facultad de Medicina, UNAM). Egresada de la Escuela Universitaria de Trabajo Social de la Universidad de Granada, España, con experiencia de prácticas de campo en instituciones residenciales para adultos mayores (1998–2002). Licenciatura de Antropología Social y Cultural de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada (2002–2006). Maestría de Antropología: Salud e Historia de la Facultad de Medicina de la Universidad de Granada (2006–2009) y egresada de la Maestría en Antropología Social del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en

Antropología Social, Sede Golfo (Xalapa, Ver.). Investigadora en proyectos I+D de la Universidad de Granada (2006–2009), sobre migración, educación, salud y pluralismo religioso, con subvención del gobierno español. Actualmente candidata a doctora en Ciencias Médicas, Odontológicas y de la Salud, en la Facultad de Medicina de la UNAM. Líneas de investigación principales: antropología en salud–enfermedades crónicas, antropología de las emociones, pluralismo terapéutico.

Masculinidades, familias y comunidades afectivas

es una obra editada y publicada por la Oficina de Publicaciones del ITESO.
Se concluyeron los trabajos de impresión y encuadernación en noviembre de 2018 en Gráfica Premier, SA de CV, 5 de febrero núm. 2309, colonia San Jerónimo Chicahualco, Metepec, Estado de México, CP 52170.

Se tiraron 300 ejemplares, en la impresión de tipo digital se utilizó papel cultural de 75 g/m² a 1x1 tintas en interiores y papel cuché de 300 g/m² a 4x0 tintas en portada. Se utilizaron en la composición tipos: Paragraph style: txt

Inicial PoynterOSTextOne Tamaño: 10.5 pts Interlineado: 14 pts.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Oficina de Publicaciones del ITESO.

Pedidos: Periférico Sur Manuel Gómez Morín 8585, Col. ITESO, Tlaquepaque, Jalisco, México, CP 45604.

www.publicaciones.iteso.mx



ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara



Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Estudios Superiores Iztacala



La **Colección Emociones e Interdisciplina** nace del intercambio académico entre investigadores, quienes buscan construir un diálogo interdisciplinario centrado en la comprensión de las formas en las que lo emocional se encuentra, hoy día, presente en los distintos aspectos de la vida, y cuyo estudio requiere de lecturas y abordajes que rebasen las fronteras disciplinares y pongan en diálogo los saberes académicos, populares y profesionales.

Las emociones se construyen, expresan y regulan en las distintas esferas de socialización, y son las relaciones de género, familiares y comunitarias un ámbito central privilegiado para su análisis. Estas expresiones y experiencias emocionales son el pegamento de lo social que fijan las interacciones entre los sujetos y definen las estructuras sociales.

El presente libro contiene ensayos que muestran la pertinencia del análisis de la dimensión emocional en los estudios de las relaciones de género, familiares y socioafectivas, organizados en torno a dos ejes vertebradores con variadas temáticas:

- La intersección entre emociones y masculinidades contemporáneas.
- Las formas en que se significan, expresan y regulan las emociones desde el ámbito familiar, comunitario e institucional.
- La expresión de sentimientos y emociones de las masculinidades en relación con la lírica musical.
- Las narrativas creadas a partir de encuentros colectivos para redensificar socialmente los espacios públicos.
- La regulación o desestabilización de las relaciones sociales hacia familias que enfrentan casos de cuidado y enfermedad.
- Las correspondencias de género e intergeneracionales en estudios de caso de familias extendidas y de adultos mayores en contextos de pobreza urbana.

